

Esto es
solo
sexo,
¿vale?

BEGOÑA GAMBÍN

Selecta



Esto es solo sexo, ¿vale?

Begoña Gambín

Selecta

Capítulo 1

Llegaba tarde. Lo sabía.

Si la vida fuese un reloj, la suya siempre iría diez minutos atrasada.

Aparcó como y donde pudo, y se dirigió a escape hacia la cafetería; esperaba que la grúa no se llevase el coche. Estaba completamente segura de que su amiga Olga ya estaría allí, impaciente. Era una de sus peculiaridades: no tenía paciencia. Tampoco es que ella se caracterizase por tenerla, pero su amiga era una maniática de la puntualidad.

Pese a todo, la joven no dejó de aprovechar el recorrido para recrearse en mirar a su alrededor. Era una enamorada de su ciudad. Le encantaba lo viva que estaba a casi cualquier hora del día. Y, aunque ella era de normal muy optimista, en esos momentos necesitaba empaparse del buen rollo que le transmitía el bullicio de la calle. No estaba atravesando su mejor momento, esa era la verdad. Desde hacía un tiempo estaba obsesionada con que necesitaba un revulsivo en su vida, algo que la agitara.

—¿Qué te parece, Dani?

—Pues me da la impresión de que aquí hay un enigma...

—¿Un enigma? ¡Tú deliras! —la acusó Olga.

—Bueno, más bien parece que hay gato encerrado. Es muy escueto, ¿no te parece?

—Para eso está la entrevista, querida —respondió su amiga con tono burlón.

—Por cierto... ¿qué hacías tú leyendo un periódico físico?

—Oh, bueno, en realidad no era mío. Lo encontré en el asiento del metro donde me iba a sentar y me sirvió para distraerme mientras llegaba mi parada. Qué buena suerte, ¿verdad?

—Pues yo creo que hacer ese tipo de convocatorias en un diario impreso es retrógrado. Para eso están las apps para buscar trabajo. Por eso me parece sospechoso... —añadió, bajando la voz hasta convertirse en un susurro, al tiempo que inclinaba el torso sobre la mesa para acercarse a Olga. Le estaba costando horrores mantenerse seria, pero es que su amiga se lo ponía muy fácil:

siempre caía en sus bromas—: ¿Y si es una trampa y lo que buscan es una esclava sexual?

Olga la miró con los ojos desorbitados. No era una pregunta que hubiese imaginado que saliese de los labios de Dani. Ella era atrevida y pocos peros salían de su boca cuando le proponían alguna locura. Además, estaba desesperada por encontrar trabajo, ¿no?

Y sí, lo que estaban debatiendo podría ser una locura para una mujer apocada y tímida, pero no para la intrépida y descarada Daniela Moreno.

—¿Pero lo has leído bien, Dani? Es a tu medida —le indicó mientras le señalaba el anuncio del periódico.

—No sé yo si la que no lo has leído bien eres tú... —replicó Daniela golpeando con un dedo índice sus carnosos labios a la vez que miraba de soslayo a su amiga.

—¡Venga ya! ¿A ti no te encantan los niños? ¿No eres profesora? ¿No hablas alemán? ¿No estás en el paro y buscas trabajo? —la interrogó Olga con exasperación.

Daniela volvió a releer el anuncio para sí misma: «Se busca niñera y educadora española para una niña de cuatro años en Alemania a tiempo completo. Imprescindible nivel de alemán nativo. Se valorará positivamente que tenga estudios de Educación Infantil».

Continuaba con las señas y hora en la que se debía presentar para la entrevista.

La joven levantó la vista para mirar a su amiga a los ojos.

—Pero Olga... ¿alemanes?! ¿Tú sabes lo tiesos y cuadriculados que son? No me cogerán, seguro. No pego nada en ese país. Ya tuve bastante con mi experiencia en el Erasmus. Todavía me pregunto por qué escogí el alemán como tercer idioma.

Las dos amigas se encontraban merendando en una cafetería/repostería en la calle Hortaleza, en pleno corazón del barrio de Chueca en Madrid, sentadas en sendas butacas frente a una mesa sobre la que reposaban dos milhojas caramelizadas intactas, un zumo de naranjas y otro de frambuesas.

Olga había sacado el periódico de su enorme bolso nada más sentarse Daniela y ahí seguía, pasando de las manos de una a la otra.

—Mejor me lo pones. Tú ya sabes cómo son, seguro que sabrás manejarlos. Solo tienes que acoplarte, hacer como si fueses uno de ellos. Siempre me has comentado que se te dio bien actuar en las obras de teatro del instituto. Tómatelo como la interpretación de tu vida —alegó su amiga con una sonrisa juguetona.

—¡Bufffff! —resopló con estruendo la joven—. ¡Claro! Qué fácil es decirlo cuando no eres tú la que tiene que fingir todo el tiempo.

—Oye, bonita, todo son pegas. Yo te lo he traído con toda mi buena fe; pensaba que te pondrías muy contenta por una oportunidad así, pero ya veo que me he equivocado. Anda, trae el periódico para que lo guarde —le reprochó con el ceño fruncido a la vez que alargaba el brazo para quitarle la publicación de las manos a su amiga.

Daniela apartó el diario para ponerlo fuera del alcance de Olga.

—No, no. Espera. ¡Solo estoy analizando los pros y los contras, mujer! Te agradezco que te

preocupes por mí —aclaró con una inmensa sonrisa y le lanzó un beso con los labios.

—Me parece buena idea. Venga, pues, te ayudo.

La joven rebuscó en su bolso..., y rebuscó..., y rebuscó... ante la mirada extrañada de Dani.

—¡Aquí está! —exclamó Olga triunfal a la vez que sacaba la mano de dentro con un boli y una libretita en ella.

Puso la pequeña libreta sobre la mesa, y al fijarse en el millojas, aprovechó para darle un buen bocado. El polvillo del azúcar glaseado se le quedó impregnado en el labio superior como si fuese un ridículo bigotillo canoso, y en cuanto pudo, sacó su lengua y lo lamió; a continuación, se terminó de limpiar con la servilleta. El cabello rojo de su media melena lisa se le cayó hacia la cara, se lo apartó y miró a su amiga. Esta seguía con la mirada fija en el anuncio, leyéndolo una y otra vez.

«¡Qué guapa es mi jodida amiga!», pensó Olga mientras le daba un repaso con la mirada. Era igualita a Julia Roberts, pero con el pelo negro azabache y algo más curvilínea. Incluso tenía sus espectaculares piernas de ciento diez centímetros; lo comprobaron entre risas una noche que estaban algo «perjudicadas». Ella siempre le decía que su madre debía haber tenido un romance con el padre de la Roberts, si no, no tenía explicación. Bueno, en realidad para ella su amiga era más guapa que la actriz. Su boca no era tan grande y su frondoso, largo y ondulado pelo oscuro remataba su belleza exótica.

—Bueno, ¿qué?, ¿empezamos con los pros o con los contras? —inquirió con impaciencia.

Daniela volvió a mirarla meditabunda.

—Empecemos por los contras. Toma nota: el trabajo es en Alemania, tengo que tratar con alemanes... —Según iba hablando, marcaba los puntos con un índice golpeando en los dedos de la otra mano.

—¿Qué? ¿No se te ocurre nada más? —interrogó Olga con una sonrisa irónica al esperar durante unos segundos a que continuara con la lista.

—Sí, sí. ¡Espera, mujer! —Se quedó con el dedo índice de su mano derecha en el anular de la mano izquierda a la vez que fruncía el ceño concentrándose—. ¡Ah! ¡Sí! ¡Yo soy maestra, no niñera! Para eso no he estudiado.

—Esa no me vale. ¿Qué más te da dar clases a un solo alumno que a veinte?

—Pero es que no solo le daría clases, listilla. Tendría que ocuparme de la criatura durante todo el día.

—Bueno... vale... Pero que conste en acta que yo eso, en tu caso, no lo veo un «contra». A ti no hay cosa que te guste más que estar con niños. Y no solo darles clase, que lo sé yo de muy buena tinta. En cuanto vamos a casa de mi hermana pierdes el culo por encargarte de mis sobrinas. Y cuando digo «encargarte», me refiero a todo, todo, todo. ¡Que te ofreces hasta para ponerlas en el orinal! ¿Me lo vas a negar?

Daniela no pudo aguantar más y soltó una carcajada.

—¡Vale, vale! Tienes razón. Eso para mí no es un «contra». Ponlo en la otra lista.

—Bien, así me gusta, que seas sincera —celebró Olga—. Entonces... ¿algo más en la lista de contras?

—Por ahora no se me ocurre, pero déjala abierta que ya irán saliendo. —De pronto la joven se quedó parada, se dio un cachete en la frente y exclamó—: ¡Lolo! ¡Se me ha olvidado Lolo!

—Vaya por Dios —murmuró para sí la pelirroja.

No le gustaba nada el nuevo novio de su amiga. Era un chulo —no un chulo playa, porque en Madrid no había playa que si no...—, creído y egocéntrico, aunque Dani no se hubiese dado cuenta todavía. Seguro que no tardaría mucho. Era una chica muy lista, y si no lo había hecho hasta ahora era porque el tal Lolo era muy ladino y ella todavía se encontraba en el primer enamoramiento, que solía ser bastante ciego. Eso era así, para desgracia de su amiga.

Olga había notado algo extraño en él en el mismo momento en que los había presentado y se dedicó a estudiarlo con atención, pero eso suele ocurrir. Se ven mucho mejor las cosas desde fuera, con más claridad. Con perspectiva se podía analizar todo con mayor lucidez. Aunque un hombre como Lolo no podría ocultar durante mucho tiempo su verdadera personalidad a su amiga. No lo consideraba lo suficientemente perspicaz como para esconder su farsa durante mucho tiempo más. Y si no, al tiempo.

Además, Dani no era de las que se andaban con rodeos, si algo no le gustaba, fuera y a otra cosa. Tenía una gran facilidad para pasar página si algo dejaba de interesarle o alguien la defraudaba. Ella, en cambio, era más rencorosa y rumiaba el chasco que se había llevado durante mucho tiempo.

—Mira, pues yo a eso lo pondría en los pros —arguyó Olga con una sonrisa burlona.

—¡No digas eso, mujer! ¿Es que no os podéis llevar bien por mí? Tú eres mi mejor amiga; y él, mi novio.

Olga notó un punto de hastío en las palabras de la joven y se prometió no ser tan puntillosa con el dichoso Lolo. Por lo menos de cara a ella.

—Que sí, mujer. Por ti beso el suelo que pisa Lolo si es necesario.

Y, a renglón seguido, hizo una mueca de asco y se llevó el dedo índice al interior de la boca en un gesto descriptivo de náuseas. Ambas se rieron a la vez, demostrando una profunda camaradería.

—Bueno, venga, sigamos —apremió Olga—, que no vamos a acabar en la vida y tienes la cita mañana.

—¿Qué cita? —inquirió Daniela extrañada.

—¡¿Cuál va a ser?! ¡La del trabajo, boba! ¡Estás *empaná*!

—¡Todavía no he dicho que vaya a ir!

—Irás. En cuanto acabemos con las listas te darás cuenta de que debes ir —insistió la joven pelirroja—. Íbamos por Lolo. Tú dices que es un «contra», yo creo que es un «pro». Es una forma de probaros a vosotros mismos si os echáis de menos o no, ¿no crees?

—¡Caray, hija! Todo te lo llevas a tu terreno. Anda, déjalo en el contra y no intentes

manipularme más. Sigamos...

—Vaaale. Ahora los pros. Ve diciendo.

—A ver: trabajo —enumeró Daniela—. Eso es muy importante.

—Mucho —admitió su amiga—. Y más teniendo en cuenta tus últimos años.

Daniela hacía ya un largo tiempo que había terminado la carrera, pero hasta el momento no había conseguido una plaza fija en ningún colegio. El año anterior a su graduación había sido el último en el que se convocaron oposiciones para los cuerpos de maestros, por lo que no había tenido la oportunidad de presentarse a ninguna y solo había podido trabajar en sustituciones. Y en los últimos tiempos, incluso esos puestos eran muy escasos.

—Ya... Prefiero no recordarlo. Siguió: practicar el alemán, trabajar con una adorable niña de cuatro años —dijo con una tierna sonrisa—. ¡Eso me encanta!

—Si ya lo sabía yo...

—Qué más... ejerzo de maestra, aunque solo sea para una niña. —Siguió sin que la sonrisa desapareciera de sus labios.

—A ver, que te ayudo: independencia. No tendrás que vivir con tus padres; seguro que el trabajo está muy bien pagado y podrás ahorrar mucho; si te va bien, tienes trabajo para dos años ya que hasta los seis años no se empieza la educación obligatoria en Alemania; experiencia para tu currículum, ver mundo. —En cuanto vio el gesto que ponía su amiga, añadió—: Ya, ya sé que has estado en Alemania, pero es un país grande, no creo que lo conozcas enterito. Además, chica, ¿qué pierdes yendo a la entrevista? Si luego no te gusta lo que te ofrecen, con rechazarlo ya está. Y en el caso de que al final fueses, si no te gusta, pues te vuelves.

—¡Sí! Tienes razón. Iré a la entrevista. Pero he de confesarte algo, Olga —concluyó poniéndose muy seria.

Olga tragó saliva. No era normal ver a su amiga con un gesto grave. ¿Qué le ocurriría?

—Dime, cielo. —La estimuló al tiempo que alargaba la mano para agarrar la de la joven intentando infundirle calor y fuerza.

De repente, Daniela rompió en unas estrepitosas carcajadas.

—¡Desde que me enseñaste el anuncio, tenía claro que iba a ir a la cita!

Olga se quedó patidifusa, con la boca abierta, mientras asimilaba las palabras de su amiga.

—¡¡Serás cabronaza!!

Capítulo 2

Daniela decidió que iba a presentarse como una respetable y seria profesora. ¿No había dicho Olga que lo considerase una obra de teatro? Pues eso iba a hacer.

Rebuscó en su armario y al final optó por ponerse una falda recta negra que le llegaba justo por encima de las rodillas, de la que no tenía ni idea de qué hacía allí, y una blusa rosa chicle que le dejó su madre. Se compró unos zapatos negros con un poco de tacón y se hizo un moño en el pelo, ni muy estirado ni muy flojo. Algo serio, pero moderno, para no pasarse de clásica.

Ella solía vestir ropa más cómoda, con pantalones sueltos y con mucho estampado de estilo hindú; camisetas de tirantes, fulares y sandalias. En verano también solía llevar vestidos ligeros con amplio vuelo y cortos o maxilargos. Holgada e informal.

En cuanto llegó al hotel en el que se celebraba la entrevista, observó que había un puñado de mujeres esperando en el *hall*, y por la pinta que tenían imaginó que estaban allí por el mismo motivo que ella. Se acercó a la recepción y, tras exponer a lo que iba, le pidieron sus datos y le indicaron que se sentara con el resto de las candidatas y esperara su turno. Una a una, fueron llamando a las que estaban delante de Daniela. Otras llegaron después y se sentaron junto a ella.

Cuando le tocó el turno, le indicaron una sala al final de un largo pasillo y, con paso firme, lo recorrió hasta encontrarse ante la puerta que le habían señalado. Golpeó con los nudillos dos veces y la abrió sin esperar respuesta. Frente a la puerta se encontraba una mesa redonda, y al otro lado de esta, un señor vestido con un traje gris marengo de lo más impecable y muy repeinado la observaba entrar.

—Buenos días —saludó la joven.

—*Guten Tag*^[1] —le respondió el caballero a la vez que se levantaba de la silla y extendía la mano para saludarla.

Daniela alargó su brazo por encima de la mesa y apretó la mano con firmeza.

—*Mein Name ist Theodor Fischer*^[2].

—*Ich freue mich Sie kennenzulernen*^[3], Herr Fischer. *Mein Name ist Daniela Moreno.*

El hombre hizo un gesto para indicarle que se sentase en la silla. Daniela se acomodó con

delicadeza en el borde del asiento y posó sus manos en el regazo.

—*Was sind Sie von Beruf?*[4]

—*Ich bin Lehrer.*[5]

—*Wie alt sind Sie?*[6]

—*Ich bin sechsundzwanzig Jahre alt.*[7]

—Bien. Veo que su alemán es bastante aceptable —dictaminó el señor Fischer en castellano con un fuerte acento alemán.

—Tengo el nivel avanzado e hice dos semestres de Erasmus en Berlín. Lo tengo algo oxidado porque, como comprenderá, aquí no hay muchas oportunidades para practicarlo, aunque sí que suelo leer novelas en alemán.

—Bien, bien.

El hombre anotaba cosas en unos folios que tenía delante y meneaba la cabeza para afirmar según le hablaba Daniela. A la joven le recordó a los perritos que estaban de moda en los años ochenta y que se colocaban en las bandejas de los maleteros de los coches, delante de las lunas traseras, y bailaban sus cabecitas al son del movimiento. Ante ese pensamiento, casi soltó una fuerte carcajada, pero al final pudo contenerse y se conformó con sonreír ligeramente.

—Y... Dígame. ¿Tendría algún impedimento para trabajar en Alemania?

—No, todo lo contrario. Estaría encantada de volver allí.

«¡Olé! ¡Toma ya! Me ha quedado de perlas. Soy la nueva Penélope Cruz», pensó la joven. Al final iba a tener razón Olga y se había equivocado de carrera. ¡A lo mejor debía haberse hecho actriz!

—Bien, bien.

Siguió anotando...

—Me ha dicho que es profesora, ¿de qué especialidad? —continuó el caballero.

—Educación Infantil y Primaria. Tengo debilidad por los niños pequeños.

—¿Debilidad? —interrogó frunciendo el ceño.

¡Ups! Acababa de meter la pata.

—Quiero decir que considero que es la edad esencial para aprender. Si se les da una buena base, se afianza su futuro.

¡Punto para ella! Lo había solventado de forma genial.

—Bien, bien.

Mas notas...

—Supongo que usted entendió al leer el anuncio que tendría que encargarse de la niña las veinticuatro horas al día, todos los días de la semana.

—¿No tendría ningún día de descanso?

—No un día fijo. Se acomodaría a las necesidades de trabajo de su padre. Lo mismo podría estar un mes sin ningún día libre, como un mes de vacaciones. Para concretar este tema lo tiene que hablar con él.

Eso no le gustó nada. ¿Y si al padre le daba por no dejarle descansar ningún día?

Bueno, como le había dicho Olga, si no le apañaba, volvería a Madrid y ya está.

—Bien —aceptó, utilizando la misma palabra que reiteraba el hombre a cada respuesta suya.

—Y la última pregunta... ¿estaría dispuesta a permanecer como mínimo durante dos años en su puesto de trabajo?

Daniela frunció el ceño, desconcertada.

—No he entendido bien la pregunta, señor Fischer. ¿Se refiere a que no puedo dejar el trabajo bajo ninguna circunstancia?

—No, claro. Eso sería ilegal. Me refiero a que se busca una estabilidad para la niña y que nos gustaría que quién fuese contratada no tuviese como objetivo renunciar antes de ese tiempo. Por supuesto, si alguna de las partes no está de acuerdo con la labor realizada, se rescindirá el contrato.

—Entendido. No, no tengo ningún problema en permanecer el tiempo que sea necesario, siempre y cuando estemos las dos partes de acuerdo.

—Bien, bien. —Volvió a apuntar algo en sus papeles. Cuando acabó, levantó la mirada y la fijó en Daniela—. Bueno, pues ya hemos terminado. Si es seleccionada la llamaré hoy mismo. Debemos tomar una decisión cuanto antes.

La joven se levantó de su asiento y alargó el brazo para estrecharle la mano al señor Fischer.

—Encantada. Espero su llamada. Será una buena decisión, se lo aseguro, señor Fischer.

Daniela salió satisfecha de la entrevista. Pensó que había dado el pego con bastante facilidad. Si tenía que actuar así una temporada para poder trabajar, estaba dispuesta a ello. Ella era una persona muy activa y estar sin trabajo la frustraba.

También era cierto que le había agradado que no le hiciese las típicas preguntas sobre su estado civil y su interés por tener hijos. Era un punto a favor del alemán.

En cuanto pisó la calle, le mandó un wasap a Olga: «Ya he salido de la entrevista. Creo que ha ido bien. ¿Nos vemos esta tarde?». La joven vio cómo su amiga leía de inmediato su mensaje y escribía una respuesta: «Ok. Nos vemos a las seis en Chueca».

Daniela confirmó la cita con un emoticono de la mano con el pulgar levantado y se dirigió hacia la parada más cercana del metro —aún no había encontrado el momento para ir a retirar su coche del depósito municipal porque, sí, la grúa se lo había llevado—, para volver a su casa. Bueno, a casa de sus padres. Todavía vivía con ellos.

Era cierto que podría haberse ido a vivir con compañeros de trabajo, incluso Lolo se lo había pedido, pero debía asumir que hasta ahora solo había conseguido trabajar de forma intermitente y eso no le daba la estabilidad suficiente como para embarcarse en esa aventura.

Su padre tenía un trabajo estable y seguro, aunque no tenía un sueldo como para derrochar. Y su madre poseía una pequeña tienda de ropa con la cual contribuía al sustento de la familia, aunque desde hacía unos años casi cubría gastos y poco más. Por lo tanto, por ahora había preferido contribuir con sus escasos honorarios en los gastos familiares que independizarse y

tener que acudir a la ayuda de sus padres para llegar a fin de mes.

Obvio, ¿no?

Acababa de salir del metro cuando le sonó el móvil. Miró la llamada entrante y era un número desconocido.

—¿Diga?

—¿Señorita Moreno? —le contestó una voz que todavía tenía en su mente.

—Sí...

—Soy *Herr* Fischer. Quería informarle que ha sido seleccionada para el puesto de niñera.

—¡Oh! Estupendo, estupendo. Me alegro mucho.

—Si no le importa, ¿podría volver al hotel para ultimar los detalles? Necesito dejarlo todo zanjado cuanto antes y que usted se incorpore lo antes posible al trabajo.

—Voy de inmediato. Tardaré una media hora.

—Aquí la espero.

A cada instante había que tomar decisiones. La vida consistía en una sucesión de elecciones. La mayoría eran nimias, sin importancia, pero otras... ¡ay, amiga! Otras eran cruciales. Y ella acababa de encontrarse en una encrucijada en su camino y había decidido que iba a cambiar su rumbo dispuesta a coger ese tren que acababa de parar en su andén por unos pocos segundos. Era posible que esa decisión le judiese la vida, pero también que fuese para bien. ¿Iba a desaprovechar esa oportunidad por si...? No, esa pregunta no se formularía en su mente jamás. En ella no cabían las dudas.

Capítulo 3

Había quedado con Lolo para pasar el fin de semana en su casa, así que había pensado que aprovecharía el momento para contarle lo de su nuevo trabajo. Sabía que, conforme era él, no le haría mucha gracia, por eso había preferido decírselo cara a cara antes que por teléfono o a través de WhatsApp. Había pensado que con unos cuantos arrumacos lo convencería de que era una buena oportunidad para ella y al final la apoyaría.

Pero lo que no había previsto era la reacción tan exagerada que estaba teniendo su novio. Los besos y arrumacos del encuentro se convirtieron luego en un ceño fruncido y voz seca, para terminar en paseos descontrolados por el salón y gritos dirigidos hacia ella.

Al principio Daniela se lo tomó con paciencia, pero en vista de que él cada vez estaba más enfadado al ver que ella no daba marcha atrás a su proyecto, la joven notaba cómo su interior estaba cada vez más efervescente; y sabía que si Lolo no se calmaba, en cualquier momento explotaría.

—¡Tú estás loca! ¡Dos años! ¿Se puede saber por qué no me lo has consultado antes de firmar nada? —bramó Lolo al mismo tiempo que daba zancadas de un lado a otro del salón y gesticulaba con los brazos.

Daniela se quedó mirándolo con la boca abierta, alucinada. Podía comprender que no le hiciese gracia que se fuese a trabajar a Alemania, pero ese arrebato de posesión no se lo esperaba.

—¿Consultarte? ¿El qué?

—Ya te lo he dicho, deberías tener en cuenta mi opinión. A mí no me hace ni pizca de gracia que te largues dos años a casa de nadie. ¿Y yo qué? No pretenderás que viaje cada fin de semana para verte. ¡Mi vida está aquí y la tuya también, junto a mí!

—¡Nasti de plasti! —exclamó irritada. Suspiró con fuerza, se frotó el ceño con dos dedos y continuó—: Oye, guapito de cara, es mi vida y con ella hago lo que quiero, ¿te enteras, machote? —le dijo encarándosele.

¡Ya está! Al final había explotado, y cuando ella cogía carrerilla no había quien la parase. Sacaba el repertorio de frases hechas de los años noventa que sus padres le habían inculcado

desde niña y se dejaba llevar.

Esta vez fue Lolo el que se quedó pasmado ante ella. No hacía mucho que estaban juntos, pero hasta ese momento no se le había enfrentado de esa manera. La tenía en el bote y cualquier cosa que él opinase, ella estaba de acuerdo. O eso creía...

—Pero ¿qué te pasa? Jamás me has hablado así.

—Puede ser, pero quizá fuese porque todavía no te habías atrevido a meterte en mi vida. ¿Tú crees normal que te enfades porque no te he consultado algo sobre mi futuro laboral?

—¡Claro que sí! ¡Soy tu novio!

—¡Ja! ¡Venga ya, Lolo! ¿Tú de qué vas? ¡Si nos conocemos desde hace unos meses! No pienso dejar mi futuro en tus manos, que lo tengas clarito clarinete. Y si antes tenía interés por marcharme, ahora todavía tengo más ganas —expresó apuntando a Lolo con un dedo—. Será mejor que lo tuyo y lo mío termine aquí.

—¿Me estás dejando? ¡Pero si estás colada por mí! —espetó incrédulo.

—Pues mira, el colador se ha dilatado y mi ceguera se ha escurrido por sus agujeros. Así que *yes very well fandango*: te estoy dejando.

—Pero ¿qué dices? ¿De qué ceguera hablas?, ¿de qué fandango? —preguntó patidifuso, sin comprender a lo que se refería la joven.

—¡Ay Dios! ¡Más bobo no naces! —exclamó al tiempo que levantaba las manos y miraba al techo.

—¡Pero, Dani! ¡¿Quieres hacer el favor de no insultarme?!

—Perdona, pero no te estoy insultando, solo te defino. Y no entiendo cómo no te he sabido ver bien hasta ahora. —Cogió su bolso, que permanecía sobre el sofá, y se dirigió hacia la puerta de salida del piso de Lolo con paso firme y decidido—. ¡Me abro! —gritó a la vez que daba un portazo.

Pero ya en el descansillo del piso pudo oír a su, desde esos momentos, exnovio gritar:

—¡¡¡Te arrepentirás de esto!!! ¡¡¡A mí no me deja nadie!!!

Daniela no esperó al ascensor y bajó las escaleras sin mirar atrás. Pese al enfado y la decepción que sentía, una sensación de alivio le recorría el cuerpo al darse cuenta a tiempo de a qué tipo de personaje tenía a su lado. Era fácil ponerse una venda en los ojos para no ver lo que no se quiere ver, pero era mucho más difícil desprenderse de ella porque dejaba en evidencia que nos habíamos equivocado. A nadie le gusta reconocer sus errores...

Aunque ella en eso era diferente. Se crecía ante la adversidad. Adoraba los escollos que debía saltar. Y si este era provocado por ella misma, se lanzaba al abismo con más ímpetu.

—¡¿Tú te crees la que me ha montado el tío?! ¡Bufff! —bramó Daniela con fuerza al mismo tiempo que apoyaba los codos en la mesa y restregaba las manos por la cara—. ¡Estoy de los

nervios! Es que es para matarlo, Olga. En lugar de apoyarme y ponérmelo más fácil, el tío se pone en pose yo, yo, yo y luego yo. Que si lo voy a dejar solo, que si no he pensado en él, que tenía que habérselo preguntado a él primero... Eso ha sido lo que me ha rematado. Nada. Lo he dejado —concluyó enfatizando sus últimas palabras con un movimiento brusco de sus manos.

Olga la miraba con una leve sonrisa en los labios. Conocía a su amiga y sabía que no estaba enamorada de ese cabestro.

Su Dani era una mujer muy apasionada y su carácter se destacaba por la gran fuerza que poseía, y nada de esas cualidades las había visto cuando estaba junto a Lolo. Se le pasaría en un plis plas.

Tenía una gran capacidad de resurgir ante cualquier problema: era una persona que se rehacía a sí misma e iba enriqueciéndose con el paso de los años. No había nada que no pudiese superar. Tenía confianza plena en sí misma y eso la ayudaba a alcanzar cualquier objetivo que se propusiera, tanto en lo laboral como en lo sentimental.

Era muy amiga de sus amigos y muy sociable, además de una buena compañera, y tenía muy buenas relaciones con todos sus seres queridos. Ahora bien, si decidía que alguien era *non grato*, lo borraba de inmediato de su mente. Como si no hubiese existido en su vida, y Olga estaba convencida de que eso era lo que acababa de pasar con el patán de Lolo.

En esos momentos lo que Daniela necesitaba era desahogarse y expulsar todo su enfado para poder concentrarse en lo importante, por eso se dedicó a oírla.

—Mira, ¿sabes lo que te digo? —continuó Daniela—. Los hombres acaban de terminar para mí. Ya he catado los suficientes para saber que no existe uno solo que valga la pena para soportarlo más de tres meses.

A su mente acudió, como si fuese una secuencia de fotogramas, la imagen de todos los «amoríos» que habían precedido a Lolo. Luis, su primer amor de adolescente que no dejó de ser platónico; Pablo pasó sin pena ni gloria, aunque debía reconocer que fue el que le enseñó a besar; Juan, que se jugó su corazón en la ruleta de un casino...

—Entonces, ¿qué vas a hacer?, ¿vas a enrollarte con mujeres? —le preguntó con sarcasmo su amiga, interrumpiendo sus pensamientos—. ¡A mí no me mires que sería casi un incesto!

Daniela posó sus ojos en ella, como si estuviese meditando en serio su pregunta, pero unos segundos después meneó su cabeza negando.

—Va a ser que no...

—Pues entonces no digas tonterías. Volverás a caer en las redes de otro hombre. ¡Como todas!

—¡Que no! Paso de ellos. Te lo prometo. Es más, voy a hacer una apuesta contigo. Como vuelva a enrollarme con un hombre en... pongamos tres años..., solo con la intención de volver a catar a ver si para entonces hay algo nuevo en el mercado que valga la pena, cosa que dudo; repito, si me lío con otro, ¡me corto el pelo al cero!

—¡Anda ya, loca! ¡Eso no se lo cree nadie! Tú adoras tu melena y la tratas como si fuese tu mayor tesoro. ¡Eso no lo vas a hacer nunca!

—¡Claro que no lo voy a hacer! ¡Porque no va a haber otro tío que me haga perder la cabeza! Lolo ha sido mi última prueba por encontrar el amor.

—Ya... Bien, lo que tú digas. Te tomo la palabra. Pero teniendo en cuenta que te largas a Alemania y hay alemanes que quitan el hipo, ya me doy por vencedora.

Daniela no reaccionó a su broma, permanecía con el ceño fruncido y la mirada perdida en un lugar indeterminado.

Olga alargó las manos para coger las de su amiga y se las acarició con delicadeza captando la atención de Daniela. Cada vez estaba más exaltada, y verla así por culpa de... Mejor se callaba lo que pensaba de ese.

Su amiga también estaba llena de contrastes y podía ser fuerte y apasionada, a la vez que una sentimental de llorar con las novelas románticas.

—Dani, relájate. Ahora tienes que pensar en otras cosas. Tienes que preparar el viaje a Alemania. Cuéntame lo que te dijo el germano estirado. Te aseguro que me interesa mucho más ese tema. —Alargó la sonrisa y se guaseó—: ¿Lolo? ¿De qué Lolo hablas? Yo no conozco a nadie que se llame así.

Se encontraban en la misma cafetería que el día que Olga había llevado el anuncio del trabajo, pero esta vez ante un *soufflé* de limón y unos tés.

Daniela sonrió, se soltó de las manos de su amiga y le dio un sorbo al té.

—De poca cosa me ha informado. La familia con la que voy a vivir reside en una urbanización cercana a la ciudad de Coblenza, que está situada entre Bonn y Frankfurt, a orillas del río Rin. El billete que me ha reservado el señor Fischer es para dentro de una semana para Frankfurt, en donde me recogerá y me llevará en coche hasta la casa.

—¡Ay, amiga! Ahora me arrepiento de haberte animado. No sé qué voy a hacer sin ti durante tanto tiempo.

—Ya te buscarás algún que otro viajecito para ir a verme, ¿no? Tú sueles encontrar gangas en vuelos. Allí te esperaré, y mientras tanto tenemos el WhatsApp, el teléfono y el Skype. Estaremos en máximo contacto, te lo aseguro, pero más por mí que por ti, no creas. Te daré la tabarra día y noche —concluyó soltando una carcajada.

—Eso te crees tú. Créeme cuando te digo que acabarás apagando el móvil para no tener que contestarme —le respondió Olga entre risas—. Y dime, ¿qué te han dicho tus padres?

—Lo de siempre: apoyarme. Son maravillosos. Que si es lo que yo quiero, adelante con ello. Jamás me han puesto una traba a lo que yo quisiera hacer.

—Bueno, pues habrá que irse de compras. Necesitas ropa para ser la *nanny* perfecta.

A Daniela se le descompuso el rostro.

—Te aseguro que eso es lo que voy a llevar peor. Fingir un rato que soy una señorita convencional, vale, pero vivir dos años así... Ya veremos lo que resulta. Espero que los padres de la niña no estén mucho en casa para poder estar cómoda siendo yo misma.

—¿No sabes en lo que trabajan?

—Ni idea. De eso no hemos hablado, pero cuando necesitan una niñera durante todo el día para todos los días, será porque no estarán mucho en casa, ¿no? Cualquier padre estaría deseando estar con su hijita de cuatro años, con lo graciosas que son a esa edad.

—Tienes razón. —Olga terminó su *soufflé* y azuzó a su amiga—: Venga, termina ya que tenemos mucho que hacer para preparar tu viaje.

Ambas amigas acabaron su merienda y se fueron de compra a unos grandes almacenes.

Capítulo 4

En cuanto Daniela cruzó las puertas de salida de desembarque, divisó la figura atildada del señor Fischer. Se dirigió hacia él con una sonrisa en sus labios.

Ya iba caracterizada como una perfecta niñera, por lo que llevaba la misma falda negra de la entrevista y una blusa blanca de manga larga, un poco entallada, pero sin pasarse. Una chaqueta negra colgaba de su brazo. Su pelo estaba recogido en un moño y sus zapatos de medio tacón negros brillaban de lo nuevos que eran. Un bolso azabache colgaba de su hombro, y con la mano arrastraba una enorme maleta de color fucsia. Era el único detalle de rebeldía que se permitió llevar. Bueno, y parte de lo que tenía dentro de la maleta. Pero eso no contaba... no se veía y quizá no se viese nunca.

—Espero que haya tenido un buen viaje, señorita Moreno —la saludó en alemán el señor Fischer con cortesía.

—Sí, gracias. No he tenido ningún problema.

El caballero, portándose como tal, le arrebató la maleta de su mano y se dispuso a llevarla él.

—No es necesario, señor Fischer —protestó Daniela.

—Por favor, deme ese capricho —le respondió con elegancia, y con un gesto de su mano libre le indicó el camino a seguir—. Sígueme, por favor. Tengo el coche en el aparcamiento. Lleva poco equipaje para una larga estancia, ¿no?

—El resto lo tengo preparado en mi casa para enviármelo con una empresa de transporte —explicó mientras se ponía la chaqueta antes de salir a la calle.

—Bien, bien.

En cuanto estuvieron acomodados en el coche, Daniela se atrevió a formularle algunas preguntas sobre las dudas que tenía.

—Y dígame... ¿cómo se llama la niña?

—Hanna. Hanna Schwartz.

—¿Y el señor y la señora Schwartz en qué trabajan?

—El señor Schwartz es escritor.

—¿Y la señora Schwartz?

—No hay señora Schwartz. Murió hace un año —dijo el señor Fischer, renuente.

—¡Oh! ¡Vaya! ¡Lo siento mucho! —se lamentó Dani con aflicción.

—Tranquila, usted no tenía por qué saberlo. Pero le advierto: es un tema delicado para el señor Schwartz, por lo que es algo de lo que no debe hablar con él. Por eso se lo he contado yo.

—De acuerdo. Ni una palabra. De todas formas, no puedo hablar de alguien que no he conocido.

—Bien —confirmó el hombre al tiempo que afirmaba también con la cabeza—. La casa del señor Schwartz es muy amplia y tiene dos plantas. En la planta superior están las habitaciones, la biblioteca, un pequeño gimnasio y el despacho donde trabaja mi cliente. En la planta inferior están el resto de las dependencias, donde usted y la niña deberán permanecer el mayor tiempo posible para facilitarle sosiego al señor Schwartz.

—Entendido —confirmó sin demostrar el asombro que las palabras del caballero le acababan de producir.

—Hay una mujer que va todas las mañanas a limpiar y cocinar hasta después del almuerzo. Del resto de las normas le informará el señor Schwartz en persona.

¿Eso era todo lo que iba a informarle? Debía reconocer que ella tenía un problema con el hermetismo de los alemanes. ¡No lo soportaba!

—De acuerdo —respondió la joven con la esperanza de que no se le notara la antipatía que sentía.

El silencio se instaló entre los dos ocupantes del coche. El señor Fischer ya había concluido con todo lo que tenía que decir y ella, en realidad, prefería no escuchar nada más. Algo en las palabras dichas por él no le había causado una buena impresión.

¿Lo importante era que el señor Schwartz tuviese tranquilidad? Ella iba a encargarse de la niña, no del padre. Pero bueno, no prejuzgaría. Todavía no había escuchado a su nuevo jefe.

En cuanto Daniela se desconectó de la conversación mantenida y se dedicó a observar a través de la ventanilla el paisaje por donde pasaban, ya no pudo apartar la mirada de él, embelesada. Cuando salieron de Frankfurt, el señor Fischer había tomado una carretera que discurría paralela al curso del río Rin durante kilómetros y kilómetros en la que las frondosas y escarpadas laderas del río estaban salpicadas de fortalezas, castillos y encantadores pueblecitos de calles empedradas hasta llegar a Coblenza.

Era finales de abril y debía haber una temperatura que rondaba los doce grados. El sol, cercano al mediodía, incidía en las aguas del río reflejando destellos, además de reavivar todos los matices de verdes que inundaban el pintoresco paisaje. En torno al río era frecuente observar pastizales y zonas con hierba corta, pero en algunas partes crecían bosques ribereños.

—La llevo por esta carretera porque, aunque es algo más lenta, es la ruta más bonita. Hoy, sorprendentemente, hace un sol espléndido. Como podrá comprobar usted misma, esto no es normal en estas fechas por aquí. Aunque el tiempo en Coblenza es cálido y templado, suele llover muy a menudo. De todas formas, cuando el tiempo lo permita, si le apetece en un futuro

podrá hacer alguna excursión con Hanna por estos lugares. —Hizo una leve pausa—. Bueno, he supuesto que tendrá carnet de conducir, ¿es así?

—Sí, sí, por supuesto. Me encantará salir a visitar todo esto —le contestó alargando el brazo y señalando alrededor—. Es maravilloso.

—Sí que lo es.

Un nuevo mutismo llenó el coche, pero a Daniela no le importó.

Después de casi dos horas de viaje llegaron a Coblenza. Se adentraron en la localidad y en el centro de ella cruzaron el río por un puente. Terminaron de atravesar la ciudad y a unos pocos kilómetros más adelante apareció otro grupo de casas, y de inmediato tomaron una carretera que los llevó hasta una urbanización de espaciosas parcelas con grandes mansiones.

Transitaron por algunas de sus calles hasta pararse frente a una amplia puerta doble de hierro forjado. El señor Fischer apretó un mando a distancia y las puertas se abrieron como el mar Rojo ante Moisés. La atravesaron y recorrieron un camino asfaltado rodeado de césped verde que parecía recién cortado hasta la puerta de una enorme casa moderna de dos alturas con tejado a cuatro aguas de tejas negras, y anexo a ella un amplio garaje. Las paredes estaban revestidas, en la planta baja, con piedra blanca, y en la planta superior, de madera oscura, casi negra. Grandes ventanales rodeaban toda la casa en las dos plantas. Y envolviendo toda la residencia, un jardín meticulosamente planificado con los parterres rebosantes de hermosas flores multicolores.

Daniela, fascinada, no apartó la mirada de la finca, que parecía de nueva construcción, mientras bajaba del coche. Acompañó al señor Fischer que, tras sacar su equipaje del maletero, se dirigió a la puerta de entrada para tocar el timbre. Una mujer, con evidentes rasgos de ser teutona, abrió la puerta y les dejó paso de inmediato al ver quiénes eran.

—Señorita Moreno, esta es la señora Maurer. —Las presentó—. Señora Maurer, es la señorita Moreno. A partir de hoy, será la niñera de Hanna.

—Encantada de conocerla, señora Maurer —la saludó Daniela ofreciéndole la mano.

La señora Maurer, antes de estrechársela, se limpió sus grandes manos en el delantal que llevaba puesto.

—Lo mismo digo, señorita *Morrena* —le respondió la germana pronunciando su apellido de forma peculiar—. El señor me pidió que lo esperen en el salón mientras voy a avisarlo. Deme la maleta, señor Fischer, la dejaré en la habitación de la señorita.

El señor Fischer guio a Daniela hasta el salón mientras la señora Maurer se dirigía al piso superior.

La joven observó que toda la casa estaba decorada con muebles modernos y funcionales. El salón tenía un amplio sofá en cuero blanco con *chaise longue* y una butaca del mismo tapizado; una mesa de centro, de madera, y un mueble blanco en la pared, que cumplía la doble función de almacenamiento y soporte de una gran televisión plana, completaban la distribución de los muebles. El fondo de la pared donde se ubicaba el mueble estaba recubierto de listones de

madera. El suelo de toda la zona de la casa que ella divisó era de madera y las paredes pintadas en blanco. Todo estaba limpio y ordenado.

Impersonal, eso sí.

Tuvo el pensamiento fugaz de que se notaba la falta de un toque femenino, que apartó enseguida de su mente porque no le gustó nada. Sonaba viejuno.

Gracias a... quien sea, cada vez era más habitual la implicación de los hombres en la vida familiar, hogareña y cotidiana. De todos sus deberes, y no solo de los derechos. Aunque todavía quedaba un largo camino para la normalización, ella siempre había soñado con enamorarse y ser correspondida por un hombre con quien compartirlo todo. Y cuando decía todo era todo.

Era algo que había mamado desde niña con el ejemplo de sus padres.

¿Sonaba prosaico? Pudiera ser, pero soñar era gratis.

En la última semana no había tenido tiempo ni para pensar, pero en el avión había llegado rápidamente a la conclusión de que no entendía por qué había perdido el tiempo con Lolo. Ahora comprendía que ni por asomo era su hombre ideal.

El señor Fischer la invitó a acomodarse en el sofá y a su lado lo hizo él. Daniela se sentó en la punta del asiento, muy recta, y posó sus manos en el regazo para representar a la perfección su papel de niñera competente. El silencio volvió a reinar entre los dos durante largos minutos en los que tuvieron que esperar al dueño de la casa.

El tiempo pasaba y nadie aparecía por la puerta. Daniela, con disimulo, miró su reloj y comprobó que ya había transcurrido media hora. El señor Fischer parecía impasible y acostumbrado a esa espera, pero ella se estaba poniendo nerviosa a la vez que empezaba a sentirse ofendida. ¿Tan poca consideración tenía a su nueva empleada? Una cosa era una demora de diez minutos, como ella solía retrasarse pese a que siempre se prometía ser puntual, pero este hombre se estaba pasando tres pueblos.

Le parecía muy extraño ya que la fama que tenían los alemanes de ser muy estrictos en ese tema era sabida por todo el mundo.

Capítulo 5

Estaba a punto de bufar cuando la puerta se abrió de golpe y apareció, con paso apresurado y enérgico, el tío más guapo que había visto en su vida. Era guapo a rabiar. Vestía unos pantalones negros con una camisa gris por fuera, pero podía haber llevado cualquier otra cosa. Seguro que todo le sentaba de maravilla. El cabello, de un rubio intenso, lo llevaba recogido en un pequeño moño, por lo que dedujo que lo tenía largo o más bien media melena. Una barba dorada muy tupida y muy bien recortada enmarcaba una barbilla fina y alargada y unos labios carnosos.

¡Oh, Virgen Santísima! La tentación vino a ella en forma de deseo. Esa barba parecía aterciopelada, suave como la seda..., creada para ser acariciada. Y ese pelo... Sus pulgares frotaron las yemas del resto de dedos ante la visión dorada del moño frente a la posibilidad de deshacerlo y jugar con su pelo.

Tuvo que retorcerse las manos para no expresar abiertamente la impresión que le había causado y respirar para relajarse. Reaccionó al ver que el señor Fischer se ponía en pie y enseguida lo imitó. Carl llegó frente a ellos.

—Siento el retraso. Tenía algo entre manos que me ha sido difícil dejar. No volverá a ocurrir —aclaró dirigiéndose al señor Fischer.

—No te preocupes, Carl, lo entendemos —respondió por los dos—. Quiero presentarte a Daniela Moreno.

En ese momento él la miró con sus brillantes ojos gris azulado y la dejó subyugada, sin reacción. Pero de inmediato, algo llamó la atención de la joven; pese a tener un brillo espectacular, sus ojos eran tristes y melancólicos y sus labios permanecían serios, sin un atisbo de sonrisa.

Parecía ese tipo de hombre atormentado del que ella siempre había huido. Desde niña había sentido que esas personas absorbían su energía positiva y prefería evitarlas. Parecía que el *leitmotiv* de sus vidas se centraba en sacar el lado oscuro y negativo de todo lo que los rodeaba.

Pero no debía precipitarse en sus apreciaciones ya que era bien cierto que ese hombre, como quien dice, acababa de tener una verdadera desgracia en su vida de la que quizá no se había repuesto aún. Tal vez se trataba de una conmoción puntual por ese hecho y no su forma de ser...

—Encantado de conocerla, señorita Moreno —dijo sin tan siquiera alargarle la mano—. Soy Carl Schwartz.

—Igualmente, señor Schwartz —le contestó con toda corrección.

—Bien, pues si me permiten, yo me marchó ya —informó el señor Fischer.

—Por supuesto, Theodor, y gracias por hacer esta gestión por mí. No entra dentro de tu papel de abogado —agradeció Carl.

Después de despedirse del letrado, los dos jóvenes se quedaron solos. Carl no pudo evitar mirarla de arriba abajo. Era una mujer alta y guapa, y aunque su traje parecía estar confeccionado para intentar disimularlo, escondía dentro de él un cuerpo lleno de curvas. Estaba seguro de ello. Su chaqueta se abultaba lo justo para dejar entrever un busto lleno. En realidad, se había llevado una gran sorpresa al verla. No esperaba que Theodor eligiese a una joven tan bella. Creía que optaría por otro tipo de niñera más mayor, con una dilatada experiencia.

Alargó el brazo ofreciéndole el sofá a Daniela, para que volviera a sentarse, y él lo hizo en la butaca, frente a ella. Se colocó en el borde del asiento con las piernas abiertas, el cuerpo hacia delante y los brazos apoyados en los muslos con los dedos entrelazados. Hasta allí le llegó el olor de la fragancia a flores silvestres y cítricos que desprendía la joven.

—Bueno, supongo que ya sabrá que su cometido será hacerse cargo de mi hija Hanna —comenzó con voz profunda.

—Si, por supuesto.

—Todos los días, salvo los domingos —prosiguió él—, viene la señora Maurer a limpiar y se encarga de hacer el desayuno y la comida. La cena, tanto de la niña como de la de usted, estará a su cargo al igual que todo lo que precise mi hija a lo largo del día, y, por supuesto, los domingos también. La señora Maurer le indicará dónde está todo lo que necesite para llevar a cabo su labor. Cualquier cosa que le haga falta, se lo pide a ella.

—Entendido —afirmó retorciéndose las manos.

—Yo trabajo en el piso superior. Solo bajo a las horas de las comidas. Se desayuna a las ocho de la mañana, se almuerza a la una en punto y la cena yo la hago a las ocho de la noche. A esa hora, mi hija ya debe estar en la cama, por lo que ella y usted cenarán antes. El desayuno y el almuerzo lo haremos juntos.

—Comprendo —musitó con contención. Un montón de preguntas se agolpaban en sus labios.

—Ahora aviso a la señora Maurer para que la acompañe a su habitación —continuó Carl mientras comenzaba a incorporarse.

¿Iba a irse así? ¿Es que no pensaba hablarle de la niña? ¡Oh, no! ¡De eso nada! ¿No estaba allí por ella?

—Señor Schwartz, perdone. Me gustaría hacerle unas preguntas, si no le importa.

Carl volvió a sentarse y la observó expectante, quizá con un punto de impaciencia.

—Dígame...

—Verá... me gustaría saber, en primer lugar, dónde está Hanna. Me gustaría conocerla.

—¡Ah! Pues tengo entendido que ha venido mi madre y se la ha llevado a dar un paseo. — Miró su reloj de muñeca—. No creo que tarde en llegar. Sabe que comemos a la una en punto.

«¡Vaya con el menda lerenda!», pensó y casi dijo Daniela. ¡Oh, no! Su cabreo ya le recorría todo el cuerpo, por lo que apretó los ojos durante un instante para concentrarse. Debía evitar sacar su repertorio de frases de los noventa o sería una conversación surrealista.

—Bien —contestó conteniendo sus verdaderos pensamientos mientras se removía en su asiento—. Entonces, me gustaría que me informara sobre el tipo de enseñanza que quiere que imparta a Hanna. Qué tipo de alimentación es la que está llevando. Supongo que, si ha solicitado una niñera española, es porque quiere que le enseñe español, ¿no? —Lo bombardeó a preguntas sin apenas respirar.

—En efecto. Mi madre es española, yo hablo español y quiero que ella aprenda ese idioma también. Y si lo que quiere saber es cómo elaborar las comidas, le informará la señora Maurer. Yo no tengo ni idea.

«¡Alucina, vecina!», volvió a colarse una expresión legendaria en la mente de la joven. Pero lo que no logró evitar fue mirarlo como un bicho raro, por lo que Carl no pudo dejar de sentirse cuestionado pese al silencio de la joven.

Y es que, en realidad, él mantenía una disputa consigo mismo desde que su hija había vuelto a vivir con él. No sabía cómo tratarla, cómo dirigirse a ella. Si bien creía conocer la teoría y la había plasmado meticulosamente en un extenso manual, se veía incapacitado para darle lo que su querida Hanna necesitaba. Todavía no.

—¿Y del carácter de su hija? ¿Podría explicarme cómo es ella? —continuó Daniela con su interrogatorio.

El rostro de Carl mostró con claridad que la pregunta lo había sorprendido.

—Pues... es una niña dulce y obediente. Muy tímida —expresó conciso con voz insegura, pero con un trasfondo de irritación.

Tanta pregunta empezaba a mosquearlo. No comenzaba bien esa joven española...

—Y sobre la educación, ¿qué puede decirme?

—Supongo que la experta es usted, ¿no? —alegó Carl con algo de sorna en su tono.

«¡Efectiviwonder!», se gritó para sí misma.

—Por supuesto, pero yo creía que usted querría darme las directrices básicas sobre hacia dónde encauzarla —respondió, haciendo oídos sordos al tonillo de él.

—Pues sí. Lógicamente voy a darle unas normas a seguir. He confeccionado una guía donde le doy respuestas a todas las dudas que pueda plantearse. Después de comer hablaremos con más profundidad.

Había percibido en esa joven la misma impaciencia que sufría con su madre. Ella tenía la facultad de convertirse en una impetuosa efervescencia cuando perseguía algo. Arrasaba con todo y con todos por la necesidad de obtener lo que pretendía lo antes posible. ¿Sería una característica propia de las mujeres españolas?

Él era todo lo contrario. Era constante, por supuesto. Y su finalidad era salirse con la suya, estaba claro. Pero no dejaba que la vehemencia alterara su pragmatismo, así que tuvo el presentimiento de que chocaría más de una vez con esa apasionada niñera, augurio que le hizo fruncir el ceño.

Daniela prefirió no contestar a las últimas palabras de su jefe. En el estado de cabreo que se encontraba en esos momentos, su respuesta podría resultar muy dura para sus oídos, además de un *¡fetén!* cargado de ironía. Es más, pensaba que ya se había pasado. Era su primer día en esa casa. Sus primeros minutos. Y ya le había replicado a su jefe y había dejado entrever que cuestionaba algunas de sus decisiones. ¡Toda una proeza! Si seguía así, lo más seguro era que no durase ni una semana allí, y eso sí era optimista. Aparte de vestirse como una estirada *nanny*, debería plantearse que su lengua, en lo que respectaba a su jefe, también estuviese disfrazada de servilismo y obediencia.

En realidad, pensó la joven, lo menos importante en ese momento era la educación. Con cuatro años, lo primordial era pasar su tiempo de ocio con sus padres, en este caso su padre, pero no parecía ser esa la cuestión. Lo más extraño era que ese tipo parecía un hombre moderno y actual. Si lo hubiese conocido en otras circunstancias, habría pensado de él que era de la nueva generación de padres comprometidos con el día a día de sus hijos.

En ese momento, mientras ambos se miraban con muestras evidentes de estar tanteándose, sonó el timbre de la puerta y casi de inmediato una tromba humana cruzó la puerta. Se trataba de una mujer morena que rondaría los sesenta años, bajita, delgada y que andaba con energía mientras llevaba de la mano a una niña preciosa de rubísimos cabellos rizados y ojos espectacularmente azules. En cuanto la mujer llegó frente a Carl, sin dejar de sonreír se empinó de puntillas.

—¡Agáchate y dame un beso, hijo! —Lo hostigó—. Mira que te cuesta.

El joven no tuvo más remedio que casi doblarse en dos para acercar su cara a la de su madre y recibir un beso de ella a la vez que hacía lo propio en el rostro de la mujer.

—Casi llegas tarde —le recriminó Carl en cuanto volvió a desplegarse.

—Es que Hanna y yo nos lo estábamos pasando de maravilla en el parque. ¿A que sí, nena? —acabó, dirigiéndose a la niña.

La pequeña miró a su abuela y afirmó con la cabeza. Pese a lo que la mujer decía, Daniela no veía lo mismo en la criatura. También pudo ver la tristeza en sus ojos; y su cuerpecito, pequeño y larguirucho, estaba quieto, agarrado todavía de la mano de su abuela.

—Mamá, Hanna, os presento a la niñera: Daniela Moreno.

—¡Oh! ¡Qué bien! ¡Una española! —exclamó la mujer a la vez que se acercaba a Daniela de inmediato para besarla en ambas mejillas—. Querida, yo soy Carmen, la madre de Carl y abuela de esta preciosidad —terminó señalando a Hanna.

Dani sintió una corriente inmediata de simpatía hacia la mujer. Se veía a la legua que era alegre y dicharachera. Casi no pudo contener un gran suspiro de alivio al reconocer en ella a una

posible cara amiga.

—Encantada, señora Schwartz.

—¡Oh, no, no, no! Carmen, por favor —ordenó con una sonrisa.

Daniela no se atrevió a aceptar ese tratamiento sin mirar a Carl. Este hizo un gesto con los brazos con resignación.

—Mi madre es así. Llámela como ella le diga.

Pero antes de que Daniela aceptara el tratamiento, la mujer bufó y exclamó:

—¿Cómo que... «llámela como ella le diga»? ¿En serio vais a trataros de usted? Vamos a ver, Carl, que sois jóvenes los dos y vas a confiarle el cuidado y educación de tu hija, conviviendo en esta casa todos los días, ¿de verdad vas a darle ese tratamiento?

El joven apretó la mandíbula ostensiblemente.

—Mamá...

—*¡Ni mamá, ni pepinillos en vinagre!* —La mujer habló en español. Cuando Carmen se enfadaba, se pasaba a su idioma natal sin darse ni cuenta—. Tú eres Carl y ella... Daniela, ¿no? —concluyó mirando a la joven.

—Si... O Dani, como me llaman mis amigos —contestó dubitativa.

Él la miró. No estaría insinuando que podían ser amigos, ¿verdad? ¡Amigos! Esta chica debía entender lo antes posible que entre ellos solo iba a haber un contrato de trabajo. Negocios. Nada de hacerse amigos.

—Pues no se hable más —remató Carmen.

La joven volvió a mirar a su jefe y este afirmó con la cabeza.

—Será mejor que transijamos. No va a parar hasta que lo logre —concluyó Carl con el ceño fruncido.

A la mujer le volvió de inmediato la sonrisa.

—¿Cómo me conoces, hijo! Y ahora, todo aclarado, hagamos lo propio con esta preciosidad —dijo a la vez que estiraba el brazo para acercar a la niña hasta Daniela—. Cariño, esta es tu niñera, Daniela.

Daniela se agachó hasta situarse frente a la niña.

—Hola, Hanna, ¿te importa si te doy un besito?

La niña, vergonzosa, dio un paso hacia atrás.

—¿Y la mano? —continuó la joven alargando el brazo hacia Hanna.

Hanna hizo un amago de alargarle la mano, pero al final terminó llevándose un dedo a la boca.

—¿Sabes que eres una niña muy guapa? Me gustan mucho las coletas que llevas. ¿Crees que luego puedes hacerme unas a mí?

La niña se quedó mirándola durante unos segundos y al final afirmó con la cabeza.

—¡Bien! Eso me gustará mucho.

—Bueno, es la hora de comer, seguro que ya estará la mesa puesta —interrumpió Carl la aproximación que estaba haciendo Daniela hacia Hanna, cosa que hizo que el ceño de la joven se

frunciase—. Mamá, ¿te quedas a almorzar?

—No, hijo. Papá me está esperando. —Miró a Daniela—. ¿Crees que podrás hacerte cargo de la niña ya?

—Por supuesto. No se preocupe.

La mujer se fue, despidiéndose primero con muchos besos de Hanna y uno a su hijo. Daniela se acercó a la niña porque se la veía un poco desamparada y la cogió de la mano. Hanna la miró y la joven le sonrió. Carl observaba cómo la joven intentaba que su hija confiase en ella.

—Vayamos al comedor —dijo el joven encaminándose fuera del salón.

—Hanna, preciosa, ¿me llevas al comedor, que yo no sé dónde está? —le dijo con voz dulce a la niña.

Hanna, que todavía la estaba mirando, afirmó levemente con la cabeza, comenzó a andar y la arrastró de la mano. Daniela se sentía totalmente desconcertada con esta familia. Nunca había visto una relación tan fría. Ni el padre se acercó a darle un beso a su hija cuando esta había llegado, ni la hija había corrido a su encuentro. Allí había un problema gordo. Por mucho que el alemán *per se* era de pocas demostraciones de cariño, lo de este padre e hija no era normal, y menos con una madre y abuela como Carmen. A ella no le gustaba cotillear, pero por el bien de la niña pensó que tendría que indagar algo más sobre ellos. Algo personal.

Capítulo 6

Daniela se había acomodado al lado de Hanna para ayudarla en cuanto viese que tenía alguna dificultad durante el almuerzo que les estaba sirviendo la señora Maurer.

—Hanna, cariño, comes tu solita muy bien. Eres muy mayor. ¿Cuántos años tienes ya? —le preguntó con una amplia sonrisa, después de varios intentos de provocar una conversación y de un mutismo acérrimo por parte de padre e hija.

La niña, con timidez, le enseñó la mano abierta y escondió el dedo pulgar en la palma ayudándose con la otra mano.

—¡Caray! ¡Pues sí que eres mayor, casi tienes la mano entera! —Elevó los ojos hasta Carl—. ¿Verdad que sí? —interrogó al joven para que participara en la incipiente conversación.

A Carl le costó reaccionar, pero al final contestó.

—Sí, Hanna es una chica muy mayor —dijo dedicándole a su hija una tenue sonrisa.

«¡Bien! ¡Por fin consigo una reacción ante su hija!», pensó Dani. Observó cómo la niña se ponía colorada de emoción y se sentaba más erguida en la silla con la intención de comportarse aún mejor. Para Daniela se hizo evidente que Hanna no estaba acostumbrada a conversar con su padre y menos que la alabase, así que intentó incluirlo en la charla siempre que podía.

¿En esa distancia entre ambos tendría algo que ver la muerte de la esposa y madre?, se preguntó, consternada. Suponía que sí, pero Hanna era una niña y no debía acarrear con esa losa sobre sus espaldas.

Carl se encontraba extraño ante la insistencia de la niñera para que interactuase con su hija. Desde que su mujer había enfermado un año antes de su fallecimiento, toda su familia se había volcado con la niña ocupándose de ella, mientras él se dedicaba a cuidar de Ingrid. Durante el año que estuvo enferma y hasta hacía tan solo un mes, Hanna había vivido en la casa de sus abuelos hasta que Carl les pidió que su hija volviera a vivir con él una vez que se había instalado en esa nueva vivienda, pero, pese a ello, todos los días los visitaba su madre, empeñada en ocuparse de Hanna, así que él se había acostumbrado a no encargarse de nada de lo que afectase a su hija. La única decisión que había tomado era la de buscar una niñera.

Si tenía que ser sincero, esa situación a él le había venido bien, se acomodó a ella, ya que así

podía concentrarse en su trabajo como medio para olvidar su desgracia. Aún necesitaba esa vía de escape. No estaba recuperado. Él sabía que en la situación psicológica en la que se encontraba no era alguien que pudiese aportar algo bueno a Hanna. Todavía no. Lo estaba intentando. De verdad que sí. Pero debía reconocer que su relación con ella había avanzado muy poco, más bien nada, desde que vivía con él, lo cual no implicaba que él no quisiera hacerse cargo de ella y, por supuesto, que no la amara. Por eso la había reclamado a su lado. Sin embargo, cuando la tuvo allí comprendió que él solo no podría cubrir todas sus necesidades, aunque se negaba a cargar su crianza en las espaldas de su madre de nuevo, por tal motivo había recurrido a la contratación de la niñera.

Necesitaba tiempo. Tiempo para recuperar su autoestima, su fuerza interior. Tiempo para cicatrizar las heridas. Tiempo para aprender a ser padre.

Y esa joven tenía que proporcionárselo.

—¿Dónde está la sala de juegos? —preguntó Daniela interrumpiendo sus sombríos pensamientos.

—¿Sala de juegos? —se preguntó a sí mismo a la vez que fruncía el ceño—. No hay.

En ese momento tuvo que reconocer que cuando decidió que debía comprar otra casa para poder seguir adelante, lo único que tuvo en cuenta fue que quería una vivienda funcional para él y la urgencia por encontrarla.

Pero eso no significaba que fuese a entonar el *mea culpa* en voz alta ante esa joven inquisitiva.

—Entonces, ¿dónde juega? ¿En su habitación? —inquirió Daniela.

—Pues... no sé... En su cuarto no. Prefiero que no haya nadie en el piso superior mientras yo trabajo.

Los bellos ojos de Daniela expresaron tal estupefacción que Carl sintió como si le clavasen un cuchillo en el pecho.

—Mire —pese a la insistencia de su madre, él volvió a hablarle con tratamiento formal—, Daniela, yo no tengo por qué darle explicaciones de mi vida, así que solo le diré que por circunstancias que a usted no le atañen, las cosas están así. Si la he hecho venir es, precisamente, porque creo que mi hija tiene muchas carencias que necesito subsanar. Le doy vía libre para que haga los cambios indispensables en la planta baja para acondicionarla a las necesidades de mi hija. La planta de arriba solo podrán utilizarla para dormir.

—Bien. Entendido. Entonces, ¿no pondrá ningún impedimento a cualquier cambio?

—Ninguno.

—¿Y dispondré de algún dinero para comprar algunas cosas?

—Todo el que sea necesario. Justificado, claro.

—¿Y no prefiere supervisar los cambios y venir con nosotras a comprar lo necesario?

—¿Yo? No, no. De eso no entiendo nada. Lo que usted decida, seguro que será lo correcto.

Hanna los miraba mientras conversaban sin entender muy bien lo que decían. Daniela, a la vez que hablaba con Carl, no dejaba de estar pendiente de la niña. Era una preciosidad, aunque se le

notaba que no era feliz, además de que era muy tímida. Observó que la niña estaba pendiente de ellos, por lo que dejó de lado la conversación que hasta ese momento estaba manteniendo con el padre. No era el momento. La niña era quien merecía toda su atención, aunque para ser sincera consigo misma, no podía dejar de percibir cada movimiento del brazo de Carl. Sus músculos se tensaban y estiraban a cada bocado que se llevaba a la boca de tal forma que casi tenía que contener el aliento.

Ella no era tonta y sabía apreciar un cuerpo como el de Carl, perfecto para utilizarlo para impartir clases en la asignatura de Anatomía, pero al ser consciente de él, también le provocaba que le costase mantener la mente clara. ¡Acababa de llegar y ya estaba perdiendo el norte! Ella estaba allí para educar y cuidar de Hanna y no para babear ante un cuerpo, aunque fuese de escándalo.

Cuando acabaron de comer, Carl sugirió enseñarle la casa y acompañarla a su habitación. La guio de forma sucinta, sin abrir puertas. Solo las señalaba y le decía lo que eran, salvo cuando llegaron a la habitación de la niña y la de ella misma. Parecía que tenía ganas de quitársela de en medio.

Su dormitorio era más amplio de lo que esperaba. Tenía una gran cama de matrimonio, muebles modernos y un gran ventanal que daba al jardín de la parte trasera. En una pared había una puerta que daba acceso a un cuarto de aseo completo, con ducha y bañera, y en la puerta de enfrente otra puerta tras la que estaba el vestidor.

Le gustó.

Era un cuarto lo suficientemente grande como para que cupiese también un sillón con una pinta muy confortable además de una mesa de escritorio y aún sobrase espacio. Allí podría pasar los próximos dos años con comodidad.

—Hanna, ¿me ayudas a deshacer la maleta? —le pidió a la vez que la ponía sobre la cama después de agarrarla del rincón donde la había dejado la señora Maurer—. Seguro que tengo dentro cosas que te pueden gustar.

Carl, antes de salir de la habitación, le dijo:

—Cuando termine de acomodar sus cosas y mi hija esté durmiendo su siesta, ¿podemos hablar?

—Por supuesto.

—La espero en mi despacho, pero no entre sin llamar, ¿entendido?

—Entendido.

En cuanto Carl desapareció, Daniela contempló la cara de Hanna y observó muestras evidentes de que estaba cansada, así que decidió acostarla enseguida.

—Tienes sueño, ¿verdad, cariño?

La niña se restregó los ojos con sus manitas a la vez que cabeceaba arriba y abajo.

—Venga, pues vamos a tu habitación y te acuesto. Después abriremos la maleta, ¿te parece bien?

—¿Me esperarás? —le preguntó con timidez.

—¡Claro que sí, cielo! ¡No tendría emoción si no estás tú!

Capítulo 7

Hanna se quedó dormida en cuanto apoyó la cabeza en su almohada. Después de observarla con ternura durante unos segundos, Daniela salió con sigilo del cuarto, se dirigió al despacho de Carl y abrió la puerta con cautela por inercia. Desde el vano de la puerta, lo vio escribir en un portátil que estaba sobre su escritorio. Se fijó que tenía las manos cubiertas por un vello rubio muy suave. Eran unas manos grandes y muy masculinas. Notó que paraban de teclear y se cerraban en dos puños para desplazarlos hacia la mesa, a ambos lados del ordenador. Un pálpito le hizo elevar la mirada hasta chocar con unos ojos que brillaban de irritación.

—Buenas... —lo saludó con el inicio de una sonrisa, omitiendo el evidente enfado del escritor.

—Me temo que «buenas» no son —replicó con voz acerada, remarcando la palabra «buenas».

«Se avecina tormenta», pensó Daniela. Decidió soltar aire en su interior y armarse de paciencia, porque ella sabía que, si dejaba rienda suelta a su lengua, seguro que soltaba alguna palabra malsonante, así que mejor contenerse. Observó cómo se levantaba del asiento con brusquedad, cerraba de golpe el portátil y guardaba en un cajón unas libretas que tenía sobre la mesa.

Mientras tanto, ella se acercó con cautela frente a su mesa tras cerrar la puerta. Si iban a haber gritos, no quería que despertasen a Hanna. Y parecía que no iba a ser una conversación tranquila. No sabía lo que había hecho para encontrarlo así, pero debía de haber sido tremendo.

—¿Ocurre algo? —inquirió con aplomo.

—No vuelva, repito, no vuelva a entrar en mi despacho sin mi autorización expresa, ¿queda claro? —la recriminó con voz contenida.

La privacidad de su despacho era algo esencial para su trabajo y todo aquel que viviese en su casa debía llevarlo a rajatabla. Arriesgaba mucho de su futuro si alguien averiguaba lo que hacía en esa habitación.

—Sí, por supuesto. Queda clarísimo —respondió Daniela desconcertada ante la magnitud de su enfado por algo que ella consideraba que no tenía tanta importancia.

—Le he pedido expresamente que no entrara sin llamar. Pronto ha incumplido una norma. En esta casa es esencial el respeto y cumplimiento de las reglas. Si no va a saber hacerlo, le pido que

me lo diga ahora mismo para tomar las medidas oportunas.

Hablaba con parsimonia, casi arrastrando las palabras, pero con un tono frío que dejaba entrever su enfado.

—Pero...

Carl elevó la mano con un gesto evidente de parada, cortándole la palabra.

—Nada de peros. Creo que le estoy hablando muy claro. Yo pongo las normas. Esta es mi casa, y no quiero a nadie aquí que no sepa seguirlas. ¿Qué me dice?

Si dijese lo que opinaba... sus reglas se las podía meter por... ¡Y encima era un grosero! Pero bueno, estaba aguantando el chaparrón con estoicismo.

—Carl, yo le podría decir a todo que sí para aplacarlo, pero supongo que querrá que le diga la verdad.

—Por supuesto. Si quiere, ahora mismo le encargo el billete de avión —aceptó con tono insensible.

Daniela abrió la boca estupefacta. ¡Este hombre era absolutamente imposible! Exigente, inflexible, ¡alemán! Cerró de golpe la boca y apretó los dientes conteniendo su furia.

—Perdón, Carl, pero creo que no me ha entendido. No estaba tirando la toalla. Me refería a que no puedo aprobar todas sus normas si no las conozco. Si usted me informase un poco, podría opinar si las encuentro aceptables o no. Yo le prometo que me plegaré a ellas si las encuentro lógicas.

—Tiene razón —reconoció el escritor.

Abrió un cajón de la mesa y sacó un taco de folios encuadernados con gusanillo metálico y tapa y contratapa de plástico negro. Lo alargó hasta depositarlo al otro lado de la mesa, frente a Daniela.

—Aquí las tiene —continuó—. Si mañana por la noche ha terminado de leerlas, avísame y continuaremos esta conversación.

¡No se lo podía creer! Cogió los folios y con el dedo pulgar hizo un barrido rápido. Aquello tenía hojas y hojas escritas a ordenador llenas de normas de todo tipo. Se detuvo al azar en una página y leyó para sí misma: «Las paredes están recién pintadas, no deje que Hanna las toque». Bajó la mirada unas líneas: «Hable con ella en español al menos una hora al día...».

—Pues... no sé si me dará tiempo... ¡Parece más largo que la normativa de tráfico! —Se le escapó sin pensar—. ¡Ups! ¡Era broma! —añadió elevando los ojos para observar el rostro de su jefe.

No pudo determinar si continuaba enfadado o no. Su rostro permanecía igual de serio desde que había entrado por la puerta del salón esa mañana. Pero para su asombro vio que con lentitud una de las comisuras de su boca se estiraba casi imperceptiblemente iniciando una sonrisa. ¡Hummm! ¡Qué sexy estaba! Su mirada se ancló en esos labios arrebatadores que provocaron una perturbación instantánea de su mente.

—¿Tanto le cuesta sonreír? —preguntó en voz alta lo que creía que solo estaba pensando.

Elevó su mirada con brusquedad hasta toparse con los ojos de Carl, que se abrían sorprendidos.

—¡Oh, oh, oh! ¿Lo he dicho en voz alta? —preguntó la joven llevándose una mano a la boca para tapársela en un gesto que demostraba que no había sido su intención.

Ante la afirmación del escritor con la cabeza, Daniela se puso nerviosa. Se alisó la falda pasando las manos por ella y respiró profundamente. Carl no pudo evitar recorrerla con la mirada y apreciar que bajo ese traje se encontraba un cuerpo de escándalo.

—Mejor será que me vaya. No sé lo que digo. Quizá esté cansada del viaje —se excusó al tiempo que se pasaba la mano por la frente con un gesto que mostraba algo de desaliento—. Aprovecharé que Hanna está durmiendo la siesta para descansar un rato.

—De acuerdo —aceptó Carl mientras se volvía a sentar—. Pero antes quiero recordarle que, bajo ningún concepto, debe entrar en este despacho. Es la primera norma.

Sin volverle a dirigir la palabra, por si se le escapaba lo que realmente pensaba de su «primera norma», la joven salió del despacho.

Carl se quedó mirando la puerta por donde se había marchado esa española expresiva y de lengua algo suelta —por lo menos esa era la primera impresión que había tenido de ella—, mientras se preguntaba cómo era posible que todavía no la hubiese despedido. Quizá era porque le recordaba en algo a su madre. Y él adoraba a su madre.

La joven se fue a su habitación y se tumbó de golpe en la cama con los folios en la mano. Sin poder resistirse, abrió la libreta por el principio y comenzó a leer. ¡Condenadas normas! El primer vistazo que les había dado en el despacho no la había engañado. Reglas y más reglas cubrían las páginas. Tenía normas para todo y que «resolvían» cualquier situación que le atañese a Hanna, a ella, a él e incluso a la casa.

También había establecido un horario para su hija que era estresante hasta para un adulto. En un primer momento, cuando había llegado al cuadrante donde se resumía el programa semanal de la niña se había sentido desconcertada, pero a medida que leía las páginas siguientes donde se ampliaba la información, se iba sintiendo cada vez más frustrada y enfurecida.

Debía parar ese sinsentido, pero no sabía cómo conseguirlo. Su trabajo dependía del tacto que tuviese a la hora de hacerlo. Era imposible llevar un horario tan rígido con una niña de cuatro años. No, imposible no era la palabra. La palabra correcta era «nocivo». Nocivo para la niña. Claro que necesitaba disciplina, pero no con ese grado de severidad. Tenía que ser más flexible para que la niña aprendiese al ritmo de su capacidad. Una rutina excesiva conseguía que los niños perdiesen la motivación. Y, además, lo más importante ahora era que Hanna fuese feliz, que dejase a un lado esa melancolía que se veía en sus bellos ojos. ¡Por Dios! ¡Si tan solo hacía un año que había perdido a su madre!

Cuando despertó Hanna de su siesta, la niña quiso ir a explorar los tesoros que Daniela le había prometido que contenía su maleta, pero por miedo a que Carl la acusara de romper una norma al permanecer demasiado tiempo en el piso superior, agilizó la búsqueda de uno de los regalos que le había llevado. La incitó a dejar los otros presentes para otro momento, en lugar de entretenerla escarbando. En cuanto la niña localizó un cuento, se fueron a leerlo al salón.

Capítulo 8

Mientras preparaba la cena de Hanna, la niña estaba sentada en su silla jugando con un puzle de madera, por lo que tuvo tiempo para pensar en la conversación que debía mantener con Carl. Pese a que ella era una persona optimista por definición, había llegado a la conclusión de que se había metido en la boca del lobo. A pesar de que el abogado de Carl le había dado pistas de a dónde se estaba adentrando, la realidad había superado a su imaginación. La niña era una monería, a lo mejor demasiado buena, pero su padre...

¡Era el maldito demonio, con rabo y todo!

Bueno, quizá fuese algo exagerada —o mucho—. Su aspecto no tenía nada que ver con esa bestia inmundada.

Pero es que él le había explicado en esos malditos folios lo que deseaba de ella: los horarios de comida de la niña, el tipo de alimentación que quería que le inculcase, las horas de estudio, las de juego, la de levantarse, la del baño; qué música debían oír Hanna y ella; qué libros debía leerle a la niña y cuándo; qué cuentos debía de leer ella; incluso qué tipo de ropa debía vestir Daniela. ¡Y todo ello minutado!

¡Era el colmo del desatino!

Todo, todo cuadriculado al más mínimo detalle.

Seguro que la primera persona que había calificado a los alemanes de cabeza cuadrada se había inspirado en él. Bueno, volvía a exagerar, pero seguro que era alguien similar a él. Y para colmo, nada de lo que se enumeraba en ese despreciable cuaderno era para concretar un tiempo para compartirlo entre él y su hija. Esperaba poder contenerse y no decirle a voz en grito lo que realmente pensaba de sus normas, pero dudaba que pudiera hacerlo durante dos años.

Carl no bajó a cenar con ellas y Daniela casi se lo agradeció, pese a que no era bueno para Hanna, pero la lectura de ese «Manual de las normas descabelladas» la estaba sacando de sus casillas. Necesitaba hablar con alguien o se iba a volver loca. Delante de la niña tenía que fingir que no le pasaba nada y ante el padre no debía mostrar demasiada disconformidad. Si seguía así, reventaría. Y eso que tan solo llevaba unas pocas horas allí.

Así que en cuanto acostó a Hanna, conectó su portátil, pero se dio cuenta de que la conexión wifi tenía una clave de acceso. Y ¿ahora qué hacía? ¿Molestaba al Ser Supremo de esa casa o se jorobaba? Se levantó y se dirigió hasta la puerta del despacho con decisión. Necesitaba hablar por Skype con Olga. Ver una cara amiga. El teléfono o el WhatsApp no eran suficientes en esos momentos. Tocó con los nudillos dos golpes en la puerta.

—¿Quién? —Sonó la voz atronadora de Carl a través de la puerta.

Daniela se acercó lo más posible a la puerta y susurró para no despertar a Hanna:

—Soy Dani.

Oyó que en el interior se abrían y cerraban cajones con fuerza y el ruido de la silla de Carl al arrastrarla con energía. La puerta se abrió de golpe. Tras ella apareció el escritor con el ceño fruncido y cara de pocos amigos. ¡Qué raro, ¿no?!

—He preguntado quién era.

—He contestado, pero no he querido chillar para no despertar a Hanna. De todas formas, ¿quién iba a ser? —objetó frunciendo ella también el ceño.

Vale, quizá la niñera tuviese algo de razón... Pero se le hacía difícil aceptarlo ante ella. Enseguida se había dado cuenta de que esa joven no tenía pelos en la lengua.

—Bien. ¿Qué quería?

—Quería saber si me puede dar la clave de acceso a internet.

—¡Ah! Sí, claro. Un momento. No se mueva de ahí.

Carl se giró para dirigirse a su mesa. Cogió una hoja de posit y un boli y se la anotó. Daniela se dio cuenta de que no la perdía de vista, pues le dirigía miradas continuamente.

—Ya está. Aquí la tiene —le dijo mientras volvía a acercarse a ella y alargaba su mano para que cogiera el papel.

—Gracias. Buenas noches —le agradeció Daniela.

—De nada. Buenas noches —le respondió Carl a la vez que cerraba la puerta en sus narices.

«¡La madre que lo parió! ¡Qué maleducado!», pensó Daniela. «¿Y qué diablos le pasa con su despacho?». Daniela no entendía esa obsesión por que nadie entrase en él. Era la primera norma escrita, por encima de las de su hija. ¡Increíble! Además, antes de abrir estaba claro que había escondido algo en sus cajones. ¿Qué sería? La curiosidad llamó a las puertas de Daniela. ¿Qué estaría ocultando?

¡Bah! ¡Bobadas! Era un tipo maniático, nada más. Tendría que ingeniárselas para sortear las dificultades como pudiese. Debía aplacar su furor y pasar por el aro diciéndole a todo que sí, o por lo menos intentarlo... Difícil lo veía. Su carácter saltaba a la menor chispa de injusticia y ahí olía a ello a manos llenas.

En cuanto se conectó a internet, llamó a Olga por Skype, pero su amiga tardaba en aceptar la comunicación. Estaba ya a punto de apagarlo cuando paró el sonido de la llamada y apareció en la pantalla el rostro querido.

—¡Olga! ¡Por fin! —exclamó entusiasmada.

—¡Hola, cariño! ¿Qué tal todo? —preguntó con curiosidad.

—¡Buffff! ¡Un horror, Olga, un horror! —contestó deshaciendo la sonrisa que se había instalado en sus labios cuando había visto a su amiga.

—¿Tan mal ha ido? —inquirió desconcertada.

—Ni te lo imaginas —respondió con desaliento.

—Una cría mimada e insoportable. Como si lo viera.

—¡No! Un padre lleno de normas y reglas. Páginas y páginas llenas de normas, y seguro que cada día irá añadiendo más. Estoy muy agobiada, Olga, porque me tengo que contener y me hierve la sangre.

—¿Pero por qué te tienes que contener?

—¿En serio me lo preguntas? ¿Tú qué crees? Yo he venido aquí representando la perfecta niñera, ¿no lo recuerdas? —replicó con dramatismo.

—A ver, cariño, creo que te has confundido con el papel que encarnas —señaló con ternura.

—¿A qué te refieres? —preguntó extrañada.

—Pues muy sencillo. Una cosa es que le hagas creer que eres una mujer recatada y sosa, ¡una típica *nanny*, vamos!, y otra es que como niñera estés de acuerdo con todo lo que opine tu jefe. Creo que has mezclado los conceptos. Vamos, Daniela, eres mujer y estás llena de recursos para conseguir lo que quieras. Tú sabes que llevamos siglos haciendo creer a los hombres que obtenían lo que querían cuando en realidad caían rendidos ante nuestros subterfugios para salirnos con la nuestra.

Daniela se quedó pensativa mirando a su amiga.

—Bueno..., aunque tus palabras han sonado un poco rancias, creo que tienes razón —reconoció esbozando una sonrisa—. ¡Soy bestia hasta para actuar! Pero todavía no te lo he contado todo... Me he encontrado con un padre y una hija tristes. La madre murió hace un año y todavía se nota el duelo en el ambiente. Él es escritor y, al parecer, se pasa todo el día encerrado en su despacho. Nos ha prohibido estar en la planta de arriba que es donde se encuentra su despacho, salvo cuando vayamos a dormir. Y lo más importante de todo: no sabe cómo interactuar con su hija. No sé si es porque él así lo quiere o porque hay algo que se lo impide.

La joven continuó su perorata con tono triste lamentándose del ambiente sombrío que se había encontrado en esa casa.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Chica, tranquila! Lo que me cuentas puede ser comprensible, ¿no crees? Es una situación muy dura para ambos. Y aunque él no te haya contratado para eso, Dani, yo creo que en eso es en lo que te deberías concentrar. Tú eres una persona empática con los que sufren; y por lo que me cuentas, está claro que ellos están sufriendo. Ten paciencia con los dos. Sé que es difícil para ti porque eres un ser muy impetuoso, pero creo que tu estancia allí solo les puede traer bienestar porque eres una persona que destila alegría y envuelves a todo el mundo con tu halo de felicidad.

Daniela se quedó pensativa. Quizá se había desviado del tema y su amiga tenía toda la razón.

—¡Qué haría yo sin ti! Te haré caso. Hoy ha sido el primer día y me ha resultado catastrófico, por lo que lo veo todo negro, pero te prometo que a partir de mañana voy a cambiar el chip y contemplarlo desde otra perspectiva —observó más tranquila.

—Bien. Ya me contarás cómo te va. Ahora quiero que me cuentes cómo es él.

Con el cambio de tono de Olga, Dani captó de inmediato a lo que se refería su amiga. Una leve sonrisa juguetona comenzó a dibujarse en sus labios sin que ella misma lo percibiera.

—¡Uffff! ¡No te puedes hacer idea! Es el tío más guapo que he visto en mi vida. ¡Está cañón! Alto, con media melena rubia, unos ojos grises con pintas azules, una barba dorada que parece de terciopelo, unos labios carnosos y un cuerpo... —Terminó elevando los ojos hacia el techo—. Emana algo tan poderoso que cualquier mujer se sentiría atraída por él. Es más... hasta estaría dispuesta a hacer cosas que pensaría que no haría nunca.

Olga soltó una fuerte carcajada.

—¡Menuda sorpresa! Veo que te ha impactado. ¿Qué cosas son las que tú estás pensando hacer? ¿Estarías dispuesta a cortarte el pelo al cero?

—¡¿Yoooo?! ¡Tú estás loca! Hablaba en general —replicó horrorizada.

Su amiga volvió a reírse.

—Ya... ya... Mira que te conozco y sé que tienes muy mal ojo para los hombres. ¿Y su carácter?, porque oyéndote describir su comportamiento, no se me ha pasado por la cabeza que fuese un buenorro, lo imaginaba como un tipo más bien anodino, y a lo mejor es un bendito, aunque esté lleno de normas.

—Bueno, pues es un chasco de hombre. Todo lo que tiene de tío bueno, lo tiene de frío, estricto e inflexible; aunque en realidad, lo que más llama la atención de él, y creo que es el motivo de su frialdad, es la tristeza que emana. Además, tiene obsesión con que nadie entre en su despacho sin su consentimiento. ¡No veas la bronca que me ha echado esta tarde porque no he llamado a su puerta! —argumentó a la vez que se encendía de nuevo.

—¡Exagerada!

—¡Y una leche! Es la norma máxima, dicho por él. Jamás, bajo ningún concepto, podemos entrar en su despacho si no está él para darnos autorización. No exagero nada, petarda. Es más, esta tarde, cuando he entrado sin llamar, enseguida ha cerrado la pantalla de su portátil y ha guardado unas libretas en un cajón. Y, cuando he vuelto allí hace un rato para pedirle la contraseña de wifi, he oído perfectamente cómo, antes de abrir, ha guardado cosas en los cajones.

—Mmmmm —murmuró su amiga dándose golpecitos en sus labios con un dedo y un gesto en su rostro que evidenciaba unos oscuros pensamientos—. Eso sí que es sospechoso... ¿A qué has dicho que se dedica?

—Es escritor, por eso se pasa el día encerrado en su despacho.

—¿Cómo dices que se llama?

—Carl Schwartz. S-c-h-w-a-r-t-z —le deletreó.

—Espera un segundo... —le pidió Olga ensimismada.

A través de su pantalla, Daniela vio cómo su amiga dejaba de mirarla y tecleaba en su ordenador. ¿Qué demonios estaba haciendo?

—Dime, Dani, ¿y de dinero cómo va? —indagó la joven.

—Bueno, parece que tiene bastante. La casa en la que viven ahora la compró tras la muerte de su mujer, y es una casoplona. Todavía no la he podido ver del todo, mañana a ver si puedo hacer una turné por ella —le informó.

—Ajá...

La joven seguía haciendo algo en el ordenador.

—Pero ¿qué haces? —preguntó con curiosidad.

—¿Sabes si su familia tiene dinero? —volvió a interrogarla en lugar de responder.

—Pues no se... su madre viste bien, pero no parece una pija de la Milla de Oro de Madrid. ¡Y yo qué sé! —respondió intrigadísima.

—A ver... Este tío escribe novelas filosóficas, aunque hace unos cuatro años que no publica nada, pero a pesar de que tiene muy buenas críticas, no es Nietzsche. Me refiero a su fama. En ventas anda flojito, lo cual me hace preguntarme de dónde saca el dinero... —informó a Daniela con interés.

—Olga, ¿qué insinúas? —la interpeló al tiempo que fruncía el ceño.

—No insinúo nada, Dani, pero ese hombre tiene que tener otro tipo de ingresos, a no ser que sea un hijo de papá. Ahora bien, si tú dices que se pasa el día en su despacho... algo hará allí, ¿no?

—Escribir... —respondió Daniela.

—No estoy yo tan segura... —manifestó su amiga, dubitativa.

—¿Qué puede hacer si no? —cuestionó.

—No lo sé, Dani. Solo espero que no sea nada ilegal. —Dejó caer como quien no quiere la cosa.

—¡Caray, Olga! ¡No tiene pinta! —exclamó incrédula.

—Pero qué te crees, ¿que todos los asesinos se parecen a Hannibal Lecter? —cuestionó al ver la ingenuidad de su amiga.

—¡Hala! Te has pasado tres pueblos —protestó con énfasis.

—A ver, cielo. Yo no digo que haga algo que sea ilegal ahí dentro, pero no me digas que no es sospechoso que se encierre allí tanto tiempo y no deje entrar a nadie. Y más teniendo en cuenta que tampoco publica libros... No sé, Dani, no me gusta que estés allí sola, indefensa —confesó exponiendo sus temores.

—¡Olga! ¡Me estás poniendo nerviosa! —exclamó a la vez que se llevaba las manos a la cabeza.

—¡Oh! Lo siento... —se lamentó su amiga.

—¡No! ¡Ahora tienes que solucionarlo! ¿Qué me propones para dejar atrás estas sospechas?

—le replicó Daniela inquieta.

—Bueno... yo creo que tú puedes investigar un poco por allí y yo lo haré por aquí —estableció.

—¿Investigar? ¿Cómo?

—Muy fácil. Haciendo preguntas a la niña, a la madre de tu Carl... A todo el mundo. Y si pudieses entrar en el despacho y cotillear un poco, sería la hostia —indicó con una sonrisa maliciosa.

—¡Venga ya! ¿Estás hablando en serio? —protestó la niñera.

—Vale, quizá me he venido un poco arriba... De verdad que siento haberte metido el miedo en el cuerpo. ¡Olvídalo! —reconoció, arrepentida de provocar ese malestar en su amiga.

—¡Claro! ¡Qué fácil es para ti decirlo ahora! Pero yo estoy aquí —arguyó con el ceño fruncido. Se pasó las manos por la cara—. Mira, déjalo, ya me las apañaré. Ahora se me ha hecho muy tarde. A las ocho en punto tengo que estar junto a Hanna sentada ante la mesa del desayuno. Otra de sus normas.

—Está bien, cariño. Duerme tranquila. Seguro que mañana lo ves todo desde otra perspectiva —le deseó con la esperanza de tranquilizarla.

—Ya...

Cerró la pantalla del Skype y decidió perder cinco minutos en darse una vuelta por sus redes sociales. Desde que había aceptado el trabajo las tenía olvidadas y, no es que las utilizase mucho, pero le gustaba llevarlas al día. De vez en cuando, una vez a la semana más o menos, publicaba alguna cosilla en Facebook y en Twitter. Instagram lo mantenía un poco más activo porque aprovechaba cuando se hacía alguna foto con el móvil para subir sus cositas. Aunque debía confesar que lo que más le gustaba era el Whatsapp. Tenía varios grupos con los distintos amigos: del colegio, del instituto, de la universidad, familiares, etc. Y le gustaba participar en ellos, pero todavía no había contratado el *roaming*, así que había mantenido el teléfono apagado todo el día, salvo una llamada que había hecho a sus padres. Mañana lo contrataría sin falta.

Abrió Twitter y sus ojos se agrandaron por el asombro: tenía ciento treinta y ocho notificaciones. Cliqueó sobre el botón que las abría y comenzó a leerlas. Un tal «Fuera las zorras» había tuiteado sobre ella y lo más bonito que la llamaba era «boba». No conocía ese usuario, ni siquiera lo seguía. Investigó un poco en su perfil, pero tenía toda la pinta de ser nuevo. No tenía ningún seguidor, aunque, en cambio, él seguía a cientos de tuiteros. No entendía por qué se había ensañado con ella y para colmo había montones de «me gusta» y «retuits» de usuarios que no conocía de nada. ¡Mira que a la gente le gusta joder por joder! «Toda esta gente no sabe quién soy y le da pábulo a un gilipolla», gruñó furiosa.

Después abrió Facebook y se encontró con la misma sorpresa: cientos de publicaciones compartidas con su perfil con memes obscenos de muy baja calaña acompañados por un texto donde se la ponía verde por parte de «Fuera las zorras», y montones de «me gusta», «me encanta» y «me divierte», además de estar compartidas por cientos de usuarios. Había corrido

como la pólvora y no paraba de aumentar. A cada minuto que pasaba frente a la pantalla, más y más acciones se sucedían en las dos redes sociales.

Pero ¿qué estaba pasando? ¿Quién sería? No entendía nada.

Sin poder evitarlo, de sus ojos brotaron lágrimas de frustración. Jamás había entendido que la gente se dedicara a vomitar odio y hostilidad por las redes. Alucinaba cada vez que buceaba por las redes y se encontraba con un linchamiento de ese estilo, por lo que sentirse ella ahora como un saco de boxeo la había bajado a los infiernos.

Abrió Instagram, pero allí parecía que no había arremetido contra ella el cabrón.

Desesperada, volvió a repasar los perfiles de Facebook y Twitter en busca de información, aunque no encontró nada. Alguien se había ensañado con ella y no sabía el porqué. No explicaba nada en los post, solo la insultaba, así que no tenía ninguna pista.

Al final, con los ojos rojos de tanto llorar, se acostó para intentar eliminar de su mente el dolor causado por este acoso desmedido, pero dio vueltas en la cama hasta bien entrada la madrugada cuando cayó rendida en los brazos de Morfeo.

Capítulo 9

Eran cerca de las ocho de la mañana y Hanna todavía no había dado muestras de querer despertarse. Daniela se había levantado hacía ya un buen rato con la intención de no ir, como siempre, apurada de tiempo. Se había duchado, vestido y repasado de nuevo las normas de su jefe. Después había encendido su móvil y se dio de alta en el *roaming* de su compañía para, de inmediato, abrir el Whatsapp. Un montón de chats anunciaban, mediante sus números con fondo rojo, que tenía cientos y cientos de wasap. Abrió el primero de la lista y desplazó la pantalla mientras leía por encima los mensajes ¡Maldita sea! «Fuera las zorras» se había colado en varios de los chats de amigos suyos y había estado despreciándola, pero sus amigos habían salido en su defensa, lo que provocó una cadena de insultos. En los demás chats pasaba lo mismo. No entendía cómo podría haber hecho eso.

En esos momentos se encontraba sentada en una butaca que se hallaba en un rincón de la habitación de la niña observando cómo dormía, mientras una lágrima le resbalaba por la mejilla al recordar lo que estaba sucediendo en sus redes.

Le sabía mal despertarla. Se la veía dormir tan a gusto... ¡Hasta le caía la babilla por la comisura del labio! Si la niña todavía estaba durmiendo, es que necesitaba de ese tiempo de sueño. No creía necesario levantarla tan temprano por obligación. Ella pensaba que se podía ser un poco más flexible en eso, pero claro, después de la discusión del día anterior con Carl, no quería que se pensase que lo estaba desafiando.

Cuando tan solo faltaban cinco minutos para la hora del desayuno, observó cómo Hanna parpadeaba, abría un ojo y fijaba su mirada en ella. Daniela se restregó los ojos para limpiar todo vestigio de su pena, se levantó del sillón y se puso de rodillas frente al rostro de la niña. Ella no debía notarle nada. Haría de tripas corazón y solo tendría sonrisas para Hanna. Era lo importante y no la maldad que se escondía en alguien que lo más seguro fuera que ni conocería y la había tomado con ella como pudo ser con cualquiera. Estaba convencida. De alguna forma había recabado todos sus datos y estaba disfrutando como un cerdo cuando se revuelve en su charca de barro.

—Buenos días, preciosa —le susurró—. Me alegro de que te hayas despertado. Me hace

mucha ilusión pasar nuestro primer día juntas y estaba esperando que abrieses un ojo para empezar a disfrutarlo.

La niña abrió el otro ojo y la miró con atención. Incorporó un poco su cuerpecito.

—¿Tú quieres jugar conmigo?

La niña murmuró esas palabras con incredulidad y esperanza a la vez. A la joven le dio un vuelco el corazón y una congoja se le aferró a la garganta. ¿Y ella se preocupaba por un gilipolla cobarde que solo se atrevía a tomarla con ella porque tenía el anonimato asegurado? Le acarició los hombros y la espalda y le dijo:

—¡Lo estoy deseando, mi amor! Estoy loca por desayunar contigo y pasar todo el día junto a ti. ¿Quieres que te ayude a vestirme para ir más rápido? ¡Pero solo hoy, eh! Shhh, será nuestro secreto... —Acabó bajando la voz y poniendo el dedo índice sobre sus labios. Era otra norma del cuadriculado de su padre: la niña debía vestirse sola siempre.

Hanna afirmó enérgicamente con la cabeza y Daniela, de inmediato, la cogió en brazos, la llevó en volandas al aseo del cuarto de la niña, la lavó deprisa y la vistió con el primoroso vestidito que ya había preparado mientras esperaba que se despertase.

Era su primer día como niñera e iba a incumplir otra de las primeras normas. Bajó corriendo las escaleras con ella en brazos y entró a la cocina con brusquedad. Se paró en freno. Allí estaba ya Carl, sentado a la mesa, con su plato del desayuno delante a la vez que miraba el reloj del móvil.

—Llega tarde.

—Lo siento, Carl, ha sido sin querer —aseguró Daniela con una sonrisa mientras sentaba a la niña en su silla.

No pensaba discutir con él delante de la pequeña, así que actuó como si no hubiese notado el mosqueo del hombre. Se dirigió hacia donde estaba la señora Maurer para comprobar qué alimentos acababa de preparar para Hanna y dárselos a ella. La cocinera le enseñó los platos preparados para ambas, los cogió y volvió a la mesa para sentarse junto a la niña y frente a Carl.

—Oye, Hanna, esta casa es muy grande, ¿me la puedes enseñar en cuanto terminemos de desayunar? Es que creo que a lo mejor me puedo perder en ella... —le preguntó a la niña mientras ponía su plato delante de ella.

La niña sonrió. «¡Bien! ¡Punto para mí!», pensó la joven.

—Claro que sí. Yo te la enseñaré. La conozco muy bien —le respondió sintiéndose importante—. También puedo enseñarte el jardín. Es muy bonito.

—Me encantaría, cielo.

En cuanto Carl concluyó su desayuno, se despidió de las tres féminas con un simple «adiós», y Daniela, mientras Hanna iba al baño para lavarse, se acercó a la señora Maurer para interesarse sobre el tipo de alimentación que llevaba la niña e intentar indagar un poco más en la vida del

escritor.

—Señora Maurer, ¿lleva mucho tiempo trabajando para el señor Schwartz?

—Desde que se mudó a esta casa, señorita *Morreno*.

—Llámeme Dani, por favor.

La mujer levantó la mirada de las verduras que estaba cortando en ese momento, hizo un amago de sonrisa y afirmó con la cabeza.

—Y dígame, ¿él siempre se ha comportado así con su hija?

La señora Maurer volvió a mirarla, esta vez de soslayo.

—Yo veo, oigo y callo. Y a veces, ni veo ni oigo. Es la mejor forma de conservar un trabajo de estas características.

—Pero... pero... ¡eso no está bien! La felicidad de una niña está en juego.

La mujer se giró hacia ella, puso sus brazos en jarras y la miró con fijeza.

—Oye, españolita, ni se te ocurra insinuar que yo le he hecho algo malo a Hanna. La niña ha estado muy bien atendida por su abuela y por mí. Se han seguido las reglas del señor y todo ha funcionado a la perfección.

—¿En serio? ¿Ve usted feliz a esa niña? Se le nota a la legua que se siente desvalida. Yo no digo que su abuela y usted hayan hecho nada malo, pero lo que yo puedo ver es que a Hanna le falta algo más en su vida. Y le aseguro que no son más reglas.

La teutona agachó la mirada y giró su cuerpo para volver a sus tareas culinarias.

—No tengo opinión.

—Yo no le pido su opinión, señora Maurer. Solo pretendo que me ayude a tener más datos para ayudar a Hanna. Necesito saber cómo ha sido la relación del señor Schwartz con su hija desde que nació hasta ahora —pidió a la espalda de la empleada del hogar.

—Pues lo siento, pero tendrás que preguntarle a él o, en todo caso, a su madre. Ella, a lo mejor, satisface tu curiosidad —le replicó sin volverse.

—Señora Maurer, le aseguro que no es curiosidad. No soy una persona que me interese la vida de los demás, pero necesito saber por lo que ha pasado esta niña para conseguir que sea feliz, como debería serlo.

—Lo que tú digas.

Un resoplido salió de la boca de Daniela al comprobar que no iba a tener una aliada en ella. Además, había detectado un tonito que no le había gustado cuando la había llamado «españolita», aunque lo había dejado pasar en pos del bienestar de la niña.

Había que ser ciega para no ver lo que ocurría allí. A ella tan solo le habían hecho falta unos breves segundos para darse cuenta de que entre padre e hija había un abismo que los separaba, y eso estaba dañando a ambos, a los dos, aunque Carl no se diese cuenta. Solo le quedaba intentar tener la complicidad de la madre del escritor, así que se prometió a sí misma buscar la oportunidad perfecta para hablar con ella.

En ese momento volvió Hanna, y Daniela le pidió de nuevo que la guiase para conocer la casa

y su jardín. Se dedicó a observarla durante todo el recorrido e intentaba sobreactuar para motivar a la niña a que expresase emociones. Al principio Hanna andaba modosita y en silencio junto a ella. La joven le hacía preguntas todo el rato para estimularla a hablar, le gastaba bromas y la incitaba, por medio de su propio movimiento, a que se liberase del corsé que tenía. Alargó todo lo que pudo la visita guiada con el fin de que la niña se sintiese cómoda a su lado en su entorno, donde ella se encontraba más cómoda, hasta lograr que se abriese cada vez más y su cuerpecito se relajara. Con gran placer observó cómo ella sola comenzaba a agarrarla de la mano para llevarla de un sitio a otro y cómo su sonrisa era cada vez más amplia, así como su vocecita comenzaba a sonar más firme y confiada.

Era una niña de tan solo cuatro años y, aunque la habían mantenido fuera del dolor de ver a su madre enferma, sí que era receptiva de la pena que flotaba en el ambiente, pero Daniela estaba convencida de que Hanna estaba deseando salir de esa tristeza, y en cuanto tuviese el suficiente aliciente, sería una niña normal.

Cuando Carmen, la madre de Carl, se pasó por la casa para ver cómo se desenvolvía la niñera y si necesitaba algo, se encontró con que Hanna estaba durmiendo una pequeña siesta, y Daniela estaba en el salón redactando una lista de lo que necesitaba cambiar para acondicionar una zona en la planta baja para la niña. La joven decidió aprovechar la visita para hacerle alguna pregunta que tenía en la punta de la lengua pero que no se atrevía a realizar al soberbio Carl, y de la señora Maurer ya había obtenido su rechazo a contestarle.

—Carmen, ¿usted está de acuerdo con las rígidas normas que ha impuesto Carl para el cuidado de su hija?

Así, a bocajarro. No había otra forma de hacerlo. O más bien, los subterfugios no iban con ella.

La mujer la miró con preocupación.

—No, hija, no. Por supuesto que creo en la disciplina, pero cada edad tiene su límite y el que ha impuesto mi hijo es excesivo para la niña. Lo he hablado infinidad de veces con él, pero no me ha hecho ni caso. Yo creo que ni me ha escuchado. Por eso venía todos los días y me llevaba a Hanna al parque. Por lo menos el rato que pasaba conmigo estaba exento de normas. ¿Sabes? Mi pobre hijo apenas ha ejercido de padre desde que mi nieta nació, así que creo que está algo desentrenado. Pero ahora que tiene a Hanna con él no tendrá más remedio que desenvolverse en ese papel. Yo estoy convencida de que será uno excelente en cuanto comprenda que las normas varían según las necesidades.

—¿Podría decirme de qué murió la mamá de Hanna?

Carmen se sorprendió con la pregunta, y antes de responder se levantó del sofá y miró fuera de la sala para asegurarse de que su hijo no estaba por allí.

—Dani, no debes nombrar a Ingrid jamás. Mi querido hijo no ha superado su muerte todavía. Ten en cuenta que tan solo hace un año que falleció y padecimos mucho con su larga enfermedad. Fue un cáncer, hija. Un maldito cáncer. ¡Hacían tan buena pareja! Llevaban toda la vida juntos. Toda la vida. Se conocían desde niños, en el instituto comenzaron su noviazgo y se casaron jovencísimos, aunque no tuvieron a Hanna hasta hace cuatro años. ¡Y no porque no lo intentaron! Estaban locos por ser padres desde que se casaron, sobre todo Ingrid. Así que cuando ella no pudo vencer a la enfermedad, Carl se quedó destrozado.

—¡Oh, Carmen! Lo siento, de verdad que lo siento, pero debo saber este tipo de cosas para comprender cómo tratar a Hanna. Perdóname que haga tantas preguntas personales.

—Pregunta lo que quieras, lo comprendo, Dani. La niña tenía tres añitos cuando murió Ingrid y llevaba sin verla casi otro año más, así que tiene poquísimos recuerdos de ella, o más bien ninguno.

—¿Por qué no la vio antes de fallecer?

—Ingrid se deterioró con mucha rapidez; la radioterapia y la quimioterapia redujeron su cuerpo a piel y huesos además de causarle una debilidad extrema, por lo que el último año de vida se lo pasó casi por completo en el hospital. Mi nuera no quería que la niña tuviese ese recuerdo de ella y se negaba a que la llevásemos. Mi marido y yo nos hicimos cargo de la niña durante ese año y algunos meses después. Hasta que Carl compró esta casa y consideró que ya era hora de tener a su hija junto a él.

—¿Ustedes también viven en esta urbanización?

—¿Nosotros? ¡Oh, no! ¡Ya me gustaría, ya! —respondió con una carcajada—. Nosotros vivimos en Coblenza, en una casita muy apañada, pero la mitad de la mitad de esta.

—Y dígame... ¿qué tipo de novelas escribe su hijo? —fisgoneó Daniela sin pizca de remordimiento.

No era una pregunta de cuya respuesta dependiese la estabilidad emocional de la niña, pero la curiosidad le pudo.

—¡Ay! La verdad es que son novelas complicadas y profundas. Para mí son un tostón. Las leo porque las escribe él, que si no... Pero negaré esta conversación si te vas de la lengua, querida —le dijo con una amplia sonrisa—. Yo soy de novela romántica. Ahora mismo estoy enganchada a una autora alemana que causa furor en todo el país y parte del extranjero. Se llama Cora Sahan, y si quieres te puedo dejar algunos libros de ella para que la leas.

—¡Me encantaría, Carmen! Yo también soy fan de las novelas románticas. Me he traído un montón de mis autoras españolas preferidas. Son fantásticas. Si quieres podemos hacer intercambio.

—¡Eso sería estupendo! Me gustaría mucho leer en mi idioma.

La madre del escritor era una andaluza dicharachera que transmitía alegría y ternura. Se le notaba el amor que sentía por los suyos y Daniela pensó que con ella tenía una gran aliada. Tenía un arduo trabajo por delante si quería cumplir con su objetivo de conseguir erradicar la tristeza

de esa casa. Era cierto que ella debía ocuparse solo de la niña, pero la joven sabía que jamás lo conseguiría con plenitud si no metía en el lote al padre de la criatura. Él tenía que participar en el día a día de su hija. Para ello debía demostrar ante los ojos de Carl su gran profesionalidad y conseguir su confianza para que poco a poco le fuese inculcando sus obligaciones para con su hija. Ese era su primer objetivo. ¡Luego ya vendría el desenfreno!

Capítulo 10

—Carl, si no tiene inconveniente, necesitaría una copia de las llaves de la casa.

Daniela lo había abordado cuando se dirigía a la cocina. Hanna y ella ya habían cenado y la niña dormía, por lo que la joven aprovechó para ir a la planta baja a planificar los cambios que necesitaba para acomodarla a sus requisitos. Se encontraba en una salita más informal que lindaba con la cocina cuando oyó los pasos que bajaban por las escaleras.

—Por supuesto, por supuesto, no sé cómo no he caído en el detalle —reconoció mientras se dirigía a un cajón del mueble de la entrada. Rebuscó en él y cuando encontró las llaves, lo cerró y volvió junto a Daniela.

—Tome, siento no habérselas dado antes —se disculpó a la vez que las depositaba sobre la palma de la mano de la joven.

Carl se fijó en ella. Era una mano de dedos largos y finos, con las uñas muy cuidadas. Eran unas manos que hablaban de firmeza. El joven respiró con fuerza y una fragancia seductora y salvaje de flores silvestres y cítricos le penetró por las fosas nasales.

—¡Qué cosa más linda es su hija, Carl! Me ha guiado en una extensa excursión por toda la casa y el jardín.

—Parece que ha congeniado con ella.

—Es fácil, es una niña encantadora. —Lo miró con decisión—. Carl, deberíamos hablar un poco sobre las normas, ¿no le parece?

A Carl, su tono de voz le sonó amistoso, afable, y eso le gustó. No tenía ganas de batallar con ella. No era lo mismo tener que consensuar conceptos con su esposa que escuchar a una mujer cuestionar su forma de vida, pero sabía que necesitaba ayuda con su hija, eso era así. Y, aunque le costase, convenía atender a quién debía tener mayor conocimiento sobre educación.

Afirmó con la cabeza y con un gesto de su brazo la invitó a entrar en la salita para acomodarse ambos en el sofá.

—¿Ya las ha leído? —le preguntó en cuanto se sentaron.

—Pues sí —le respondió Daniela con tono firme, una mirada clara dirigida hacia los melancólicos ojos y una sonrisa que pretendía ser cordial.

—Entonces, habrá podido comprobar que son unas reglas muy sencillas y fáciles de seguir, basadas en la coherencia. Yo las considero básicas para la buena convivencia.

¡Vaya por Dios! ¡Qué poco le iba a durar la sonrisa cordial!

—Bueno... eso de la coherencia...

—¿No está de acuerdo con algún punto? Ahí está explicado cómo quiero criar a mi hija. Hanna tiene que seguir un horario y unas costumbres para adaptarse a mi vida —aclaró el escritor, extrañado.

Daniela escuchó las últimas palabras y ardió por dentro. Respiró con fuerza para calmarse. No tenía claro si él era así de desapegado y egoísta o, en realidad, era un padre inexperto que se sentía sobrepasado por la situación. Las palabras de Carmen dejaban entrever que era más por lo segundo, por lo que ella debía llenarse de paciencia y no abalanzarse como un toro ante un capote rojo en cada encuentro con el escritor.

—Creo que no sabe de lo que está hablando, Carl. ¿Adaptarse ella a su vida? Hanna tan solo tiene cuatro años. —Intentó razonar con él—. Ya sé que ha estado ausente de su lado un tiempo, pero no me puedo creer lo que está diciendo. Siento romperle los esquemas, Carl, pero lo sensato es que usted sea el que se adapte a los ritmos de ella.

—Señorita Moreno, usted no está aquí para cuestionarme, sino para cumplir con su trabajo —replicó Carl, con un tono que no dejaba dudas que se había ofendido.

Daniela se dio cuenta del cambio en el trato del escritor y de que sus palabras habían sonado a reproche mucho más de lo que pretendía, por lo que intentó morderse la lengua e infundir a su voz un tono de reconciliación, aunque fuese para meterse en otro charco más.

—Lo siento, Carl, pero yo considero que la relación de usted con su hija también forma parte de mi trabajo.

—¿Cómo dice? —inquirió Schwartz con voz enérgica, pero a un volumen bajo, contenido.

—Disculpe, pero me gustaría saber cuándo suele jugar con su hija, o pasear con ella, o simplemente estar a su lado viendo una película de Walt Disney. No he leído nada sobre eso en el cuaderno que me ha pasado.

—Cuando puedo —confesó al fin, desconcertado.

—¿Pero tiene alguna hora al día de preferencia?

El interrogatorio de la joven niñera lo estaba poniendo entre la espada y la pared. Le estaba dando de lleno en los puntos flacos de sus normas.

—No. Suelo verla en las comidas —reconoció, renuente.

«Este pobre hombre no sabe qué hacer con su hija», pensó Daniela a la vez que se fijaba en sus labios carnosos. Había observado que cuando estaba en tensión se le formaba un rictus en su boca que los proyectaba hacia afuera haciéndolos aún más atrayentes. La joven se dio cuenta de lo que estaba pensando y no pudo contener una risita suave ante lo absurda de su reflexión. Intentó disimularla con un carraspeo, pero Carl se dio cuenta y se sintió ofendido.

—¿Se puede saber por qué se ríe? —preguntó con tono acerado.

—¡Ay, lo siento, Carl, de verdad! No es que no me tome el asunto con seriedad...

Pero sus palabras de redención cayeron en saco roto porque no pudo evitar sonreír de nuevo, esta vez con una leve mueca guasona tan leve que esperaba que él no se diese cuenta. O se lo tomaba con humor, o le iba a salir una úlcera en el estómago en cuatro días.

Estaba claro, leídas las normas y escuchado sus motivos, que ese tipo no tenía ni idea de cómo criar a una niña de la edad de Hanna. Daniela dudaba hasta de que supiese algo sobre los recién nacidos, pese a que la pequeña ya había pasado por esa etapa. Dialogar con ese hombre era como encontrarse de golpe con un padre primerizo de los que hablan solo de teoría y no conocen la práctica. En definitiva: se iba a llevar un buen chasco.

—Eso espero, porque para mí es algo muy serio.

—Le aseguro que para mí también, Carl. Por eso quiero seguir hablando sobre sus normas.

—Adelante.

Lo miró fijamente al tiempo que golpeaba sus labios con un dedo índice.

—¿Sabe? Voy a hacerle una revelación... Pasarán muchos años hasta que consiga que haya silencio absoluto en la casa, como marca su segunda norma. Quizá cuando Hanna se vaya a la universidad... ¿O quiere que le ponga un bozal?

»Carl —continuó la joven antes de que él reaccionara al asombro que reflejaba su rostro ante sus palabras—, puedo entender que se sienta abrumado y pretenda tenerlo todo controlado, pero eso es muy difícil en una niña de la edad de Hanna. Se lo aseguro. Está en una etapa de aprender y absorberlo todo, por eso lo que hay que hacer es llenarla de estímulos positivos. Este es el momento más importante, cuando se fragua la personalidad, y lo que necesita es colmarle la vida de felicidad. Aprendiendo, sí, obedeciendo, sí, pero también dejando margen a la improvisación y a la espontaneidad.

Carl la miraba atónito, cosa que Daniela aprovechó para seguir hablando y dedicarse a desgarnar todas las normas impuestas por él.

Mientras tanto, él la escuchaba en silencio. Sabía que no era el momento de que intentase interrumpirla, porque estaba convencido de que ella iba a decirle todo lo que pensaba sobre esto. Sí o sí. Ya la tenía calada.

Pero, por otro lado, el escritor se sentía desconcertado. Ponía pegas a todas las normas que él había elaborado para el bien de la casa, aunque debía reconocer que alguna de ellas tenía que reconsiderarlas. Pero lo que ella pretendía era que su hija fuese la que controlase la vida familiar. Podría haber un término medio, ¿no? Un equilibrio...

Además, por lo visto, esta chica tenía la facultad de regañar a todo el mundo. Bueno, a todo el mundo no lo sabía, pero a él sí. Eso sí, sin una mala palabra ni un insulto y sin una ofensa. A pesar del sermón que Daniela le estaba dedicando, él no escuchó ni una sola palabra que fuese una afrenta, pero sea como fuera, en ese momento lo estaba regañando. A él, que casi peinaba canas, lo estaba haciendo sentir como un imbécil.

Por otro lado, sin saberlo ella, había dado con el quid de la cuestión. Tenía poca experiencia

con los niños, más bien ninguna, y su hija no era una excepción.

La miraba con fijeza a los ojos cuando volvió a notar ese punto de burla en ellos.

Cualquiera diría que disfrutaba poniendo en entredicho todas sus reglas, una por una.

Sin saber por qué, recordó los ojos de su mujer.

Los ojos negros de Daniela eran tan distintos de los ojos azules de Ingrid que no entendía por qué los había relacionado. Quizá precisamente por ser tan opuestos. Eran totalmente distintas en lo físico como en el carácter. Mientras que Daniela era morena y alta, Ingrid era pequeña y rubia; de un rubio casi blanco que heredó Hanna. En cuanto a su forma de ser, Ingrid era introvertida y sensible. Sin embargo, Daniela era extremadamente extrovertida, fuerte y cariñosa. No quería decir con eso que su mujer no fuese cariñosa, por supuesto lo era, pero sus muestras de cariño eran mucho más contenidas que las de Daniela, como había podido observar cuando se relacionaba con su hija.

Cuando nació Hanna, su mujer estaba tan ilusionada con la maternidad que se centró en su hija de tal manera que no permitía que él se hiciese cargo de la niña en ningún momento, con un sentimiento casi posesivo. Llegó hasta a sentirse desplazado por su hija en el cariño de su mujer hacia él. Con el tiempo, ese sentimiento se le pasó, pero debía reconocer que no participó en su crianza. Luego, cuando ella cayó enferma, su madre decidió llevársela a su casa y él no estaba en condiciones de oponerse. Por eso, desde que la tenía con él, se sentía frustrado ante su falta de experiencia. No le gustaba reconocerlo, pero era así. De lo que sí que estaba convencido era de que las normas eran necesarias para criar a Hanna, y que Daniela se burlase de ellas le estaba sentando fatal.

El silencio los envolvió en cuanto la joven acalló su voz. Carl tardó unos segundos en romperlo. Había sido duro escucharla. Mucho. Todas esas normas habían sido elaboradas porque él creía en su eficacia, y escuchar de boca de esa joven que acababa de conocer que estaba equivocado no le había hecho ni pizca de gracia.

—¿Algo más? —inquirió con voz cortante—. Parece que a ti lo que más te gusta es llevar la contraria a los demás, ¿verdad?

Sorprendida ante su acusación tanto como del tuteo, Daniela lo miró con los ojos bien abiertos. Lo más seguro era que le habría salido sin pensar. Y como ella veía absurdo que a la edad de ambos tuviesen un trato tan formal...

—Eh, eh, tranquilízate —dijo ella imitando el tratamiento—. Espera un momento, yo no pretendía que te enfadaras. Intentaba tener una conversación y aportar otras opciones. Simplemente eso. Intercambiar ideas.

—Pues ha sonado a discurso de reprimenda.

—Pues te pido perdón si ha sido así. Es más, después de todo este sermón que te he dado y pese a lo que pienso, te prometo que intentaré seguir punto por punto tus normas, siempre que sean posible. ¿Te parece suficiente?

Carl abrió su boca para preguntarle a qué se debía entonces su reprimenda, pero se lo pensó

mejor. No entendía nada, ni las tenía todas consigo, pero decidió darle un voto de confianza a la vez que se prometió a sí mismo estar pendiente de si era así.

—De acuerdo, pero espero que me consultes antes de incumplir alguna de ellas.

—Lo intentaré también. Pero, a cambio, me gustaría que hicieses un pequeño esfuerzo e intentases cenar con tu hija. ¿Trato hecho? —concluyó alargando la mano para que Carl se la estrechase.

Ella tenía la sospecha de que la distancia que mantenía con su hija era consecuencia de que él no se sentía un buen padre y por eso estaba todo el día enfurruñado y se comportaba de forma inflexible con sus dichas normas. Lo más seguro era que Carl quería demostrar que ahora estaba comprometido con su hija, pero ella debía hacerle comprender que no hacía falta comportarse como un sargento para ser padre.

—Ya veremos... —Pero pese a sus dudas, alargó la mano; y en cuanto ciñó los dedos de la joven y sintió la suavidad de su piel, notó una sacudida en su cuerpo que llevaba mucho tiempo sin sentir.

Sus miradas se cruzaron y se engancharon, así como sus manos. Él notó cómo una espiral se iba generando en su interior como si fuese una tempestad de emociones y el corazón de ella se convirtió en un acelerador de partículas a punto de colisionar.

Daniela decidió que tenía que plantarles cara a esas emociones antes de que se intensificaran y la guiasen por un camino que se había propuesto rechazar, por lo menos en mucho tiempo. Así que optó por cambiar de tema drásticamente al tiempo que recuperaba su mano y se levantaba.

—Y ahora que ya hemos llegado a un entendimiento, ¿vas a cenar?

—Sí —respondió Carl, desconcertado, mientras la imitaba y la seguía, hipnotizado.

—¿Quieres que te ayude o que te haga compañía? La verdad es que no me importaría pasar un rato con un adulto —reconoció la joven con una sonrisa.

—Si es lo que deseas, ven. A mí tampoco me vendría mal conversar un rato y despejarme de tantas palabras escritas. Siempre y cuando no me regañes más... —terminó con una sonrisa irónica.

Daniela se quedó cautivada por ese gesto, pero supo reaccionar a tiempo para no parecer una boba. Soltó una carcajada y le respondió:

—Tranquilo. A estas horas podemos hacer una tregua, ¿qué te parece? Yo también necesito desconectar de vez en cuando de mi trabajo.

—Buena idea. A partir de hoy, en cuanto Hanna esté durmiendo por la noche, se acaba tu hora de trabajo y comienza tu descanso. Y cuando quieras, te invito a que me acompañes a cenar y seamos simples conocidos.

—Me parece perfecto —le respondió sorprendida.

No esperaba que en algún momento él quisiera deshacerse de su cara de severo padre para dejar paso al hombre. Sin más. Aunque tenía su lógica. Todo el mundo tiene distintos lados con distintas caras y diversas aristas, como un dado, y nunca se sabe qué lado va a mostrar. Bueno,

era interesante ver esta nueva faceta del escritor.

Mientras conversaban se habían ido acercando hasta la cocina. Cuando entraron, Carl alargó el brazo para señalar una silla.

—Siéntate mientras me preparo la cena, por favor.

—No, prefiero ayudarte, si no te molesta. Te aseguro que soy una buena pinche de cocina.

—Perfecto, porque no se me da muy bien, así que me voy a aprovechar de tu auxilio. Ya que te ofreces tan generosamente voy a elegir la cena que menos me gusta preparar porque hay que cortar verduras y lo odio.

—¡Vaya! Vas a hacer que me arrepienta —dijo Daniela con una sonrisa, aunque no tenía claro si hablaba de broma o en serio.

—Ya es tarde —respondió Carl entre tanto sacaba distintas verduras y las dejaba sobre la encimera al lado de una tabla de madera y un cuchillo—. Ahí tienes.

La joven se dispuso enseguida a cortarlas, pero cuando observó que él se dedicaba solo a mirarla, paró.

—¿Qué? —lo instigó—. ¿Solo vas a vigilar que lo haga bien?

—Hasta que tú no termines de cortarlas yo no puedo continuar, pero voy a aprovechar y tomarme una cerveza. ¿Quieres?

—¡Ya lo creo!

Carl extrajo las cervezas de la nevera y le dio una a ella. A partir de ahí, durante el tiempo que tardaron en realizar la menestra de verduras, conversaron con tranquilidad sobre distintos temas, aunque los dos evitaban hablar de Hanna y sus normas. Después, ambos se sentaron en las sillas, uno frente al otro, y mientras el escritor comía, a Daniela se le desató la lengua. Ella era así. Le gustaba hablar con la gente y necesitaba poco para dar todo de sí misma. Una sola pregunta de Carl sobre su vida en España bastó para que casi le contase desde el día de su nacimiento.

—Así que, gracias a mi amiga Olga, que me enseñó el anuncio, acudí a la entrevista, aunque eso me provocó una pelea con mi novio.

—¿Tienes novio? —preguntó sorprendido. No se le había pasado por la cabeza.

—¿Qué pasa? ¿Crees que ningún hombre sería capaz de aguantarme? —inquirió la joven con sorna.

—Yo no he dicho eso —espetó Carl frunciendo el ceño.

La joven lo miró atónita.

—Oye, ¿tú no sabes lo que es la ironía y el humor?

—Por lo que veo, me cuesta reconocerlo en las españolas. Con mi madre me pasa lo mismo.

—Pues entonces, tú y yo vamos a tener muchos choques, porque a mí me gusta tomarme las cosas con sorna, y si no lo pillas te vas a ofender muchas veces —advirtió Daniela, con tono risueño.

—Bueno, quizá, ya que eres mi empleada, deberías tener más cuidado de cómo me dices las cosas —adujo el escritor endureciendo el tono.

La joven abrió los ojos como platos.

—¡Ah, vale! ¿Ahora sí que soy tu empleada? ¿Ya se ha acabado la tregua? Pues nada, señor Schwartz, con su permiso o sin él, me voy a la cama —alegó Daniela al mismo tiempo que se levantaba y se dirigía hacia la puerta con un tono en su voz de evidente enfado, sin darle tiempo a reaccionar a Carl.

El escritor no pudo evitar sentirse mal. Lo había pasado bien preparando su cena con Dani y oyéndola contar multitud de anécdotas suyas.

Era cierto, él había roto la tregua. Y todo por una tontería. ¡Por supuesto que tenía sentido del humor! El problema era que ya no lo recordaba... La bruma que oscurecía su mente desde hacía tanto tiempo se había encargado de borrarlo de su ser. Y para qué mentirse a sí mismo: estaba deseando volver a disfrutar de su olvidado buen humor.

Cuando Daniela llegó a su cuarto se dirigió de inmediato a su portátil, levantó la tapa, se quedó mirando la pantalla negra y la cerró de nuevo. No le apetecía volver a verter un montón de lágrimas más. Ya había tenido bastante cada vez que había mirado a escondidas el Whatsapp a lo largo del día. Quizá por eso había reaccionado así ante las palabras de Carl. En otras circunstancias, lo más seguro era que hubiese seguido con la coña. Pero se encontraba en shock con ese tema y no había hallado todavía una solución. Por lo menos, sabía que debía hablar con todos sus amigos en privado, agradecerles la defensa hacia ella y pedirles que pasasen de él, que no le diesen más munición para seguir con sus insultos y su forma de desacreditarla.

Capítulo 11

Carl observaba desde la ventana el trasiego que se llevaban Hanna y Daniela. Estaba chispeando y con los chubasqueros puestos, las dos elegían y cortaban flores. Había escuchado una algarabía en el exterior y, con el ceño fruncido, se había acercado a la ventana para llamar la atención a quién la estuviera formando, pero al ver que eran ellas, cambió de opinión. Le sorprendió el chubasquero nada discreto de la niñera, que estaba compuesto por varias partes, cada una de las cuales era de un color estridente: amarillo limón, rojo fuego, azul eléctrico y verde fosforito. Seguro que se la vería a leguas de distancia. Hanna también llevaba sus botas de agua y sus andares eran torpes. El escritor no pudo evitar levantar sus comisuras de la boca en una sonrisa tierna. ¡Qué pequeñita se la veía al lado de Daniela!

No conseguía entender lo que hablaban, pero como sintió curiosidad, abrió la ventana. Estaban delante de uno de los parterres ornamentales de jardín.

—Mira, Hanna. —Oyó con nitidez la voz de la niñera—. ¿Sabes qué son estas flores?

—Margaritas. —Oyó tenuemente la voz de su hija.

—¡Bien! Eso es. Y, ¿sabes lo que significan?

No escuchó la voz de la niña, pero la vio mover la cabeza en sentido negativo.

—Representan el cariño. Cuando le regalas a alguien margaritas, le estás diciendo que lo quieres. ¿Y esta, sabes cuál es? —preguntó la joven señalando otra planta.

Hanna volvió a gesticular con la cabeza para negar.

—Esta es una cala y significa «simpatía». Si regalas una cala a alguien, le estás ofreciendo tu simpatía.

—Estas son rosas —dijo la niña señalándolas con timidez.

—Pues sí. ¡Muy bien! Has acertado. Rosas rosas.

—¿Qué significan?

—La felicidad.

—¿Y estas? —volvió a preguntar la niña señalando otro parterre repleto de hortensias.

—Son hortensias, y significan «el paraíso».

—¿Qué es el *padadiso*?

Daniela soltó unas cristalinas y alegres carcajadas y Carl amplió su sonrisa.

En el desayuno le había pedido disculpas por sus palabras de la noche anterior y ella le había quitado importancia con esas mismas risas. Sin atisbo de rencor, la joven le guiñó un ojo y le contestó que al fin y al cabo no le extrañaban de él. Otra vez había fruncido el ceño ante sus palabras, pero al ver que ella volvía a estallar en sonoras risotadas, comprendió que se lo había dicho de broma. O eso creyó...

—Es pa-ra-í-so, y es el nombre que ponemos cuando un lugar es muy bonito y nos gusta mucho estar allí.

La niña se quedó pensando, se llevó un dedo a la boca y luego miró a Daniela.

—¿Cómo la casa de mis abuelitos?

—Eso es. Si a ti te gusta ir allí, para ti la casa de tus abuelos es un paraíso.

Hanna afirmó con la cabeza. Sí. Lo había comprendido; y sí, la casa de sus abuelos era el paraíso.

—Hanna, ¿quieres que cojamos flores para regalárselas a tu padre? Seguro que a él le hace mucha ilusión.

—¡Sí! —gritó la niña a la vez que daba saltitos entusiasmada.

—¿Cuáles quieres regalarle?

La niña meditó durante un rato a la vez que miraba las plantas.

—Estas. Las margaritas —aseveró señalándolas.

—¡Perfecto! ¡Muy bien elegidas! Con ellas le estarás diciendo a tu padre que lo quieres.

—Sí.

Carl sintió un dolor en el pecho. Dos emociones muy fuertes se habían confrontado dentro de él. Por una parte, saber que el paraíso para su hija era la casa de sus abuelos y no la suya le había dolido en lo más profundo y, por otra parte, había estado en suspenso hasta que oyó a su hija elegir las margaritas para él y lo embargó una sensación que hacía mucho tiempo que no sentía: la felicidad.

Y ahora no sabía cómo actuar. ¿Bajaba para hacerse el encontradizo con su hija para que le entregase el ramo de flores o esperaba a la hora de la comida? Al final, decidió no alterar sus costumbres y volver a su mesa de despacho para seguir escribiendo. Era la hora de trabajar y era lo que tenía que hacer.

Estaba cerrando la ventana cuando oyó la voz de Daniela ofreciéndole algo a Hanna que le llamó la atención.

—Hanna, ¿quieres chapotear en ese charco?

Volvió a asomarse con el tiempo justo de ver dudar a su hija mientras miraba el charco que le señalaba su niñera. El escritor frunció el ceño en tanto observaba la reacción de su hija. Esperaba que no claudicase ante la petición insensata de la joven. Hanna dio un paso hacia el charco y se paró.

—Venga, Hanna, ¡es divertido! ¿No has chapoteado alguna vez en un charco?

La niña movió con energía su cabeza.

—¿Quieres hacerlo? ¿Quieres que te acompañe? —le preguntó la joven a la vez que le alargaba la mano para que Hanna la cogiese.

Ella, con timidez, afirmó con la cabeza, estiró su bracito y metió su diminuta mano entre los dedos largos de su niñera. En cuanto la joven agarró la mano de Hanna, estiró de ella y se adentró en el charco levantando los pies y dejándolos caer de golpe. La niña, al principio solo la miraba, pero en cuanto Daniela comenzó a saltar y reír a mandíbula batiente, se decidió a imitarla.

Desde la ventana, Carl no les quitaba ojo a las dos. Había estado a punto de dar un grito para que su hija no se adentrara en esa agua encharcada, pero algo lo detuvo. Cuando la vio afirmar con tanto ímpetu y posar su manita en la de la joven niñera con confianza se sintió incapaz de negarle esa gran aventura para ella. Las contempló hasta que se cansaron de chapotear y decidieron volver a la casa. Entonces cerró la ventana, pero no se apartó de ella.

Su mirada se concentró en el infinito y su mente navegó entre pensamientos hacia su hija y Daniela. Él no recordaba la risa de su niña y lo peor de todo era que hasta ese momento tampoco la había echado de menos. ¿Cómo había podido estar tan sordo? Un pinchazo de culpabilidad se incrustó en su corazón, aunque lo desechó con energía. Todavía no estaba preparado para pensar en sentimentalismos. Primero debía curarse él para poder dar todo de sí a su hija.

Unas alegres y sonoras carcajadas recibieron al escritor cuando llegaba a la puerta de la cocina. En cuanto asomó por ella sus ojos se desorbitaron: Hanna y Daniela estaban embadurnadas de harina, con las manos metidas en una masa, en tanto la señora Maurer las miraba con desaprobación.

—¿Qué ocurre aquí? —inquirió Carl con tono seco.

Las dos se giraron sorprendidas, y del rostro de la niña, al ver el de su padre, desapareció la sonrisa que la iluminaba.

—¿Ya es la hora de comer? —preguntó Daniela, perpleja.

—En efecto —respondió Carl entretanto se acercaba hacia ellas.

—Perdona, es que le he propuesto a Hanna preparar una coca de verduras para cenar esta noche y estábamos preparando la masa para dejarla reposar. Ahora mismo terminamos. Si quieres, empieza a comer tú. Enseguida nos unimos —le explicó a Carl a la vez que hundía sus manos en la mezcla—. Venga, Hanna, sigue amasando que tenemos que comernos el estofado tan succulento que ha hecho la señora Maurer.

La niña volvió la vista hacia ella, sonrió y continuó jugando con la masa.

—Está bien. Señora Maurer, sírvame, por favor, comeré aquí mismo —admitió Carl a la vez que se dirigía hacia ella para coger su plato cuando se lo sirviera y llevarlo hasta la mesa de la

cocina.

Una vez que se hubo sentado, el escritor se dedicó a contemplarlas mientras hundía la cuchara en el estofado y se la llevaba a la boca. Observó cómo su hija cuchicheaba con Daniela en un claro intento de que él no la oyese, pero no lo consiguió.

—Dani, ¿le doy ahora las flores?

La niñera miró de soslayo al escritor y luego a la niña.

—No, cariño. Mejor después de comer. Ahora no es el momento.

—Vale —se conformó su hija.

Una leve sonrisa se había aposentado en sus labios al escucharlas. Sin él quererlo el corazón le bombeó más fuerte al notar la voz de su hija más firme, sin esa timidez que la caracterizaba hasta hacía muy poco tiempo. Tenía que reconocer que, en ese sentido, la joven había obrado milagros, aunque no le gustaba nada que fuese tan reacia a seguir sus normas. Algo en lo que tendría que insistirle y vigilarla de cerca para que las cumpliera.

En cuanto Daniela y Hanna acabaron de trabajar la masa, la envolvieron en unos paños para que fermentara con el calor y a continuación se sentaron a comer. Hanna no dejaba de echarle miradas a su niñera con complicidad e impaciencia. Carl demoró su alimentación todo lo que pudo para facilitarle la sorpresa a su hija, así que cuando la niña terminó y Daniela hizo un gesto afirmativo con la cabeza, ella se fue ansiosa a recoger el ramo que había preparado para su padre.

—Lo sabes, ¿verdad? —preguntó Daniela a Carl con una sonrisa socarrona.

—Os vi desde la ventana de mi despacho. ¿Cómo te has dado cuenta?

—No estarías aquí si no estuvieses esperando algo, además de que he visto cómo mirabas a tu hija.

—Chica lista.

—¡Papá! ¡Papá! —Oyó gritar a su hija mientras corría hacia la cocina.

Abrió la puerta de golpe y entró con un ramo de hermosas margaritas blancas, casi más grande que ella misma, apretadas en su cuerpo con sus dos bracitos. Miró primero a su niñera en busca de ánimos y con la sonrisa de la joven tomó impulso para acercarse hasta su padre.

—Papá, toma. Esto es para ti.

La niña intentaba suspenderlo entre sus manos, pero las florecillas se le caían. Un reguero de margaritas plagaba el suelo por donde acababa de pasar. Carl se incorporó hacia delante, frente a su hija, y agarró el ramo. Daniela abrió los ojos debido al asombro. No estaba mal...

—¿Para mí? —le preguntó haciéndose el sorprendido.

—Sí —afirmó la niña con la palabra y con un enérgico gesto de su cabeza.

—Son preciosas, Hanna. Muchas gracias.

Por el rabillo del ojo vio que Daniela hacía gestos desde su sitio en la mesa. La miró unos breves segundos y la vio gesticular poniendo morritos para dar besos y el escritor creyó entender que intentaba decirle que besara a la niña. No le gustó nada que le dijese lo que debía hacer, pero aun así la obedeció. Por su hija. Se acercó más a ella y depositó un suave beso en la mullida

mejilla de Hanna. La niña no pudo evitar mirar a su niñera y sonreír con amplitud, luego volvió a dirigir la mirada hacia su padre y le dijo con tono alegre:

—¿Sabes lo que *sifinica*?

—¿*Sifinica*?

Carl oyó a Daniela susurrar: «significa»

—¡Ah! ¡Significa! —la corrigió su padre.

—¡Eso!

—No, no lo sé. ¿Lo sabes tú?

—Si... ¡Espera! —exclamó la niña y corrió hacia Daniela.

Acercó su boca al oído de la joven y murmuró:

—¿Qué era?

La niñera, con una sonrisa tierna, musitó en la oreja de la niña:

—Cariño. Dile que lo quieres.

—¡Eso!

Volvió deprisa frente a su padre.

—*Sinifica* que te quiero.

—¡Oh, vaya! Qué bonito, Hanna. Yo también te quiero a ti. ¿Me das un abrazo?

Carl dejó el ramo sobre la mesa y abrió los brazos. Su hija se enterró entre ellos mientras soltaba nerviosas risitas. Algo inesperado tocó el corazón del escritor. Acababa de darse cuenta de que echaba de menos esos abrazos con los que experimentaba una sensación de calidez que le calentaba el alma, y que hacía mucho tiempo que no los daba ni los recibía.

«¡Sorprendente!», pensó Daniela. No esperaba esa reacción del escritor. ¡Punto para él! Con esto, la niña tendría un chute de felicidad por un buen rato.

—Espero que esta noche cenes con nosotras, seguro que querrás probar la coca de verduras.

—Imposible —rechazó Carl al tiempo que se separaba de su hija—. Tengo mucho trabajo. Si os sobra y queréis dejarme algo para mí, pues os lo agradeceré y lo cenaré yo más tarde.

Detectó de inmediato el cambio efectuado en el rostro de las dos féminas. Una inmensa tristeza acudió a la cara de su hija y un evidente desagrado en la de Daniela. Pero él tenía un deber. Su trabajo lo absorbía muchas horas, además de que lo distraía de su frustración.

Ya era noche cerrada y acababa de dormirse Hanna cuando Daniela salió de su habitación y decidió sentarse en el salón a ver un poco la televisión. Según el acuerdo al que llegaron Carl y ella misma, en esos momentos se encontraba en sus horas de asueto, pero lo que lo menos que le apetecía era encerrarse en su habitación y pensar en el cabrón que seguía insultándola por las redes. Se arrebujó con una manta ligera en el sofá y se dispuso a buscar algo entretenido y divertido que ver. Al final, encontró un canal español donde emitían un programa en el que

participaban varios humoristas. ¡Justo lo que necesitaba! Desconectar un rato con unas risas era lo que estaba buscando.

Carl iba a entrar a la cocina cuando oyó unas carcajadas contenidas que salían del salón. Con sigilo se dirigió hacia allí y se asomó por el vano de la puerta para encontrarse con la imagen desgreñada y exaltada de la niñera. La observó cómo brincaba sentada en el sofá y se tapaba la boca con las manos para que sus risas no sonaran demasiado. Estaba preciosa con el pelo suelto y alborotado y sus mejillas arreboladas.

—Veo que te lo estás pasando muy bien.

Daniela giró su cabeza con sorpresa en busca de la voz. Al verlo, una amplia sonrisa se manifestó en sus labios.

—¡Ni te lo imaginas! ¡Es que son muy buenos! Ven y sabrás lo que es el humor, anda, que buena falta te hace.

—Voy a prepararme un par de emparedados.

—Queda coca de verduras para ti, si te apetece.

—Perfecto, me preparo una bandeja y vuelvo enseguida, aunque a mí no me gustan ese tipo de programas.

—¡Caray, Carl! ¡Si no sabes ni de qué trata! Acabas de confirmarme que lo necesitas más que nadie ya que has renegado de él solo por oírme a mí reír.

La muchacha lo miró mientras giraba sobre sí mismo y desaparecía. Frunció el ceño preocupada. Si por casualidad, Carl veía en las redes todo lo que iba diciendo de ella el tal «Fuera las zorras», tendría un gran problema. No le parecía el tipo de hombre que dejase correr una cosa así ya que daba la impresión de que era bastante comedido y no le gustaría que su niñera fuese un objetivo en las redes sociales. Seguro que le exigiría una explicación o, incluso, la despediría.

Cogió su móvil y volvió a mirar el Whatsapp. Pese a las veces que habían eliminado de los chats, tanto ella como sus amigos, a ese indeseable, no sabía cómo lo lograba, pero continuaba metiéndose en ellos. ¡No sabía qué hacer! Se encontraba en un callejón sin salida. Había hablado por Whatsapp con todos sus amigos incluida Olga, por supuesto, y todos le habían aconsejado que pasara del tema y así se cansaría, pero ¡era tan difícil para ella no responderle en la misma medida!

No se dio cuenta de que su jefe ya había regresado hasta que notó que se sentaba a su lado.

—¿Te ocurre algo? —interrogó Carl a Daniela—. Parece que se te ha caído el universo encima.

La joven intentó sobreponerse al momento de bajón y fabricó una sonrisa temblorosa, tosió, parpadeó, giró su cara para evitar mirarlo mientras su cabeza funcionaba a todo meter para decir algo coherente.

—No, nada. Quizá sea algo de cansancio, pero estoy bien —se excusó al tiempo que se pasaba las manos por el pelo con el propósito de poner una barrera entre la mirada del escritor y ella—.

Venga, cena y te explico de qué va el programa.

Carl se dejó convencer porque no quería importunar a Daniela ya que él había tenido la impresión de que algo le había afectado. No la conocía como para poder opinar, pero por lo poco que había visto de ella, le chocó ver el rictus de agonía que detectó en su rostro cuando todavía no había captado que él había vuelto al salón. Su reacción al interesarse él le había dejado claro que ella prefería no tocar el tema, así que obedeció y comenzó a comer sin profundizar más.

—¡Vaya! Esto está muy rico.

—Por supuesto. ¿Pensabas que iba a darle algo malo a tu hija? —ironizó Daniela de vuelta a su personalidad sarcástica.

—Claro que no, pero no esperaba que estuviese tan sabrosa.

Pese a que ella intentó disimularlo, Carl no dejó de notar que había un punto de tristeza en su mirada y la sensación que esto le produjo en su interior lo sorprendió. Una fuerte tentación de borrar su aflicción se aposentó en su corazón, así que optó, durante el tiempo que departían, por distraerla.

Los dos procuraron que su conversación fuese distendida y agradable. Ninguno tenía ganas de discutir o de entrar en dialécticas existencialistas. Se conformaron con charlar de temas que no creasen polémicas entre ellos, aunque Daniela no tardó mucho en irse a su cuarto.

Capítulo 12

Desde que Daniela había llegado a Alemania, no había dejado de llover ni un día. No lo hacía todo el tiempo, pero el suficiente como para no poder salir a pasear con la niña, así que tenía que ingeniárselas para distraer a Hanna dentro de casa. Como mucho, habían podido salir al jardín algún rato.

Por lo menos, no había habido ninguna tormenta y Daniela esperaba que no sucediese en los próximos dos años. Ella sentía pavor por los relámpagos, los truenos y los rayos. Verdadero pavor. Era un sinsentido, pero no podía evitarlo. Era incapaz de estar sola durante una tormenta. Su gente lo sabía; y cuando se desataba alguna, enseguida la llamaban para ofrecerse a estar con ella y abrazarla. Y es que se ponía tan histérica como un gato a remojo.

Al final, había decidido hacer las compras que necesitaba para Hanna por internet. Ella no conocía la zona y Carl se había negado en redondo a acompañarla, así que esa mañana, después del desayuno, iba a mover los muebles de la salita con la ayuda de Hanna para dejar sitio para lo que había encargado y que acababa de recibir.

—¿Verdad que me vas a ayudar, Hanna? —le preguntó a la niña mientras le ponía zumo de naranja en un vaso.

—Claro que sí, Dani, y a lo mejor papá también puede hacerlo... —le respondió a la vez que volteaba su cabeza hacia su padre.

A Carl lo pilló por sorpresa. Se había acostumbrado a escuchar la perorata de su hija y de Daniela mientras desayunaban y comentaban lo que iban a hacer durante ese día. Él participaba poco, aunque la niñera intentaba de continuo incluirlo en la conversación, pero era la primera vez, desde que vivían en esa casa, que la niña se dirigía a él para implicarlo en alguna actividad que fuese a hacer. Un escalofrío de placer le recorrió todo el cuerpo.

Tenía que reconocer que en los pocos días que llevaba Daniela allí, su hija estaba mucho más comunicativa y su sonrisa casi era permanente, aunque aún era una niña tímida.

—¿Tú quieres que os ayude? —le preguntó Carl a su hija.

—¡Pues claro! Tú eres muy fuerte, papá, seguro que eres capaz de mover los muebles con una mano —dijo la niña con tono de orgullo.

Carl se echó a reír. Daniela se quedó embobada mirándolo. Era la primera vez que oía una carcajada de sus labios y le sonó a liberación. Como si cientos de caballos salvajes galoparan por las verdes praderas exentas de vallas.

—Creo que has exagerado, pero si ese es tu deseo, os prestaré mi ayuda un rato.

—¡Bien! —exclamó Hanna elevando los brazos de satisfacción.

—Hanna, compórtate —le recriminó su padre—. En la mesa no se hacen esas cosas.

La niña agachó la cabeza avergonzada.

—Sí, papá.

«¡Hala! ¡Una de cal y otra de arena! Ya me extrañaba a mí tan buen rollo», pensó Daniela.
«¡Las dichosas normas!».

—Venga, terminemos rápido el desayuno que hay mucho que hacer —intervino la joven ofreciendo a Hanna una amplia sonrisa.

Daniela iba dirigiendo a Carl y Hanna lo que tenían que hacer mientras ella, desde un rincón, sentada en una silla, observaba el conjunto del salón y lo comparaba con los bocetos que había hecho y que tenía entre las manos.

—Hanna, ve quitando todas las cosas que hay en la mesa de centro y ponlas encima del mueble de la televisión. Carl, tú retira el sofá a ese rincón —les ordenó a la vez que iba señalando los lugares con un dedo.

Mientras veía cómo ejecutaban sus órdenes, Daniela se puso el dedo índice en los labios y lo golpeó pensativa.

—¡A sus órdenes, señora! ¡Sí, señora! —exclamó Hanna llevándose una mano a la frente simulando un gesto de saludo militar.

—Es un poco mandona, ¿no? —le susurró su padre entre risas.

—Ni te lo puedes imaginar. ¡Tiene un montón de normas más tontas...!

—Ah, ¿sí? ¿Como cuáles?

—¡Ufff! ¡Un montón! —aseguró—. Que tengo que estar a las ocho en punto para desayunar, que no puedo hacer ruido en casa, que tengo que jugar siempre a la misma hora... ¿Tú te crees? ¿Y si no me apetece a esa hora?

Carl la miró mientras reflexionaba sobre lo que acababa de decirle su hija. No sabía si era sacado de su propia cabecita o había sido inculcado por su niñera. Aunque, para ser sincero, la niña le había atribuido las normas a Daniela, no a él.

—¡Eh! ¡Vosotros dos! ¿Qué hacéis en ese rincón cuchicheando? ¡A la faena! Todavía no es tiempo de descanso —les gritó Daniela fingiendo enfado.

Carl giró la vista para mirarla y se quedó impactado al verla sonriéndole a la vez que le guiñaba un ojo con complicidad.

Lo que a él le estaba volviendo loco era que, según la iba conociendo, se estaba dando cuenta

de que cada vez le atraía más. Era guapa y sexy; encantadora con su hija y con todo el mundo a su alrededor; era muy simpática, pero seguro que también intentaba manipularlo. Es decir, el tipo de mujer que él debía evitar.

Sin él darse cuenta, el aspecto de la joven había ido variando y ya no correspondía a la clasicona *nanny* que había llegado a su casa. El estirado moño que llevaba al principio casi no existía en su repertorio de peinados, para convertirse en colas de caballo o moños flojos de los que se le escapaban sugerentes mechones de pelo. Su rostro limpio de cosméticos en un principio, poco a poco cambió hasta llevarlo tenuemente maquillado. Daba lo mismo, estaba igual de guapa de una forma o de otra. Tenía un cuerpo de escándalo que se adivinaba por debajo de esas faldas estrechas que llevaba y que torneaban sus largas piernas sin que hiciese falta tener una gran imaginación. Y precisamente, eso era lo que le asustaba: él, sin ella poner empeño, se había dado cuenta de sus leves cambios físicos y de sus formas tan sensuales.

Desde que la vio moverse por primera vez, se dio cuenta de que ese tipo de ropa no era la habitual en ella. No se le notaba cómoda. Le había dado vueltas en su cabeza sin querer y llegó a la conclusión de que era el tipo de mujer que vestía de forma informal y cómoda.

Daniela cruzó una pierna sobre la otra y su falda se resbaló por su pierna por lo que enseñó algo más de muslo y dejó a Carl con la boca seca. No se entendía a sí mismo; pese a ser una mujer de bandera que podría atraer a cualquier hombre, a él siempre le habían gustado las mujeres delgadas y rubias, el estereotipo contrario a Daniela. Ella no era ni delgada ni rubia, sino todo lo contrario, curvilínea y morena. Pero pese a ello, la joven lo excitaba. Era incomprensible para él, por eso se le estaba pasando por la cabeza prescindir de ella, pero con rapidez, antes de llegar a mayores.

Lo que más le extrañaba era que una chica así hubiese aceptado encerrarse en esa casa durante dos años. Seguro que la cola de hombres que tenía detrás de ella debía medir varios kilómetros, a pesar de que tuviese novio.

Suspiró con fuerza al tiempo que agitaba su cabeza para despejar su mente. Solo hacía un año que había fallecido Ingrid y desde entonces no había tenido el deseo de mirar a ninguna otra. Así que no iba ahora a interesarse por la niñera de su hija, aunque fuese la mujer más apetecible que había visto en mucho tiempo. Pese a que odiaba admitirlo, sus ojos lo subyugaban.

Con brusquedad, se dirigió hacia la salida de la salita. No le estaban gustando nada los pensamientos que estaba teniendo.

—Lo siento, pero he de irme a trabajar ya —exhortó sin mirarlas mientras salía.

Daniela y la niña primero observaron la puerta ya vacía y luego se miraron la una a la otra desconcertadas. La joven vio cómo a Hanna comenzaba a temblarle la barbilla como preludio a un llanto desconsolado, así que se levantó de la silla, dejó los bocetos sobre el asiento y se acercó a la niña, la cogió en brazos y se dirigió hacia las cajas amontonadas que había en una esquina de la salita.

—Creo que tu padre tiene razón. ¡Ha llegado el momento de la diversión! ¡Vamos a abrir las

cajas y verás lo que te he comprado! Yo estaba esperando que él se fuese a trabajar para jugar un rato contigo. ¿Te apetece?

La niña afirmó con la cabeza; y en cuanto Daniela la dejó en el suelo, se puso a abrir las cajas con ilusión. La joven suspiró por dentro al ver que había conseguido distraerla. No entendía lo que le había pasado a Carl. En un momento había tenido un cambio radical. Había pasado de una tierna complicidad con su hija a la grosería más abyecta. Una furia casi incontenible la abrasó por dentro. Miró a Hanna e intentó tranquilizarse por ella. Solo por Hanna. Si siguiese sus instintos, en esos momentos saldría corriendo hasta el despacho del aguafiestas de Carl y le habría cantado las cuarenta. Pero la niña no se merecía eso. Ya tendría tiempo de poner a su padre en su sitio... ya...

En ese momento llegó la abuela de la niña destilando cariño para su nieta, y entre las tres completaron el arreglo de la salita en la que se adecuó una zona específica para el estudio y otra para el juego. Cuando acabaron, Daniela miraba satisfecha el resultado junto a Carmen, mientras Hanna jugaba en un rincón del saloncito. Era exactamente lo que había planificado. La habitación había quedado muy acogedora y útil a la vez.

—Ha quedado preciosa, Dani —alabó Carmen—. La niña necesitaba un espacio así. Gracias por dárselo.

—Por favor, Carmen, no hay de qué. Es mi trabajo.

—No, querida, este era trabajo de su padre —repuso la mujer con tono recriminatorio—. Además, no creas que no me he dado cuenta del cambio que ya ha dado mi nieta en los pocos días que llevas aquí. Está más alegre, sonríe más y parece que se le ha quitado algo de su gran timidez.

—Es una niña encantadora. Si quiere que le diga la verdad, el primer día pensé que me iba a costar mucho más conseguir que volviese a ser una niña feliz. Era mi mayor objetivo porque lo encontraba una ardua tarea teniendo en cuenta la desgracia que ha tenido hace tan poco tiempo, pero yo misma me he sorprendido al verla responder tan rápidamente a los estímulos que le he ido provocando. Estoy muy satisfecha de ella, la verdad. Solo hay algo que me va a impedir avanzar en ello...

—¿El qué? —La miró extrañada Carmen.

Daniela le devolvió una mirada cargada de dudas y precaución.

—Niña, dime lo que sea. Por mi nieta soy capaz de desterrar al mismísimo Neptuno de las profundidades del mar.

La joven sonrió ante las palabras de la mujer. Qué diferente era a su hijo. Ojalá se pareciese más a ella. Habría sido todo tan distinto... Pero no, tenía que lidiar con ese alemán cuadrulado, exageradamente racional y robótico, además de ser frío, serio y distante. «¡Una perita en dulce, vamos!», pensó.

—Es Carl. Me está costando mucho llegar hasta él. Debo hacerle comprender que debe pasar tiempo con su hija, participar de su día a día, pero se encierra en su despacho y no hay forma de

sacarlo de allí.

—¡Ay, cariño! Con él vas a tener que acumular muchísima más paciencia que con esta criatura. Yo sé que mucha de la culpa la hemos tenido nosotros, su familia. Quisimos hacerle un bien cuando lo veíamos sufrir por su mujer, pero ahora se ha vuelto en contra de su propia hija. Se ha encerrado de tal forma en su trabajo que ahora no sabe salir de allí. Tendrás que estirar de sus brazos, forzarlo a salir de su zona de confort. Yo te ayudaré todo lo que pueda, y te aseguro que si lo consigues te estaré eternamente agradecida.

—Entonces, ¿me aconseja que emplee todas las artimañas posibles para lograrlo? —inquirió con una sonrisa socarrona—, ¿me da vía libre?

Carmen se echó a reír.

—¡Por supuesto! Y me encantaría observarlo. Seguro que será fantástico ver a mi hijo perder el temple.

Carmen decidió quedarse a comer junto a ellos, pero el que no apareció a la una fue Carl.

—El señor me ha dicho que le lleve la comida al despacho. No puede bajar hoy a comer —explicó la señora Maurer.

Carmen miró a Daniela.

—¿Qué hago? ¿Subo a incordiarlo para que baje? ¿Empezamos el acoso?

Daniela soltó una carcajada ante la cara de picarona que había puesto la madre de Carl.

—No. Déjelo que se confíe unos días más. El lunes de la semana que viene comenzaremos una nueva estrategia. Deme tiempo para madurarla hasta entonces.

—Me parece perfecto. Yo tengo algo pensado también... Si me sale bien, y la persona que necesito está dispuesta a ayudarme, será un golpe de efecto muy muy desestabilizador para él. No te digo nada por si no lo consigo...

Hanna las miraba a ambas sin comprender de qué hablaban, pero sonreía al ver las caras de las dos mujeres. Daniela y Carmen se miraban con complicidad y la abuela de la niña se frotaba las manos con deleite.

—¡Cómo me gusta que estés aquí, Dani!

—¡Y a mí estar aquí, Carmen!

—¡Pues a mí me gusta que estéis las dos aquí! —exclamó la niña con espontaneidad.

Las tres rompieron a reír con fuertes carcajadas que llegaron hasta el despacho de Carl. «¡¿Qué demonios estará pasando abajo?!», pensó intrigado el escritor. Por un momento sintió la necesidad de bajar y compartir esas risas con ellas, pero de inmediato lo descartó.

Durante el resto del día, las dos mujeres se dedicaron a disfrutar con Hanna de su nueva salita. La niña estaba entusiasmada y no quería abandonarla. Hasta hizo la siesta tumbada en el sofá —otra regla rota—, mientras Daniela y Carmen veían una película. Pero como Carl no volvió a aparecer por el piso inferior, ni se enteró.

Capítulo 13

Por la noche, Daniela volvió a hablar con su amiga Olga por Skype.

—¿Cómo vas con el cabeza-cuadrada, Dani? —la interrogó su amiga en cuanto se saludaron.

—Bueno, casi no lo veo. Hay días que no le oigo ni la voz, y eso que desayunamos y comemos juntos, pero él es como si fuese un maniquí sentado en la mesa. Ahora bien, en cuanto estamos solos, por h o por p, terminamos a la gresca. No nos ponemos de acuerdo en nada. Bueno, hay una pequeña excepción: hemos acordado que, en cuanto Hanna se duerme por la noche, es el momento de asueto para mí, y tácitamente, algunas noches hemos conversado de todo menos del tema de Hanna, para no discutir. Pero el resto del día... Hoy, por ejemplo, ha sido un día extraño. Su hija lo ha convencido para que nos ayudase a hacer unos cambios en la salita y ha aceptado. Nos ha sorprendido a las dos y Hanna estaba la mar de contenta, y de repente, el tío va y se larga sin tan siquiera despedirse para encerrarse de nuevo en su despacho. ¡Me han dado unas ganas de soltarle una patada en cierta parte...! Luego, por la tarde, se ha ausentado durante unas horas, pero ni hola ni adiós. Nos hemos enterado porque hemos oído la puerta principal —concluyó alzando algo la voz, enfadada ante el recuerdo.

—¡Menudo botarate!

—¿Pero sabes qué? —le preguntó de forma retórica a la vez que cambiaba su semblante a sonriente y lanzaba chispitas de humor por sus ojos—. Su madre y yo nos hemos aliado para darle una buena sacudida a ver si espabila y sale de su dichoso cuchitril.

—Menudas dos os habéis asociado. ¿Y cómo lo vais a hacer? —preguntó Olga entre risas.

—Todavía lo estoy madurando. Creo que habrá diversas actuaciones, pero una de ellas ya la tengo pensada y van a temblar los cimientos de esta casa. Ya te lo contaré.

—¿Piensas dejarme así? ¡No, chica, no!

—Solo pienso decirte que voy a tocarle los cojones bien tocados —le confesó con voz satisfecha.

—¿Literal? —inquirió Olga con socarronería.

—¡No, boba! De eso nada. Puede estar buenorro de muerte, pero yo no me lío con un hombre así ni muerta. Ya tengo en mi haber demasiados tíos raros. Además, ya sabes, aprecio demasiado

mi larga melena. Una cosa es que disfrute mirándolo, que lo disfruto, y otra que me meta en la boca del lobo. ¡Para nada! Y no me des más la tabarra con eso que al final no te voy a llamar más. ¿Te queda clarito? —concluyó frunciendo el ceño.

—Está bien, cielo. Punto en boca —le respondió haciendo un gesto con el dedo índice y pulgar sobre sus labios—. Cambiando de tema, ¿has averiguado algo estos días sobre las actividades secretas de tu jefe?

—Pues no. Su madre no sabe nada. Lo único que he averiguado es que sus padres no son ricos.

—Pues, chica, sí que te has empleado poco en la investigación.

—¡Oye! Él se pasa el día encerrado en su mazmorra y no puedo cotillear, además he estado muy ocupada con la niña. Por otra parte, Olga, ¿qué quieres que te diga? Dudo mucho que se dedique a algo ilegal, la verdad. Solo se trata de un tío amargado.

—¡Lástima! Yo que ya te veía como heroína al denunciar al capo de una mafia...

Daniela rompió a reír con fuertes carcajadas y enseguida se tapó la boca para ocultar los fuertes sonidos.

—¡Anda, loca! Tu imaginación, como siempre, desbordante.

Olga le guiñó un ojo con picardía.

—Por eso trabajo en publicidad.

—Pues concentra tu imaginación en tu estupendo trabajo y déjame a mí tranquilita con el mío —le replicó con un tonillo un poco mosqueado.

—Vale. Otro tema tabú. Estás muy quisquillosa desde que estás ahí, ¿lo sabes?

—Perdona, cariño, de verdad, pero es que me enerva ver a Hanna sin ninguno de sus padres al lado. Uno es imposible, pero el otro... ¡Bufff! Tengo tanta tensión que al final lo pago contigo. Necesito unas clases de yoga.

Daniela cerró los ojos, elevó los brazos a la altura de los hombros y juntó el dedo pulgar con el índice en la postura típica de meditación. De repente, bajó los brazos con brusquedad y miró a su amiga con ojos desorbitados.

—¡Además! ¿Tú sabes lo que es estar en casa encerrada durante más de una semana sin poder salir y sin ver el sol? ¡Llueve todos los días! ¡Yo no estoy acostumbrada a esto! No, no. Y claro, como estamos en una urbanización, para salir hay que coger el coche; y yo no me atrevo a hacerlo el primer día con la niña y lloviendo, por carreteras que no conozco. ¿Y si empieza una tormenta cuando estoy por ahí? ¿Te lo imaginas? ¡Menos mal que por ahora no ha habido ninguna! ¡Solo llueve! Para cinco minutos ¡y vuelve a llover!

Olga alzó los brazos con las palmas hacia fuera en señal de alto.

—¡Para, para! ¡Madre mía! ¡Tú estás muy mal, chiquilla!

Daniela curvó su espalda hacia delante y dejó caer los brazos flojos a ambos lados de su cuerpo a la vez que soltó un lago bufido.

—Ya está. Ya lo he soltado todo ¡y qué a gusto me he quedado! Ahora a la camita, que este fin

de semana tengo que fraguar mi nueva estrategia —terminó elevando sus labios en una sonrisa socarrona.

—¡Eh! ¡Espera! Queda un tema por tratar —apuntó Olga—. Me tienes que contar cómo llevas lo del acoso. Ya sabes que te hemos aconsejado que lo ignores, pero te conozco y sé que estarás pasándolo muy mal.

—¡Ni te imaginas! Solo me apetece llorar por los rincones, pero también sabes que mi fuerza de voluntad es lo más potente que tengo y no me doy por vencida. Hanna se merece que yo solo le dé momentos bonitos y apartar la tristeza de su lado.

—Ya, pero me imagino que en cuanto ella duerme, tú te comes la cabeza.

—Pues sí —respondió Daniela con desaliento. Agachó la cabeza para evitar mirar a su amiga.

—Dani, cariño, por favor, pasa de él. Nosotros hemos organizado unos turnos para estar pendientes cuando sube algo a las redes y eliminarlo. Tú no te preocupes de nada. Ni siquiera entres. Lo que pretendemos es quitarte a ti el sufrimiento y cansar al tiparrajo ese.

—Os lo agradezco muchísimo, de verdad, intento entrar lo menos posible, pero te confieso que de vez en cuando no puedo evitarlo —reveló la joven a la vez que elevaba de nuevo la mirada—. Pero, Olga, ¿tú quién crees que es «Fuera las zorras»?

—Pues mira, cariño, yo no quería decirte nada porque sin pruebas no se puede acusar, pero a mí me da en la nariz que debe ser Lolo.

—¿Lolo? ¡Imposible!

—¡Sabía que me ibas a decir eso! Pero yo apuesto por él, Dani.

—Pues yo no. No lo creo. Es cierto que no nos despedimos de forma muy amigable, pero de ahí a vengarse de mí de esa forma... No, Olga, no lo veo tan maquiavélico.

—Bueno, es algo que jamás sabremos porque ese cabrón no dará la cara nunca. Es un cobarde. Lo único que nos queda es esperar a que se canse.

—Estoy por cerrar todas mis redes sociales.

—Dani, ¿vas a darle el gusto de vencerte? Me niego. Si las cierras tú, las abro yo —protestó Olga con fuerza.

—Vale, vale... Seguiré vuestro consejo un tiempo más y ya veremos... —claudicó Daniela—. Bueno, cielo, ahora sí que me voy a la camita. Estoy derrotada. Muchos besos por ayudarme.

—No seas boba. Sabes que todos tus amigos y familiares te queremos y solo pretendemos tu bien. Cuídate.

Mientras Daniela se metía en la cama, Carl bajaba sigilosamente la escalera. Antes de adentrarse en la cocina, quería asegurarse de que la niñera no andaba por la planta baja. Prefería no tentar al diablo que se hospedaba dentro de su cuerpo desde que estaba allí la niñera y que le estaba impidiendo escribir.

Llevaba todo el día con la visión de la joven en su cabeza y no había conseguido reunir un

puñado de palabras coherentes.

Cuando llegó a la cocina, sin atisbo de su presencia, la echó de menos.

¡Maldita sea!

En el fondo le habría gustado ser sorprendido por ella y compartir la cena con su compañía. Esa mujer era como un gusanillo que se introducía por la sangre y lo inundaba todo con su verborrea y su enorme sonrisa.

Él sabía que debía esquivarla, mantenerse impertérrito y no dejarse manipular por ella. La teoría se la sabía, solo tenía que ejecutarla, cosa que cada vez le costaba más. Ante ella intentaba aparentar control y dominio mientras su mente era un caos, pero prefería no dejarse ver demasiado para que no advirtiera su estado real de vulnerabilidad.

En su cuerpo había una lucha interna que lo desgarraba. Por una parte, gritaba por compartir tiempo con su hija y la niñera, por disfrutar de sus risas; y por otra, su raciocinio, donde mandaba su lógica, le susurraba que no estaba preparado. Que todavía tenía mucho dolor en las entrañas que no debía exponer ante ellas.

Nadie lo sabía, pero llevaba un tiempo asistiendo a terapia con un psicólogo; y aunque él había notado su mejoría, todavía no estaba bien del todo. Esa tarde había asistido a su cita semanal y se había abierto con el terapeuta más que nunca. Necesitaba analizar lo que su cuerpo estaba sintiendo desde la aparición de la niñera. Estaba notando sensaciones que todavía ni se había planteado que algún día volverían a formar parte de su vida, y eso lo hacía sentirse inseguro, cosa que tampoco le ayudaba en su relación con su hija.

El psicólogo le había planteado otras perspectivas desde donde considerarlo y eso le estaba haciendo pensar...

Casi sin apetito, se hizo un emparedado y se volvió al despacho.

Capítulo 14

Daniela se había dado cuenta de que Carl era un hombre complicado con una fuerte personalidad, pero poco a poco, observándolo, había logrado captar cuando tenía algún cambio de humor. Por eso detectó que el escritor llevaba unos días aún más extraño de lo normal. Incluso, descubrió en su mirada un reflejo doloroso cuando sus ojos se dirigían hacia Hanna.

Cuando bajaba a comer, prácticamente no hablaba; en las cenas se hacía cualquier cosa y cenaba en su despacho. Casi no veía a su hija, y cuando coincidía con ella, le dedicaba unas breves palabras, le revolvía el pelo y seguía hacia su despacho. Esa noche había hecho lo mismo. Se había preparado un sándwich mientras ella acostaba a Hanna y se había encerrado de nuevo. ¡Parecía que las esquivaba! Le daba la sensación de que lo poco que había avanzado se había evaporado. Pero con ella no iba a poder, y lo único que había conseguido era que cada vez se afianzara más en su lunático plan. ¡Se iba a enterar!

A Daniela le habría gustado hablar con él para saber qué le pasaba. Sentía necesidad de ayudarlo, pero si él no quería, era su problema.

Aunque seguía martirizándola con las normas, ella se había dado cuenta de que poco a poco había conseguido que Carl hiciese muchas concesiones. Aun así, era rara la conversación que mantenían y que él no hiciese referencia a alguna norma del manual, como si se las conociese todas de memoria. Pero también atendía a las opiniones de ella, intentando introducirlas a las normas y demostrando que estaba dispuesto a aprender, pero le faltaba un revulsivo que lo espabilase.

La mañana de ese sábado, como ella había previsto, había pasado sin ningún cambio en la actitud del escritor. En todo caso aún se lo veía más distante que los días anteriores. Había bajado a las ocho en punto y se había dispuesto a desayunar en silencio. Y por mucho que Daniela y Hanna intentaban incluirlo en las conversaciones, contestaba con monosílabos y ni tan siquiera se dignaba a mirarlas. Tanto era así que cuando Daniela, con toda intención, le informó de que el lunes iba a introducir una nueva norma en su listado, él casi ni se inmutó. Por lo menos al principio...

—He pensado que en tu horario de tareas falta una esencial.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Cuál? —inquirió Carl a la vez que ponía mantequilla en una tostada.

—Expresión corporal.

—Bien. Pues inclúyela —replicó con indiferencia.

—Para eso debo eliminar algo del cuadrante.

—¿Como qué? —preguntó distraído.

—Pues yo había pensado que no hace falta que dedique hora y media por la tarde a las matemáticas. Creo que con media hora por la tarde y el tiempo que les dedicamos por la mañana es suficiente.

Carl elevó la cabeza con brusquedad y la miró con fijeza.

—¿En serio me estás diciendo eso? ¿Una profesora? —inquirió con tono severo.

—Vamos a ver, Carl. A su edad las matemáticas todavía son muy básicas. No es necesario dedicarle tanto tiempo —contestó conciliadora.

—Cuanto más tiempo estudie más aprenderá. Eso sí que es básico —bufó.

—Pero es que a su edad son más importantes otras actividades.

—Eso es muy discutible.

Daniela giró la mirada hacia Hanna, que los observaba expectante, respiró para calmarse porque bullía por dentro ante la reacción de Carl.

—Mira, creo que no es el momento de debatir sobre esto. Solo te pido una oportunidad. Deja que haga mi trabajo de forma que creo que es mejor para tu hija y si no ves resultados inmediatos, te prometo que retrocederé.

Carl miró también a su hija y entendió el motivo de Daniela para evitar la contienda, cosa que agradeció al tener tal consideración con su hija, pero su sugerencia no le terminaba de convencer. Como la joven lo encontró renuente, decidió inclinar la balanza hacia él. Luego ya vería lo que hacía en realidad...

—Está bien, tres cuartos de hora de expresión corporal y lo mismo de matemáticas. ¿Así mejor? —continuó a la vez que componía una falsa sonrisa en sus labios.

—No —exhortó el escritor—. Una hora para las matemáticas y media hora para eso de la expresión corporal.

—Pero...

—No —interrumpió él—. Nada de peros. Yo dicto las normas, no tú.

¡Maldita sea! Desde luego a cabezota no le ganaba nadie... ¡salvo ella! Los alemanes no tenían esa potestad para sí solos.

Daniela no supo si era debido al enfado del cambio de horario o a qué otra cuestión, pero no volvieron a ver al escritor en todo el día. Parecía que se lo hubiese tragado la tierra. La joven cada vez estaba más mosqueada con la actitud del padre de Hanna, y si antes estaba decidida a tomar medidas drásticas para que pasase algo de tiempo con su hija, después del desplante a la hora del almuerzo estaba aún más resuelta a hacerle la vida imposible. Había comenzado la

cuenta atrás, y si al día siguiente no veía una respuesta de cercanía hacia la niña... las espadas estarían al alza.

Cuando acostó a Hanna y comprobó que ya estaba dormida, decidió echar un vistazo a las redes sociales para ver cómo iba el asunto de su acoso. Durante el día, gracias a Hanna, lograba evadirse y no pensar en ello, pero una vez que la niña se dormía, su cabeza se embotaba de tanto rumiar. Una vez que comprobó que todavía no se había cansado de dejar mensajes insultándola, resolvió bajar al salón a leer un libro.

Las últimas noches Carl la había evitado, así que se acomodó en el sofá, con las piernas sobre su asiento, y se tapó con la manta, pero por mucho que intentó concentrarse en la lectura, no pudo evitar que el recuerdo de las imágenes de esas publicaciones que acababa de leer le llenasen los ojos de lágrimas contenidas por los párpados. Su rostro se distorsionó con un rictus que mostraba su estado de ánimo y una cascada brotó al fin. Lanzó el libro sobre el sofá y se tapó la cara con las manos al tiempo que su cuerpo comenzó a temblar por las convulsiones de sus sollozos.

Se sentía desamparada, vulnerable.

La silueta de Carl se recortó en el quicio de la puerta. Hasta él había llegado el gimoteo de la joven cuando se dirigía hacia la cocina para prepararse la cena. La observó durante largos segundos sin saber qué hacer. Su cuerpo le pedía acudir junto a ella para consolarla, abrazarla y darle el calor que creía que necesitaba, pero intuyó que a ella no le gustaría descubrir que la había visto en esas circunstancias. ¿Qué le estaría pasando a esa mujer que aparentaba tanta fortaleza? ¿Añoraría su entorno o había algo más? La preocupación que sintió por ella le provocó pensamientos que se escapaban de su estructura de razonamiento y su esquema de vida. Giró con fuerza sobre sí mismo y subió a su despacho a concentrarse en la escritura sin cenar.

Capítulo 15

Era domingo y Carl, sin quererlo, se había levantado a la misma hora de siempre, así que decidió hacerse un café, coger el periódico que le dejaban todos los días en el buzón que estaba junto a la puerta de la finca y sentarse en el jardín de la parte trasera de la casa. Se repantigó en uno de los sillones de madera de teca de la terraza, dando un suspiro, y dirigió sus ojos hacia el este, donde el sol comenzaba a despuntar tiñendo el horizonte de tonos anaranjados. El cielo estaba despejado de nubes, por lo que se avecinaba un buen día.

—Parece que va a hacer un día estupendo, ¿no crees? —vaticinó Daniela desde detrás de él.

Carl se giró al oír la voz, pero al verla se quedó alelado. Ella sola se había impuesto la norma de descansar el domingo de los trajes de señorita Rottenmeier, por lo que llevaba un vestido de tirantes de tela muy ligera que le llegaba muy por encima de las rodillas y su pelo, suelto, le enmarcaba la cara y acentuaba sus rasgos. No le quitó la mirada mientras se acercaba a él y se sentaba en el sillón contiguo. La joven tenía la vista fija en el horizonte.

—Carl, ¿cuánto tiempo lleváis viviendo aquí? —indagó.

—Solo unos pocos meses.

—¡Ah! Eso lo explica todo.

—¿El qué? ¿Es que no te gusta? —preguntó sorprendido.

—No, no. Claro que me gusta. Es una casa preciosa, lo único es que la notaba un poco fría y ahora sé por qué. Le falta calidez. Pero claro, eso lo adquirirá con el tiempo. Una casa no se hace acogedora solo por ponerle muebles. Yo creo que Hanna nota la frialdad de la casa.

Carl frunció el ceño.

—¡No frunzas el ceño, que no te estoy criticando! Solo era una apreciación —continuó la joven al ver la mueca del escritor.

—Ya... ya... pero seguro que tú sabes cómo hacerla más acogedora, ¿verdad? Y estarás loca por decírmelo —señaló con ironía.

Daniela soltó una carcajada.

—Cada vez me conoces mejor. Pues sí. Yo podría poner unos detallitos que acelerarían el proceso. Y con esto no estoy diciendo que tú tendrías que haberlo hecho antes de meter a la niña

en esta casa. Sé que la quieres y que solo deseas su bien y que su felicidad es lo más importante para ti, pero, y perdona que te lo diga, lo tuyo no es la calidez...

—Tú eres consciente de que me estas ofendiendo, ¿verdad? —la interpeló disgustado.

—¡Ya está el señor ofendido! Si tuviese que callarme cada vez que lo hago, no podría hablar en todo el día. ¡Todo te ofende! Mejor será que me calle. Olvídate de esta conversación, la verdad es que solo quería saber si esta noche vas a pasar un rato con Hanna y a cenar con nosotras. Voy a hacer algo de mi país. Ayer no viste a la niña en todo el día, así que hoy debería tocar sesión doble.

La joven había soltado todo sin pausa ninguna. Como si temiese que algo le impidiese decir lo que pensaba.

—No lo sé, Daniela —respondió aún mosqueado.

—Esa respuesta no me gusta. Hoy es domingo, tampoco te he pedido tanto. Deberías pasar todo el día con ella.

—Haré todo lo que pueda. Te prometo que lo intentaré, ¿te vale así? —contestó sin querer dar su brazo a torcer.

—No, pero supongo que no tengo más remedio —le repuso mientras se levantaba—. Me voy a ver cómo está Hanna. Que tengas un buen día —concluyó con un tono cargado de ironía.

Realmente esperaba que Carl pudiese estar un rato con su hija antes de cenar porque ambos lo necesitaban. Precisaban afianzar su relación de padre e hija. Antes de entrar en la casa, se giró para mirarlo por última vez. El escritor había abierto el periódico y lo leía concentrado. Daniela no pudo evitar apoyarse en el quicio de la puerta y contemplarlo con detenimiento. Tenía una perspectiva soslayada de su rostro, pero aun así podía ver su perfecto perfil. Ese día se había dejado el pelo suelto, sin su eterno moñito, y cuando se había dado la vuelta para mirarla, a Daniela le había dado un vuelco el corazón. Estaba arrebatador. En ese momento, Carl levantó la comisura de los labios y sonrió. En una palabra: ¡arrebatador!

Daniela intentaba ignorar lo que le atraía su sonrisa. Bueno, su sonrisa, sus labios, sus ojos, todo él. Desde que lo había visto por primera vez no hacía más que apartarlo de su mente, aunque era muy difícil ignorar a Carl. Él todavía no se había dado cuenta de la fascinación que le profesaba, pero como siguiese así, quedándose boba mirándolo más de lo aconsejable, al final lo notaría. Ella solo era la niñera y no debía olvidarlo nunca. Carl la había contratado para eso, no para babear detrás de él. Se moriría de vergüenza si él se enterase de cuánto le gustaba.

«¡Pero bueno, chica, ¿qué estás pensando?! Ya sabes que es guapo e intocable para ti. No congeniáis nada. ¡Pero nada de nada!», se reprochó a sí misma.

Como era domingo y hacía un día maravilloso, decidió arriesgarse y coger el coche para hacer una visita a los padres de Carl. Se lo preguntó a la niña y esta estuvo encantada. Hacía un tiempo que no veía a su abuelo y a Lucas.

—¿Lucas? ¿Quién es Lucas? —preguntó curiosa.

—El perro de mis abuelos. A mí me gusta mucho jugar con él y hace tiempo que no lo hago. Además, él me quiere mucho; siempre me da muchos besitos —contestó Hanna entre risas.

—Venga, pues ve vistiéndote mientras voy a pedir las llaves del coche a tu padre —le propuso mientras se dirigía hacia la puerta de la habitación de la niña para salir al pasillo.

Una vez allí, no sabía a dónde ir. Había dejado a Carl en el jardín antes de ir a despertar a Hanna, pero de eso ya hacía un buen rato. Al final decidió dirigirse al despacho; seguro que se encontraba ya allí.

Según se acercaba a la puerta, que estaba al fondo del pasillo, se dio cuenta de que no estaba cerrada del todo. Llena de curiosidad, suavizó los pasos para no hacer ruido. Cuando llegó ante ella, se acercó al hueco que estaba abierto, una rendija a penas, y aproximó su ojo lo más posible. Desde allí solo se veía un trozo de la mesa, pero era justo el que ella necesitaba. El portátil estaba cerrado y su oído no registraba ningún tipo de ruido, así que se arriesgó y con suavidad empujó la puerta. Poco a poco esta se fue abriendo, lo que facilitaba que Daniela tuviese cada vez una visión más amplia del despacho. Por fin la puerta se detuvo cuando topó contra la pared y la joven dejó de empujarla. La habitación estaba desierta. Encima del escritorio, junto al portátil, había un montoncito de folios muy bien encuadrado y ordenado y a su lado, unos bolígrafos alineados a la perfección. Daniela dudó unos segundos, pero su curiosidad la venció y alargó una pierna para dar el primer paso para introducirse en el santuario del escritor.

—¡Daniela!

«¡Oh, no!», se lamentó la joven para sí.

Unos decididos y fuertes pasos retumbaban por el pasillo, cada vez más cerca. La joven no se atrevía a darse la vuelta. Cerró los ojos en un intento por borrar de su vida los últimos minutos, pero en cuanto los volvió a abrir, una voz potente y llena de dureza la hizo reaccionar y darse la vuelta.

—¡No me lo puedo creer! ¿En serio estabas entrando en mi despacho?

—Lo siento, Carl. Yo...

—¿Tú, que?! ¿Me lo vas a negar? —inquirió sulfurado.

—No, no. Te estaba buscando para pedirte las llaves del coche —justificó sin mucho aplomo.

—¿Y eso te da derecho a entrar sin permiso? ¿Cómo he de decírtelo? —interpeló muy enojado.

—De verdad que lo siento, Carl. He sucumbido a mi curiosidad —se lamentó.

—¿A la curiosidad de qué? ¿Qué excusa es esa?

Daniela se arrepintió enseguida de haber sido tan sincera. ¡Era una bocazas! ¿Y ahora qué le decía? Al final optó por la verdad. Así seguro que él le explicaría el motivo de su obsesión por evitar que alguien entrase en su despacho y ella saldría de dudas y no pensaría más en ello.

—Verás, Carl, veo muy sospechoso tu empeño de no dejar entrar a nadie en tu despacho.

Sus palabras tuvieron en el escritor un efecto que no esperaba. De repente su rostro se volvió

blanco como el papel. Su mirada se desvió de soslayo para evitar mirarla a ella.

—¡Qué tontería! Es lo más normal del mundo en un escritor.

No, no era eso. Daniela lo supo enseguida, antes de que él hablara. Ahora sí que tenía el convencimiento de que algo extraño pasaba en ese despacho. Y era algo que estaba segura de que no le iba a gustar. Lo presentía. ¡Ella tenía intuición para esas cosas!

—Ya... bueno... claro, tienes razón —balbuceó nerviosa—. Bueno, pues eso, que necesito las llaves del coche. Hanna y yo vamos a ver a tus padres —intentó desviar la conversación.

Carl contempló con atención a Daniela. Comprendió enseguida que la joven quería cambiar de tema, lo cual el también deseaba. Era lo mejor por ahora. Vista la curiosidad de Daniela, debía llevar más cuidado.

—¿Tú sabes dónde viven? —le preguntó dubitativo.

—No, había pensado llamar a tu madre para que me lo explicara.

El escritor frunció el ceño. Sabía que la niñera no había cogido el coche todavía por allí; y dejar que se llevase a su hija por primera vez...

—No hace falta. Yo os llevo. También debo ver a mi padre —sentenció con voz que no dejaba espacio a la réplica.

—Como quieras. Voy a ver si Hanna se ha vestido ya y bajamos a desayunar.

—Nos vemos en la cocina.

—Enseguida bajo.

Los dos tomaron direcciones distintas. Carl entró en su despacho y Daniela se encaminó hasta la habitación de Hanna, que era la primera del pasillo. Antes de entrar, miró hacia el fondo y vio cómo se terminaba de cerrar la puerta del despacho. Estaba nerviosa después del extraño momento que había vivido junto a Carl. No quería pensar más en ello, así que sacudió la cabeza, aspiró con fuerza y construyó en su boca una gran sonrisa. Decidida a pasar un buen día junto a Hanna y sus abuelos, accedió al interior.

Al otro lado del pasillo, el escritor apoyó el cuerpo en la puerta en cuanto la había cerrado, al tiempo que exhalaba un fuerte suspiro.

¡Esa joven iba a averiguar su secreto!

Con el cuidado que llevaba y las normas estrictas que había impuesto, y esa chica no cejaba en su empeño por invadir su territorio. Solo le faltaba contratar un equipo de seguridad para su despacho o apostar un vigilante en la puerta.

Capítulo 16

En cuanto Carl tocó el timbre, se oyeron desde dentro unos ladridos escandalosos. Por el tipo de gruñido, Daniela supuso que se trataba de un perro pequeño. Carmen abrió la puerta y una bola blanca salió de estampida, se tiró a los pies de Hanna y se puso panza arriba para que lo rascara. La niña comenzó a reírse con fuertes carcajadas y se agachó para complacer al perrito.

—¡Qué sorpresa! —exclamó Carmen. Giró medio cuerpo hacia el interior de la casa—. ¡Roger, Carl y Hanna están aquí! —continuó llena de alegría.

De inmediato se acercó a Carl y le estampó dos besos en sus mejillas y luego se agachó para hacer lo mismo con su nieta.

—¡Qué alegría! Dani, bienvenida a mi humilde casa. Por favor, pasad.

Hanna intentó coger a Lucas en sus brazos, pero sus pequeños bracitos no conseguían agarrarlo bien, por lo que Daniela se acercó a ayudarla.

—Hola, bonito —le dijo a la bola blanca mientras le ofrecía su mano para que la oliese—. Qué guapo eres.

Los lametazos de una lengua rosada le mojaron el dorso de la mano. La joven sonrió. Lucas era una monada. Al ver que el perrito la admitía sin problemas en su círculo de amistades, lo cogió con una mano y se lo puso a Hanna en el pecho para que la niña lo agarrase bien.

—¿Es un bichón maltés? —preguntó la joven al tiempo que se giraba hacia Carmen.

—Enano. Es un bichón maltés enano —respondió la mujer.

Entraron uno detrás de otro en la vivienda. Daniela seguía a Hanna, que la guio hasta el salón donde estaba el abuelo de la niña. El hombre ya se había puesto en pie y esperaba a su nieta con los brazos abiertos. Hanna, al verlo, corrió hacia él y Roger la alzó con sus brazos al mismo tiempo que a Lucas.

—Mi niña preciosa. Qué ganas tenía de verte.

El padre de Carl era un hombre peculiar. Tenía una envergadura considerable, más o menos como su hijo, pero también era fornido y orondo. Su pelo, blanco en su totalidad, lo llevaba algo largo, sin llegar a ser melena, y una nivea barba muy bien recortada envolvía unos mofletes colorados y unos ojos exactamente iguales a los de su hijo. Daniela, en cuanto lo vio, no pudo

evitar sonreír. Tenía un halo de bondad que jamás había visto en otra persona e incluso no pudo evitar pensar que estaba frente a un Papá Noel de verdad. ¡Qué poco se parecía a su hijo! Incluso en ese color de ojos que compartían, se distinguían por la humanidad que destilaba Roger y la tristeza que reflejaban los ojos de Carl.

—Siéntate, Dani —la invitó Carmen a la vez que le indicaba un cómodo sofá. Roger se sentó en un sillón con la niña en su regazo y Carl se acomodó en el mismo sofá que Daniela, pero en la otra punta.

—¿Supongo que os quedaréis a comer? —preguntó la dama. En cuanto su hijo afirmó con la cabeza, continuó—: Ahora voy a preparar un aperitivo y vuelvo enseguida —anunció mientras se dirigía a la cocina.

La casa de Carmen y Roger era un bungalow adosado de dos plantas con un minúsculo pero precioso jardín en la parte trasera. El interior estaba decorado con muebles de madera de pino macizo y cortinas floreadas. Resultaba muy acogedor y hogareño.

—Supongo que tú debes ser Dani. —Oyó Daniela.

La joven estaba recorriendo su mirada por la estancia y, al oír la voz profunda y afectuosa del abuelo de Hanna, giró su cabeza hacia él.

—Sí, señor Schwartz. Soy la niñera de Hanna.

—Roger. Me llamo Roger.

Daniela afirmó con su cabeza a la vez que formó una agradecida sonrisa en sus labios.

—Abuelo, Dani me cae muy bien. Juega conmigo —participó la niña.

—Mi mujer me ha dicho que eres española y que has congeniado muy bien con mi nieta —le informó con una sonrisa.

En ese momento, la bola de pelo que era Lucas saltó de los brazos de Hanna y de dos brincos fue a caer en el regazo de Carl. Este elevó los brazos y puso cara de asco.

—¡Quita, bicho! —exclamó al tiempo que elevaba el pompis del asiento para espantarlo.

Lucas, ajeno al estado de desagrado del escritor, dio unas cuantas vueltas y se hizo una rosca sobre él. Carl no bajaba los brazos y su rostro se descompuso al ver que el animalito lo ignoraba y se acomodaba tan pancho. Daniela no pudo evitar echarse a reír.

—¿Te asusta el león? —inquirió a la vez que le guiñaba un ojo con guasa.

Roger y Hanna acompañaron a la joven con las risas. La niña bajó de los brazos de su abuelo y se acercó hasta su padre para coger a Lucas de su regazo. El escritor, en cuanto su hija le apartó el perro, se levantó con brusquedad y se puso a sacudir sus piernas con desenfreno. Daniela arreció con sus risas al ver la reacción de Carl.

—Papá no toca nunca a Luquitas. Dice que tiene *alerbia* —explicó la niña a la joven.

La niñera la miró extrañada y su abuelo volvió a reírse a carcajadas. Recorrió los rostros del anciano y de Carl en busca de una aclaración.

—Sí, sí, reiros, pero ya veréis cómo tendré los ojos de hinchados dentro de unos minutos —sentenció el escritor al mismo tiempo que abandonaba el salón por la puerta del jardín.

Daniela se dio un cachete con su mano en la frente. ¡Ahora lo entendía!

—¡Alergia! ¡Tiene alergia!

—Por norma general, Lucas y Carl se ignoran mutuamente. Ni se miran. No sé qué le ha pasado hoy —explicó Roger con una gran sonrisa mientras miraba a su hijo entrar de nuevo.

—Es un bicho malcriado —bufó el escritor a la vez que se dejaba caer en el sofá.

—Papá, no hables así de Lucas —lo acusó su hija mientras ponía sus manitas en las orejas del perrito para que no lo oyese—. Se va a poner a llorar.

Daniela observaba a Hanna con una tierna sonrisa cuajada en sus labios. Carl la miraba a ella y algo le inundó por dentro al ver el cariño con el que contemplaba a su hija, lo que le despertó una oleada de calor de fuego y lava.

La joven cruzó sus brazos y sus pechos se elevaron. El vestido que llevaba ese día, diametralmente opuesto a los trajes que utilizaba con habitualidad, le permitía ver mucho más de la piel sedosa y morena de la chica, además de que, al no comprimirle y estar hecho de una tela liviana, dejaba libre a su imaginación para hacer elucubraciones sobre el resto de su cuerpo.

—No te preocupes, princesa. Lucas no ha entendido lo que ha dicho tu padre —intentó tranquilizar a la niña.

—Pues yo lo he entendido...

—¡Claro! Pero es que tú eres muy lista.

—¡Lucas también! —protestó la niña.

La joven no pudo evitar reírse a carcajadas y la secundó Roger.

—Por supuesto que es muy listo. El problema no es de él. —Miró de soslayo a Carl a la vez que fingía una mueca de enfado y agachó la cabeza hasta poner sus labios cerca del oído de la niña—. Tu padre ha gruñido en lugar de hablar, por eso Lucas no lo ha entendido.

La niña se llevó la mano a la boca al tiempo que intentaba contener su risa que pugnaba por salir entre sus dientecitos. Le dedicó una mirada a su padre que contenía tanta felicidad que el joven, pese a que iba camino de enfadarse al oír que Daniela se burlaba de él, frenó enseguida ese negro sentimiento y otro más profundo y conmovedor lo envolvió como si fuese un manto de dulzura.

Carmen llegó con el aperitivo y la dicharachera mujer llevó la voz cantante de la reunión familiar, aunque se centró, sobre todo, en Hanna y Daniela. En un momento dado, la dama dirigió sus ojos hacia su hijo para hacerle una pregunta.

—¡Dios mío! —exclamó a la vez que se llevaba las dos manos a la boca—. ¿Por qué no has dicho nada?

El resto de los presentes lo miraron curiosos. El joven estaba recostado en el sofá, parecía dormido, pero en realidad no tenía los ojos cerrados, sino hinchados. Su rostro parecía que acababa de participar en una pelea de lucha libre y le habían dado una buena paliza.

—Iba a hacerlo ahora, mamá —gruñó Carl.

—¡Oh, papá! —exclamó la niña, preocupada.

—¡Vaya! —se lamentó la dama mientras se ponía de pie, agitada—. Voy a traerte un paño mojado en agua y la crema para la alergia. —Acarició la mejilla de su nieta y le dijo—: No te preocupes, cariño. Enseguida se le pasará.

—Hanna, ¿me acompañas a dar una vuelta a Lucas? Me acaba de decir que tiene ganas de que lo pasees tú —pidió Roger con una sonrisa picarona.

—Claro que sí, abuelo. Sabes que me encanta llevar yo la correa.

El abuelo le dio a su nieta la correa del perrito para que se la pusiera y ambos, cogidos de la mano, salieron por la puerta. En cuanto la cerraron, Daniela se levantó de su asiento y se sentó junto a Carl.

—Lamento lo que te ha ocurrido, Carl.

El joven giró la cabeza, y por las rendijas que quedaban en sus ojos hinchados, Daniela pudo ver una raya azul muy luminosa. Al estar tan cerca de él, comprobó los estragos que había causado la alergia en sus ojos, por lo que sintió lástima por él. Quizá ella ahora había pecado de ser poco comprensiva...

—No te preocupes, es más aparatoso de lo que es en realidad. Pronto bajará la inflamación.

En ese momento volvió Carmen con un bol con agua y un puñado de gasas, además del tubo de crema que siempre tenía a su disposición. Lo dejó todo sobre la mesa con cuidado.

—Dani, ¿puedes ponerle tú las compresas en los ojos? La comida me reclama en la cocina.

—Claro que sí, Carmen. Estaré encantada —respondió con una sonrisa afectuosa.

La mujer iba a girarse para volver a la cocina cuando notó que alguien le atrapaba la mano. Miró hacia abajo y siguió el brazo hasta llegar a la cara de su hijo.

—Gracias, mamá.

—¡Bah, niño! No tienes nada que agradecerme. Ahora quédate tranquilo y deja que Dani te cuide.

El escritor se incorporó un poco y depositó un beso en el dorso de la mano de su madre, que todavía sujetaba con la suya. Carmen le sonrió, se soltó de su mano, le dio un beso en la frente y se marchó hacia la cocina. Carl volvió a recostarse en el sofá y cerró las leves rendijas de sus ojos.

—Será mejor que empieces ya. Me escuece como el infierno —farfulló—. Las compresas húmedas me alivian y me bajan la hinchazón enseguida. La crema ya me la pondré luego.

Daniela mojó una compresa, la escurrió y con delicadeza la posó sobre uno de sus ojos. Luego hizo lo mismo con otra compresa sobre el otro ojo y se quedó mirándolo aprovechando que él no podía verla. La alergia le había afectado solo a los ojos y el resto de su rostro permanecía inalterado. Su barba dorada brillaba en su mentón afilado y sus labios... En ese momento, Carl sacó la punta de la lengua y los recorrió con ella, humedeciéndolos. Los dejó brillantes y jugosos. La joven no podía apartar su mirada de ellos cuando los vio moverse. Carl estaba empezando a ser un serio dolor de cabeza para ella.

—Daniela, ¿no me escuchas? ¿Sigues ahí? —inquirió el escritor al tiempo que fruncía el ceño.

La niñera se dio cuenta de que no era la primera vez que Carl le hablaba.

—Perdona, Carl. Sí, sí, estoy aquí. Dime.

—Te he pedido que me vuelvas a mojar las gasas, por favor.

—Sí, claro. Enseguida.

Antes de hacerlo, como seguía escrutándolo con esmero, se dio cuenta de que un mechón del cabello de Carl se había soltado de detrás de la oreja y se había quedado suspendido en los pelillos de su barba en el lado contrario a donde ella estaba. Sin poder evitarlo, se inclinó por encima de él, alargó la mano y con delicadeza intentó soltarlo. Cuando estaba remetiéndolo el mechón tras la oreja, la mano del escritor le atrapó la muñeca. Era fuerte y cálida a la vez. La postura que la joven mantenía no era cómoda, y sin darse cuenta, su cuerpo fue vencido por la ley de la gravedad y bajó hasta que sus pechos rozaron el torso de él provocando un respingo en Daniela que lo alejó de Carl a la vez que se soltaba de su mano.

Sin decir una sola palabra, nerviosa, mojó las gasas en el agua y las cambió por las que reposaban sobre los ojos del joven. El silencio que se había formado entre los dos era opresor y desconcertante. Por lo menos para Daniela. En ella era muy extraño que se quedase en silencio; siempre tenía algo que contar, comentar, discutir o de lo que burlarse. Buscó con frenesí algo de lo que hablar con él.

—Bueno, cuéntame, Carl, ¿qué escribes? Sé que eres escritor porque me lo han dicho, pero no hemos hablado sobre esto y no tengo ni idea de qué tipo de libros escribes.

El joven se quedó unos segundos más en silencio antes de contestar.

—Es... algo complicado... Son novelas de ficción, pero ese escenario es la excusa para discutir sobre cuestiones que suelen abordarse mediante la filosofía.

—¡Ah! Comprendo...

El escritor se echó a reír.

—No, no es cierto. No lo comprendes. A veces, o más bien casi siempre, ni yo mismo lo comprendo.

—¡Pues sí que estamos bien! —exclamó la joven—. Entonces, ¿cómo me lo vas a explicar?

—¿Sabes algo sobre la filosofía? —preguntó el escritor entre risas ante la preocupación de Daniela.

—Di la asignatura en bachiller.

—¡Ah! Entonces sí que sabrás quienes son los grandes pensadores de la historia.

—Sí, eso sí. Los nombres los conozco todos: Aristóteles, Sócrates, Platón, Nietzsche, Kant, Descartes, Marx, por supuesto Karl, no Groucho, que para mí es mejor filósofo que los demás, pero no está considerado así por los sesudos filósofos. ¿Has visto sus películas? ¿Molan, eh? —Calló. Estaba desvariando—. Perdona, me he desviado del tema.

—Sí, un poco.

—Pues eso, que los conozco de nombre, pero de nada más. ¡No me los han presentado! —exclamó entre carcajadas, pero al ver que el joven se mantenía serio, llegó a la conclusión de que

para él el tema de la filosofía era algo muy notable y ella, al fin y al cabo, se estaba burlando de su trabajo—. No, perdona, era un chiste. Malo, pero chiste. En serio, conozco muy poco de cada uno de ellos. No era la asignatura que más me atraía y mi amiga Chus, que era la sesuda del grupo, me ayudó a aprobarla. Bueno, ayudarme a aprobarla es un eufemismo, realmente me dejó copiarme de ella.

—¡Vaya! Tienes buenas amigas —ironizó.

—Las mejores —contestó la joven haciendo oídos sordos al tono de Carl.

—No lo dudo.

—Pero, Carl, ¿es importante que se conozcan las teorías de esos filósofos para poder leer tus libros?

—Bueno... para un neófito en este tipo de novelas es complicado sin una base en filosofía, sí. Quizá no tanto porque no la comprenda, sino porque lo más seguro es que le parezca un tostón. Ten en cuenta que se utiliza mucho la filosofía discursiva.

—¿Discursiva? —preguntó asumiendo su ignorancia.

—El conocimiento discursivo es aquel que, partiendo de una serie de conceptos, obtiene otro nuevo mediante un discurso que sigue las leyes de la lógica.

—Buff —resopló Daniela—. Creo que en estos momentos no estoy para disertaciones filosóficas. ¡Que conste que no me niego a ello! Por si no lo habías notado, me gusta discutir, sea de lo que sea —concluyó con voz traviesa.

Carl se echó a reír. La niñera, que seguía aprovechando la posibilidad de observar al escritor sin cortapisa, lo miró alelada; casi babeaba. Era guapetón en su actitud normal, o sea, cuando estaba serio, pero cuando se reía... ¡Ay, madre, cuando se reía! Esa ristra de dientes blancos como el alzacuello de un sacerdote la tenía hipnotizada.

—Está bien, lo dejaremos para otra ocasión.

La voz de Carl la despertó de su letargo y se dispuso con rapidez a mojar otras gasas.

—Sí, creo que será lo mejor —le respondió a la vez que intentaba concentrarse en lo que debía hacer—. Y... una pregunta impertinente, ¿este tipo de novelas dan para vivir? —interrogó de carrerilla mientras le cambiaba las compresas.

Daniela se dio cuenta del cambio operado con rapidez en Carl pese a que no podía ver sus ojos, pero su cuerpo se volvió rígido, apretó su mentón y un rictus de fastidio apareció en su boca. De repente se incorporó a la vez que se quitaba las gasas de los ojos.

—Ya me encuentro mucho mejor. Gracias por tu ayuda —objetó con voz poderosa.

Se levantó y salió del salón con paso largo y potente. Daniela se quedó atónita al tiempo que pensaba que cada vez tenía más motivos para creer que había algo que olía mal en su forma de ganarse la vida. ¡Quizá Olga tenía razón! Se quedó absorta pensando; no hay nada que le guste más a una mujer que un secreto...

Capítulo 17

Al día siguiente, cuando Carl bajó a desayunar, Daniela pudo comprobar que ya no quedaba ningún vestigio de la alergia en los ojos del escritor. La joven había vuelto a su uniforme habitual compuesto, esta vez, por una falda estrecha azul marino y una blusa del mismo color, pero en tono celeste. Estaban los tres sentados alrededor de la mesa mientras la señora Maurer les servía el desayuno. Hanna parloteaba recordando las travesuras de Lucas y contaba lo bien que se lo había pasado con él entre bocado y bocado.

—Hanna, no se habla mientras comemos —le recordó su padre.

—Sí, papá —contestó la niña con voz afligida.

La niñera vio cómo le afectaba la recriminación de Carl, pero él tenía razón, aunque solo a medias. Mas no podía contradecir sus mandatos delante de la niña.

—Carl, ¿te importaría salir conmigo un momento? He de comentarte una cosa —pidió la joven, impulsiva.

—Claro, claro —afirmó el escritor desconcertado.

Los dos jóvenes salieron de la cocina, y Daniela cerró la puerta para que la niña no pudiera oírlos.

—Dime, ¿ocurre algo? —preguntó Carl preocupado.

—Sí. Debo darte unas normas básicas yo a ti —le respondió con una sonrisa.

—¿Cómo? —inquirió confuso.

—Mira, Carl. Con una niña así de pequeña se debe tener mucho cuidado con las palabras.

—¿Pretendes enseñarme cómo hablar con mi hija? —la cortó con voz severa.

—No. Solo pretendo darte un consejo desde mi conocimiento en esta materia.

—¡Ya estamos otra vez! Que yo sepa, según tu currículum vitae, poca experiencia tienes.

—¡Esto es increíble! Si no te fías de mi aptitud, ¿me quieres decir entonces para qué narices me has contratado? ¿Quieres hacer el favor de escuchar primero mi valoración y luego, si no estás de acuerdo, podemos entrar en debate?

—¡Está bien! ¡Habla! —exhortó.

Daniela bufó, agarró a Carl por el brazo y lo arrastró hasta el interior de la salita.

—Hanna y cualquier niña o niño de su edad interpreta las palabras al pie de la letra, todavía no ha aprendido todo nuestro vocabulario y las trampas que encierra este. Si tú le dices que no se habla mientras comemos, ella va a interpretar, y no errará, que no puede hablar nada de nada durante todo el tiempo que empleamos en comer. Eso es lo que has dicho con exactitud. Y supongo que no será eso lo que has querido decirle, ¿verdad? Porque sería ilógico teniendo en cuenta que solemos conversar durante la comida.

—No. Yo me refería a que no hablase con la boca llena —contestó renuente.

—Exacto. Eso es un ejemplo perfecto de lo que le tendrías que haber dicho; especificar lo que querías pedirle para que no caiga en un error de interpretación. ¿Me has entendido?

—A la perfección —ladró Carl.

—¿Y? ¿Tan descabellado lo encuentras? —inquirió la joven mientras ponía los brazos en jarras y su cuerpo adquiría una actitud desafiante.

El escritor reflexionó durante largos segundos. Sabía que la niñera tenía razón, pero le costaba dar su brazo a torcer y admitir que se había precipitado en su juicio. Sobre todo al darse cuenta de que, por unas cuestiones u otras, al final ella siempre se salía con la suya.

Daniela comprendió al segundo lo que pasaba por la mente de su jefe. A un hombre tan cuadrulado como Carl le resultaba muy costoso admitir que se había equivocado en algo, así que decidió ponérselo más fácil.

—¿Doy por hecho que el que calla otorga? —continuó la joven con una sonrisa muy atractiva a los ojos del escritor.

El joven afirmó con un gesto de su cabeza.

—Sí, creo que tienes razón —aceptó—. Y perdona por lo que te he dicho. Me he adelantado.

—Ya. Bueno, en realidad el problema no es lo que me has dicho, sino que lo pienses así de verdad. —La joven no pudo evitar que le desapareciese la sonrisa.

—Está bien. También reconozco que estás demostrando ser muy eficiente en tu trabajo. ¿Te vale con eso?

—No —respondió Daniela con tono pícaro, de vuelta a su ser alegre.

—¿No? —inquirió desconcertado al tiempo que fruncía el ceño.

—Pues no. Si quieres resarcirme del mal que me han causado tus palabras, debes hacer algo por mí —le informó a la vez que lo señalaba con el dedo índice.

La joven había tenido una idea que, si le salía bien, daría un gran paso entre la relación de padre e hija.

—Dime —dijo escueto.

—Me gustaría que esta tarde vinieras a la clase de expresión corporal. Será divertida.

—¿Tú estás loca?! ¿Qué pinto yo allí? —bramó contrariado.

—¡Oye! Perdona, pero el que seas mi jefe no te da derecho a insultarme. Bastaba con un «no».

—De nuevo tienes razón. Vuelvo a pedirte perdón —reconoció bajando el tono.

—Pues yo voy a seguir pidiéndote algo a cambio. —Y ante el intento de Carl de cortarle la

palabra de nuevo, alzó los brazos con las palmas hacia el escritor—. Tranquilo, he cambiado tu penitencia. Te pido que cenes esta noche con nosotras. Yo haré la comida, ¿de acuerdo?

—Me lo pensaré.

—¿Otra vez igual? ¿No te das cuenta de que Hanna necesita pasar más tiempo contigo?

—Daniela, ¿quieres hacer el favor de dejar de meterte en mi vida? —exhortó a la vez que giraba y se iba hacia las escaleras con paso decidido.

La joven se quedó cortada. Este hombre estaba siendo más duro de roer de lo que se pensaba.

Capítulo 18

Carl estaba en su despacho. Sus manos se movían a gran velocidad sobre el teclado de su portátil. Cuando más concentrado estaba, de repente oyó en la lejanía un estruendo continuo. Como no sabía a qué atribuirlo, con fastidio se levantó de su silla y abrió la puerta de su estudio. Entonces pudo escuchar que se trataba de música bastante alta y que provenía de abajo. De inmediato, con paso largo, se dirigió hacia las escaleras, las bajó de dos en dos y se asomó a la salita, estancia de la que provenía ese escándalo.

Carl se detuvo en el vano de la puerta al ver a la joven con un atuendo que no era el habitual. Desde donde estaba pudo advertir bien sus sexis y largas piernas embutidas en unos *leggings* de múltiples colores que moldeaban su redondo trasero, y una camiseta de tirantes verde césped. Estaba de pie junto a Hanna, ambas de espaldas a la puerta y sobre la alfombra que cubría el suelo de casi toda la salita. Frente a ellas, encima de la mesa de centro que habían corrido hacia un lado para dejar el suelo despejado, estaba el portátil que la niñera había pedido para utilizar con la niña. El ordenador estaba conectado a dos potentes altavoces desde donde salía esa música infernal.

Las dos movían sus cuerpos intentando sincronizarlo con la música para ejecutar un baile alocado. Daniela llevaba su larga melena suelta y la movía de un lado para otro, para atrás y para adelante. La imaginó con el pelo extendido como un halo sobre la almohada de su cama, envuelta entre sábanas de seda que moldeaban las curvas que ahora sabía que tenía.

El escritor tuvo la sensación de que había cometido el error de su vida al observar a la joven. Con el otro vestuario ya había sido consciente de que era una mujer muy atractiva, pero al verla en su esencia, esa rigidez que le provocaba la otra ropa había desaparecido, por lo que volvieron a estimularlo sensaciones que ya no recordaba y que creía que no quería volver a sentir, pese a ser todavía joven y tener por delante una larga vida.

Regresó a su mente el pensamiento de que quizá debía replantearse la estancia de Daniela allí. Él no necesitaba a su lado a una mujer que despertase su consciencia de hombre ante su soledad. Necesitaba a una niñera con la que no le importase vivir durante dos años.

—¿Qué demonios pasa aquí?! —tronó Carl.

Ambas se dieron la vuelta asustadas. Daniela se acercó presta al portátil y bajó el volumen.

—Estamos en clase de expresión corporal —explicó con una sonrisa.

—¿Y es necesario tener el volumen tan alto? —cuestionó enojado.

—No seas exagerado, tampoco está tan fuerte —le rebatió sin perder el humor.

—El suficiente para no dejarme trabajar.

—¡Ah! Bueno, pues únete a nosotras. Ven, te dejamos un hueco —dijo la joven a la vez que se apartaba de Hanna y dejaba un vacío entre las dos.

—¡Sí, papá! Ven aquí. ¡Es muy divertido! —exclamó la niña encantada.

—Lo que yo diga... está loca —murmuró el joven.

—¿Qué has dicho? —preguntó Hanna, que no alcanzaba a oír las palabras de su padre.

—Nada. Que no puedo.

De inmediato, la niña puso una expresión acongojada en su rostro, que rompió el corazón de Daniela y, aunque no lo quisiese admitir, el de su padre.

—Mira, si quieres ponemos otra música más tranquila y fácil de seguir. Te vendrá bien para despejar la mente. Verás cómo luego sigues con más ímpetu tu trabajo. —La joven cotorreaba sin parar para no dejarlo hablar—. No vas con la ropa más cómoda para hacer esto, pero como vamos a ponerlo más lento, podrás ejecutarlo de maravilla.

Mientras hablaba, Daniela se había acercado de nuevo al ordenador y clicó sobre un archivo de sonido nuevo. Una música mucho más relajante comenzó a sonar de inmediato. La niña se había aproximado a su padre, le había cogido la mano y estiró de ella en cuanto oyó la suave sintonía.

—Solo tienes que seguir a Dani —le explicó su hija.

La cabeza de Carl pensaba a la velocidad de un coche de Fórmula 1. A él estas cosas no le gustan, pero ¿cómo podía desilusionar a su hija? Llevaba mucho tiempo sin sentirla cercana, aunque reconocía que la culpa era suya. Primero por haber consentido que estuviese a cargo de todo el mundo menos de él. Segundo porque cuando ya la tenía a su lado, tampoco había hecho nada para solucionarlo. Y, en tercer lugar, y que él creía que era el más importante y que había causado el primer y segundo punto, porque había asumido que el dolor de la enfermedad y muerte de su mujer era solo de él y no había pensado en la pérdida de una madre para su hija. ¡Era un necio! ¡Y había tenido que venir una española a hacerle reflexionar sobre todo ello! Le iba a costar, pero poco a poco tendría que ir superando su duelo y poner solución a su atrofia como padre.

Pese a su velocidad de pensamiento, cuando se dio cuenta, ya se encontraba entre las dos. Daniela y Hanna lo miraban expectantes. Su cuerpo estaba en tensión, pero logró sonreír a su hija, por lo que tuvo una recompensa maravillosa con la ampliación de la sonrisa de la niña.

—Venga, seguidme —les instó Daniela a la vez que comenzaba a levantar los brazos y mover su cuerpo al compás de la música.

La joven estaba exultante, su plan estaba saliendo a la perfección y allí tenía al soso del

escritor a punto de mover el esqueleto. ¡Yupi!

Hanna comenzó enseguida a seguir los movimientos de su niñera, pero Carl se quedó primero mirando a su hija, luego giró la cabeza e hizo lo mismo sobre Daniela y, poco a poco, las imitó en esos meneos erráticos. Daniela empezó con acciones fáciles de sus extremidades. Se movía con lentitud para que pudieran seguirla sin problemas, aunque poco a poco fue incrementando la velocidad al tiempo que se complicaba la actividad. Hanna cada vez reía con más fuerza al ver las figuras que hacían. Carl no apartaba la mirada de ella. Era una gozada verla así. Sus labios se tensaron en una enorme sonrisa.

De repente acabó la música y empezó otra más movida. Entonces, Daniela comenzó a hacer aspavientos enérgicos con los brazos y a balancearse hacia los lados como un péndulo golpeando a Carl en el hombro, y con un guiño del ojo le indicó que hiciese lo mismo con su hija. El escritor la siguió en el juego y golpeó con su cadera en el hombro de la niña. Después, la joven empezó a girar sobre su propio eje y sus dos acompañantes la siguieron. Dieron vueltas hasta que perdieron el equilibrio y cayeron al suelo, unos encima de los otros, entre estruendosas carcajadas.

—¡Menos mal que Hanna ha caído encima del todo! —exclamó Daniela entre risas mientras golpeaba el hombro de Carl, que estaba sobre sus piernas.

La niña tenía el cuerpecito encima de su niñera y las piernas sobre su padre.

—Venga, cielo, levántate o te haré cosquillas —amenazó Daniela a la niña al tiempo que ponía sus manos en la cintura de la niña presionándolas un poco para producirle la risa involuntaria.

Hanna se revolvió con tanto ímpetu que acabó pateando a su padre, que respondió con gritos exagerados de dolor al tiempo que ayudaba a Daniela a hacerle cosquillas. De pronto, la niña se puso en pie y salió corriendo de la salita mientras se desternillaba de risa.

—¡A que no me cogéis! —gritó a la vez que desaparecía por la puerta.

Daniela y Carl, a la vez, se revolvieron para levantarse, pero lo que consiguieron fue liarse más entre ellos y volver a caer al suelo entre carcajadas.

Carl miró a Daniela.

Daniela miró a Carl.

Sus miradas se quedaron entrelazadas durante largos segundos. La joven estaba preciosa con toda su melena alborotada, sus mejillas sonrojadas por el ejercicio y una preciosa sonrisa que colgaba de sus labios. Al escritor se le había caído la goma del cabello y su rubia melena le caía sobre la cara, por lo que fraccionaba su rostro con sus hebras doradas. Entre dos de ellas, refulgía su ojo izquierdo fijo en la joven. Daniela tragó saliva. ¡Caramba, cómo estaba de deseable...!

En ese momento sonó el teléfono de la vivienda. El escritor se izó con ímpetu al tiempo que se alegraba en su interior por tener una excusa para alejarse de ella. Cuando cogió el inalámbrico para contestar, echó una mirada a Daniela, que también se había levantado y se arreglaba el pelo mientras salía del cuarto, suponía que en busca de su hija, y le impresionó ver sus movimientos

al andar. Tenía unos pasos ágiles y llenos de energía.

Cuando Hanna y Daniela regresaron a la salita, Carl ya había desaparecido. La joven respiró tranquila, después de ese momento «miradas» prefería no volver a encontrarse con él durante un tiempo.

Por la noche, cuando acostó a Hanna, se encerró en su cuarto. Todavía le duraba el desasosiego que había sentido durante el contacto de sus miradas y prefería no coincidir con él esa noche, aunque hacía días que no se dejaba ver a la hora de la cena. Lo más seguro era que estuviese disgustado con ella por llevarle la contraria en ocasiones y enmendarlo en otras, así que preferiría no toparse con ella para no discutir pese al acuerdo. Mejor así. La intimidad entre ellos dos en esos ratos era peligrosa para la tranquilidad de Daniela.

Sin poderlo evitar, aprovechó para mirar las redes, pero se arrepintió enseguida. La cosa se había complicado y casi prefirió no haberse enterado: ¡le habían robado su cuenta de Twitter! No pudo entrar en ella, pero sí que vio los tuits que se publicaban en su nombre y casi le da un colapso. ¿Qué demonios podía hacer?! Debía ponerle remedio, pero no sabía cómo.

De su boca, sin poder contenerse, salió una serie de exabruptos e insultos con la voz lo suficientemente elevada como para que Carl la oyese al pasar frente a su puerta camino de la escalera. Sin pensarlo dos veces, el escritor golpeó la puerta de Daniela y entró sin esperar respuesta.

—¿Te ocurre algo? —inquirió, preocupado.

La joven podría negarlo, pero su rostro decía bien claro que no estaba pasando por su mejor momento. Un fuerte escalofrío le recorrió el cuerpo al verla. No le hizo ni pizca de gracia comprobar que había algo que le estaba afectando sobremanera. Observó cómo ella intentaba negar con su cabeza, pero en dos zancadas se acercó hasta ella y se inclinó para ponerse a su altura.

—No me lo niegues, Daniela, por favor. Confía en mí y dime lo que te ocurre. Intentaré ayudarte, te lo prometo.

—Son cosas personales, Carl —consiguió balbucear.

—He visto cómo te afecta. Te he visto llorar por los rincones en varias ocasiones, cuando creías que nadie te podía observar y, la verdad, estoy preocupado.

—No te inquietes, no interferirá en mi trabajo. Hanna es mi prioridad absoluta —aseveró la joven confundiendo el interés del escritor.

—No es eso a lo que me refería, Daniela. Haz el favor de no pensar tan mal de mí. Eres tú quien me preocupa. Desde que estás aquí has demostrado tu fortaleza, y si algo te tiene en ese estado intuyo que no debe ser cualquier menudencia.

A Carl se le fue la mirada hacia la pantalla del portátil al darse cuenta de que la joven le echaba diversas miraditas de soslayo. Vio que tenía la aplicación de Twitter abierta, pero no

pudo leer nada porque la muchacha cerró la pantalla con brusquedad al detectar su atención en ella.

—No te incumbe lo que me pasa, no tiene nada que ver contigo ni con Hanna. Por favor, estoy en mi tiempo libre y me gustaría estar sola. ¡Márchate! —terminó con un grito tan desesperado y acongojado que puso los vellos de punta a Carl.

—Está bien —aceptó el escritor mientras se incorporaba y giraba hacia la puerta—. Pero que sepas que puedes confiar en mí —dijo antes de cerrar la puerta tras él.

Carl volvió a su despacho sin acordarse para nada de su intención de ir a cenar. Tenía que averiguar lo que tenía tan afectada a la niñera. Abrió Twitter en su portátil y la buscó. Enseguida comprendió lo que le pasaba. Ni por un segundo creyó que los posts que allí aparecían fuesen escritos por ella. No le pegaban nada. De su interior emergió un potente enfado e indignación. Buscó también en Facebook y el enfado se convirtió en cabreo. Un tal «Fuera las zorras» se estaba ensañando con ella de una forma abominable. De inmediato cogió el teléfono e hizo una llamada. Primero quería informarse de las posibilidades que tendrían para actuar.

Cuando colgó pensó en ir a hablar con ella en ese momento, pero decidió que sería mejor al día siguiente, cuando la joven estuviese más calmada. Ahora necesitaba estar sola para rumiar su cólera y su congoja.

Capítulo 19

Al día siguiente, martes, comenzó la jornada con un poco de tensión entre los dos jóvenes. Se esquivaban las miradas como si hubiese ocurrido algo íntimo entre ellos y no se dirigían la palabra. Carl estaba esperando el momento para hablar con ella, pero para ello quería verla sin esa rigidez en el rostro. Intuía que era debido a él y al cruce de miradas que tuvieron durante la hora de expresión corporal y su intromisión por la noche en su habitación.

Para Daniela era un nuevo día; y aunque no se encontraba muy cómoda junto al escritor en esos momentos, ya había puesto todo de sí misma para pasar página y no pensar en las dos escenas que la habían martirizado durante la noche pasada. Solo le hizo falta ver una sonrisa en los labios de Hanna para esfumar de su mente todo pensamiento negativo.

Todavía estaban sentados en la mesa cuando llegó Carmen con su arrolladora presencia.

—Mi niña, qué guapísima estás —piropeó a su nieta mientras la llenaba de besos—. He venido porque hoy va a hacer un día precioso y podremos ir al parque si quieres.

La niña miró a su niñera.

—¿Puede venir Dani? —preguntó dudosa.

—Claro que sí, mi amor —le contestó su abuela.

Las tres féminas, en cuanto terminaron el desayuno, se fueron hasta el parque que había a un par de calles de la casa. En cuanto llegaron allí y Hanna se fue a jugar con los demás niños, Carmen cogió por el brazo a Daniela con cierta ansiedad.

—Cuéntame, Dani. ¿Has podido poner en marcha tu plan?

La joven se echó a reír con ganas. Ahora entendía la prisa que había tenido la madre de Carl para sacarlas de la casa.

—Pues sí. Ayer, y es una lástima que no se me hubiese ocurrido poner a grabar la escena —le confirmó Daniela con sorna.

—¡Cuenta! ¡Cuenta!

—Pues verás, con la excusa de darle clases de expresión corporal a Hanna, puse la música lo suficientemente alta como para que se oyese en el piso de arriba. Y como tenía previsto, enseguida bajó Carl enfurruñado, pero gracias a su nieta, la estrategia acabó como pretendía.

La joven le contó todo lo que había pasado la tarde anterior entre risas de las dos mujeres. Bueno, casi todo... Solo lo que afectaba a su nieta.

—¿En serio que se puso a moverse con vosotras? ¡No me lo imagino! —Se asombró Carmen.

—¡Ay, Carmen! Casi salto de alegría cuando lo vi dando vueltas por la salita. Terminó con el pelo alborotado y con una sonrisa más grande que el estadio del Santiago Bernabéu. ¡Hanna estaba feliz como una perdiz!

—Sí, Dani, qué lástima que no lo hayas grabado. ¿Y para hoy qué tienes preparado? —preguntó curiosa.

—Bueno, tengo varias opciones en mi cabeza, pero creo que será algo más tranquilo, para no forzarlo demasiado —le contó con un tono travieso.

—Ya me informarás mañana —dijo la mujer con una sonrisa—. Pues yo tengo también noticias. La persona a la que he pedido ayuda está dispuesta a acudir a mi llamada.

—No me va a decir quién es, ¿verdad? —inquirió Daniela con curiosidad.

—Pues no. Ya la conocerás. Pero te advierto que antes de que acabe la semana que viene estará aquí, asuntos profesionales lo retienen hasta entonces. Yo también quiero crear algo de suspense. Solo te voy a decir que será alguien que te va a caer muy bien, y a Carl... lo pondrá nervioso.

Daniela rompió a reír. La madre de su jefe era encantadora. ¡Lástima que él no se pareciese más a ella!

—¡Bien! Creo que lo que su hijo necesita es un buen meneo que lo espabile.

Carl estaba inquieto. Intentaba concentrarse en su trabajo, pero le estaba costando horrores. Tecleaba y borraba en la misma medida casi sin descanso. Estaba tan pendiente de la hora que no conseguía hilvanar dos palabras seguidas. Cuando el lento caminar del reloj le indicó que ya era la hora en la que le tocaba a su hija la actividad de expresión corporal, prestó atención en espera de la música que estaba aguardando toda la tarde, pero por mucho que estuvo pendiente, el tiempo pasaba y la melodía no se oía.

Al cabo de unos minutos, no pudo esperar más y decidió salir al pasillo por si Daniela había puesto la música más suave que el día anterior, pero cuando lo hizo el silencio era absoluto. Se suponía que estaban los tres en la casa, pero había tanta tranquilidad que llegó a pensar que Hanna y Daniela se habían ido de la vivienda. De todas formas, decidió bajar las escaleras y comprobar si estaban.

La tarde pasada había sido especial. Le había dado vueltas desde entonces en la cabeza y al final decidió que no le había costado tanto integrarse entre las dos. No le supuso un esfuerzo desmesurado, sino más bien todo lo contrario. Lo malo era que no solo había sido especial por su hija, sino que Daniela tenía mucha culpa de su estado y eso lo mantenía desconcertado. Él no

necesitaba una mujer en su vida. Ahora no. Entre otras muchas razones, no concebía una relación sin sinceridad y él, en esos momentos, no estaba preparado para ser franco con todas sus actividades. Pero no podía dejar de estar preocupado por ella y quería ayudarla a poner remedio a su situación.

Cuando logró llegar al piso de abajo y se encaminó hacia la salita, creyó oír unas leves risitas. Con sigilo se acercó a la puerta y se paró allí para contemplar lo que ocurría. Unas sillas estaban colocadas estratégicamente en el centro de la habitación y sobre estas una gran sábana las cubría como si fuese una tienda de campaña. La luz estaba apagada y las ventanas cerradas, por lo que conferían la suficiente oscuridad para crear el ambiente deseado. Una luz iluminaba el interior como una llamarada del mismísimo sol. A través de la tela se veían dos sombras, una grande y otra pequeña, que igual permanecían estáticas, igual se movían. Otra retahíla de risas atravesó la sábana.

Con cuidado se acercó a la sábana y la levantó.

—Chicas, ¿qué estáis haciendo? —preguntó curioso mientras se ponía en cuclillas.

—¡Hola, papá! —exclamó su hija al tiempo que se levantaba y se tiraba en sus brazos provocando que Carl perdiese el equilibrio y cayese hacia atrás con la niña encima de él.

Los dos se levantaron entre risas y Hanna lo agarró de la mano y tiró de él.

—Ven, entra. Cabemos los tres, ¿a que sí, Dani?

La joven los miraba desde dentro agachada para ver por el hueco que había quedado abierto en la sábana.

—Claro que sí, Carl, te haremos un sitio. Solo tienes que plegar el cuerpo como si fuese una pajarita de papel —respondió con ironía a la vez que se movía hacia el fondo.

Sobre la alfombra descansaba un cuento abierto y a su alrededor una linterna de camping, una brújula y una cantimplora. Carl intentó evitar tocar los objetos al tiempo que se colocaba a un lado y cruzaba las piernas con cuidado con el cuerpo medio encorvado porque su cabeza tropezaba con el techo. Cuando más o menos logró acomodarse, Hanna entró a gatas, y sin decir nada trepó por encima de las piernas de su padre y se colocó en el hueco que había entre ellas. El escritor se quedó pasmado sin saber qué hacer. Era la primera vez que su hija, de forma voluntaria, se sentaba así.

Dos años en la vida de una niña de cuatro era una eternidad; y hasta que la reclamó a sus padres, Carl había disfrutado muy poco de su compañía. Además, desde que Hanna vivía con él, la relación que tenían entre los dos era fría y distante, pero los últimos días el nexo de unión parecía que se estaba acercando a lo que se entendía por un vínculo entre padre e hija.

Una sensación muy extraña le recorrió el cuerpo al relajarse y notar el pequeño peso que tenía entre sus piernas. Desvió los ojos hacia Daniela con una mirada que le imploraba ayuda. La joven no pudo evitar romper a reír.

—No te va a comer, Carl. Puedes tocarla e incluso abrazarla. Pruébalo, seguro que te gusta —bromeó Daniela con una sonrisa instalada en sus labios—. Rodea con tus brazos su cuerpo y

siente su calor. Huele su aroma y disfruta de ella.

El rostro de Carl se destensó, miró la coronilla de su niña a la vez que acercó su cabeza a ella y aspiró con fuerza. Un olor dulzón a bebé se le introdujo por las fosas nasales y se diluyó por todo su cuerpo. Era el aroma más atrayente que había percibido en su vida. Eso le dio fortaleza para envolver con sus brazos a su hija y notar la calidez de su piel, su tierna y templada carncita, blandita y reconfortante. El vello se le puso de punta y tuvo la sensación, por primera vez desde que había fallecido su esposa, de estar en su hogar. En un hogar que estaba formado por su hija y él mismo, pero también, en el fondo de su mente, había un hueco para Daniela al reconocer que todo esto había ocurrido gracias a ella.

Hanna, mientras su padre disfrutaba de esas sensaciones, estaba distraída con el cuento que había cogido del suelo.

—Dani, ¿me lees el cuento? —preguntó con vocecilla de niña buenecita, que es lo que era.

—¿No te gustaría que te lo leyese tu padre? —sondeó su niñera.

La niña giró su cabeza con brusquedad para buscar la mirada de Carl con sus ojos.

—¿Quieres? —le preguntó a su padre dubitativa.

Esa mirada limpia de brillante azul cerúleo lo observaba expectante. El escritor, sin darse cuenta de lo que hacía, elevó su mano y acarició sus níveos mofletes. Este mundo que se le abría a través de los ojos de su hija era nuevo para él y dudó por si la decepcionaba. Cogió el cuento de entre las manos de Hanna y le echó una ojeada por encima de la cabeza de su niña. Las pocas palabras escritas sobre los coloridos dibujos estaban en español. Daniela acercó su cara a la de Carl para mirar el cuento.

—Se trata de la fábula de *La liebre y la tortuga*, ¿la conoces? —indagó la joven.

—Claro. Aunque no te lo parezca, también he sido niño.

—Tienes razón...

—¿Cómo has dicho? —la interrumpió.

Daniela lo miró extrañada.

—¿Me has dado la razón? —insistió el joven a la vez que una suave sonrisa torcida asomaba por su comisura izquierda.

Daniela soltó una estruendosa carcajada.

—Creo que te has precipitado. Iba a decirte que estoy de acuerdo contigo en que con excesiva frecuencia estás tan serio que se me hace raro que hayas sido un niño alegre y risueño alguna vez —le cuestionó con regocijo. Lo miró, amplió su sonrisa y continuó—: ¿Quieres que leamos el cuento entre los dos? Yo seré la tortuga y tú la liebre.

—¡¡¡¡¡Síiiiií!!!!—. Oyeron gritar a Hanna.

Ante eso, Carl no pudo negarse.

—Vale, pero yo soy la tortuga y tú la liebre —concedió el escritor—. Me gusta ganar.

Durante un rato, los dos falsearon sus voces para contarle el cuento a Hanna. Iban turnándose la lectura según hablaba uno u otro. La niña se había sentado entre los dos y delante de ella

sostenían entre los tres el cuento de cartón rígido. Sus deditos recorrían las letras en cada hoja como si simulase su lectura. A Daniela le costaba comportarse con normalidad. Los dedos de Carl rozaban los suyos por la parte trasera del cuento y algo extraño recorría su cuerpo que la estremecía. Era un tacto suave de unos dedos que no estaban acostumbrados a las tareas físicas.

Cuando terminaron de leer el libro, con la excusa de que tenía que preparar la cena, desmontó el chiringuito y se fue a la cocina con la niña. Una cosa era intentar unir al padre y a la hija y otra terminar bebiendo los vientos por él. ¡De eso *nanai*!

Capítulo 20

Por fin Carl decidió acompañarlas a las dos a cenar. A las siete en punto estaban los tres sentados alrededor de la mesa de la cocina. La niña estaba encantada de tener a su padre allí y lo manifestaba abiertamente. Pese a lo pequeña que era, tenía unos modales impecables para una niña de su edad.

—Papá, esta tarde también he jugado con Dani al parchís —le informó entusiasmada.

—Qué bien.

Daniela esperaba que Carl le siguiera la conversación a Hanna, pero él siguió comiendo como si tal cosa.

—Carl... ¿no quieres saber quién ha ganado? —inquirió a la vez que lo fulminaba con la mirada y le daba un puntapié por debajo de la mesa.

—¡Ay! Sí, sí, claro. Princesa, dime, ¿quién gano?

—¡Yo!

Daniela miraba al joven y meneaba la cabeza incrédula a la vez que bufaba flojito. Menos mal que, a partir de ahí, Carl continuó relacionándose con su hija, si no lo iba a terminar acribillado a puntapiés.

Cuando Daniela se fue con Hanna para acostarla, a Carl no le apeteció encerrarse de nuevo en su despacho, por lo que decidió acomodarse en el sillón del salón mientras se tomaba un whisky. Había estado inquieto durante la cena y sabía que no podría conciliar el sueño. Había disfrutado en compañía de las dos durante esa tarde mientras observaba a la joven desenvolverse con su hija porque, a decir verdad, casi no había podido apartar la mirada de ella mientras se movía con ligereza y estaba pendiente de todos los deseos de su hija.

A lo largo del tiempo que llevaba la niñera en su casa había observado lo atractiva que era. Tenía unos ojos profundos que le extraían el aire de sus pulmones; antes, cuando siempre vestía enfundada en ropa poco atractiva, había imaginado su figura con formas muy sexis y sensuales, algo que pudo constatar durante los tres últimos días al vestirse con ropa más cómoda para visitar a sus padres el domingo y para realizar la actividad de expresión corporal con su hija; y su pelo negro, largo, ondulado y brillante le fascinaba cuando lo llevaba suelto. Muy atractiva, sí, pero

no solo eso era lo que le atraía de ella. Su marcada personalidad también le llamaba la atención.

Por el rabillo del ojo notó un movimiento y giró la cabeza intuitivamente. La mujer que en esos momentos ocupaba sus pensamientos estaba bajo el dintel de la puerta. Llevaba una batita corta, cruzada por delante con un cinturón que acentuaba su cintura. Su pelo lo tenía suelto y le sentaba espectacular, con esa cascada que le caía sobre sus pechos.

—Perdona, Carl, no pretendía molestarte. Creía que estabas en tu despacho y como he visto la luz, pensé que se me había olvidado apagarla. —Se giró a la vez que elevaba una mano con un gesto de despedida— Te dejo tranquilo. Buenas noches.

Carl había permanecido callado. Cuando vio que se despedía, sintió que no quería quedarse solo en esos momentos. Se levantó con ímpetu y en dos zancadas recorrió el espacio que lo separaba de la puerta.

—¡Daniela! ¡Espera! —Se asomó al pasillo.

La joven se detuvo y se volteó hacia la puerta del salón.

—Dime —lo instó elevando las cejas.

—¿Te apetece sentarte conmigo un rato? —le pidió.

—Claro que sí. No tengo sueño, me vendrá genial.

Carl la dejó pasar delante, ambos penetraron dentro del salón y se sentaron los dos en el sofá. Daniela estaba nerviosa ¡Con lo tranquila que se sentía en esa casa cuando estaba con Hanna! Y era llegar ese espécimen masculino y temblar como una chiquilla. No era lo mismo estar en compañía de Carl cuando estaba la niña o cuando discutían que en ese momento mucho más íntimo. Debía concentrarse para que la voz no le saliese temblorosa.

—Hanna estaba sobreexcitada y parecía que no habría forma de que se durmiese esta noche, pero ha sido tocar la almohada y quedarse dormida. Para ella, lo de esta tarde ha sido una experiencia emocionante; ha tenido una actividad nueva y la ha realizado junto a su padre.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó Carl a bocajarro.

Daniela lo miró asombrada. Giró su cuerpo hacia el escritor para poder observarlo mejor y una sonrisa juguetona se dibujó en sus labios. Si iban a entrar en el plano personal, no como jefe y empleada, ella podría sacar su artillería pesada. Era una experta en eso.

—¿Cuántos crees que tengo? —sondeó regocijada.

—Lo que yo crea es irrelevante. El dato es lo que quiero saber —determinó.

—¿Por algún motivo en especial?

—¿Me vas a contestar?! —exclamó con un punto de irritación en la voz al tiempo que, inconscientemente, fruncía el ceño.

—Pues depende de si me lo pregunta el jefe o la persona —lo provocó con sorna, sin hacer caso de su tono.

Carl comprendió que si quería averiguar algo sobre esa chica tendría que entrar en su juego. Cuando se ponía en ese plan él tenía todas las de perder porque Daniela le había demostrado que a verborrea no le ganaba nadie. Así que decidió saborear el whisky que había dejado sobre la

mesa mientras la inspeccionaba de arriba abajo. Intentó serenarse, pero la visión de ese cuerpo envuelto en tan solo una ligera bata lo estaba trastornando.

—¿No sabes quién me está haciendo la pregunta? —insistió Daniela.

—Todavía no. Estoy intentando averiguar quién quieres que te lo pregunte para obtener la respuesta adecuada.

Entonces la joven soltó una deliciosa carcajada. Chico listo; se había dado cuenta de que la respuesta de ella dependía de lo que él le contestase. Carl seguía observándola; y pese a que su risa ya había desaparecido, a él no le desapareció la reacción que le había provocado.

—¡Oh! ¡Está bien! Te lo voy a poner fácil —señaló Daniela—. ¿Qué te parece si me habla Carl? A mi jefe ya lo soporto durante todo el día, además recuerda que estoy en mis horas libres —acabó con una sonrisa irónica.

—A veces soy un poco intransigente, ¿verdad? —reconoció Carl con tono áspero ante las palabras de la niñera.

—¿Quieres una respuesta sincera o la de quedar bien?

—¿No pueden ser las dos a la vez?

—En tu caso eso es imposible —constató.

Sin darse cuenta, los dos se habían sentado de lado, con el costado de sus cuerpos apoyados en el respaldo del sofá, para encararse de frente. Daniela se fijó en sus facciones y las analizó. Sus ojos seguían siendo tristes, pese a que ahora se los veía con un poco más de brillo. Comprendió que ese hombre tenía un peso tremendo en sus amplios hombros desde que había fallecido su esposa. Era como si siguiese de duelo. Desde que la joven estaba en Alemania, jamás lo había visto con un amigo, así que quizá solo necesitase un hombro donde descargar toda su amargura. Alargó la mano y la posó sobre la del escritor, que descansaba encima de una de sus piernas.

—Está bien, Carl. Voy a hacerte un regalo —continuó la joven—. Tengo veintiséis años y te ofrezco mi amistad.

—¿Acaso te crees que la necesito? —gruñó malhumorado.

—Pues sí, Carl. Estoy convencida de ello. Te pasas el día encerrado en tu guarida sin relacionarte con nadie y creo, con honestidad, que precisas de un desahogo mental con urgencia —expuso con voz dulce.

—Ya. Y crees que tú, una joven de veintiséis años, puede ser la persona que me lo facilite. ¡Venga ya, Daniela! Yo tengo treinta y cinco años y mucho vivido —aludió con amargura.

—¿Y? ¿Tal vez opinas que no puedo sentir empatía por tener unos cuantos años menos que tú? No sabes nada de mí si piensas eso. En cambio, yo sé mucho de ti y quiero saber más. Es cierto que cuando llegué me invadiste de normas con respecto a tu hija. Normas, muchas de ellas absurdas, todo hay que decirlo, pero a la conclusión a la que llegué fue que estabas lleno de inseguridades con respecto a cómo tratar a tu hija. Me he dado cuenta de que era algo nuevo para ti y pensaste que, si tú estabas lleno de reglas y normas y eso funcionaba para ti, también tenía que funcionar para Hanna. ¿Me equivoco?

Carl estaba asombrado ante la facilidad con que esa joven había penetrado en su más oscuro pensamiento. Todo lo que ella acababa de decir era rigurosamente cierto. Quizá Daniela tenía razón y debía soltar todo el lastre que llevaba dentro. Jamás había hablado con nadie de ello en profundidad, salvo con su psicólogo, porque todo el mundo alrededor suyo conocían a Ingrid y a él desde niños. Al único que había confesado algo de sus truculentos pensamientos era a su hermano, pero este vivía lejos y se veían muy poco.

Una losa enorme le pesaba sobre sus hombros, tan grande que no le dejaba respirar con normalidad, y su única forma de sobrellevarla era concentrándose en su trabajo. Tal vez era hora de empezar a quitársela de encima; y la verdad era que Daniela, pese al poco tiempo que llevaba en su casa, le provocaba una gran confianza. Quizá sería más fácil con alguien que no conociese nada de su vida con Ingrid.

—Está bien —consintió con voz gutural—. ¿Qué quieres saber?

—No, Carl, así no funciona. Cuéntame tu historia como tú la sientas. Estoy segura de que, como escritor que eres, sabrás expresarte a la perfección.

Él desvió la mirada hasta el fondo del salón, empuñó los ojos concentrando su mente en poner su vida en perspectiva y aclarar sus ideas.

Emitió un fuerte suspiro antes de volver a hablar:

—Bien. Ingrid y yo nos conocíamos de toda la vida. —El joven miró a Daniela y aclaró su voz mientras la sombra de pena que vivía en sus ojos azules se acrecentaba—: Ingrid era mi esposa. —Cuando vio que la joven afirmaba con su cabeza, volvió a desviar la mirada—. Sus padres y los nuestros eran vecinos y desde niños jugábamos juntos. Después acudimos al mismo colegio y luego al instituto. Allí fue cuando comenzamos a ser novios. Cuando casi recién acabábamos la carrera los dos, nos casamos. Ingrid comenzó a trabajar junto a su padre en el negocio familiar y yo conseguí una plaza en un instituto, de profesor de Filosofía, a la vez que escribía. Todo comenzó a marcharnos muy bien. Mi primera novela tuvo muchísimo éxito en mi mundo filosófico e Ingrid me convenció para que abandonase el puesto de profesor. Sabía que yo allí no era feliz y que necesitaba tiempo para desarrollar mi verdadera vocación. Además, Ingrid ganaba un buen sueldo que nos permitía vivir con desahogo. Cuando hace cinco años se quedó embarazada, fue el culmen de su felicidad. Nada deseaba más en la vida; así que, cuando vi que ella se desvivía por Hanna y que le pesaba el tener que volver al trabajo después de su baja maternal, decidí que era mi momento de devolverle lo que con anterioridad ella había hecho por mí. Tomé algunas decisiones sobre mi carrera de escritor y, en vista de mi éxito, ella se dedicó a criar a nuestra hija y yo a ganar dinero.

—¿Qué decisiones? —lo interrumpió, curiosa. Seguro que eso tendría que ver con lo que hacía encerrado en su despacho y que no permitía que nadie viese.

Carl se la quedó mirando con fijeza.

—Eso no viene al caso —respondió evasivo—. El problema fue que la felicidad le duró tan solo dos años. En cuanto empezó a sentirse mal, su cuerpo se deterioró enseguida y pasaba

muchas más horas en el hospital que en casa y sin poder ver a su hija, ya que, para la niña, era muy impactante verla en su estado. Al año de pronosticarle el cáncer, murió. Y de ello hace otro año. Esa es mi historia.

Daniela lo miraba reconcentrada. Comenzó a menear la cabeza de un lado a otro mientras, nerviosa, se acariciaba a sí misma una rodilla desnuda que se veía entre la abertura de la bata. ¿Debía ser franca con su jefe? Si soltaba todo lo que llevaba dentro podría perder el trabajo. Pero bueno, habían quedado en que hablarían como «no jefe».

—No, Carl. Esa no es tu historia, es la de tu mujer. Me has hablado de los sentimientos de ella, pero de ti, de tus sentimientos, nada. Cuéntame cuál es tu dolor.

El joven se quedó impactado con las palabras de Daniela. Tenía razón. ¡Otra vez! Ella volvía a meter el dedo en la llaga. Esa era la historia que conocía todo el mundo. La que fue de boca en boca por todo Coblenza.

—Sí. Es su historia, pero es que ahí está el quid de la cuestión. —Permaneció en silencio largos segundos mientras su mirada se perdía en el infinito y se frotaba la barba con su mano con una actitud que revelaba que no sabía que lo estaba haciendo—. Yo prefiero revivir una y otra vez esa historia que admitir el fracaso de mi vida. Por lo menos hasta que logre pasar página. Y estoy en ello...

—¿A qué te refieres? —insistió ella al comprender que estaba a punto de revelar la verdad de su evidente pesar.

—Tras su fallecimiento me di cuenta de que no la echaba de menos como se merecía —murmuró como si no fuese él el que hablaba, sino sus pensamientos, mientras sus ojos parecían dos pozos vacíos. Al darse cuenta de lo que había expresado en voz alta, miró a la joven con miedo y elevó los brazos a la vez que extendía sus manos con las palmas hacia ella como si pretendiese pararla—. Entiéndeme, no es así tampoco. No es eso lo que quería decir. Me refiero a que la echaba de menos como si fuese un ser querido, pero no como mi amor. Después de tantos años de estar juntos, lo único que me quedó de ella fue un tierno cariño. No sé si me explico —concluyó mientras movía la cabeza de un lado a otro, negando con desaliento.

—A la perfección, Carl. Y comprendo que eso te produjese algún tipo de choque mental, pero esas cosas pasan. No veo el motivo por el cual todavía estés en ese estado de desconsuelo que transmiten tus ojos, ahora aún lo entiendo menos.

—Yo no sé qué es lo que tú ves en mis ojos, pero lo que yo siento por dentro es que le he fallado a Ingrid. Podría haberla hecho infinitamente más feliz.

—¿Y eso por qué?

Daniela estaba desbocada ya. Después de lo que le había contado Carl, sentía la necesidad de ayudarlo a deshacerse de esos negros pensamientos. Menearlo psicológicamente para que se desbloquease y pudiese continuar con su vida. Si él había confiado en ella, no era para que le diese la razón sin más. O por lo menos ella no era así.

—¿Cómo que por qué? ¿Es que no lo ves? Si la hubiese amado como se merecía... —

respondió Carl atónito ante la pregunta.

Para él era obvia la respuesta.

—¿Qué? —lo cortó ella con énfasis—. ¿Habría vivido más? ¿Habrías podido evitar que estuviese enferma, que estuviese en el hospital?

—No, pero...

—Nada de peros. A ver, ¿ella se quejó alguna vez por tu falta de cariño?

—No...

—¿Estuviste con ella durante su enfermedad?

—¡Claro! ¡Todo el año recluido allí con ella!

—O sea que la cuidaste.

—¡Sí!

—Y antes de caer enferma, ¿quién se sacrificó para que ella pudiese estar con su hija?

—Ya, pero yo me alejé de ellas. Les fallé a las dos. En lugar de formar parte de sus vidas, me concentré en mi trabajo —replicó con desaliento.

—Excusas, excusas. Todo eso me suena a un montón de excusas baratas para no querer afrontar la realidad —le recriminó Daniela.

—¡Pero ¿qué dices?! La realidad es la que te he contado —exclamó perplejo.

—Vale, admito que hayas tenido ese sentimiento de culpa al descubrir que no la querías tanto como ella debía de creer. También que eso te produjese alguna duda sobre si has sido tan buen marido como ella se merecía. Pero me niego a creer que una persona tan inteligente como tú se pase todo un año martirizado por esos motivos que tú solo podrías haber rechazado, o por lo menos haberte perdonado a ti mismo. Llevo observándote desde que he llegado a esta casa y creo que has hecho crecer un muro delante de tus ojos para no admitir la realidad porque lo que te da miedo es afrontar el hoy tú solo. Pero no un hoy cualquiera; si estuvieses en realidad solo, no tendrías problemas. El obstáculo ha sido siempre tu hija. Hanna. Ese es el meollo de la cuestión. Te da pánico, pavor, no estar a la altura de tu difunta mujer. La responsabilidad de ser el que la críe sin haber sido un padre auténtico con anterioridad, no solo nominativo, te da miedo, te aterra. —Decidió que ya había dicho todo lo que tenía que decir, por lo que solo añadió—: Y ahora, si te atreves, lo niegas.

No pudo. No pudo negárselo. Su mente se abrió como cuando una mañana clara y luminosa alguien abre las ventanas y descorre las cortinas de una habitación donde una persona duerme entre las sábanas de una cama y se despierta por la incisión de los rayos de sol en sus ojos. En shock se levantó del sofá y se dirigió hasta el ventanal de una de las paredes. Prácticamente no se veía nada del jardín que él sabía que estaba ahí, pero lo que sí pudo contemplar fue su propio reflejo en el cristal. Se observó con cuidado y vio en sus ojos todo lo que acababa de escupirle a la cara esa joven metomentodo. Daniela, con sigilo, salió del salón. Estaba convencida de que Carl necesitaba estar solo para meditar sus palabras.

La niñera se acostó enseguida. No le apetecía hacer nada ni hablar con nadie. Necesitaba

pensar sobre lo que había pasado, así que apagó la luz, cerró los ojos y meditó. No sabía lo que iba a pasar a partir de esa conversación, no las tenía todas consigo. Había expresado con claridad lo que le roía por dentro. Quizá con demasiada claridad. ¿La despediría al día siguiente? En verdad tenía motivos.

En la tranquilidad de su cuarto, con la oscuridad que la rodeaba, pudo reflexionar con calma y comprender que ella no era quién para hablarle de esa forma. Lo había hecho por la niña, eso por supuesto, aunque debía confesarse a sí misma que también por él. Pero creía que había ido demasiado lejos; así que, después de darle vueltas durante casi toda la noche, llegó a la conclusión de que iba a comportarse como si esa conversación no hubiese ocurrido y a esperar acontecimientos. Intentaría gozar de Hanna todo lo que pudiese hasta que él la despidiese.

Carl, en cambio, permaneció durante muchos minutos plantado ante el ventanal, analizándose por dentro, desgranando cada palabra que había salido por la boca de Daniela. ¿En verdad había estado tan ciego? ¿Había focalizado su dolor y recuperación en lo fracasado que se había sentido como esposo para no afrontar, de una vez por todas, su futuro con su hija? Debía hablar con su psicólogo con urgencia.

Por lo pronto, decidió ignorar el atrevimiento que había tenido la joven. Había sobrepasado su labor de niñera, eso era cierto, pero ¿y si gracias a eso él dejaba atrás la oscuridad e iniciaba una nueva vida junto a su niña? Algo dentro de él había cambiado hasta tal punto que sintió un arrebatador deseo de acercarse hasta la habitación de su hija para contemplar cómo dormía.

Pero, por supuesto, supo dominarse. Debía ir con paso seguro, nada de arrebatos emocionales.

Capítulo 21

Pese a la noche que había pasado, cuando se levantó a la mañana siguiente Daniela tenía una sonrisa de oreja a oreja ante la expectativa de ver a la niña. Lo primero que hizo fue entrar al cuarto de Hanna y esta la recibió con otra sonrisa que enseñaba todos sus dienteitos. Ella siempre había sentido atracción por los niños, pero lo que estaba empezando a experimentar por esa niña jamás le había pasado antes. Todas las mañanas se levantaba con la ilusión de ir a verla, de tomarla en sus brazos y notar cómo los de ella se enroscaban en su cuello mientras le daba unos húmedos besos en la mejilla. En poco tiempo, las dos habían construido una conexión especial entre ellas. Hanna despertaba en Daniela unos sentimientos que prefería no ponerles nombre, pero lo que sí sabía es que eran muy fuertes. La vistió con un conjuntito cómodo con la idea de dar un paseo, ya que acababa de comprobar que sería un día muy soleado.

Cuando se encontraron todos en la cocina, el escritor y la niñera evitaron dejar traslucir el efecto que había producido en ellos la discusión de la noche anterior.

Durante el desayuno, como quien no quiere la cosa, Daniela le propuso a Carl dar una vuelta por el parque, algo que él nunca había hecho, y su sorpresa fue mayúscula cuando aceptó.

Carl no sabía lo que le estaba pasando, pero notaba que necesitaba tener el control de la vida de su hija de una forma distinta a la que hasta ahora había ejercido. Nunca había permitido que alguien tomase decisiones que le afectaban en primera persona. Las influencias externas no estaban hechas para él, así que había tenido los ojos y los oídos cerrados a cualquiera que quisiese intervenir en su vida y, por ende, ahora también en la de su hija. Al penetrar la joven, la noche anterior, en lo más recóndito de su yo escondido, descubrió que Daniela tenía razón y que había perdido la perspectiva de lo que en realidad necesitaba su hija y que, en vez de ponerse en el lugar de la niña y proporcionarle el cariño y la atención que precisaba, la ignoraba y le había estructurado la vida como si fuese un robot, y todo ello provocado por sus propios miedos al tener por primera vez entre sus únicas manos el futuro de su hija.

Necesitaba retomar el control y demostrarle a esa española que, pese a lo que sabía de él, sería capaz de encauzar su vida junto a su hija. No sería fácil, pero tenía el firme propósito de aprender a ser el mejor padre del mundo, por eso había llamado a su psicólogo y había concertado una cita

urgente para esa misma tarde. Tenía mucho que contarle.

Por otra parte, la noche anterior no pudo hablar con Daniela sobre el acoso que estaba teniendo en las redes. Lo había dejado tan tocado mentalmente que se olvidó por completo. Ese paseo hasta el parque iba a ser un momento y lugar muy propicio para ello.

Carl llevaba a su hija de la mano mientras hablaba con ella todo el tiempo; y Daniela, que caminaba detrás de ellos, no pudo evitar observar lo atractivo que estaba con esos pantalones vaqueros que se ajustaban a sus glúteos y con ese moño tan masculino que llevaba. Miró sus bíceps tan bien formados. Aquel hombre estaba de miedo.

Una vez en el parque, Hanna se puso a jugar con los otros niños, y Daniela y Carl se sentaron en un banco cercano. El escritor giró la cabeza para hablar con ella y la pilló comiéndoselo con los ojos. Una sonrisita se manifestó en sus labios.

—Qué contenta está Hanna, ¿verdad? —comentó el escritor.

Cuando oyó su voz, la joven reaccionó y, al mirarlo a la cara, vio su sonrisa. ¡La había pillado! Carraspeó avergonzada. Tenía que controlarse mejor. Nerviosa, se rio, y Carl sintió que su corazón lo golpeaba con fuerza y un chorro de lava le recorría todo el cuerpo. No podía evitar sentir esa sensación cada vez que oía su risa contagiosa.

—Tu hija es una niña maravillosa.

Comenzaron hablando de la niña y acabaron tratando de todos los temas inimaginables, salvo de la conversación mantenida la noche anterior. Ambos evitaron la cuestión.

Daniela confirmó que Carl era un hombre muy inteligente y eso le pareció muy atractivo y sexy. Lo miró con detenimiento. Que era guapo ya lo sabía, pero cada día descubría cosas de él que lo hacían más y más atrayente. La joven no podía dejar de admitir que cuando él sonreía, parecía más cercano. Lo malo era que también estaba descubriendo muchas cosas nuevas sobre ella misma.

El escritor consideró que era el momento oportuno para sacar el tema del acoso.

—Daniela, la otra noche me dejaste preocupado y no pude evitar intentar averiguar lo que te pasaba.

—¡Pero...!

—No te sulfures —la cortó—. No es mi intención meterme en tu vida, pero saber que estabas sufriendo me incitó a indagar lo que te ocurría. Y, la verdad, fue muy fácil saber que un mentecato, estúpido y cretino te está acosando en las redes sociales.

A Daniela le hicieron gracia los apelativos que usó para describir al gilipolla que la atosigaba. Ella era menos fina en su forma de describirlo. Pero pese a que le había gustado saber que no había dudado en su inocencia sobre esos post tan horrorosos que publicaba en su nombre, le supo a cuerno quemado que él se inmiscuyese en su vida.

—Pues a mí no me hace ni puñetera gracia que lo hayas hecho. Como te dije, no es de tu

incumbencia.

—¿Tampoco si sé cómo resolver tu problema? —le preguntó con un leve tono de guasa.

Daniela lo miró con fijeza. ¿Sería posible? Eso lo cambiaba todo. Casi no dormía por las noches y su sensibilidad se estaba agudizando de tal manera que le costaba mucho aguantar las lágrimas en cuanto dejaba de distraerse con Hanna. ¿Confiaría en él? Sabía que ocultaba algo sobre su trabajo, pero esto era distinto, ¿no?

—¿A qué te refieres? —preguntó, cauta.

—Tengo un amigo que es detective informático experto en investigación informática forense.

—¿Y?

—Lo llamé en cuanto averigüé lo que te ocurría y le planteé el caso.

—¿Y?!

—Me aseguró que podría solucionártelo. Necesitaría hablar contigo y tener acceso a todas tus redes, por supuesto. Incluso a tu ordenador, pero los resultados serían positivos en poco tiempo. Podría averiguar quién es él o ella con pruebas fehacientes que facilitarían la denuncia a la policía y su arresto.

—Acceso a todo... —murmuró con desaliento.

—Dani —era la primera vez que la llamaba así—, es muy amigo mío y yo me fío plenamente de él.

—Está bien, pongo mi vida en tus manos —aceptó con resignación.

—No seas tan dramática. Yo no voy a escarbar en tu vida, será mi amigo el que haga el trabajo, pero te aseguro que será del todo confidencial. Si me das tu permiso, lo llamo para que venga a hacerte una visita y hables con él antes de decidirte.

—Te lo agradecería, Carl. La verdad es que estoy perdida con este tema; y si tienes razón y tu amigo me lo soluciona, te deberé una muy grande.

—Bien... ya me lo cobraré —aseveró el escritor con una voz prometedora.

—¡Vaya! Y yo que creía que los alemanes no eran interesados —se burló con una sonrisa.

En ese momento volvió Hanna para pedirles que la ayudasen a subir al tobogán y, para sorpresa de Daniela, su padre se ofreció voluntario y acompañó a su hija hasta el juego infantil. Desde allí, mientras ayudaba a la niña, observó con disimulo a la niñera. Su corazón estaba feliz al conseguir que ella se fiase de él para intentar solucionar su situación en las redes y al ver que en su cara volvía a brillar la sonrisa.

Por la tarde, Daniela estaba con Hanna en la zona de juegos. Estaban jugando con una minicasita de muñecas cuando recordó que había dejado una olla en el fuego. Se levantó con presteza para dirigirse hacia la puerta.

—Hanna, cariño, voy a la cocina un segundo, no te muevas de ahí, ¿vale?

—No te preocupes, Dani, no me muevo. Anke se está durmiendo y tengo que cuidarla —le contestó señalando a una muñeca que estaba acostada en una de las camas de la casita.

—Muy bien, tesoro —aprobó mirándola a la vez que salía al pasillo al mismo tiempo que llegaba Carl.

Ambos jóvenes se chocaron, Daniela perdió el equilibrio y cayó sobre él, que a su vez aterrizó en el suelo con la joven encima. Carl la había agarrado por la cintura y no la soltaba. Se quedó enganchado a la mirada profunda que tenía delante de sus ojos. Hacía muchísimo tiempo que no tenía una mujer tan cerca y para colmo se trataba de la niñera de su hija, que lo llevaba de cabeza. El moño flojo que llevaba se le había soltado, y la cascada de su pelo caía a los lados formando una cortina que envolvía los rostros de los dos. La joven respiraba fuerte y hasta él llegó su aliento de toques cítricos. Sobre su torso sintió los pechos de ella, por lo que su cuerpo reaccionó de inmediato. Subió sus manos por la espalda de Daniela apretándola hacia sí hasta que llegó al cuello, le agarró la cabeza, la acercó hacia la suya y la besó sin pensar que se dejaba llevar por el instinto, cosa poco habitual en él.

Profundizó el beso y el ambiente se llenó de pasión. Los labios de la joven le transmitieron frescor y dulzura. No podía parar... Daniela colocó sus manos en los hombros del joven y empujó para separarse de él. Se puso de pie sin dejar de mirarlo con abatimiento.

—Carl... yo no...

—Para, para. No hace falta que sigas —la cortó frunciendo el ceño y elevando el tono—. Lo siento, de verdad. Ha sido un error y te prometo que no volverá a ocurrir. Olvídalo, por favor.

—Sí, sí, claro. Ya está olvidado. Me tengo que ir.

Y echó a correr como hoja que lleva el viento en dirección a la cocina. ¡Olvidarlo! ¡Qué más quisiera ella!

—Papá, ¿estás ahí? —Apenas oyó el escritor la voz de su hija.

—¡Papá! —volvió a gritar la criatura.

Carl reaccionó y entró en el salón para distraer su aturdimiento con la conversación de su hija. Se había dirigido hacia la salita para informar a la niñera de que al día siguiente tendrían la visita de su amigo detective informático y luego se marcharía a su cita con el psicólogo, pero se le había olvidado por completo ante el arrebato que había tenido. Daniela estuvo pendiente de los dos desde la distancia, y hasta que no oyó los pasos del joven dirigirse hacia la entrada de la vivienda y cerrar la puerta principal, no se atrevió a salir de la cocina.

Esa noche Carl no bajó a cenar con ellas y Daniela se lo agradeció. No podía quitarse de la mente las sensaciones que había experimentado desde el momento que tomó conciencia de que estaba sobre el fantástico cuerpo del escritor. Pasó una noche inquieta, sin poder dormir, dando vueltas en la cama y sin parar de recordar los sensuales labios de Carl. Jamás la habían besado así. Había sido un beso tan lleno de pasión que sus efectos todavía le duraban en el cuerpo.

Su carisma estaba haciendo mella en su férrea voluntad; y si encima él se lo ponía más difícil, no sabía cómo iba a poder contenerse. Esta vez lo había logrado. No sabía cómo, pero lo había alejado con una gran fuerza de voluntad, aunque si eso volvía a ocurrir... Ella no era de piedra.

Bien pasada la medianoche, en vista de que no conseguía conciliar el sueño, decidió levantarse y darse una ducha para calmar los nervios. Cuando entró en su cuarto de baño, se miró en el espejo. Su cara estaba congestionada y sus ojos brillaban como dos zafiros negros. El cabello lo tenía alborotado de tanto moverse en la cama. Mientras miraba el espejo, un reflejo del rostro de Carl apareció en él. Su propia mente se confabulaba contra ella para evitar que olvidase lo que había sentido. Un pensamiento le vino de repente a la cabeza. ¿Y si se estaba enamorando de él? No se lo podía permitir. No.

Se introdujo con rapidez en la ducha y abrió el grifo de agua fría. Tenía que sacárselo como fuese de su mente.

Capítulo 22

Al día siguiente, Daniela estaba recogiendo el material utilizado durante el tiempo de estudio mientras Hanna se distraía en su rincón de juegos, cuando apareció Carl. Esa mañana no había bajado a desayunar con ellas, por lo que todavía no lo había visto después del beso. Parecía que acababa de salir de la ducha, pues tenía el pelo mojado todo peinado hacia atrás y su barba lucía el aspecto de haber sido recién recortada. Llevaba una camisa blanca y unos pantalones negros. Cuando lo notó entrar, elevó la mirada y se quedó paralizada enganchada a sus ojos. Daniela recordó el beso como si hubiese sido en ese mismo momento. O peor aún, como si estuviese ocurriendo, y un deseo ardiente de estar entre sus brazos le hizo sentir un calor que le subía por la espalda. Le entró el pánico. Se pasó una mano por la frente y agachó la mirada para continuar con lo que estaba haciendo. «Por favor, no me mires así que al final me voy a enamorar de ti», le suplicó mentalmente.

—¿Te encuentras bien? —Se sobresaltó al oír su voz.

Lo notó frente a ella, al otro lado de la mesa. Vio un trozo de sus pantalones...

—Sí, claro. Muy bien —le contestó sin mirarlo.

—Pareces un poco acalorada —le dijo con un tono de ironía en la voz.

—Pues no. Estoy perfectamente —le replicó algo molesta por su tono—. Muy feliz por lo buena estudiante que es Hanna. Hoy me ha demostrado lo mucho que ha aprendido.

Carl se fue al rincón donde estaba su hija y, agachándose junto a ella, le dijo a la niña:

—Es eso cierto, Hanna, ¿estás aprendiendo mucho?

Le daba la espalda a Daniela y la joven sopló para relajarse.

—Sí, papá. Dani me explica muy bien las cosas y yo las entiendo enseguida.

—Me alegro mucho.

Volvió a mirar a la niñera.

—Solo quería avistarte que esta tarde viene mi amigo para ver eso en tu ordenador, ¿vale? —le informó a la vez que le guiñaba un ojo para darle a entender que no se explicaba mejor por Hanna.

La joven movió la cabeza, afirmando.

—Gracias, Carl. Lo tendré todo preparado.

Él le dio un beso en la coronilla a su hija, se incorporó y abandonó la salita.

El escritor no había podido resistir la tentación de verla de nuevo después de lo pasado la tarde anterior. Cuando se despertó esa mañana ya había pasado la hora del desayuno porque por la noche había estado trabajando hasta muy tarde. Intentó esperar hasta la hora de la comida, pero cuando terminó de hacer unos ejercicios en su gimnasio, decidió bajar a hacerles una breve visita antes de meterse en su despacho. Había sido una buena idea, pensó Carl mientras salía de la salita. Lo de la visita de su amigo había sido la excusa perfecta para plantarse allí. Verla azorada era algo inusual ya que siempre se comportaba muy segura de sí misma, así que saber que él había provocado esa inquietud en ella le suscitaba un gran placer.

Acababa de entrar en la salita para preparar las actividades de los próximos días para Hanna cuando sonó el timbre de la puerta. Supuso que sería el amigo de Carl y se encaminó hacia la entrada principal para abrirla cuando oyó los pasos del escritor que bajaba la escalera.

—Espera, Daniela, voy yo. Esperáenos en el salón, por favor.

La joven frenó en su avance y lo dejó pasar para dirigirse luego a dicha estancia. Carl llegó hasta la puerta, miró la pantalla y, al ver a su amigo, abrió el acceso enrejado del exterior. En cuanto vio que el coche paraba frente a la entrada de la vivienda, la abrió para recibirlo.

—¿Qué tal, Andreas? —le preguntó en cuanto lo tuvo frente a él a la vez que le alargaba la mano para estrechar la suya.

—Muy bien, Carl, gracias. ¿Y tú? ¿Todo bien?

—Todo bien, gracias. Pasa, por favor —le pidió al tiempo que se apartaba para dejarle sitio. Después lo guio hasta el salón.

—Daniela, te presento a Andreas Becker. Andreas, Daniela Moreno.

—¿Tú eres la que tiene el problema de acoso? —preguntó a Daniela el amigo de Carl.

—Exacto —respondió la joven a la vez que le estrechaba la mano—. Gracias por venir.

—Por Carl, lo que sea, además de que es mi trabajo.

—Gracias, amigo. Daniela, ¿puedes traer tu portátil?

—Claro que sí —aceptó la joven mientras se dirigía fuera del salón.

En cuanto ella volvió, lo primero que le preguntó Andreas fue si sospechaba de alguien.

—Pues... yo no, pero mi mejor amiga está empeñada en que debe ser mi exnovio.

—¿Alguno anterior al actual? —inquirió Carl mosqueado.

—¿Cómo? No, no. Mi novio hasta que me viene aquí.

—¿Peleasteis justo antes de venirte a Alemania?

—Sí.

—Pero tú me dijiste que tenías novio...

—Imposible, Carl.

—Me dijiste que habías tenido una pelea con tu novio cuando tu amiga te enseñó la oferta de trabajo.

—Pues eso... tuvimos una pelea y dejó de ser mi novio.

Carl y Andreas se miraron.

Andreas le pidió a Carl que se ausentara para mantener la confidencialidad entre él y su cliente y se dedicó primero a hacerle un montón de preguntas sobre lo ocurrido desde que se dio cuenta del acoso hasta el momento. Se interesó también por su entorno en Madrid, sobre la identidad de sus amigos y de su exnovio, la interrogó sobre su historia en las redes, si era asidua o eventual, también sobre sus trabajos en España. Luego se centró en Alemania e hizo las mismas preguntas, aunque la niñera poco tenía que decirle. Después los dos dieron un repaso por el portátil para ver de primera mano lo que ella le había explicado. Viajaron un rato de una a otra red social hasta que Andreas lo tuvo todo claro. Daniela le apuntó todas las claves en una pequeña libreta y avisaron a Carl.

—Ya tengo todo lo que necesito, Carl. Me marchó —le dijo su amigo en cuanto entró. Luego miró a Daniela—. No tardaré mucho en traerte toda la información. Este tío o tía ha dejado un reguero de pistas, estoy seguro. Llamaré a Carl cuando lo tenga todo atado.

Lo acompañaron hasta la puerta principal y allí los dos le agradecieron su disposición y lo despidieron. Carl, en cuanto miró a Daniela, pudo ver su rictus angustiado.

—¿Estás bien?

—No, la verdad es que no. Salvo el día que lo descubrí, he procurado entrar en las redes lo menos posible para no verme afectada en detrimento de Hanna, y ahora repasarlo todo con Andreas y además tener que hablar sobre mi gente y mi tierra me ha dejado tocada.

Carl volvió a abrir la puerta de la vivienda y alargó un brazo en un claro gesto de incitarla a seguirlo.

—Ven, vayamos a dar un paseo por el jardín para despejarte. Eso te vendrá bien.

Había estado lloviendo toda la mañana, pero en esos momentos, pese a que las nubes borascosas plagaban el cielo de esa parte del planeta, no caía ni una gota ni se movía una sola hoja por el viento, pero todo estaba húmedo. Las miles y miles de gotas suspendidas en las hojas y flores de las plantas le conferían al paisaje un reflejo del estado de ánimo de Daniela.

El ambiente era fresco, pero la bocanada de aire que la recibió cuando salió de la casa le sentó muy bien. Carl tenía razón. En cuanto iniciaron un lento recorrido en silencio por el acuoso césped, se sintió más relajada y despejada. En su interior le dio las gracias al escritor por no obligarla a hablar. En esos momentos lo único que necesitaba era vaciar su mente de todo lo negativo que se había colado en ella. Esperaba que Andreas no tuviese muchos problemas para detectar al intruso y pudiese solucionar el problema cuanto antes.

Carl la observaba con atención mientras se acoplaba a los pasos de ella. Apreciaba todo el esfuerzo que había hecho para que no repercutiera su estado de ánimo en su hija. Con ello le

había demostrado el tipo de persona que era y lo que quería a su hija. Cuando él vio todos los exabruptos que ese indeseable había volcado en internet sobre Daniela, en principio se había ofuscado, menos mal que enseguida salió a relucir su parte alemana que le dijo que debía ser cauto e ir por lo legal y no responderle al susodicho de la misma forma como en un principio le había apetecido. Era mejor tener la mente fría y actuar con firmeza y eficiencia.

Daniela miró su móvil para ver la hora.

—Debo ir a ver si Hanna se ha despertado ya, Carl. Muchísimas gracias por todo.

La joven se giró hacia él y se acercó lo suficiente como para poder darle un beso en la mejilla. Carl se quedó en suspenso y cuando ella se marchó en dirección a la vivienda, él la siguió con su mirada para apreciar los contornos de su figura. «Es una joven preciosa por dentro y por fuera», pensó el escritor, «aunque choquemos».

Esa noche Daniela estaba en la cocina mientras Hanna terminaba de recoger los juguetes en la salita, cuando llegó Carl. Se encontraba de espaldas a la puerta y, antes de decir nada, de nuevo la recorrió con su mirada de arriba abajo.

—Buenas noches —saludó el escritor con voz profunda.

Daniela dio un brinco al escucharlo, giró un momento la cabeza y volvió a concentrarse en lo que estaba haciendo.

—Buenas —contestó.

Carl, apoyado en el quicio de la puerta, aprovechó el momento en el que ella estaba distraída preparando la cena para observar su rostro, su pelo, sus ojos. Recordó el movimiento ondulante de su cuerpo cuando caminaba. Se fijó en el moño medio deshecho ya a esas horas y que él por fin sabía hasta dónde le llegaba y que era más rizado de lo que parecía. Recordó su mata abundante en la cual sería una gozada introducir las manos.

Daniela sentía la mirada intensa de su jefe. En la cocina solo se escuchaba el ruido que hacía la joven cortando las verduras para la ensalada.

—¡Qué silencio! —exclamó la niñera.

Lo había dicho riendo, pero al girarse y ver la mirada grave de Carl, se desconcertó y su risa desapareció. Se quedó enganchada a sus ojos con el cuchillo en la mano. Un escalofrío recorrió su cuerpo tan salvaje que la joven tuvo que apoyarse en la encimera de la cocina.

Poco a poco, Carl se fue acercando a ella. Cada vez que él estaba cerca de su cuerpo, Daniela sentía un nudo en su interior.

En determinados momentos, como en ese mismo, a Carl se le olvidaba que Daniela era la niñera de su hija. Sus profundos ojos negros lo hipnotizaban. Era una mujer que le había hecho la vida mucho más fácil y se sentía afortunado por tenerla a su lado. Por mucho que intentaba quitarse de su cabeza la idea de que era la mujer perfecta, la imagen de sus ojos o de su

encantadora sonrisa no desaparecía de su retina ¡Esta chica amenazaba con robarle el corazón! Y él no estaba preparado todavía para eso. Bueno, ni ahora ni sabía si algún día lo estaría. Hasta el momento había conseguido mantenerse alejado, salvo por el beso que le había dado la otra tarde, pero esta noche no sabía si lo lograría. Estaba a punto de llegar frente a ella y sintió que sus manos le reclamaban tocarla.

En ese momento, Hanna entró en la cocina gritando:

—¡Dani! ¡Dani! ¡Tengo que ir a hacer pipí! —pidió la niña saltando de un pie a otro.

El hechizo se había roto en mil pedazos. La joven, dando un hondo suspiro, dejó el cuchillo sobre la encimera y salió diligente de la cocina. En cuanto desapareció por el pasillo, Carl se sentó en su silla habitual de forma desmadejada. Esa chica era una tentación. Lo iba a volver loco de deseo, lo veía venir.

Cuando oyó que Hanna y Daniela volvían por el pasillo, el escritor se recompuso y simuló normalidad. Daniela hizo lo mismo y cenaron con estudiada tranquilidad mientras la niña parloteaba sin cesar, pero esta vez ni siquiera su padre le recordó las normas. Daniela estaba tan desconcertada que casi no cenó y pronto se puso a recoger la mesa. En cuanto Hanna terminó su último bocado, los tres terminaron de recoger y juntos se dirigieron hacia el piso superior.

—Daniela, ¿vas a bajar a ver la tele cuando termines con Hanna? —preguntó Carl.

—No. Estoy muy cansada y me voy a la cama de inmediato. ¿Necesitabas algo?

—No, no. Solo era curiosidad.

Hanna y Daniela se introdujeron en la habitación de la niña mientras Carl seguía su camino hasta el final del pasillo.

Acababa de meter a Hanna en la cama y taparla con la fina colcha cuando un momentáneo resplandor iluminó toda la habitación a través de la ventana. El cuerpo de Daniela no pudo evitar temblar descontrolado.

—¡Madre mía! ¡Tormenta! —susurró asustada, a la vez que intentaba disimular ante Hanna para evitar contagiarla.

—¿Qué pasa, Dani? —preguntó la niña soñolienta.

—Nada, cariño, nada. Duérmete.

Le dio un beso en su blandita mejilla, apagó la luz y se fue corriendo de la habitación. Nada más entrar en la suya, un trueno sonó en la lejanía, lo que hizo saltar de horror a la joven. Con precipitación se quitó la ropa y se puso un camisón. Necesitaba meterse cuanto antes en su cama y taparse cabeza y todo. ¡Tenía verdadero pánico a las tormentas!

De pronto, cuando todavía estaba en el proceso de acostarse, oyó cómo empezaba a caer la lluvia con estrépito y golpeaba los cristales de su ventana. Con rapidez se introdujo en la cama, se hizo un ovillo y se tapó con la colcha. De inmediato una ristra de truenos sonó con fuerza. Se acercaba la tormenta. Cada vez más cerca. Cada vez su estruendoso sonido se oía más fuerte y el cuerpo de Daniela tembló de forma notoria. Profundos sollozos comenzaron a salir de su garganta, que perforaron el silencio de la habitación entre trueno y trueno. ¡Estaba aterrorizada!

Carl se levantó de su mesa y se acercó hasta una de las ventanas de su despacho. Le encantaba ver llover, así que vivía en un lugar ideal para sus gustos medioambientales. Oyó los truenos y pensó que esa tormenta iba a ser de las grandes. Un pensamiento de inquietud le vino a la cabeza. No sabía si su hija se asustaba de una tormenta así. Casi no conocía nada de ella. Decidido se encaminó hacia su habitación, pero cuando pasó por delante de la puerta de Daniela oyó unos fuertes lloriqueos. Pensó que era su hija y tocó a la puerta, para abrirla a continuación. Estaba a oscuras, pero gracias a la luz que entraba por la puerta pudo distinguir un bulto en la cama. Se acercó hasta él y lo tocó.

De repente el bulto saltó y se destapó surgiendo de entre el enredo de la colcha la cara llorosa de Daniela.

—¡Daniela! ¿Qué te ha ocurrido? ¿Por qué lloras? —inquirió Carl asustado.

El rostro de la joven no dejaba lugar a la imaginación; descompuesto, reflejaba todo el horror que sentía. Se llevó las manos a la cara restregándosela, y de entre sus dedos se dejó oír un leve susurro:

—La tormenta.

—¿Qué pasa con la tormenta? ¿Te da miedo?

—¡Me aterra!

Carl no pudo soportar el tono despavorido de la joven, se sentó en la cama, juntó su cuerpo al de ella para infundirle calor y confianza, y la rodeó con sus brazos. Enseguida, en cuanto notó la calidez del cuerpo del escritor, Daniela rodeó el torso del joven con sus brazos y reposó la cabeza sobre su pecho. En esos momentos necesitaba a alguien a su lado como el aire para respirar. Desde niña tenía ese temor exacerbado hacia las tormentas que no podía controlar. Toda su familia lo sabía; y en cuanto se desataba en Madrid alguna, por pequeña que fuese, acudían en su ayuda para reconfortarla.

El escritor no pudo dejar de sentir un cúmulo de sensaciones al notar el cuerpo de la joven sobre él. Apreciaba la vena protectora que se había despertado en su interior, a la vez que percibía la necesidad de ser importante para ella. Su piel estaba ardiendo por el contacto con Daniela, su boca la notaba seca y su corazón galopaba a toda velocidad. Le habría encantado intentar consolarla con sus besos, pero no se atrevía por si la joven lo tomaba por lo que no era y se alejaba de él.

Durante largos, muy largos minutos, los dos se mantuvieron quietos, solo interrumpidos por los hipos de Daniela y los botes que daba la joven con cada trueno que retumbaba en el cuarto. Carl, conocedor de la meteorología de la zona, sabía que esa tormenta iba para largo, así que decidió acomodarse lo mejor posible. Con lentitud fue recostando su cuerpo hacia atrás hasta estar tumbado sobre la cama a la vez que arrastraba a Daniela con él. Luego se descalzó y elevó las piernas que todavía tenía fuera de la cama y las posó sobre ella. Por instinto, la joven se acomodó a su nueva postura, pegó su cuerpo a lo largo del cuerpo de Carl y enroscó el brazo a su cuello mientras hundía el rostro entre este y el hombro del joven. Con el tiempo, Carl notó que la

respiración de Daniela se acompasaba y le pareció que se había quedado dormida, así que decidió acompañarla en la búsqueda de Morfeo.

Capítulo 23

Todavía no había salido el sol, aunque ya empezaba a clarear, cuando Daniela empezó a despertarse y a tomar conciencia de dónde estaba. O mejor dicho, sobre quién estaba. Sin moverse, abrió un ojo, luego el otro, se mojó los labios con la lengua a la vez que distinguía algo azul bajo su mejilla y algo que le rodeaba la espalda hasta su cintura y le hacía cosquillas en ella. Su propio brazo reposaba inerte sobre algo duro pero cálido. Con brusquedad elevó la mirada hasta colisionar con unos ojos de color gris azulado. ¡Era Carl! Intentó levantarse apoyando su mano sobre su duro estómago, pero el brazo del joven se lo impidió.

—Tranquila, morena. Ahora mismo tengo todo el cuerpo dormido y si te mueves me van a dar unos pinchazos de muerte. Deja que poco a poco vaya despertándolo, ¿vale?

La joven, en estado de shock, solo consiguió afirmar levemente con la cabeza.

—¿Sabes que estás muy sexy y excitante recién despierta?

El escritor hacía unos minutos que se había despertado y había estado distrayéndose observando a la joven.

Metedura de pata.

Total.

La colcha con la que estaba protegida la joven cuando él llegó a la habitación había resbalado por su cuerpo y ahora se encontraba tapada únicamente por aquel coqueto camisón que tenía enrollado sobre su estómago, pero que dejaba al descubierto sus largas y moldeadas piernas y unas minibraguitas que ocultaban lo justo. Con lentitud, para no molestarla mientras dormía, había bajado la mano hasta rozar con ella la piel tersa y suave de su cadera.

Pero en esos momentos no pudo contenerse más y con la otra mano apartó el cabello de la joven que le caía por la cara tapando buena parte de su mejilla al tiempo que la acariciaba con suavidad. Enganchó los dedos por debajo de la barbilla y la empujó hacia arriba elevándole el rostro hasta que encontró la postura perfecta para agachar su propia cabeza hasta pegar los labios a los de ella.

Era un beso tierno, lleno de sensualidad y deseo que provocó en Daniela un fuerte estremecimiento en todo su cuerpo. Para colmo de males, ¡el tío besaba de muerte! Y... se dejó

llevar. ¿Por qué no? Ella era libre, él era libre. Un beso no implicaba nada... Además, desde que le había dado el beso en el pasillo, ella había tenido tiempo de reflexionar; y bueno, eso, que los dos eran libres y sin compromisos. Si querían complacerse mutuamente tampoco dañaban a nadie, ¿no? No sería la primera vez que tendría una relación sin ataduras y sin ser una relación al uso. O sea, sexo y solo sexo.

Carl se encontraba sobreexcitado. Profundizó el beso saboreando la dulzura de los labios de la joven, apretó el cuerpo de Daniela hacia el suyo y sus manos comenzaron a recorrerlo hasta llegar a la orilla del camisón por donde se introdujeron sus palmas. Acarició la piel de su espalda y de allí pasó al estómago subiendo hasta su pecho, turgente y pleno, que atrapó entre su mano a la vez que su pulgar jugueteaba con sus erguidos pezones.

Daniela decidió tomar el control y, girando su cuerpo, se puso a horcajadas sobre él, lo miró con fijeza y lo señaló con el dedo para indicarle:

—Esto solo es sexo, ¿vale? Nada de promesas ni etiquetas. ¿Estamos de acuerdo?

Carl se quedó parado durante unos segundos. No esperaba tanta claridad en esos momentos por parte de Daniela, pero se lo agradecía. Él no lo habría expresado con mayor transparencia. Sí. Eso era lo que él necesitaba. Afirmó con la cabeza a la vez que le sujetaba su cara con las dos manos y tomaba sus labios con pasión. La joven comenzó a desabrochar la camisa de Carl con rapidez. Cada vez su cuerpo estaba más ardiente de deseo y un fuego abrasador le carcomía todo su interior. Apartó la camisa de su torso, después se subió el camisón hasta quitárselo por encima de la cabeza, se separó de los labios de Carl y pegó su pecho al de él.

—Estaba deseando sentir tu piel en la mía —le susurró en el oído mientras se restregaba.

La situación era nueva para él, pero le gustaba. Volteó a la joven para dejarla sobre la cama mientras él se desabrochaba los pantalones.

—Dani... ¿hoy no vienes a despertarme? —Se oyó de repente.

Los dos a la vez se separaron horrorizados. Daniela buscó con desespero la colcha para taparse mientras Carl se dejaba caer al suelo por el otro lado de la cama que quedaba oculta a la puerta.

—¿Dani...? —Volvieron a oír.

La joven, en cuanto logró taparse, dirigió su mirada a la puerta, pero allí no había nadie. Desconcertada, recorrió la habitación con detenimiento hasta que cayó en la cuenta de que la voz había salido del intercomunicador que tenía dispuesto para escuchar la habitación de Hanna.

Sin poderlo resistir, se echó a reír con ganas a la vez que golpeaba con las palmas de la mano el colchón con hilaridad. Carl la oía desconcertado desde el suelo sin saber qué pasaba hasta que vio su rostro asomar por el borde de la cama entre carcajadas.

—Anda, sal de ahí, guapo. Falsa alarma —le comunicó de forma entrecortada por la risa.

—¿No era Hanna? —preguntó perplejo.

—Sí, pero no está aquí. Era su voz por el intercomunicador, así que tranquilo que está en su habitación. Venga, sal de ahí y vete a la tuya, que tengo que ir a ver a tu hija.

El escritor se levantó del suelo con lentitud mientras daba un repaso al cuarto para cerciorarse

de que Hanna no estaba allí y se abrochaba los pantalones. Daniela se había envuelto en la colcha y lo miraba comiéndoselo con los ojos. La camisa abierta exponía su abdomen marcado por una pronunciada tableta hasta que Carl empezó a abrochársela. Al cerrarse su oscuro deseo, Daniela hizo una mueca de pena con su rostro.

—Bueno, pues nada, me voy —dijo dubitativo al tiempo que se dirigía hacia la puerta y evitaba mirarla—. Nos vemos luego.

Abrió la puerta y, antes de cerrarla, no pudo evitar mirar hacia Daniela. Estaba tan arrebatadora con el pelo revuelto y las mejillas sonrojadas de excitación que le despertó en su interior ciertas sensaciones que prefería no haber experimentado... y otras que sí.

Daniela sentía una gran tentación de dejarse llevar con Carl. Cualquier mujer haría cualquier locura por él. Era un sujeto peligroso. Guapo, inteligente, con éxito y dinero. El tipo de hombre con el que podrían soñar todas las mujeres. Saberse deseada por él le había hecho perder los estribos y arrojarle en sus brazos para volver a saborear sus labios. ¡Ese beso! La traía por la calle de la amargura. No conseguía quitárselo de la cabeza. Era un halago saber que él se sentía atraído por ella.

Capítulo 24

A mitad de mañana, Carmen les hizo una corta visita para interesarse por la respuesta de su hijo a los estímulos provocados por Daniela.

—Pues la verdad es que estoy muy contenta, Carmen, le costó al principio participar, pero gracias a Hanna, que lo implica enseguida, termina por seguirnos en todo.

—¡Ay, Dani! ¡No sabes cuánto me alegro! No creía que lo consiguieses. Es un hombre tan difícil...

Daniela tuvo la necesidad de defenderlo frente a su madre.

—No sé, Carmen, yo también pensaba eso de él, pero creo que estoy cambiando de opinión. Lo que yo he observado es que quizá necesitase su tiempo para asimilar nuevas situaciones.

—Bufff, cariño, créeme —resopló Carmen—. Él es una persona difícil. Desde niño ha sido así. Se encierra en sí mismo y no deja que nadie se acerque. Ya puedes ser la persona más cabezota del mundo, él lo es más. Es como dar cabezazos a una roca. Ni se inmuta.

En ese momento oyeron los pasos del Carl, que se acercaba a la salita donde las dos mujeres estaban sentadas en el sofá, mientras Hanna jugaba un rato en su rincón.

—Me ha parecido oír tu voz, mamá —informó el joven entrando—. Vengo a saludarte y me voy. Tengo mucho trabajo hoy.

Carl se agachó para darle un par de besos a su madre a la vez que miraba a Daniela de reojo.

—Cariño —dijo Carmen frunciendo el ceño—, parece que te veo con más cuerpo últimamente. ¿No estarás machacándote los músculos? No me gustaría nada.

—¡No! ¡Qué va! Echa la culpa a tu compatriota. Son las cenas que prepara Dani —explicó Carl.

—¡Vaya! —exclamó la dama y miró a la joven—. ¿Te ha sonado, igual que a mí, a un cumplido?

—No sé qué pensar, Carmen. Quizá tenga que desmayarme para asumirlo —bromeó Dani.

—¿Encima os guaseáis? —Miró a Hanna, que los observaba con atención mientras mecía una muñeca entre sus brazos, le guiñó un ojo y sonriendo le dijo—: Cariño, ten cuidado con estas brujas, son muy malas.

La niña rio la broma de su padre.

—Pues esta bruja aprovecha que Hanna está acompañada y se va a la cocina a preparar el caldero con la pócima para cenar esta noche —anunció Daniela mientras se levantaba y salía de la salita con su eterna sonrisa en los labios.

—Hijo, ven. Siéntate un ratito aquí conmigo —pidió Carmen a su hijo a la vez que golpeaba el sofá en el espacio vacío que había dejado Daniela.

El joven obedeció a su madre y se acomodó a su lado en una postura relajada.

—Un poco, mamá, que tengo mucho trabajo.

—Precisamente de eso quería hablarte.

Carl frunció el ceño molesto. Los sermones de su madre se los conocía a la perfección.

—Pues yo preferiría hablar de otro tema, la verdad.

—Cariño, solo quería comentarte que te veo algo más relajado y que he encontrado a la niña mucho más feliz y vuestra relación mucho más cercana. ¿Es cierta mi apreciación?

—Pues sí, mamá. La mejoría de Hanna desde que ha llegado Daniela es impresionante. Y también mi relación con ella ha cambiado mucho —reconoció Carl.

—¿Y tu trabajo? ¿Sigues metido en tu despacho todo el día? Eso me preocupa mucho, hijo.

—Mamá... Sabes que mi trabajo es sagrado.

—Ya, Carl, pero disfrutar un poquito más de la vida no te vendría mal —insistió Carmen.

—Yo disfruto trabajando; además, para eso he contratado a la niñera. Y si no quieres nada más, me marcho —le dijo con voz tajante al tiempo que se levantaba y salía de la salita.

La mujer se quedó boquiabierta.

—Lo que yo decía, es un hombre difícil... —susurró para sí misma.

Por la tarde, Daniela aprovechó la siesta de Hanna para conectarse vía Skype con su amiga Olga.

—¡Cariño! Estaba desesperada por saber algo de ti —exclamó su amiga en cuanto la vio por su monitor—. Ya no me contestas ni por Whatsapp.

—Lo siento, Olga. He tenido unos días muy liadillos; además, con esto del acoso he dejado de lado las redes, pero no te preocupes, te pongo al día en un santiamén.

—Soy toda oídos. ¡Dispara!

Daniela le relató con mucho detalle todo lo que había pasado durante el fin de semana anterior y los días transcurridos de esa semana. Comenzó contándole lo que Carl había hecho por ella con «Fuera las zorras».

—En cuanto me pilló en un momento bajo, se las apañó para averiguar lo que me pasaba y me ha proporcionado un detective informático que es amigo suyo. Ayer tuve una reunión con él y me ha asegurado que va a descubrir quién es.

—Eso te lo digo yo sin hacer ninguna investigación: el cabrón de Lolo.

—Eso no lo sabes, ¡pesada!

—¿Quién otro podría ser?

—No tiene por qué ser alguien conocido. Cualquier gilipolla aburrido puede dedicarse a hacer este tipo de maldades.

—Pues, chica, llámame loca, pero yo estoy convencida de que es él.

—Bueno, pues ya lo veremos.

—Eso. Ahora lo impactante es que tu Carl ha ido al rescate. Qué mono, ¿no?

—¡No es mi Carl! Y déjame que te siga contando, que hay más tela que cortar.

Estaba muy orgullosa de los avances que había experimentado con la relación entre padre e hija, pues era el objetivo que se había fijado en cuanto comprobó el estado de esta, por lo que tenía muchas ganas de comentarle sus progresos en las horas de expresión corporal.

—Sabía que lo conseguirías —afirmó Olga con cara de satisfacción—. La pena es que no haya podido ver a tu Carl bailar descontrolado. ¿Meneaba bien su culito?

—Si yo te contara sobre ese culito... —dijo entre risas.

Olga frunció el ceño al mirar con atención a su amiga.

—Tú me estás ocultando algo... ¡Desembucha ya! —exigió la joven expectante.

—¡Eh, bonita! Yo no estoy ocultando nada, pensaba contártelo ahora mismo, pero si te pones en plan mandona, va a ser que no —se regocijó mientras cruzaba los brazos bajo su pecho.

—Serás...

—Tú verás, me he dejado lo más sabroso para el final —puntualizó Daniela socarrona.

—¡Cómo te aprovechas de que estás a miles de kilómetros! Eso, cara a cara, no te atreves, guapa —le recriminó su amiga al tiempo que la apuntaba con su dedo índice.

—Tú sigue así de chulita y te vas a quedar con las ganas de saber el mayor cotilleo de la historia de la humanidad.

—¡Hala! Te has pasado un poco, ¿no?

Daniela meneó la cabeza a la vez que sus ojos lanzaban chispas juguetonas.

—¡Oh! ¡No! —exclamó Olga al tiempo que abría los ojos estupefacta—. No, no, no, no. ¡¿Te has acostado con tu escritor?!

Daniela soltó una risa cantarina.

—Casi, pero no. Solo nos magreamos un poco, pero Hanna nos interrumpió antes de poder culminar.

—¿La niña os vio? —preguntó alarmada.

La joven le contó a su amiga la situación embarazosa empezando por la noche de tormenta que fue la causante de lo que pasó a la mañana siguiente.

—¡Madre mía, Dani! ¿Y ahora qué? —preguntó Olga intrigada.

—Pues ahora nada. No creo que vuelva a surgir una situación así.

—¿Pero te has colado por él? ¿Y él por ti? ¿Te gustó?...

—¡Para, para! —exclamó entre risas ante la avalancha de preguntas de su amiga—. No, no

estoy colada. Me gusta, eso no lo puedo negar, y quizá cada vez más, pero si por «colada» quieres preguntarme si me he enamorado de él, la respuesta es no. ¿Él por mí? ¡Para nada! Fue un calentón de la situación. Seguro que ahora está superarrepentidísimo y tratará de ignorar lo que pasó.

—Falta por contestarme lo más interesante. No te vas a escapar.

—¡Bufff! Sabía que sería lo que más morbo te despertaría. Pues ¡sí! ¡Me gustó! El tío besa como nadie. No te voy a contar detalles, pero para que te hagas una idea, me puso tan a cien que acabé saltando sobre él a horcajadas.

—Pero ¿y si se pone a tiro otra vez? ¿Qué?

—Pues... hablando hipotéticamente... si surge..., algo que es en extremo improbable, yo soy libre, él también, ¡*carpe diem!*

—¿Estás segura? ¿Podrás vivir el momento sin esperar un futuro? —inquirió su amiga preocupada.

—¡Menuda pregunta, Olga! Ni que yo fuese la típica chica que espera virgen a su príncipe azul.

—Ya, bueno. Yo solo te aconsejo que no te impliques demasiado con ese escritor que no escribe.

—¡Y dale! ¡Qué sí que escribe, pesada! —exclamó un poquito mosqueada.

—Me lo creeré el día que me lo demuestres. Enséñame una publicación suya reciente y me callo la boca para siempre —insistió Olga con perseverancia.

—¡Eso no te lo crees ni tú! Tú no te callas ni bajo el agua —se mofó Daniela.

—En serio, Daniela, yo estoy preocupada por este tema, aunque parezca que a ti no te importa.

—Eso no es cierto, cielo. Yo también ando mosqueada con esta cuestión. Yo lo veo a diario encerrarse en su despacho, supuestamente a escribir y, como tú me indicaste, no ha publicado nada desde hace tiempo. Además, cada vez que intento sacarle el tema, se pone tenso y lo esquiva. Así que intriga tengo, claro está, pero dudo mucho que gane su dinero con algo ilegal, Olga. Él no es así —arguyó intentando convencer a su amiga.

—Dani, hija, abre los ojos. No hace todavía un mes que estás en su casa y ya lo defiendes como si fuese tu íntimo amigo. ¿De verdad crees que lo conoces tan bien? —contraatacó Olga.

Esa pregunta hizo reflexionar a la joven incluso después de despedirse de su amiga. Durante el resto de la tarde le estuvo dando vueltas y tuvo que reconocerse a sí misma que, aunque ella pensase que lo conocía en profundidad, la realidad era muy distinta. Era cierto que habían tenido alguna que otra conversación en la que él se había abierto un poco, pero quedaba mucha tela que cortar todavía.

Capítulo 25

Esa noche, Daniela estaba acostada ya en su cama y esperaba que acudiese el sueño mientras leía una de las novelas románticas que le había dejado Carmen. Estaba escrita en alemán; normal, teniendo en cuenta que era una autora alemana, así que la tenía que leer con mucha concentración, cosa que esa noche era algo difícil de conseguir. La mente, traicionera, se le desviaba para recordar lo que había ocurrido en esa misma cama esa mañana. La joven llevaba puesto el mismo camisón, pero su cama estaba lisa e impecable, sin el alboroto con que la habían dejado después del leve escarceo matutino.

«Toc, toc». Dos golpes hechos contra la puerta sonaron dentro de la habitación de Daniela. La joven, intrigada, dejó la novela sobre la mesita de noche, se levantó de la cama y abrió la puerta. Tras esta se encontró a Carl con una mano apoyada en el marco de la puerta y una tímida sonrisa en sus labios.

—Hola —saludó.

—Hola.

—¿Estás sola? —preguntó Carl mientras echaba una ojeada al interior de la habitación.

—¿Tú qué crees? —le respondió con otra pregunta en son de sorna.

—¿Quieres compañía? —le preguntó a la vez que acentuaba su sonrisa.

—Ya estaba acostada.

—Puedo contarte un cuento para que cojas mejor el sueño —le propuso el escritor en tono de humor.

Estaba rompiendo un montón de reglas que habían formado parte de su vida desde siempre, pero, o satisfacía su deseo, o explotaría. Esa mujer lo estaba volviendo del revés en tantas cuestiones que no tenía más remedio que asimilar que había otras formas de vivir que podrían ser mejores que la suya. O por lo menos con más disfrute.

El corazón le palpitaba a mil por hora de nerviosismo, aunque intentaba ocultarlo con una pose de falsa despreocupación. No sabía ni cómo se había atrevido a golpear la puerta, ni cómo había logrado gastarle una broma, pero llevaba todo el día soñando despierto, excitado, con lo que pudo haber sido y no fue.

Aunque excitado era poco. No había querido dejarse ver mucho a lo largo del día porque temía verla y que su cuerpo reaccionara sin su consentimiento.

—¿Tú crees que yo dejo entrar a cualquiera en mi habitación? —lo interrogó ella con ironía.

—No. Pero yo no soy cualquiera. ¿Puedo pasar?

—Ni hablar —contestó Daniela poniendo los ojos en blanco.

No se lo iba a poner tan fácil... Primero jugaría un poquito con él.

—¡Oh, vaya! Entonces, ¿me vas a dar un beso de buenas noches?

Daniela lo miró suspicaz. Su actitud era nueva para ella.

Debía reconocer que le estaba gustando esa faceta suya. Además, todavía no tenía claro por qué estaba allí. ¿Hasta dónde pensaba llegar?

—En la mejilla y solo hoy, ¿te queda claro? —contestó la joven.

—Perfectamente.

Carl giró la cabeza presentándole su mejilla y la señaló con un dedo índice para que Daniela depositara allí su beso, pero en el último momento, él volvió a girar su rostro para recibir el beso en sus labios. El escritor la agarró por la cintura, la acercó a su cuerpo y profundizó el beso introduciendo su lengua y ella le correspondió enroscando sus brazos al cuello de él para devorar su boca con lujuria.

En el bajo vientre de la joven comenzaron a revolotear miles de mariposas. Carl sentía un hambre tan voraz por Dani que le hizo perder la razón, la alzó con las dos manos plantadas en las nalgas, ella enrolló las piernas en su cintura y apoyó sus brazos en los hombros de él para tener mejor acceso a su boca. El escritor entró en la habitación, cerró la puerta con el pie, se acercó a la cama sin parar de besarla y dejó caer sus cuerpos sobre el lecho. Daniela gimió de placer enfebrecido al sentir la lengua de Carl introducirse en su boca muy adentro. Siguió besándola sin parar, devorándola mientras acariciaba sus turgentes senos a través del fino camisón, sus redondeadas caderas, sus firmes nalgas.

—Ya sabes que esto no es nada serio, ¿verdad? —susurró Daniela bajo su boca a la vez que le mordisqueaba los labios.

Carl estaba tan ebrio de lascivia que se encontró incapaz de articular palabra, pero consiguió asentir con la cabeza. La joven, ansiosa, desabrochó con maestría y rapidez los botones de la camisa y, a continuación, la empujó hacia atrás para desprenderla del torso de él. Después desabrochó sus pantalones y los deslizó hacia abajo, pero en vista de que le era imposible quitárselos del todo, empujó el pecho del joven y le dijo con voz jadeante:

—Desnúdate. ¡Rápido!

Mientras ella se quitaba el camisón y sus minúsculas braguitas, Carl le hizo caso y enseguida se desprendió de las prendas que le quedaban a la vez que sacaba apresuradamente un condón de uno de los bolsillos y volvió a tumbarse, pero esta vez junto a ella. Primero se dedicó a mirarla con deseo al tiempo que la acariciaba con suavidad por todo el cuerpo, provocando que a Daniela se le erizara el vello. Ella, a su vez, recorría con la yema de sus dedos los contornos de los

músculos de él.

Sin poder contener más el ansia que tenía Carl por aumentar el placer en ella, con su mano le abrió los muslos e introdujo sus dedos con suavidad hasta encontrar el botón oculto en la húmeda cavidad. Al mismo tiempo, bajó la cabeza y acarició con su lengua el pezón inflamado y lo mordisqueó con sus dientes con delicadeza. La joven se arqueó gimiendo de placer, buscó de nuevo la boca de Carl con pasión mientras acariciaba su pecho deslizando la mano hasta encontrar su miembro duro. El escritor gruñó de gozo, apartó su mano para colocarse con rapidez el condón, se situó entre sus piernas, desesperado, y deslizó su miembro dentro de ella con apremio. La joven jadeó al notarlo en su interior, dilatando sus delicadas partes íntimas para inundarla de placer. Carl se detuvo durante unos segundos para disfrutar con todo su cuerpo del roce eléctrico de la piel de Daniela, después comenzó con un ritmo insistente que lo hizo temblar, penetrándola hasta lo más hondo a la vez que la joven se agitaba y retorció encendida.

Carl no podía dejar de besar su ardiente boca con exigencia, era adictiva. Daniela había colocado las manos en su suave y dura nuca después de deshacerle el moñito y desmelenar su lustrada y rubia cabellera, luego las deslizó por la espalda deleitándose en cada músculo que tocaba provocando en él un placer físico tan intenso que estuvo a punto de perder el control y dejarse llevar antes de tiempo.

Apretó el ritmo hasta que ella empezó a temblar y sintió los excitantes espasmos en la zona que él acometía con ardor. Un contenido grito brotó de los labios de Daniela, lo que bastó para que Carl se estremeciera y empujara por última vez, al mismo tiempo que metía las manos por debajo de las nalgas de ella y la impulsaba hacia arriba para penetrarla aún más hondo.

Carl se sintió extasiado y se relajó con pesadez sobre ella. De inmediato rodó sobre sí mismo y se dejó caer a su lado para no dañarla con su peso. Se quedaron echados sobre la cama mirando el techo durante unos segundos mientras recuperaban el aliento y se relajaban. El escritor se levantó, se dirigió al aseo con desenvoltura para deshacerse del condón, pero cuando volvió encontró a Daniela girada hacia el lado por donde él había aparecido y lo observaba con tanta atención que se sintió algo avergonzado.

Ella lo miraba con los ojos bien abiertos para recrearse en su magnífico y viril cuerpo, alto, poderoso y de una colosal personalidad. Una satisfecha sonrisa se dibujó en sus labios.

—No ha estado mal, ¿verdad?

Carl no pudo contener una risa algo fuerte que intentó controlar de inmediato. Su hija dormía en la habitación de al lado y lo que menos le apetecía en esos momentos era que se despertase. Se tumbó al lado de Daniela con el cuerpo girado hacia ella y el codo apoyado en la almohada.

—Eres muy directa.

—¿Para qué disimular? Si algo te ha gustado, lo mejor es decirlo. Lo que es... es —repuso sonriendo.

—Entonces, te ha gustado —indagó mientras acentuaba su sonrisa.

—Anda, no te hinches como un pavo real y vete. He de dormir para poder seguirle el ritmo a

tu hija mañana.

Carl frunció el ceño. No le gustó nada que quisiese quitárselo de en medio con tanta rapidez. Él estaba de acuerdo con ella en que la relación entre los dos no debía ser con vistas a nada más que disfrutar un rato de sexo, pero no esperaba que quisiese deshacerse de él con tal inmediatez. Se sentó en la cama para coger los pantalones del suelo y ponérselos, cuando observó el libro que reposaba sobre la mesita. Lo cogió, lo alzó por encima de su hombro al tiempo que giraba su torso y, mientras le enseñaba la portada a Daniela, le preguntó con curiosidad:

—¿Lees a Cora Sahan? Es una autora alemana.

—Me lo ha dejado tu madre. Me dijo que es la escritora de moda, así que hicimos intercambio de novelas. Yo le presté una de mi autora española favorita.

—¿A ti te gustan estas novelas tan cursis? Jamás lo habría imaginado.

—¡Oye, escritor de culto! Ni se te ocurra desdeñar a los autores y autoras de novela romántica. ¡Ya quisieran muchos, que se las dan de escritores, provocar los sentimientos como lo hacen ellos! —defendió con contundencia.

—No es mi intención hacerlos de menos, Dani. Mi extrañeza reside en que no te creía el tipo de mujer que lee novela romántica.

—Tengo interés en saber por qué —quiso averiguar la joven con la atención plasmada en su rostro.

—No lo sé con exactitud, quizá no te veo como una persona muy romántica. O quizá tengo encasillado este tipo de novelas para mujeres más maduras. Tipo mi madre —argumentó el escritor, pensativo.

Daniela se echó a reír.

—Típicos tópicos. Está claro que no conoces nada del mundo de la novela romántica y menos me conoces a mí, pero bueno, tampoco yo pensaba que tú fueses tan clasista.

—¡No lo soy! Admito que me acuses de ignorante, pero no de clasista —protestó Carl.

—Vale, admitiré pulpo como animal de compañía. Y ahora vete ya.

Toda la conversación la habían mantenido en la cama. Daniela sentada en medio de esta, envuelta en la colcha, y Carl en el borde con el cuerpo medio vuelto hacia ella. Cuando la joven dijo la última palabra, se desenredó de la cubierta, apoyó la planta de los pies en la espalda de Carl y lo empujó. Al pillarlo desprevenido, logró tirarlo de la cama para aterrizar con sus posaderas en el suelo. El escritor rompió a reír con ganas.

—Me matas, Dani. Me matas.

Se levantó del suelo y la joven pudo contemplarlo en todo su esplendor. Tenía unos amplios pectorales y unos abdominales de infarto, pero lo que más llamó su atención fue la relajación que emanaba de su rostro. Era la primera vez que no observaba un rictus de tristeza en sus ojos, es más, tenían un brillo luminoso que los hacía parecer mucho más juveniles. El pelo le caía despeinado por los lados de la cara, pero esto no le restaba magnetismo, sino más bien todo lo contrario. Daniela no podía apartar la vista de él, embobada. Ignorante del escrutinio de la joven,

Carl recogió su ropa y se la puso sin demasiado esmero. Total, iba dos puertas más allá.

—Bueno, pues ya cumplo tus deseos, que no los míos; me marchó por donde he venido. ¿Me das un beso de buenas noches? —bromeó mientras abría la puerta.

Daniela le tiró una almohada con fuerza, pero al joven le dio tiempo para escapar, mientras se oían sus risas de fondo.

En cuanto se encontró sola, notó un vacío en su interior que la desconcertó. Era cierto que se sentía atraída por Carl, su cuerpo era perfecto, acababa de comprobarlo con minuciosidad al tiempo que disfrutó de la noche de sexo más brutal que había tenido en su vida. Corta, pero intensa. A los dos se les había notado el deseo impaciente, la necesidad de llegar al clímax cuanto antes, pero eso no le restaba nada a la pasión y el gozo que había experimentado. Ahora bien, últimamente Carl se había abierto más, su hermetismo ya no lo era tanto y su personalidad e inteligencia habían subido a la superficie. Ahí estaba el peligro para Daniela. Según había ido conociéndolo, más le atraía.

Capítulo 26

El sudor le resbalaba por las sienes debido al ritmo que se había impuesto en la cinta de correr. Llevaba una hora machacándose en el gimnasio mientras su mente le daba vueltas a lo ocurrido la noche anterior con Daniela.

La chica fue como una brisa de aire fresco con su descaro a la hora de expresarse y de disfrutar de la sexualidad. Acudió a su habitación sin saber a ciencia cierta lo que iba a pasar, fue un impulso pese a que no sabía cómo reaccionaría Daniela ante sus pretensiones, pero lo sucedido por la mañana tras la tormenta lo había mantenido todo el día excitado; y como percibió que ella también parecía desearlo, tenía que arriesgarse.

No es que se arrepintiese ahora, pero las sensaciones con las que salió de la habitación de la joven habían sido tan fuertes que todavía le perduraban. La española se le estaba metiendo bajo la piel de forma paulatina. En primer lugar, la había visto cómo se comportaba con su hija, la pasión que ponía en su trabajo, en lograr hacer lo mejor para ella y que competía en intensidad con el cariño que le demostraba. Después, observándola, conociéndola, se había dado cuenta de que era una mujer apasionada en todo, alegre, inteligente, simpática e independiente. Y luego, tan solo unas horas atrás, pudo constatar que a nivel sexual encajaban de maravilla, con una pasión y deseo desaforados, incluso un pequeño roce de su piel aceleraba su corazón a la enésima potencia. Era algo incontrolable, por eso estaba allí, intentando pulverizar su avidez por volver a los brazos de Daniela.

Las miradas entre los dos jóvenes se hicieron patentes en cuanto se reunieron para desayunar. Hubo de todo: primero, miradas esquivas; luego, tímidas; y más adelante, cómplices.

—Esta tarde, durante la hora de expresión corporal, tenemos clase de yoga —informó Daniela a Carl mientras se sentaba en la mesa frente a él después de coger el plato con pan tostado que le pasaba la señora Maurer.

—¡Ah! Me parece muy bien, por lo menos no habrá escándalo.

—No lo decía por eso —replicó la joven frunciendo el ceño—. Era por si te interesaba incorporararte a la sesión. Creo que tú lo necesitas incluso más que nosotras, ¿a que sí, Hanna? —

acabó mirando a la niña para instarla a participar en la conversación.

—¡Sí! —exclamó entusiasmada—. ¿Vas a venir, papá, por favor? —interrogó enseguida a su padre a la vez que lo miraba suplicante y juntaba las manitas como si rezase, implorándole.

—Tú has aprendido mucho de tu niñera, Hanna. Sobre todo, cómo engatusarme —le recriminó con una sonrisa a su hija.

—Esas cosas no se aprenden, son innatas en una hija —le replicó Daniela uniéndose a su sonrisa—, y creo que Hanna tiene muy desarrollada la facultad de encandilar.

—¡La que me ha caído encima! —exclamó el escritor a la vez que se llevaba una mano a la cabeza con fingido desaliento.

La niña seguía con su pose de ruego, pero con una sonrisa traviesa en sus labios. Su padre no pudo defraudarla.

—¡Está bien! Iré, pero me gustaría saber por qué piensa tu niñera que yo lo necesito más que vosotras.

Hanna aplaudió entusiasmada.

—Pues muy sencillo. Te va a venir genial para la espalda, porque supongo que la tendrás machacada de estar todo el día frente al ordenador —aclaró la joven y después se llevó una tostada a la boca.

—Pues está usted equivocada, señorita metomentodo. Yo hago mucho ejercicio en mi gimnasio y estoy en forma.

De eso podía dar fe ella. Sí. Cuando esa noche lo había contemplado desnudo con detenimiento le llamó la atención lo fibroso y musculoso que estaba.

—Bueno, no te chulees tanto que el yoga no tiene nada que ver con machacarte en los aparatos de ejercicio. Ven con ropa cómoda y flexible —apuntó después de tragar el bocado que llevaba en la boca.

—¡A tus órdenes!

—¡Guauuu! ¿Has oído, princesa? Parece que hoy tenemos suerte.

—¿Por qué, Dani?

Daniela se acercó al oído de la niña y le susurró:

—Por lo que se ve es el día de decir sí a todo.

—¿Existe ese día? —preguntó extrañada Hanna.

—¡Por supuesto! Pero cada persona lo tiene un día distinto y creo que hoy es el día del sí de tu padre.

Las dos cuchicheaban ante la atenta mirada de Carl, que por supuesto las estaba escuchando a la perfección.

—Eso es bueno, ¿no? —preguntó la niña con interés.

—¡Buenísimo! Ahora verás... —Se giró hacia el escritor y le guiñó un ojo—. Carl, ¿podrías traerme un vaso de agua, por favor?

Carl decidió seguirle el juego a la niñera para no desilusionar a su hija y se levantó enseguida

para llenarle el vaso de agua.

—Es muy importante pedir siempre las cosas por favor, Hanna —volvió a susurrarle a la niña —, pero si encima es el día del sí de una persona es mucho mucho mucho más importante.

—¿Cómo un barco de grande?

—Más, como una montaña de grande.

—¡Guauuuu! —exclamó Hanna imitando la expresión de la niñera.

El escritor, cuando pasó junto a Daniela, se agachó, pegó los labios a la oreja de la joven y murmuró en un tono lo suficientemente bajo para que no lo oyese su hija:

—Esta me la pagarás.

Le dejó el vaso junto a ella a la vez que esta arrancaba de su garganta unas fuertes carcajadas.

—¿De qué te ríes, Dani? —preguntó la niña con curiosidad.

—De nada, cariño, que soy muy feliz cuando estoy contigo.

—¡Y yo también contigo! —gritó la pequeña al tiempo que alargaba los bracitos pidiendo un abrazo de la joven.

—¡Hanna! ¿No te das cuenta de que tienes las manos sucias y puedes manchar a Daniela? —inquirió Carl con el ceño fruncido.

La niña enseguida encogió los brazos y puso una cara compungida.

—Perdón. No lo he pensado —murmuró Hanna con pesar.

Daniela miró al escritor con furia en sus ojos. Cuando tenía esas salidas tan bruscas y desproporcionadas es que le daban ganas de abrirle la cabeza para ver qué había dentro. Meneó la cabeza de forma negativa, cogió una servilleta y limpió los restos de mermelada de las manos de la niña.

—Ven, cielo, ahora ya puedes abrazarme —le dijo en tono alegre mientras ella misma alargaba los brazos y rodeaba su cuerpo menudo. La niña obedeció de inmediato y se colgó del cuello de Daniela.

—Lo que le pasa a tu padre es que tiene celos de que no lo abrace a él —continuó la joven en voz alta y con un tono que no dejaba dudas al escritor con lo que pretendía.

—¿Es eso cierto, papá? —preguntó Hanna al tiempo que giraba el rostro hacia su padre.

Las dos lo miraban expectantes. Y lo malo era que no se había equivocado. Eso era lo que le había ocurrido cuando vio pedir el abrazo a Daniela.

Tenía su mente hecha un lío. De pronto, un montón de cosas que le habían parecido banales un mes atrás se convertían en imprescindibles en su vida. Cada día descubría algo nuevo. Y en ese momento se había dado cuenta de que echaba de menos los abrazos de su hija. Esos abrazos que nunca había tenido y que jamás había pedido. ¿Qué le estaba pasando? No es que no le gustase descubrir facetas nuevas en él, pero la certeza de esos nuevos anhelos lo colapsaba durante unos segundos hasta que admitía que eso era lo normal. Lo que debía ser y que no había sido hasta ese momento.

—Sí, hija, yo también quiero un abrazo tuyo, ¿me lo das?

La niña se desprendió enseguida del cuerpo de Daniela, al que todavía estaba ligada, y se bajó de un salto de la silla para dirigirse corriendo hasta su padre, que la elevó hasta su regazo para fundirse los dos en un tierno abrazo. Sus fosas nasales se abarrotaron enseguida de la fragancia de la niña. ¡Qué bien olía su hija! Carl introdujo la cara entre su melena rubia y esta le produjo cosquillas. Apartó su rostro y miró a Daniela.

—Gracias —moduló con sus labios sin soltar un solo sonido.

La joven sonrió y llevó su mano hasta la frente simulando un saludo militar.

—Estaba pensando... —dijo Daniela—. No había caído en la cuenta de que hoy es sábado, así que dejaremos el yoga para el lunes, pero a cambio se me ha ocurrido que, si hace buen día, podríamos irnos de pícnic. Todavía no he podido visitar los alrededores.

Carl se quedó pasmado. Ella sabía perfectamente que él trabajaba todos los días y lo estaba enredando. Lo estaba manipulando y eso no le gustaba nada de nada. Además, él no servía para perder el tiempo en una excursión por el campo. Jamás le habían gustado, ni siquiera de niño.

—¡Me encanta esa idea, Dani! —exclamó Hanna, volviendo su cara para mirar a la joven—. ¿Verdad que podemos ir, papi? ¿A que sí? ¿A que sí? ¡Di que sí, papi! ¡Es tu día del sí! —exclamaba mientras daba brinquitos sobre el regazo de su padre y volvía a abrazarlo.

¿Cómo iba a decirle ahora a su hija que no?

—Está bien, princesa, pero solo un ratito. Papá tiene que trabajar.

—¡Bien! —gritó la niña a la vez que aplaudía con vehemencia.

—¿Dónde piensas llevarnos? —intervino Daniela con una amplia sonrisa.

Carl dirigió sus ojos hacia la joven con una mirada cargada de hostilidad. Tardó unos segundos en responderle porque no quería que su hija le notase el enfado en su voz. Desde luego, una cosa tenía que agradecerle a la metomentodo de la niñera y era que había sabido despertar en él un mayor instinto paterno del que tenía.

—Podemos ir a la rivera del Rin o al lago Laacher.

—A mí me gustaría ver el río Rin. Todavía no lo conozco pese a que recorrí un montón de lugares cuando estuve de erasmus, pero es que no llegué a esta parte del país. ¿Tú qué dices, Hanna?

—Me da igual, Dani. Donde tú quieras.

—¡Pero qué preciosa que es esta niña! —exclamó Daniela—. ¡Hala! Pues vamos a terminar de desayunar.

Obediente, Hanna se bajó de los brazos de su padre y se sentó en su silla.

—Señora Maurer, ¿podría prepararnos algo de comida para llevar? Aunque sea unos emparedados.

—Por supuesto, señor Schwartz. Ahora mismo.

Todos los dioses se habían confabulado en contra de él y el sol resplandecía en todo su

esplendor, aunque sonase redundante. Lo tenía frente a él mientras se elevaba hacia su cénit y sus rayos incidían molestos en sus ojos. Por esto y por ser el causante de que no tuviese ninguna excusa para evitar el dichoso pícnic; si lo hubiese sabido, habría hecho un ritual para que el sol desapareciera del firmamento.

Hanna iba sentada en la parte trasera en su sillita, y Daniela junto a Carl, que conducía. Aunque la vivienda estaba muy cerca del río, tuvieron que coger el coche porque las llevaba a una parte del curso en la que había una zona amplia de césped. La niñera le estaba enseñando una canción popular en español a la niña.

*El viajar es un placer
que nos suele suceder.
En el auto de papá
nos iremos a pasear.
Vamos de paseo, pi pi pi
en un auto feo, pi pi pi
pero no me importa, pi pi pi
porque llevo torta, pi pi pi.
¡Atención! ¡Vamos a pasar por una currrrrrrrrva![8]*

La niña chapurreaba el español con la intención de seguir la canción de Daniela, que interpretaba con lentitud para que la entendiese bien. Aunque Carl había entrado en el coche con el ceño fruncido, poco a poco se le había ido suavizando y una sonrisa juguetona afloraba en sus labios al escuchar a su hija intentando hablar en la lengua de Daniela. No es que la niñera tuviera una voz muy afinada, y para más inri la joven la distorsionaba con una voz muy curiosa, un poco gangosa y chillona, que irritaba su oído al girar la cabeza para mirar a Hanna, pero, aun así, ni se le pasó por la cabeza protestar porque, a través del espejo retrovisor, observaba de reojo y de vez en cuando lo mucho que estaba disfrutando su hija. Cada vez se daba más cuenta de que cualquier cosa valía la pena si con eso oía sus risas.

Se sintió muy culpable por permitir que su mujer acaparase todos los momentos de la infancia de Hanna. No podía culparla a ella, por supuesto. Ingrid había ejercido de madre porque era lo que más le satisfacía en la vida y él se había apartado de ellas por comodidad, ahora se daba cuenta. De la misma forma que había consentido que sus padres se ocupasen de ella hasta hacía muy poco tiempo.

Pensar en todo lo que se había perdido en la vida de su hija le dejó un regusto amargo.

El lugar al que los llevó Carl era paradisíaco. El espacio era amplio y simulaba una playa, pero en lugar de arena, el suelo estaba alfombrado de un luminoso césped verde que llegaba hasta la orilla del caudaloso río Rin. Solo unos pocos árboles dispersos entre sí, diseminados al libre albedrío, rompían la armonía. En la explanada había un par de grupos más de personas que tenían toda la pinta de ser familias que estaban de pícnic como ellos. Los niños correteaban por allí jugando con una pelota mientras los adultos preparaban algunas viandas sobre sus manteles.

Hanna los miró con envidia hasta que una de las niñas que se divertía cerca de ellos se acercó hasta ella y le preguntó si quería jugar con el resto de niños. Se le iluminó la cara enseguida y miró a Carl y Daniela con alternancia.

—Claro que sí, ve con ella —confirmó su padre—, pero ten mucho cuidado y no te acerques al río, ¿eh?

Después, en silencio, los dos se acomodaron sobre una manta ligera que había cogido Carl. Y en verdad, había hecho bien: el césped todavía mantenía el rocío de la mañana pese a la fuerza del sol, así que estaba húmedo. Daniela no le quitaba la mirada de encima a Hanna. La niña no estaba acostumbrada a lugares que tuviesen algo de peligro y no confiaba con plenitud que no tuviese un descuido.

También aprovechó para hacer un repaso sobre su situación allí. Sobre el encuentro que habían mantenido la noche anterior. Sabía que el escritor estaba penetrando más adentro de lo que debería, pero, por otra parte, pensar en estar allí dos años intentando evitarlo cuando ella misma sabía que lo deseaba iba a ser imposible. Del todo imposible. Así que, ¿para qué luchar contra lo inevitable? Los problemas había que solucionarlos día a día y cuando eran un hecho. Intentar evitar algo que todavía no había sucedido no iba con ella. ¿Y si luego la defraudaba y no pasaba a mayores? Se habría quedado sin disfrutar unos buenos polvos por nada.

A la vez, Carl mantenía la mente ocupada en la joven que estaba a su lado. Los dos estaban medio recostados y con las piernas estiradas, y él se fijó en los finos y elegantes pies desnudos de Daniela. Se había desprendido de las manoleínas que llevaba nada más sentarse, por lo que pudo fantasear con ellos. Eran muy sexis y le vino a la mente lo que le gustaría sentirlos entrelazados a su espalda. De ahí a pensar en distintas posturas que le gustaría practicar con ella solo fue un paso, por lo que llegó a la misma conclusión que Daniela: ¿iba a poder soportar sin tocarla durante dos años? ¡Imposible!

Lo malo era que, si iniciaba o más bien continuaba una relación sexual con ella, el día que todo terminase por el motivo que fuese, tendría que prescindir de la niñera y su hija lo sentiría. Aunque, bien mirado, tampoco es que le gustase mucho la forma en que ella se negaba a cumplir sus normas a rajatabla, y si seguía así, a lo mejor debía echarla de todas formas. Pero, por otra parte, había conseguido que su hija fuese feliz y él tenía una mejor relación con ella y le había hecho recapacitar sobre la mochila que llevaba a cuestas desde la muerte de su mujer... «¡Dios! ¡Tengo la cabeza hecha un lío!», pensó desesperado. Eso le hizo poner de mal humor y fruncir el ceño sin darse cuenta.

La joven, una de las veces que lo miró de reojo, advirtió el cambio en su rostro.

—¿Qué te pasa?

—¿A mí? —preguntó sorprendido.

—No, hablaba con el césped. De repente se ha puesto morado.

Carl la miró con cara de no saber de lo que hablaba.

—¡Pues claro que es a ti, hombre! ¿A quién, si no? —continuó la joven al ver el rostro

desconcertado de su jefe.

—Ya... bueno, no sé a lo que te refieres. A mí no me pasa nada.

—No quieras engañarme, Carl. He visto tu ceño fruncido.

—Bueno, pues igual es porque no estoy de buen humor.

—Eso ya lo había deducido yo solita. Lo que me gustaría saber es por qué. ¿Es el trabajo? ¿Te has bloqueado con tu sesudo y eterno libro?

—Pues no. ¿Y por qué lo llamas «eterno», si puede saberse?

—Bueno, he de confesarte que te he buscado en Google y he visto que hace mucho que no publicas un libro, por eso he pensado que quizá estés en un periodo de sequía intelectual.

El escritor, mientras ella hablaba, había ido intensificando su fruncimiento de ceño y su rostro fue reflejando un enfado descomunal.

—¡Pero ¿quién te crees que eres para investigar sobre mí?! —exclamó con furia contenida.

—¡Eh! ¡Eh! No te sobreexcites. Yo solo he visto lo que es público. Si no quieres que sepan sobre ti, enciértrate en un monasterio. Te informo de que estamos en la era de las nuevas tecnologías, por si no te habías dado cuenta. Todo el mundo está fichado en el ciberespacio.

¡Joder! Ella tenía razón, pero no le había gustado nada que se hubiese dado cuenta de su carencia en la publicación. Eso le llevaría a otras preguntas que no podía ni debía responder. Oteó alrededor para concentrarse y relajarse. Debía desviar la conversación. Esta chica era muy lista y empezaba a tirar del hilo enseguida.

—Perdona, tienes razón —le respondió en cuanto consideró que podría hacerlo con voz casual—. Es fácil encontrar mis novelas en la red, pero no. No estoy preocupado por mi trabajo. En realidad, mi problema eres tú.

Había encontrado la forma perfecta para evitar que siguiera indagando. Seguro que eso le llamaba la atención. Además, era la verdad, así que mataba dos pájaros de un tiro. Por una parte, desviaba la conversación y por otro, quizá lograra aclararse.

—¿Yo?

¡Bingo! Había sido efectivo.

—Sí. Creo que debemos hablar sobre lo que pasó anoche.

—¡Ah! Vale. ¿Y eso te pone de mal humor? ¿No te gustó? —preguntó la joven con sorna.

—¡No! Digo ¡sí! Lo que quiero decir es que me gustó mucho, pero que tú eres la niñera de mi hija y ahora no sé qué hacer.

—Ajá...

—¿No piensas decir nada más? —inquirió Carl después de esperar unos segundos a que continuara.

—Yo sí sé lo que me gustaría hacer, eres tú el que tienes el lío. Yo no te voy a decir lo que debes hacer.

—Pues bien que me lo dices con respecto a Hanna.

—Eso es diferente. Sobre ese tema habla la profesional. Lo que tú pretendes es que te saque

las castañas de un problema personal y ahí sí que no me meto yo.

—De acuerdo, pues entonces dime qué es lo que te gustaría hacer a ti.

—¿En estos momentos o esta noche? —le preguntó Daniela mirándolo con picardía.

Carl tragó de manera ostensible.

—¿Esta noche?

—Disfrutar con tu cuerpo —respondió con voz insinuante.

Carl volvió a tragar. Notó un tirón en sus pantalones vaqueros provocados por la excitación que le produjo oír a Daniela.

—¿Y en estos momentos?

—Lo mismo. —Y lanzó unas carcajadas al vuelo que lograron, aún más, poner a cien al escritor.

—Eres malvada.

—No. Soy sincera —lo reprendió con sorna.

—Está bien. Pues sinceridad por sinceridad. Mis temores son suscitados por la duda de cómo afectaría en un futuro a Hanna una relación entre nosotros.

—Relación sexual —apuntó Daniela.

Una pequeña punzada sintió Carl en su corazón al escuchar a la joven niñera. Le molestaba que siempre remarcase un muro afectivo entre los dos, aunque estuviese de acuerdo con ella. Agachó su cabeza aceptando la rectificación sin añadir nada más. Todo estaba dicho con pocas palabras.

—Comprendo lo que quieres decir y yo también he estado pensando en ello, pero al final he decidido que hay que vivir el momento y los problemas se resolverán cuando vengan. Si nos dedicáramos a prever los posibles obstáculos nos dedicaríamos a contemplar la vida pasar por nuestra ventana. Esa es mi filosofía, pero en eso tú eres el experto, ¿qué te dicen tus amigos filósofos sobre esto?

—Según el que me diese su opinión, además de que se abriría una disertación discursiva que nos llevaría meses, si no años, en dilucidar, así que prefiero pasar de ellos para esto —se burló Carl.

—Eso es, ¡menudo filósofo de quita y pon!

—Práctico que es uno.

—Vale, pues apelemos a tu practicidad para solucionar tu comedura de cabeza.

—Pues entonces, si recurro...

—¡Papá! ¡Dani! —lo cortó Hanna—. ¡Estoy muerta de hambre, ¿podemos comer ya?! —gritó entre jadeos y gestos alocados mientras corría hacia ellos.

—¡Hanna! ¿Es imprescindible que grites? Podías esperar a preguntar hasta ahora, una vez frente a nosotros, ¿no? —la riñó su padre.

—Tienes razón, papá, lo siento, pero es que tengo prisa porque he quedado con mis amigos para seguir jugando después de comer.

—Pues vamos a ello, cielo. Ayúdame a sacar las cosas de la bolsa —intervino Daniela a la vez que se incorporaba para sacar los alimentos.

Entre los tres prepararon todo sobre el mantel que colocaron encima de la manta y comenzaron a degustar con apetito las distintas viandas que había preparado la señora Maurer.

A la vez que Daniela conversaba con Carl sobre sus gustos culinarios, observaba por el rabillo cómo la niña desviaba los ojos hacia las otras familias con bastante asiduidad con el rostro reconcentrado, como si le diese vueltas a algo en la cabeza, ensimismada. De repente, giró la cabeza y clavó su dulce mirada en ella.

—¿Tú vas a ser mi mamá? —los interrumpió Hanna como si tal cosa.

Los dos se quedaron paralizados, tan solo cruzaron sus miradas durante breves segundos. Daniela reaccionó antes que su padre, con infinito esfuerzo formó en su boca una de sus mejores sonrisas, aunque se le había encogido el corazón, y le acarició un moflete.

Ella sabía que a esa edad los niños hacían preguntas que podían sorprender a los adultos por su falta de emoción pese a la dureza de la cuestión, máxime si, como en el caso de Hanna, no recordaba a su madre y la figura femenina de referencia era su abuela.

—Hanna, cariño, yo soy tu niñera. Lo siento, pero no voy a ser tu mamá, aunque me gustaría mucho tener una niña tan guapa y simpática como tú. —Le dio un beso en la mejilla—. Pero nosotras dos somos grandes amigas y nos lo pasamos genial juntas, ¿a que sí?

La niña afirmó con su cabeza.

Una punzada de dolor había detenido el corazón de Carl por unos segundos al escuchar a su hija. Desde hacía mucho mucho tiempo, quizá antes de morir Ingrid, Hanna no había vuelto a pronunciar la palabra «mamá». La impresión lo había sobrecogido, por eso no tuvo más remedio que agradecer la rapidez de la niñera y sus tiernas palabras. A partir de ese momento, durante el resto de la comida, ambos se concentraron en entretener a la niña.

Después, los padres de los niños con los que estaba jugando Hanna los invitaron a participar con ellos a uno de los juegos de cartas más populares en Alemania, el *Reihe*. Pese a que Carl intentó poner pegase enseguida, el entusiasmo por aprender ese juego que demostró Daniela lo conminó a aceptar la oferta.

Las reglas eran muy similares a las del cinquillo, al que Daniela solía jugar con sus abuelos cuando era pequeña en las largas tardes de invierno y enseguida le cogió el tranquilo pese a que jugaban con la baraja alemana nórdica que ella no había visto nunca. La joven tuvo la suerte del novato y ganó varias partidas; y entre risas y conversaciones distendidas, Carl se relajó y disfrutó de la reunión de tal forma que no pensó en moverse de allí hasta que el atardecer comenzó a invadir todo de sombras y las cartas ya casi no se distinguían. Se despidieron de sus nuevos conocidos y emprendieron la vuelta a casa con Hanna exhausta y dormida nada más sentarse en su sillita del coche.

Cuando llegaron a la vivienda, mientras Daniela se dirigía a la cocina para desmontar la bolsa que habían llevado al pícnic, Carl llevó en brazos a su hija hasta su cama. Le había asegurado a

la joven que se apañaría el solo para ponerle el pijama y acostarla. Y lo consiguió pese a la dificultad que tuvo con el cuerpo sin reflejos de la niña.

—Después de todas las porquerías que se ha comido en el río, dudo que se despierte hambrienta en toda la noche —aseguró Carl a la vez que entraba en la cocina.

—No, tranquilo, con todo el ejercicio que ha hecho estará tan cansada que dormirá como un koala toda la noche.

Daniela ya había colocado algo de cena ligera para ellos sobre la mesa de la cocina y se sentaron a dar cuenta de ello. Comían en silencio sentados uno frente al otro, cada uno en sus cavilaciones, hasta que la joven decidió compartirlas con él.

—No puedes negarme que has disfrutado el día de pícnic como el que más.

—Es cierto; no puedo negarlo. Lo hemos pasado muy bien, pero ahora me corroe la culpa por no haber trabajado en todo el día.

—Eso tiene fácil solución: enciértrate enseguida en tu mazmorra y pásate la noche escribiendo. Carl la miró con intensidad.

—Creo que, si hago eso, solo podría escribir una escena de sexo bien caliente, así tengo el cuerpo.

Daniela no esperaba esa respuesta y se quedó perpleja.

—¡Guauuu! ¡Pobre! ¿Entonces qué vas a hacer?

El escritor soltó el tenedor que tenía entre sus manos produciendo un ruido seco al caer sobre el plato. Se levantó de la mesa, agarró la mano de la chica y estiró de ella hasta que la puso en pie. Sin soltarla se dirigió fuera de la cocina, subió las escaleras y, para sorpresa de ella, pasó de largo la puerta del dormitorio de Daniela y entró en su propio dormitorio.

—Carl, antes me gustaría darme una ducha. Hoy he sudado mucho y me siento incómoda.

—Entra en mi aseo, mientras voy a por el intercomunicador de Hanna de tu cuarto.

Él, sin esperar una respuesta, salió de inmediato, y Daniela aprovechó para observar detenidamente el dormitorio del escritor. En lo primero que se fijó, porque llamaba la atención, fue en la enorme cama que tenía. Por lo menos era de dos por dos metros. Impresionante. Los muebles eran de madera oscura, las paredes estaban pintadas en un color gris muy claro y el suelo seguía la tónica de toda la casa. Era bastante sobrio y tenía un toque esencialmente de hombre. Todavía estaba contemplando el entorno cuando volvió Carl.

—Sigues aquí... —murmuró a la vez que dejaba el intercomunicador para escuchar a Hanna sobre un sifonier.

—Admiraba tu cama; es enorme.

—No te preocupes, nos encontraremos en el centro.

Daniela soltó una carcajada y encaminó sus pasos hacia la puerta del aseo.

—Venga, acompáñame a la ducha, ¿quieres? Quizá necesite a alguien que me frote la espalda.

—Si es por la limpieza de tu fantástica anatomía no voy a hacerte de rogar —bromeó Carl al tiempo que seguía a la chica.

Capítulo 27

Al día siguiente, a pesar de ser domingo, casi no vieron a Carl en todo el día, salvo en el desayuno y la comida, con la excusa de que el día anterior no había trabajado ni un solo segundo. La noche anterior, Daniela había abandonado la habitación del escritor cuando casi todavía temblaba por el último orgasmo. Lo prefería así. No quería dormirse en su cama y eso era lo que hubiese ocurrido si se llegaba a quedar un minuto más. Estaba extenuada después del maratón de sexo que habían tenido y había dormido tan poco que todavía se sentía así. Por eso decidió tener un día lo más tranquilo posible.

Hanna también estaba bastante apática en comparación con lo activa que estaba desde que había llegado la niñera, así que por la mañana hicieron una corta visita a los abuelos de la niña y por la tarde se dedicó a poner películas de Disney para tenerla entretenida. Las dos se acomodaron en el sofá tapadas con una manta ligera. Daniela atrajo a Hanna hacia su cuerpo para que se recostara sobre ella y allí las encontró dormidas Carl cuando bajó para prepararse un café. A él también lo estaba venciendo el sueño sentado delante de su ordenador.

En la televisión, en esos momentos se estaba descongelando Olaf, el muñeco de nieve de *Frozen*. Volvió a mirar a las dos féminas y observó que Daniela tenía el cuello en una mala posición. Se sentó junto a ella, la acomodó sobre su pecho y apoyó su propia cabeza en el sofá. No tardó ni medio minuto en quedarse dormido.

—Dani, tengo hambre. —Oyó la voz de Hanna en la lejanía. Parpadeó, abrió los ojos y encontró frente a sí la carita de esa niña que le llenaba de amor el corazón. La adoraba. Entonces se fijó en las piernas que tenía bajo su cabeza y dedujo que eran de Carl. Se incorporó y lo vio allí, dormido. En cuanto ella se apartó de su cuerpo, la niña se subió al regazo del escritor.

—Papi, papi, ¿vas a cenar con nosotras?

Carl se sobresaltó al notar a su hija encima de él y oír sus palabras. Tardó un poco en responderle. Era una tentación complacer a Hanna. La misma que había sentido durante todo el día, pero él sabía combatirlas.

Cuando Daniela se fue a su habitación por la noche, tras su encuentro, deseó con fuerza que no

se marchara, pero consiguió contenerse para pedirle que se quedara. Le costó dormirse rememorando en su cabeza lo que acababa de pasar sobre su inmensa cama. Daniela era una chica desinhibida y participativa que había sabido llevarlo hasta el éxtasis más absoluto.

—Lo siento, princesa, pero tengo que seguir trabajando.

No era por completo cierto. Tenía un alto sentido del deber como buen alemán, pero su trabajo iba viento en popa y podía permitirse un día de asueto, pero ya había tenido demasiado contacto personal con Daniela el día anterior. Prefería evitarla lo más posible a nivel personal porque se estaba volviendo adicto a ella. A verla moverse, sonreír, hablar, jugar con su hija, hasta a discutir con ella.

Se marchó después de darle un beso a su hija y sin poder evitar lanzarle una mirada plagada de deseo a la joven. Intentaría concentrarse frente al ordenador para mitigar sus pasiones más ocultas.

Daniela no había abierto la boca desde que se había despertado. Había sido chocante para ella hacerlo sobre el cuerpo del escritor y se había incorporado con rapidez, pero, aun así, le había dado tiempo a sentir su piel caliente y su aroma personal que todavía tenía dentro de su nariz. Mejor que se fuera, sí. Hoy no le reprocharía el despegue por su hija pese a que sabía que era por motivos egoístas.

Cenaron Hanna y ella, y tras acostar a la niña dio un repaso ligero a sus redes para comprobar que todo seguía igual. ¡Maldito hijo de puta! Para despejar su mente de lo que acababa de ver y porque le apetecía mucho hablar con ella, se comunicó por Skype con Olga.

—¡Ey, perdida! ¡Ya era hora de saber algo de ti! Aquí me tienes desesperada por saber si ya te has acostado con tu escritor o sigues entera, y cómo va la búsqueda de tu acosador.

—No exageres, guapa. Tampoco hace tanto que hablamos por última vez.

—Bueno, vale, no te enrolles y ve al grano, ¿ya habéis dado con el cabronazo?, ¿te has acostado o no con él?

—Todos los días me acuesto, claro. Mi cama es muy cómoda y me gusta dormir ahí por las noches, ¿quieres que te la enseñe? La tengo aquí al lado.

—¡Maldita seas! Cómo te aprovechas de que estoy detrás de esta pantalla, pero algún día estaremos frente a frente y me las pagarás todas juntas. ¡¿Me contestas ya o qué?!

—¡Está bien! No, todavía no sé nada del dichoso capullo que está jodiendo mis redes sociales. Y sobre mis noches de pasión desatada... ya llevo dos y creo que repetiré.

—Eso es buena señal, ¿el escritor tiene secretos ocultos?

—Ni te lo imaginas. Todo lo que tiene de frío y cuadriculado, lo tiene de caliente y apasionado en la cama. Han sido... ¡Bommm! —exclamó al tiempo que chocaba las yemas de los dedos de sus dos manos y, a continuación, las expandía—. Dos noches explosivas.

—Vaya, vaya con el supuesto escritor... A ver si a lo que se dedica es al ciberporno y está muy trabajado ya. Deberías mandarme una foto de él, seguro que puedo descifrar su verdadera ocupación en sus ojos.

—¿Ahora te has convertido en bruja? ¡Oh, no, perdona! ¡Eso ya lo eres!

Olga echó la cabeza para atrás y se rio con fuerza.

—Has tardado muchos años en descubrirme —le respondió Olga entre risas—. Bueno, fuera bromas. Me alegro de que por lo menos estés disfrutando de buen sexo para endulzar el mal trago con tu acosador.

—No solo eso, Olga. Para mí está siendo una muy buena experiencia, salvo cuando a Carl le da el ramalazo alemán y se pone pesado con sus normas. Hanna es una muñequita maravillosa con la que disfruto en todos los sentidos, tanto profesional como a nivel personal. ¡Me da tanto esta niña! Luego están los logros que estoy consiguiendo con Carl. Cada vez lo veo más integrado en la vida familiar junto a su hija. El sábado, por ejemplo, nos fuimos los tres de pícnic y estuvimos todo el día divirtiéndonos junto al Rin. Y, para terminar, buen sexo, como tú dices. Casi estoy en el paraíso de los trabajos. Cuando llegué no las tenía todas conmigo, la verdad, pero está claro que lo que Carl necesitaba era una guía para convertirse en padre.

Olga la miraba embobada. Hacía tiempo que no veía a su amiga tan entusiasmada, y eso que era optimista por naturaleza, pero la falta de trabajo, en los últimos tiempos, la había frustrado mucho y había estado un poco picajosa. Por fin volvía a ver a su amiga de siempre.

—Me alegro mucho, cariño. Supongo que ahora serás consciente de que me debes una. Yo fui quien te encontró el trabajo —le dijo con un tono mezcla de cariño y sorna.

—Vale, pues te enviaré un surtido de salchichas típicas alemanas.

—Deja, deja, ya me pediré yo la recompensa. A su debido tiempo.

—Cariño, ahora te dejo. Voy a darme una duchita y me voy a la cama.

—¿Hoy no hay sesión de sexo?

—No creo. Carl ha estado todo el día encerrado en su madriguera.

Se despidió de su amiga y se metió en el aseo para darse una ducha antes de acostarse. Cuando salió de allí con el camión puesto, oyó los pasos de Carl por el pasillo. Un escalofrío le recorrió la espalda ante la expectativa de que se dirigiese a su cuarto, pero las pisadas pasaron de largo y bajaron las escaleras. Miró el reloj y vio que todavía era pronto.

Daniela pensó en preguntarle si le apetecía hablar un rato con ella y salió de su habitación para esperarlo en el pasillo, pero vio la puerta de su despacho abierta y la tentación de mirar dentro fue demasiado fuerte. Con sigilo, con evidente muestra de que sabía que estaba haciendo algo prohibido, se acercó hasta el vano de la puerta y miró en el interior. No hizo falta entrar más adentro. Desde allí pudo ver lo que plasmaba la pantalla auxiliar que tenía conectada al portátil. El fondo verde esmeralda hacía un buen contraste con las cartas que había sobre el tablero virtual. Enseguida reconoció el juego del Solitario. ¡Vaya! Tanto trabajo que tenía y estaba jugando. «Bueno, supongo que se está tomando un rato de relax», pensó Daniela.

En ese momento se dio cuenta de que Carl estaba subiendo las escaleras, corrió hacia la puerta de su habitación y se apoyó en ella en el momento justo en que aparecía la cabeza del escritor.

—Buenas noches, Carl.

—Buenas, Daniela. ¿Quieres algo?

—Te quería proponer bajar un rato al salón a tomarnos un café o lo que quieras y hablar un rato. Es temprano todavía. ¿Te apetece?

Carl la miró con fijeza y de inmediato le contestó:

—No, lo siento. Estoy muy ocupado en estos momentos —manifestó y se dirigió al despacho, con lo que dejó a Daniela pasmada.

«Pero ¿qué le pasa al tío este? ¿Ocupado? ¡Pero si estaba jugando al Solitario! Bueno, él se lo pierde», murmuró la joven al tiempo que elevaba los hombros y entraba en su habitación.

El escritor cerró la puerta del despacho y se frotó la cara con sus manos. ¡Qué mal! ¿Cómo había hecho eso? No tendría que haberle contestado así. No se lo merecía, pero lo había pillado por sorpresa. Él llevaba todo el día conteniendo sus deseos de estar con la joven. Se había puesto como meta vencer la tentación durante todo ese día para reconocerse a sí mismo y le estaba resultando muy, pero que muy duro. ¡Pero qué bestia era! Al día siguiente hablaría con ella y la resarciría.

Capítulo 28

Como cada mañana, Daniela y Hanna bajaban con buen humor las escaleras hacia la cocina para desayunar mientras comentaban lo que iban a hacer ese día. La niña estaba entusiasmada porque esa mañana, durante la clase de Geografía, iba a conocer más cosas de España, el país que había visto nacer a su abuela paterna y a su niñera. Carmen siempre le prometía que cuando tuviese diez años la llevaría a conocer su tierra andaluza y recorrerían la feria de Sevilla vestidas de flamencas.

Al entrar en la cocina vieron que Carl ya estaba allí, así que la niña se acercó a su padre para saludarlo, pero Daniela lo ignoró y se dirigió hacia la señora Maurer para ayudarla con los desayunos.

En cuanto se sentó a la mesa, se ocupó de Hanna a la vez que ella misma desayunaba sin dirigirle una sola mirada al escritor. Carl se había dado perfecta cuenta de su actitud y se dijo que iba a costarle caro el exabrupto de la noche anterior. Ya la conocía lo suficiente como para saber que se iba a mantener así hasta que consiguiese algo a cambio. No sería una prueba tangible, no. Seguro que le pedía una iniciativa relacionada con su hija. Era algo que había observado desde que ella había llegado a sus vidas. Siempre que tenía oportunidad, lo «chantajeaba» para que participase en alguna actividad con su hija. Lo que ella no sabía era que, poco a poco, esa fobia que había tenido con compartir tiempo y espacio con su hija estaba desapareciendo y cada vez disfrutaba más de esos momentos.

Observó a la joven mientras interactuaba con Hanna al tiempo que pensaba cuál sería la propuesta. En eso recordó algo que había dicho dos días antes, el sábado, antes de que planease el día de pícnic. Esta vez se iba a adelantar él. Tenía claro que delante de la niña no iba a negarle la palabra, así que le dijo con tono de interés:

—Daniela, esta tarde vais a hacer yoga en la hora de expresión corporal, ¿verdad?

La joven, con lentitud, levantó la mirada hacia él con un gesto inmutable en su rostro.

—Si —respondió escueta.

—Si me lo permites, me apunto. He estado dándole vueltas a lo que me dijiste de que me vendría bien para relajarme y creo que tienes razón.

Daniela no pudo evitar que su rostro reflejase una mueca de estupor, después de extrañeza y luego de comprensión. ¡Era muy lista esta chica! Seguro que había adivinado la estrategia del escritor. Él puso ojitos de inocentón, pero...

—¿Tienes algo que expurgar? —inquirió ella a la vez que se acariciaba la barbilla.

Quizá, si confesaba en esos momentos, se libraría del discurso que esperaba de la niñera, porque cuando ella cogía la retahíla era muy difícil pararla hasta que no soltaba todo lo que tenía dentro. El escritor miró a su hija, y al verla entretenida se decidió por intentarlo.

—Eso creo, Daniela. Anoche no me porté bien con... alguien.

—¿Alguien? Qué nombre más raro... —se burló Daniela.

—Está bien. Contigo. Lo lamento, de verdad. Me comporté como un alemán cuadrículado, como tú dices.

—No, Carl, fuiste un maleducado y un grosero, que no tiene nada que ver con ser cuadrículado y menos con ser alemán.

—¿Qué le has hecho a Daniela, papá? —preguntó Hanna a la vez que levantaba la mirada hacia él muy seria.

Carl se quedó cortado durante unos segundos en los que tardó en ser sincero con su hija. Sería una lección para ella.

—Princesa, le respondí muy mal. Fui un maleducado y ahora estoy arrepentido y le estoy pidiendo perdón, como debe hacerse.

—Muy bien, papá. Eso lo hace un niño bueno.

—Gracias, princesa.

—Siento interrumpiros, pero creo que yo también tengo algo que decir —agregó la joven, irónica.

—Por supuesto, Daniela —admitió Carl.

—Bien. Espero una propuesta por tu parte para subsanar el daño hecho.

—Pues eso, había pensado acudir esta tarde a la clase de yoga.

La niñera arrugó la nariz y puso unos morritos que no le gustaron nada a Carl, por lo que representaban, aunque su cara le pareció la más graciosa del mundo.

—Hanna, ¿tú qué dices? A mí me parece poco, porque se lo va a pasar muy bien con nosotras —apuntó Daniela mirando a la niña con gesto de duda.

Carl la miró con atención. Ya estaba ahí ese gesto que empezaba a conocer tan bien. No se lo iba a poner nada fácil. ¿Qué estaría tramando?

—No sé —le contestó Hanna.

—No te preocupes, yo sí sé. —Volvió a mirar a Carl y continuó: —A ver, yo creo que deberías comprometerte con venir a todas las sesiones de expresión corporal.

—¡Sí! Me gusta tu idea, Dani.

¡Ahí estaba la encerrona! ¡Lo sabía! ¡Estaba loca esta muchacha! Cómo le gustaba llevarlo al límite. ¿Ahora qué hacía él? Necesitaba negociar o cada día le iría arañando cada vez más tiempo

en perjuicio de su trabajo.

—Lo siento, pero a lo mejor me podría comprometer para hoy y mañana. Más va a ser imposible. Tengo fechas cerradas para entregar trabajos —aseguró Carl con fingido pesar.

—No, no. Eso es muy poco, quince días como mínimo.

—Mira, vamos a hacer una cosa... me comprometo para esta semana y a partir de ahí, los días que pueda. ¿Trato hecho? —concluyó al tiempo que alargaba la mano para que ella se la estrechase.

Renuente, Daniela se la estrechó y un latigazo los sacudió a los dos por lo que ambos separaron sus manos con rapidez. La joven se frotó una contra la otra.

—De acuerdo, esta tarde te esperamos con ropa cómoda.

A la hora de la comida, Carl la avisó de que esa tarde volvía Andreas Becker, así que tuvieron que aplazar la clase de yoga para el día siguiente. Decidieron llamar a Carmen para que estuviese con la niña mientras ellos hablaban con el detective informático.

Todavía estaba la abuela saludando a su nieta cuando llegó el amigo de Carl. La madre del escritor se llevó a la niña al parque cercano mientras ellos se encerraban en el salón. Los tres se sentaron en la mesa del comedor donde Andreas colocó el portátil. Él estaba en el centro, y a ambos lados Daniela y Carl.

—¿Has averiguado algo, Andreas? —inquirió ansiosa la joven.

—Sí, Daniela, ya sé fehacientemente quién es tu acosador. Es Manuel Verdú, tu exnovio.

—¿En serio? —preguntó estupefacta.

—Lo siento, pero estoy seguro. Mira.

El detective comenzó a explicarle los pasos que había seguido para detectar al acosador. Tanto Carl como Daniela tenían los conocimientos básicos de informática como para seguir más o menos las explicaciones de Andreas. La joven no salía de su asombro y una gran tristeza la embargó. Por mucho que su amiga se empeñaba en acusar a Lolo, ella estaba convencida de que él no era capaz de hacerle algo así.

Gruesas lágrimas se escaparon de sus ojos y surcaron sus mejillas. Carl, que estaba atento a ella, al verla llorar, se levantó de su silla y se sentó junto a ella a la vez que pasaba un brazo sobre sus hombros y en silencio la consolaba. Ella lo miró agradecida y se recostó en su pecho. En esos momentos era lo que necesitaba, por lo que se sintió reconfortada con el calor de Carl.

Estaba tan alucinada con lo que el detective le estaba enseñando que no se dio cuenta cuando este calló al finalizar la explicación. Tras largos segundos de silencio, Carl presionó la mano en su hombro para hacerla reaccionar. Daniela parpadeó con fuerza y se limpió las lágrimas de la cara con sus manos, al tiempo que se incorporaba.

—Bien, y ahora ¿qué hacemos?

—Verás, Daniela, he consultado con un colega mío en España y la legislación no ayuda

mucho a los afectados de acoso. En realidad, la mayoría de las denuncias acaban archivadas porque el acosador, con eliminar su perfil y poco más, se salva de cualquier condena —le respondió Andreas.

—¡Joder! España siempre a la zaga de todo.

—No creas, la legislación alemana es casi igual de permisiva.

—Eso no me consuela.

—Ya. Bueno, es lo que hay, pero no debemos darnos por vencidos.

—Entonces, ¿podemos hacer algo? —intervino Carl.

—Por supuesto. Tenemos algo a favor y es que este imbécil es la primera vez que hace algo así. Es un novato, se le ve a la legua; y como tal, yo creo que, si se le da un buen susto, no volverá a hacerlo.

—¿No denuncio? —le preguntó Daniela.

—Claro que sí, pero como una denuncia lleva su tiempo y sus pasos legales pueden demorarse demasiado, quizá también podríamos darle un susto. A ver, la policía lo visitará y lo acojonará, pero, si tú me das permiso, me gustaría hacer algo más.

—¿Te refieres a algo ilegal?

—Bueno... legal no sería.

—No, Andreas, no quiero que te metas en líos. Creo que me conformo con denunciarlo.

—Vale, está bien, pero antes de que lo hagas, déjame un tiempo para que pueda recabar todas las pruebas necesarias, debemos tener toda la información posible antes de que él se dé cuenta de que está siendo localizado o de que la policía lo ponga en sobre aviso.

—Me parece perfecto. Tú me dices cuando esté todo listo, mientras tanto me pondré en contacto con mi amiga Olga para que se entere de los trámites que hay que hacer para denunciarlo.

—Muy bien. Te llamaré.

Acordados los pasos a seguir, el detective se marchó de la casa, y Daniela y Carl se quedaron solos. El escritor no se marchó a su despacho porque se dio cuenta del estado en el que estaba la joven.

—Voy a llamar a mi amiga para que haga las gestiones cuanto antes —le informó Daniela.

—¿No prefieres dejarlo para cuando estés más tranquila?

—No, Carl, cuanto antes me quite esto de encima, mejor.

La joven paseaba por el salón con paso firme y alterado mientras hablaba con Olga. Le hizo un resumen de lo que le había transmitido el detective y le pidió que se informara de si podía hacer la denuncia desde allí y se despidió de su amiga. Carl la estuvo observando durante todo el tiempo y se asombró de la fortaleza que estaba demostrando, pero cuando colgó y la joven se dejó caer de golpe en el sofá, pudo ver también su flaqueza. Se acercó hasta ella y le cogió una mano que reposaba sobre su pierna temblorosa.

—Tranquila. Aquí estás segura. No va a pasarte nada.

Daniela echó su cuerpo a un lado hasta chocar con el brazo de Carl y apoyó la cabeza en él.

—Estoy agotada, Carl. Esto me está produciendo mucha tensión, sobre todo porque no puedo exteriorizarla. No sería bueno para Hanna. Me lo estoy tragando todo y no puedo más. He intentado seguir lo menos posible lo que decía sobre mí, pero al saber que era mi ex me ha venido todo a la cabeza y estoy deshecha. Jamás me habría imaginado que él podría ser tan mezquino y cruel. No es que llevásemos mucho tiempo juntos, pero creí conocerlo bien. Estaba claro que tenía una venda en los ojos. Mi amiga Olga lo caló enseguida y yo, encima, lo defendía. ¡Soy una tonta!

—No, Dani, no lo eres. Es normal que siempre disculpemos a los seres queridos.

—Eso es lo peor, porque si yo lo hubiese querido de verdad, no me habría costado tan poco separarme de él y venirme a Alemania. Desde que me subí al avión no he vuelto a pensar en él. No, Carl, yo no lo amaba, pero sí que estaba ciega.

—¿Sabes que vas a hacer? Te vas a ir ahora mismo a tu cuarto y te vas a meter en la cama a dormir. Tu cuerpo necesita descansar y reponerse.

—No, de eso nada. Hanna estará a punto de volver.

—Tú no te preocupes por Hanna. Entre mi madre y yo nos ocuparemos de ella.

—No, es mi obligación.

—Yo soy tu jefe y te lo ordeno —sentenció con voz mezcla de ternura y autoritarismo.

Al final, la joven aceptó porque en realidad estaba agotada y en esos momentos no se encontraba capacitada para atender a la niña, y se fue a su habitación, se dio una ducha ligera y se metió en la cama para caer dormida en segundos.

Carl golpeó levemente con los nudillos la puerta de la habitación de Daniela. En vista de que no obtenía una respuesta se decidió por abrirla con cuidado. La penumbra que entraba gracias a la luz del pasillo le permitió ver el bulto de la joven sobre la cama. Con pasos silenciosos se acercó hasta ella para poder observar su bello rostro. Estaba preciosa con su larga cabellera morena alborotada. Las sombras perfilaban su nariz recta y alargaban sus pestañas sobre las mejillas. Sus labios entreabiertos, jugosos, parecía que formaban una «o». Los hombros desnudos y un brazo por encima del embozo de la colcha le indicaron que era muy probable que no tuviese nada puesto en ese exuberante cuerpo. Se agachó para cernirse sobre ella y le susurró cerca de su oído:

—Dani... ¿te apetece cenar? Te he preparado una bandeja con algo de comida.

Daniela abrió un ojo, lo cerró, parpadeó con los dos y los abrió.

—Creo que sí, me parece que oigo rugir a mi estómago —murmuró con tono de estar todavía medio dormida.

Carl se incorporó, encendió la luz de la lamparita que había sobre la mesita de noche y se dirigió hacia la puerta.

—Ve acomodándote. Te traigo la bandeja enseguida.

—No, no te preocupes, bajo yo.

—De eso nada. Hoy tocan cuidados especiales, mañana ya me cobraré —le dijo con tono de guasa a la vez que se giraba y le guiñaba un ojo—. Ahora vuelvo.

Daniela, con una sonrisa en sus labios, se metió en el cuarto de baño para asearse un poco. Cuando salió de allí, Carl entraba de nuevo con una bandeja entre sus manos. La joven se dio cuenta de que la miraba de arriba abajo. Se acababa de poner un camisón nuevo de raso, tirantes y detalles en blonda en color blanco que resaltaba la piel morena de la muchacha.

—Siéntate en la cama y te pongo la bandeja.

Daniela le hizo caso y se tapó con la colcha para recibir su cena.

—Gracias, Carl, eres muy amable.

—No hay de qué.

—Venga, ahora, mientras ceno, cuéntame qué tal ha ido la tarde. ¿Has esclavizado mucho a tu madre? —lo interrogó con sorna.

—Pues te vas a sorprender, pero mi madre me ha ayudado a preparar la cena y luego se ha ido, por lo que Hanna y yo hemos cenado juntos y luego la he acostado —le contestó mientras se sentaba en la orilla de la cama.

Daniela aplaudió con una amplia sonrisa en su rostro.

—¡Bravo! Y qué, ¿te ha costado mucho?

—No, la verdad que no. Al principio Hanna te ha echado de menos, pero en cuanto le he explicado que tú estabas cansada y te habías ido a dormir pronto, se ha tranquilizado y hemos pasado una tarde y noche estupenda.

—Me alegro.

—Y tú, ¿cómo estás?

—Mucho más serena, la verdad. El desengaño con Lolo ha sido muy grande, pero la pena se está convirtiendo en enfado. Y ahora mismo, de lo único que tengo ganas es de que termine toda esta pesadilla.

—Pronto, Daniela. Ahora ya sabemos quién es, por lo que yo creo que es cuestión de unos pocos días. Antes de que termine la semana estará todo resuelto, ya lo verás.

—Eso espero.

Daniela se llevó el último bocado a la boca y apartó la bandeja para levantarse. Carl la vio coger de nuevo la bandeja y dejarla encima de la cómoda. Después, para asombro del escritor, se acercó hasta él, le apartó los brazos y se sentó a horcajadas sobre él, con los brazos sobre sus hombros.

—¿Te quedas un rato más conmigo? —le preguntó con sensualidad.

—¿Para hablar?

—Bueno, algunos suspiros no estarían mal —murmuró sobre los labios de Carl y agachó la cabeza hasta tomarlos con los suyos.

El escritor no necesitó más pistas sobre lo que le pedía Daniela, la abrazó y profundizó el beso con pasión.

Capítulo 29

Un nuevo día alumbraba la habitación de Daniela, que renovaba ánimos para ir en busca de Hanna, aunque algo le preocupaba. No recordaba a qué hora se había ido Carl esa noche de su cama. No tenía en su mente la imagen de la marcha de él, pero en cambio había notado que el hueco que tenía a su lado en la cama estaba templado. ¿Habría permanecido con ella hasta poco tiempo antes? Ella, en varias ocasiones, le había insistido sobre su deseo de que no permaneciese en el lecho más tiempo del estrictamente necesario. Lo hablaría de nuevo con él. No quería traspasar más límites. Dormir abrazados, hacer la cucharita o tan solo notar su calor corporal era extralimitarse.

Quizá fuese algo incongruente. ¿Había algo más íntimo que tener relaciones sexuales con alguien? Para ella sí. Compartir lo cotidiano, lo que haces con una pareja cuando estás a gusto y relajado, los besos cuando te cruzas con él, las caricias cuando se ve una película, las manitas durante un paseo o las miradas cómplices. Y por supuesto, dormir juntos. Para ella todo eso era mucho más íntimo y personal que una maratón de sexo, que tampoco era lo mismo que hacer el amor. Sexo. Eso era lo que debía ser. Solo sexo.

Pero había algo más incongruente todavía. ¿Cómo era posible que conociese tan poco a Lolo, que era su novio, y en cambio conocía tan bien a Carl? Lolo, ahora se daba cuenta, era un ser sibilino y traicionero, cosa que estaba segura de que no lo era el escritor. Él siempre iba de frente, no era tortuoso y no tenía vericuetos. Actuaba como pensaba.

En cuanto lo vio esa mañana le pareció que había un cambio en su rostro. Un brillo luminoso en sus ojos acentuaba el color azul y aminoraba el gris. Se había dejado el pelo suelto y su barba estaba recién recortada. Daniela todavía notaba en su cara la fricción de esa barba dorada. No sonreía, pero no hacía falta. Algo irradiaba que le confería una nueva belleza más pura y llena de paz. Desayunaron con tranquilidad y luego cada uno se fue a sus quehaceres. Carl se encerró en su despacho y Daniela junto a Hanna se fueron a la salita para iniciar las clases.

A media mañana la llamó Olga para explicarle lo que podía hacer para denunciar.

—La denuncia puede ser presentada escrita o verbal y realizarse en persona o por mandatario con poder especial.

—¿O sea que si te doy poderes puedes hacerla tú?

—En efecto.

—Entonces hablaré con el abogado de Carl para que me redacte un poder. Seguro que él me puede ayudar —apuntó Daniela—. ¿Y dónde hay que presentarla?, ¿lo sabes?

—Puedo presentarla en la comisaría de policía u oficina de la guardia civil más cercana a mi domicilio; o también en el juzgado de guardia correspondiente. La denuncia en la policía o guardia civil es más aconsejable cuando se requiere una investigación por parte de ese cuerpo, en cambio, en el juzgado es más útil cuando no ha de haber una actuación policial inmediata porque así se agiliza la tramitación del procedimiento.

—Vale, por tanto, habrá que hacerla en la policía o en la guardia civil. ¿Has averiguado algo más?

—Alguna cosilla más, sí. Casi me he hecho una experta en procedimiento penal —respondió entre risas—. Por ejemplo, que en la denuncia no es necesario determinar al responsable de los hechos, aunque si se sospecha de alguien es aconsejable hacerlo constar para dirigir la investigación también hacia ese sentido. Cosa que tú harás, claro. Además que la investigación que llevan a cabo, una vez concluida, será puesta en conocimiento del Ministerio Fiscal o de la autoridad judicial en su caso, para que sean ellos quienes determinen si los hechos son constitutivos de delito o falta, en cuyo caso se abrirá un procedimiento judicial encaminado a enjuiciar al gilipolla de Lolo. Suena lento y farragoso, lo sé, pero pasito a pasito, cielo. Ya sabes, la justicia es lenta pero efectiva.

—Pero mientras tanto ahí esta él, dale que te pego. No para el tío.

—Yo creo que en cuanto vaya a la comisaría, como iré con toda la información, me darán los primeros pasos a seguir y ya será cuestión de unos días. ¡Ah! La Guardia Civil permite realizar denuncias a través de internet, pero una vez que se la denuncia a través de este sistema, se dispone de tres días para acudir a la Unidad de la Guardia Civil que haya sido seleccionada para ratificar la denuncia, así que creo que no te conviene. Mejor la tramito yo con tu poder.

—Sí, yo creo que es mejor. En cuanto me llame Andreas y hable con el abogado de Carl te lo paso todo y vas *ipso facto* a denunciar.

—¡Dalo por hecho!

En cuanto colgó decidió ir a ver a Carl para comunicarle lo que había resuelto. Cuanto antes hablase con el abogado, mucho mejor. Dejó a Hanna a cargo de la señora Maurer y subió hasta el primer piso. Esta vez no se le olvidó de llamar a la puerta y otra vez oyó cómo Carl abría cajones y los cerraba antes de aceptar la intrusión a su sanctasanctórum.

—¡Adelante! —Oyó Daniela.

—Carl, ¿puedo comentarte algo sobre lo del acoso? Me ha llamado mi amiga.

—Claro, pasa y siéntate.

La joven le relató todo lo que le había informado Olga y le pidió ponerla en contacto con su abogado para ultimar todos los detalles necesarios. El joven llamó en ese mismo momento al

señor Fischer, Daniela habló con él y el abogado se comprometió a tenerle todos los papeles preparados lo antes posible. Incluso se ofreció a formularle la denuncia para que fuese lo más efectiva posible.

Cuando ya se marchaba, se volvió en el quicio de la puerta y le dijo con guasa:

—Recuerda que debes vestir con ropas cómodas para la hora del yoga.

Le guiñó un ojo, salió y cerró la puerta tras ella antes de que a Carl le diese tiempo a contestar.

Ya estaba sentada en la alfombra con las piernas cruzadas en la típica postura de yoga frente a Hanna, que intentaba imitarla, cuando llegó Carl. ¡Guaaaauuuu! La había obedecido y llevaba ropa cómoda. Tan cómoda que se le marcaban todos los músculos, incluso su abdomen con esa ristra de tabletas de chocolate. Unas mallas negras hasta medio muslo y una camiseta de licra de color azul eléctrico. ¡Soberbio! ¡Insuperable! Menudo hombre más... ¿sexy?, ¿buenorro?, ¿deseable?, ¿guapo? ¿Para qué elegir? ¡Todo eso a la vez! ¡Bufff! Y ese moñito tan... y esa barba dorada... y esa voz tan gutural... y esos tres lunares en su pómulo izquierdo... Bien, vale, ella ya lo había visto desnudo y sabía qué cuerpo tenía, pero verlo así era una novedad. Normalmente vestía con pantalones negros y camisa gris; y en alguna ocasión, vaqueros. En fin, iba a ser una clase complicada...

—Bienvenido seas, Carl —consiguió balbucear—. Por favor, siéntate junto a tu hija, pero separados, e intenta que sea con la misma postura que yo.

El escritor se dejó caer y trató de cruzar las piernas de la misma forma que Daniela, pero sentía las piernas rígidas y por mucho que lo intentaba lo único que lograba era echar su cuerpo hacia atrás y levantar las piernas sin conseguir montarlas una sobre la otra. Ni Hanna ni Daniela pudieron resistir soltar una carcajada al ver los esfuerzos de Carl.

—¡Papá! ¡Así no es!

—Lo sé, princesa, pero no puedo hacerlo mejor.

A Daniela le gustaba oír a Carl llamar a su hija «princesa». Eso los acercaba muchísimo.

—No te preocupes, Carl, ponte como puedas. Así vamos a estar poco tiempo y lo que interesa es que estés cómodo.

En cuanto el escritor se acomodó, Daniela puso una música suave y relajante con un fondo de olas del mar y comenzó con voz mesurada y susurrante:

—Apoyad las manos en vuestras rodillas, levantad los hombros, echadlos hacia atrás y abajo para extender la columna y el pecho hacia adelante. Cerramos los ojos y respiramos por la nariz.

Dejó pasar unos segundos. Observó por una rendija de sus ojos cómo Hanna la miraba a ella de igual forma, pero no le dijo nada. Sonrió en su interior al verla imitar todo lo que ella hacía.

—Tratad de escuchar vuestro cuerpo. Olvidaos de todo y de todos y dedicad este tiempo solo a vosotros.

Otros segundos en silencio.

—Notad cómo entra y sale el aire por vuestras fosas nasales. —Silencio—. Cómo el aire llena los pulmones. —Más silencio—. Sentid cómo sale el aire más húmedo y más caliente.

Más segundos en silencio.

—Relajad los músculos del rostro. —Silencio—. Relajad el entrecejo.

Continúa con más silencio.

—Abrimos los ojos. Inhalamos a la vez que llevamos los brazos hacia el cielo, juntamos las palmas y miramos los pulgares. Inhalamos y extendemos la columna. Inspiramos y mantenemos la extensión. Al inhalar, extendemos al inspirar, mantenemos.

Daniela los observaba cómo intentaban seguirla. No se le daba mal a ninguno de los dos. A Hanna le había dado unas pequeñas explicaciones antes de comenzar, para que se familiarizase con los términos que iba a usar, y la niña los había comprendido de inmediato.

Era hora de cambiar de ejercicio.

—Bien, muy bien. Ahora nos extendemos en el suelo con las piernas separadas un poco, los brazos a los lados con las palmas de las manos hacia arriba.

Cuando los vio en posición, comenzó:

—Respirad profundamente varias veces. Sentid cómo al inspirar, el abdomen sube; y cuando expiráis, el abdomen baja.

Daniela continuó con algunos ejercicios sencillos utilizando piernas, brazos y cabeza durante media hora. Después les dijo con parsimonia:

—Volved a la postura inicial: estirados en el suelo con las piernas separadas, los ojos cerrados y los brazos a los lados. Fijad vuestra atención en las piernas. Sentid y repetid mentalmente: «Mis piernas se relajan». Sentid vuestras manos, brazos y hombros. Sentid y repetid con la mente: «Mis manos se relajan». Sentid vuestra espalda y repetid: «Mi espalda se está relajando». Se relajan por completo. Sentid vuestro abdomen y vuestro pecho. Están relajados. Hombros cuello y cara: relajados. Todo el cuerpo está por completo relajado. La mente, relajada. Disfrutad esta sensación de completa relajación. De armonía, de paz. Disfrutadla. Ahora respirad con profundidad varias veces y repetid mentalmente: «Estoy lleno de energía, estoy lleno de alegría, espero un día maravilloso, una tarde maravillosa, una semana maravillosa».

Dejó pasar unos segundos y se incorporó. Se encontró a Carl, relajado por completo; y a Hanna, dormida. Una sonrisa se dibujó en sus labios mientras se acercaba al escritor y le tendía la mano para ayudarlo a levantarse.

—¿Qué te ha parecido?

—¡La hostia! ¡Madre mía, Dani! ¡Esto es fabuloso! ¿Podemos hacerlo todos los días?

—Sssshhhhhh, Hanna se ha dormido —murmuró la joven.

—¡Ups! Perdón. —Bajó la voz—. Bueno, pues eso, que me gustaría que lo hiciésemos más tardes.

—Lo haremos. El yoga es bueno para muchas cosas. Ahora he de despertar a Hanna. Se acerca

la hora de cenar y acostarla.

—Daniela, ¿cenar conmigo? —le dijo Carl en un arrebato. Con el yoga se había cargado de energía y necesitaba hablar con ella un rato.

—Claro. Te busco si quieres, cuando duerma a Hanna, para bajar a la cocina.

—Perfecto.

Estaban ya casi de sobremesa. Daniela acaba de llevarse la última porción de la cena a la boca cuando se echó a temblar al oír cómo rugía el cielo por el estallido de un trueno y el relámpago reflejó en su cara el terror que se apoderó de ella.

—¡Oh, no! ¡Tormenta!

—Y suena potente y larga, Dani.

—¡Oh, Dios mío!

—Tranquila, si quieres dormiré contigo.

¡Oh, no! ¡Lo que intentaba evitar! No tenía más remedio. Era la única persona que tenía a su lado. «¡Joder!», masculló para sí misma.

—Si no te molesta...

—Será un placer.

—Necesito acostarme antes de que se desencadene de verdad.

—Adelántate. Recojo un poco esto y subo enseguida, ¿vale?

—¡Vale! —gritó al tiempo que echaba a correr.

Al día siguiente, cuando Daniela abrió un ojo y vio el perfil de Carl frente a ella, con su cabeza reposando en su almohada, algo pasó en su interior. Algo que no quería que pasara. Le gustó. Le gustó mucho. Demasiado. Notó el cálido brazo del escritor bajo su cuello y su suave vello rubio le hizo cosquillas en la mejilla. Recordó la paciencia que había tenido con ella mientras había durado la tormenta. El cuidado que había tenido en todo momento para darle protección y distraerla del miedo que sentía.

Después, a altas horas de la madrugada, cuando la tormenta ya era un mero rumor en la lejanía, las caricias habían sustituido al consuelo y los besos cambiaron el miedo por pasión. Otra noche de intenso deseo y lujuria hasta que los dos cayeron rendidos, pero no fue la última.

A partir de esa noche, todas las noches Carl aparecía por el cuarto de Daniela.

Durante los tres días siguientes, la joven tuvo mucho lío con la denuncia. El miércoles llamó Andreas y le facilitó todos los datos que tenía, así que por la tarde dejaron a Hanna en casa de los padres de Carl, y ella y el escritor se fueron a ultimar los detalles de la denuncia y del poder

especial a Olga con el señor Fischer. Al día siguiente, el abogado tenía todos los papeles preparados y se los mandaron a la amiga de Daniela por Burofax Online.

La joven se sentía respaldada por Carl, además de que cumplió su promesa y las dos tardes que pudo dar clase a Hanna, él apareció a la hora de la expresión corporal. Y luego estaban las noches de pasión. Durante esa semana habían compartido tanto que cuando no estaba con él, lo añoraba. Menos mal que tenía a su hija, que llenaba cualquier momento del día con su vitalidad. La niña había cambiado tanto desde el primer día que llegó ella que parecía otra.

Capítulo 30

Por fin decidió abandonar el gimnasio y darse una ducha antes de bajar a desayunar o iba a llegar tarde él. ¡Con la lata que daba siempre con la puntualidad! Pero es que había un torrente dando vueltas por su mente. Una catarata de emociones que lo tenían abrumado. Ese torrente y esa catarata convergían siempre en un lago que tenía nombre propio: Daniela.

Y sí, llegó tarde. Tres minutos tarde. Entró en la cocina andando con largas zancadas, casi corriendo, y anduvo raudo hasta su silla donde se dejó caer veloz con la esperanza de que la niñera de su hija no se hubiese dado cuenta de su tardanza ya que, en ese momento, ella estaba de espaldas a la mesa, de charla con la señora Maurer. Hanna estaba sentada en su silla y enseguida su padre atravesó el dedo índice en su boca con un claro gesto en señal de silencio. Agarró el vaso de zumo de naranja que ya tenía colocado en su sitio de la mesa y se lo llevó a la boca en un intento de aparentar que llevaba un tiempo en su sitio.

Daniela se giró con un tazón en las manos que depositó delante de Hanna, se sentó en su silla sin dirigirle la mirada a Carl y giró su cabeza hacia la niña.

—Hanna, cariño, ¿qué castigo le ponemos a tu padre? —le dijo muy seria mientras le guiñaba un ojo sin que lo viese el escritor—. Ha llegado tarde.

Carl bufó. Su hija lo miró intentando poner un rostro serio como el de su niñera, aunque su hermosa boquita no podía dejar de estirarla en una juguetona sonrisa sin percibirlo.

—Yo no te he puesto nunca un castigo por no cumplir mis normas —replicó Carl con voz áspera.

—Bueno, yo no soy tu. A mí me gusta poner castigos. —Pero no pudo evitar concluir con una carcajada que dejó claro para el escritor que le estaba tomando el pelo.

Una sonrisa traviesa afloró en la boca de Carl sin poderlo evitar. Esta chica lo sorprendía de continuo. La observó con detenimiento mientras Hanna y ella se miraban y reían por la broma que le habían gastado. Llevaba uno de sus habituales trajes de *nanny* que le sentaban bien, pero que, después de haberla visto vestida con otro tipo de ropa los domingos, debía reconocer que no era lo que le pegaba a ella.

—Hagamos un trato —propuso el escritor—. Me perdonáis mi retraso y yo le permito a

Daniela vestir a su aire.

—¿Sin estos trajes de institutriz sobria y estirada? —inquirió asombrada la joven.

—En efecto —afirmó Carl.

Daniela arrancó a aplaudir mientras se reía a carcajadas. Hanna la acompañó en las risas al verla tan feliz.

Eso significaba que el escritor se había dado cuenta de sus cambios de vestuario los fines de semana, lo cual indicaba que no era tan meditabundo como aparentaba ser y sí que prestaba atención a su entorno.

—¿Cuando terminemos de desayunar me acompañas a mi cuarto a elegir la ropa para cambiarme? —le dijo la joven a Hanna.

—¡Sí! ¡Te pondré muy guapa! —exclamó la niña entusiasmada.

—Me conformo con estar cómoda. Ahora desayuna, que se te va a enfriar —le pidió a la vez que ella misma se llevaba su taza de café con leche a los labios.

—Chicas, os aviso que me voy a Berlín. Tengo una reunión con mi editor —les informó el escritor mientras dejaba el vaso de zumo vacío en la mesa.

—¿Cuándo te vas, papá? —se interesó la niña.

—Ahora, en cuanto terminemos de desayunar.

—¡Oh! ¡Qué pena! —dijo la niña a la vez que ponía unos morritos muy graciosos.

—No te preocupes, Hanna, te quedas muy bien acompañada y yo vuelvo en nada. El lunes, como muy tarde, ya estoy aquí otra vez.

—Hoy es sábado, ¿vas a tener una reunión con tu editor en fin de semana? —inquirió Daniela con suspicacia.

—Pues sí. Lo conozco desde hace años y me da un trato especial.

—¿Vas a publicar otra de tus sesudas novelas? —le preguntó Daniela.

Carl la observó con una mirada que la joven catalogó como dubitativa.

—Bueno... ya veremos —le respondió esquivo.

¿Qué pasaba allí? Otra vez detectaba algo extraño en el comportamiento de Carl y le vino a la cabeza las sospechas manifestadas por su amiga Olga sobre la nula actividad literaria de Carl en los últimos años, aunque, por culpa de su acosador, no había prestado mucha atención a sus especulaciones durante los últimos días. Quizá estuviera costándole que le publicasen la última novela que estuviese escribiendo. Pero... parecía nervioso con el tema, así que decidió indagar un poco más.

—¿Has terminado algún manuscrito?

—Sí...

—¿Y con qué editorial pretendes publicarlo?

—Eh... es una editorial pequeña alemana, no la conocerás.

—¿Me dejarás leerlo? Puedo ser uno de tus lectores —se ofreció con interés. El joven se estiró en la silla y comenzó a tamborilear con las yemas de los dedos sobre la superficie de la

mesa al tiempo que rehuía la mirada de Daniela.

—Prefiero que no. Ya tengo a mis lectores 0 de siempre.

—¡Ups! ¡Qué zasca me acabas de dar! Usted perdone, señor escritor —le replicó con ironía.

—No lo pretendía, Dani, es que soy muy rutinario con mi trabajo y prefiero no cambiar mis hábitos.

—Ya. Como buen alemán.

—Pues sí, aunque no olvides que también tengo sangre española. Mitad y mitad —replicó con una sonrisa burlona.

—Pues, hijo, a ver si sale un poquito más a la superficie tu parte española que hasta ahora la has tenido bien oculta —le reclamó con retintín.

—Ya os encargáis de eso mi madre y tú. Parece que os habéis puesto de acuerdo para exasperarme y sacarme de mi mundo estructurado.

Daniela no pudo controlar la reacción de su cuerpo ante las palabras del escritor, aunque intentó ocultarlo bajando la cabeza y disimular mediante la ingesta de alimentos, pero Carl, que la miraba en esos momentos, se dio cuenta de que abría los ojos desmesuradamente y sus mejillas se sonrojaban antes de agachar la cabeza. Frunció el ceño al llegar a una conclusión que acababa de aventurar de broma y parecía que no iba tan desencaminado.

—Hanna, cuando termines de desayunar ¿puedes quedarte un ratito sola jugando en la salita mientras yo hablo con tu niñera en el despacho? La señora Maurer estará aquí por si necesitas algo —le preguntó a su hija con voz dulce, aunque se le notaba la tensión en el cuerpo y en la propia voz.

—Pero... si Dani y yo íbamos a ir a su cuarto para cambiarse de ropa... —replicó la niña con voz dubitativa.

—Solo serán unos minutos. Antes de que te des cuenta, estará de vuelta.

—Está bien, papá. Aprovecharé para despertar a Anke —le respondió la niña haciendo referencia a su muñeca preferida.

—Gracias, cariño.

Menos mal que Daniela no era bajita, disponía de unas largas piernas y pudo seguir, más o menos, las enormes zancadas de Carl. Cuando ella entró en el despacho, el escritor ya estaba sentado en su sillón y observó cómo volvía a alinear los bolígrafos que tenía sobre la mesa, así como los folios amontonados a un costado del portátil, aunque todo ello ya se encontraba en perfecto orden. Era un TOC[9] que tenía cuando estaba furioso. Daniela ya lo había percibido en diversas ocasiones.

—Cierra la puerta y siéntate, por favor —le pidió con voz severa.

La joven hizo lo que le solicitó. Agarró la silla que estaba junto a la pared, frente al escritorio,

y la acercó hasta la mesa para sentarse a continuación. Sabía lo que venía ahora, por lo que en su cabeza daban vueltas distintas formas de actuación. Al final decidió que con la verdad se iba a todas partes y no tenía por qué ocultarle el desasosiego que habían sentido ambas mujeres ante la actitud de Carl con respecto a su hija. El escritor la miraba desde el otro lado de la mesa con el ceño fruncido y un rictus en sus labios que transmitía un gran enfado. El color de sus ojos se había convertido en una tormenta gris oscuro.

—Bueno, aclárame lo que habéis tramado mi madre y tú —tronó.

—No te exaltes, Carl. Tampoco es para tanto —le dijo con tranquilidad.

—Ah, ¿no? —inquirió mientras elevaba unas de sus cejas de forma interrogativa.

—Pues no. Te lo voy a explicar. Tanto tu madre como yo estábamos preocupadas por la relación entre Hanna y tú. Solo es eso. No hay una trama planificada en contra tuya. No te embales que no hay nada extraño en todo esto, solo una conversación entre tu madre y yo en la que nos confesamos nuestra mutua inquietud.

—No comprendo esa manía que tenéis las mujeres en meteros en la vida de los demás —recriminó exasperado.

—¡Alto ahí! Nosotras no nos hemos metido en tu vida, listillo. Nos preocupamos por la vida de Hanna. Por si no te has dado cuenta todavía, todo lo que te afecta a ti repercute en tu hija.

—Estoy hartándome un poco de que siempre cuestiones mi relación con mi hija.

—Mira, Carl, voy a hablarte claro y a poner todas las cartas sobre la mesa. Si tú estás harto de que te cuestione, yo estoy harta de tener que hacerlo, pero lo hago por tu hija. Tú ya eres mayorcito para saber lo que haces con tu vida. Dicho lo cual, voy a exponerte mis últimas palabras y espero que en este viaje que vas a hacer aproveches para meditar y tomar las decisiones que deberías tomar como padre responsable —le espetó mosqueada.

Quizá no estaba siendo todo lo justa que debía, porque el giro que había tomado el escritor con respecto a su hija era muy evidente, pero durante unas décimas de segundo que tuvo para pensarlo, decidió que iba a darlo todo por el todo. Lanzarle un órdago y llevarlo hasta el borde del precipicio.

—Buff —resopló Carl a la vez que ponía los ojos en blanco.

—Ante esa postura, de verdad que me dan tentaciones de no decirte nada, pero prevalece en mí el cariño que le tengo a tu hija —le recriminó. Tomó aire con fuerza y se sentó en la punta de la silla a la vez que estiraba su torso—. Mira, lo único que quiero que sepas es que tienes el enorme privilegio de ser el padre de una niña increíble. Hanna te idolatra porque eres su padre, su referente. Lo único que quiere es que estés ahí, junto a ella. Le da igual quién eres, el dinero que tienes o las normas que impongas. Es cierto que estos últimos días he visto algún cambio en ti, aunque siempre han sido situaciones forzadas por mí o por la propia Hanna. Incluso creo que tú mismo has empezado a darte cuenta, aunque no quieras admitirlo. Es una niña de cuatro años y su mayor felicidad reside en pasar tiempo con el único padre que tiene. Pero te aviso, esto no durará eternamente. Ella, con el tiempo, se acostumbrará a no tenerte y entonces, quizá, te des

cuenta del tiempo que has perdido. Nosotras solo pretendíamos que no ocurriese eso. Que dejases tu duelo atrás para concentrarte en lo verdaderamente importante que tienes en tu vida. ¡De eso se trataba toda la confabulación maligna que teníamos tu madre y yo! ¡Y ya está! No digo nada más. Piensa en mis palabras si te da la gana. Y tómatelo como un consejo de una amiga si no confías, como ya has dicho en otro momento, en mi profesionalidad. A tu vuelta me dirás tu decisión y yo obraré en consecuencia.

—¿Me estás amenazando con irte? —interpeló a la vez que apretaba las manos en dos puños cerrados.

—Yo no he dicho eso. No pongas palabras en mi boca. —Daniela se estaba sulfurando por momentos—. Rectifico y te digo que obraremos en consecuencia. Ya hablaremos a tu vuelta sobre la conveniencia o no de que siga siendo la niñera de tu hija.

—Está bien. Como tú quieras.

—¡No entiendes nada! No se trata de lo que yo quiera, Carl. En realidad, siempre se ha tratado, se trata y se tratará de lo que necesite Hanna —concluyó exasperada.

Se levantó con ímpetu de la silla y con paso largo y fuerte salió del despacho sin cerrar la puerta. Los pasos de la joven retumbaron por el pasillo mientras se alejaba. Carl se frotó la cara con las manos y luego las pasó por su pelo, mesándose los. Su rostro reflejaba la lucha interna que tenía. Hacía tan solo unas horas, esa misma joven que acababa de soltar sapos y culebras en contra de él lo había elevado al paraíso dándole su cuerpo. En un ataque de rabia barrió la mesa con su brazo desperdigando por el suelo todos los objetos que, un segundo antes, permanecían en perfecto orden.

Capítulo 31

Desde la ventana de la salita todavía podía ver en la lejanía el coche de Carl, y ya estaba arrepentida de la forma en que tan solo unos minutos atrás le había hablado. Acababa de pasar para despedirse de su hija y la mirada que le dedicó a ella no auguraba nada bueno a su regreso. No se arrepentía de lo que le había dicho, pero sí la forma en la que lo había hecho. No debió olvidar que él era su jefe, aunque cada noche cruzasen una línea roja que, en una situación normal, le permitiría hablarle así. Fue un arrebato tonto, muy típico de ella. ¡Con lo bien que estaban yendo las cosas últimamente! Carl parecía que poco a poco iba desempeñando su papel de padre. Debía reconocerlo. Por otra parte, su relación con él... bueno, hacía nada que había dado un giro espectacular. Y luego va ella y lo desafía como si fuese la reina de Saba.

Una gran congoja se había instalado en su corazón en cuanto el escritor había cerrado la puerta de la casa. Menos mal que Hanna estaba distraída con sus juguetes, porque ella estaba desganada, así que decidió tener la mañana tranquila. Era sábado y no tenía que darle clase a la niña. Decidió ponerse algo de música y sentarse a leer un rato.

Carmen abrió con su propia llave. No solía hacerlo porque, aunque su hijo le hubiese autorizado, a ella no le gustaba vulnerar la privacidad de la casa de nadie de esa forma, pero ese día llevaba un regalo muy especial a su nieta y quería prepararlo primero para darle una sorpresa. En cuanto entró oyó música y se paró a escucharla. Era en español y la conocía muy bien, se trataba de *La vida loca*, de Francisco Céspedes. Era una canción que le encantaba, así que decidió entrar cuanto antes. Dejó en el suelo la gran bolsa de papel que llevaba, sacó el regalo de Hanna, se colocó el vestido delante de su cuerpo, como si lo llevase puesto, y la corona de brillantes sobre su cabeza, y se encaminó hacia la salita. Cuando su figura se perfiló en el dintel de la puerta, se encontró con una situación un poco extraña: en el rincón de jugar, Hanna reía con fuerza, entretenida con la casa de muñecas, mientras que Daniela, sentada en el sofá con la novela que ella le había prestado entre sus manos, escuchaba la música con la cabeza recostada en el sofá, los ojos cerrados y asimismo gruesas lágrimas le recorrían las mejillas. La joven, por lo bajini, cantaba:

*Aunque estés adentro
y este sentimiento se me antoje eterno.
Esta lejanía duele cada día
porque no te tengo.
No tengo tu boca,
no tengo tus ganas.
Y por más que intento
ya no entiendo nada
de esta vida loca, loca, loca
con su loca realidad.
Que se ha vuelto loca, loca, loca
por buscar otro lugar.*

Su primer instinto había sido consolar a la joven, pero luego lo pensó mejor y decidió dirigirse hacia su nieta para que esta no se percatara de las lágrimas de su niñera y darle tiempo a Daniela para recuperarse.

—Hanna, ¿has visto qué vestido más chulo que me he comprado? —le preguntó por sorpresa.

La niña se giró en cuanto oyó la voz de su abuela.

—¡Abuela! ¡Es un vestido de princesa! ¡Qué bonito! —exclamó Hanna al tiempo que se ponía de pie y corría hacia ella.

Por el rabillo del ojo, Carmen vio cómo Daniela se secaba las lágrimas de la cara, dejaba la novela sobre la mesa de centro y apagaba la música del ordenador.

—¿Te gusta? —le preguntó mientras se agachaba para darle un montón de besos en sus mulliditas mejillas.

—Me encanta, abuela. Yo quiero uno igual —aprobó el gusto de Carmen a la vez que ponía unos morritos muy graciosos y sus manitas las juntaba delante de su carita.

—¡Pues es tuyo, cariño! Lo he traído para ti.

—¡Bien! —exclamó la niña mientras aplaudía—. ¿Puedo ponérmelo?

—Claro que sí, cariño.

La abuela y Daniela la ayudaron a cambiarse y le colocaron la corona en la cabeza. La niña quiso ir a verse al espejo grande de su habitación y se fue corriendo.

—Ven, Dani, sentémonos, que tenemos que hablar —le dijo Carmen a la joven mientras la cogía de la mano y la arrastraba hasta el sofá—. ¿A santo de qué han venido esos lloros?

Daniela se quedó un poco cortada ya que no creía que la mujer la hubiese visto llorar.

—No es nada, Carmen. De verdad. Ha sido una combinación entre la lectura de la novela romántica y la canción que estaba oyendo. Pancho Céspedes me toca el corazón con sus canciones, y sobre todo *La vida loca* y *Nadie como tú*. Son dos canciones que destilan amor en todas y cada una de sus palabras.

—¿No hay nada más? ¿A lo mejor añoranza por tu gente?

—Bueno... no sé, Carmen. Quizá...

No quería preocupar a la mujer con la bronca que había protagonizado con su hijo. Sabía que si se lo contaba le iba a afectar, pero para sí misma tenía que reconocer que esa mañana se sentía melancólica por culpa de ella. Se arrepentía muchísimo de haber perdido los estribos porque, precisamente esos días, Carl no se lo merecía.

—Bueno, tengo una noticia que contarte. A ver si te alegra un poco. ¿Carl está en su despacho? No quiero que me oiga.

—No está en casa. Se acaba de ir a Berlín a ver a su editor.

—¡Ah! Vaya... y ¿cuándo vuelve?

—El lunes.

—¡Bien! Nos viene perfecto. No lo tenía planeado así, pero va a venir genial. Mira, mañana tendrás una visita. Holger, mi hijo pequeño, vendrá a pasar unos días con vosotros.

—¿Holger? No sabía que tenías otro hijo.

—Pues sí, y verás cómo te cae muy bien. Es la antítesis de Carl; y si él no lo saca de su burbuja, no lo hará nadie.

Un silencio sepulcral envolvía toda la vivienda. Hanna dormía su breve siesta diaria y Daniela estaba sentada en el sofá de la salita sin ganas de hacer nada. Sacó su móvil del bolsillo del pantalón y mandó un wasap a Olga. Necesitaba oír una voz amiga.

Daniela

Estoy sola en casa con Hanna y la niña
duerme.

¿Te conectas al Skype?.

Olga

Lo siento, cariño. Estoy trabajando y no puedo.

Respondió su amiga casi de inmediato.

Daniela

¡Jo! Estoy aburrida y necesitaba una voz amiga,
pero bueno, no pasa nada.

Olga

Pues aprovecha el momento e indaga en el
despacho.

Daniela

¡¿Estás loca?!

Daniela recordó la conversación tan extraña que tuvo con Carl esa misma mañana. La pelea que mantuvieron a continuación logró borrar de su mente las dudas que habían penetrado en ella al verlo tan dubitativo y nervioso. Quizá Olga tenía razón y debía aprovechar la oportunidad que se le presentaba de cotillear un poco en el despacho. A lo mejor no volvía a tener una ocasión como esta y ella necesita resolver alguna de las dudas que le rondaban la cabeza. Podía empezar por la que pensaba que tendría una respuesta que la satisficiera positivamente. Seguro que las sospechas de su amiga, bueno, y las suyas, ¡para qué engañarse!, tenían una explicación lógica e inocua.

Olga

Jajaja, sabes que sí, pero ese no es el caso.
Ve y husmea. Seguro que encuentras algún
«cadáver» entre sus mamotretos.

Daniela

¡Bruta!

Olga

¡Hala! Loca, bruta... ¿alguna lindeza más?

Olga terminó con un emoticono de una carita guiñando un ojo.

Daniela

Mejor me las guardo para más tarde, cuando
hablemos cara a cara. Mándame un wasap
cuando puedas conectarte.

Y Daniela le mandó un beso por medio de un emoticono.

Olga le respondió con un pulgar hacia arriba y un beso.

Daniela se quedó mirando la conversación de Whatsapp, avanzó y retrocedió con su dedo en la pantalla para volverla a leer. Estaba decidido: iría a investigar. Se levantó del sofá y con lentitud fue recorriendo el espacio que la separaba de las escaleras. Sabía que no había nadie más en la casa, salvo Hanna, claro, pero dentro de ella sentía que mil ojos la miraban cómo iba a profanar el santuario de Carl y oía una vocecilla en su interior, parecida a la del escritor, que le susurraba que confiase en él. Movi6 su cabeza con fuerza a izquierda y derecha para despejar sus ideas. ¡Ja! ¡Por supuesto que iba a curiosear la guarida de Carl! Afianzó sus pasos y con zancadas decididas llegó hasta la puerta del mismísimo sanctasanct6rum del escritor.

Abrió la puerta, audaz, y se quedó at6nita ante el desorden que imperaba en el despacho. En el cálido suelo de madera pululaban, alrededor de la mesa, los objetos que esa mañana, mientras mantuvieron la discusión, se encontraban en perfecto orden sobre la mesa. Meditó brevemente desde el dintel de la puerta y llegó a la conclusión de que a Carl también le había afectado la

controversia entre los dos. No podía ser por otro motivo porque lo oyó cómo salía después de ella casi de inmediato, se metía en su dormitorio y solo lo abandonó para marcharse. De eso estaba segura porque se mantuvo atenta a todos sus movimientos.

Decidida cruzó la habitación esquivando bolígrafos, lápices, clips y demás artículos de escritorio. Mediante un movimiento de caderas se dejó caer en el sillón de Carl y observó los cajones que, a ambos lados del tablero, servían para sostenerlo, además de ejercer como contenedores muy útiles en ese tipo de mueble. Acercó su mano hasta agarrar el asa metálica del primer cajón que tenía a su izquierda. Dudó durante breves segundos. Una vez que abriese el cajón, cruzaría otra línea roja que la separaría del escritor ¡y eso no le hacía maldita la gracia! Pero su curiosidad venció a la conciencia y abrió con energía el cajón.

Agachó la cabeza para fisgonear y lo que encontró fue un montón de bolis de distintos colores, rotuladores y lápices ordenados en distintos departamentos. Allí no había nada especial. En el siguiente cajón había distintos artículos de papelería como grapadora y grapas, clips y gomas de borrar. El tercer y último cajón del lado izquierdo estaba repleto de folios en blanco.

Giró el sillón hacia el otro lado del escritorio y abrió sin afán el primer cajón. Según había registrado los otros cajones, sus sospechas se habían desinflado hasta convertirse en inquietud por su proceder. Miró renuente dentro de él. Lo único que encontró fue una libreta de tamaño cuartilla con encuadernación de gusano y tapas de cartón duro. Se quedó mirándola algo desconcertada y curiosa porque solo hubiese esa libreta. Sucumbió a la tentación, la sacó y la depositó sobre la mesa. Acarició la tapa de brillante color negro y la abrió. Una letra firme, muy masculina y singular, llenaba la primera hoja, por supuesto en alemán. Concentró la mirada en esas palabras de trazos algo difíciles de leer para ella. Tuvo que releer tres veces el primer párrafo para entender lo que estaba escrito; y una vez que comprendió de qué se trataba, el resto de la página se le hizo más fácil de comprender, aunque le costó asimilar su verdadero significado.

Levantó la vista nublada y la fijó en la pared de enfrente sin verla en realidad. ¡No podía ser! Volvió a dirigir su mirada a la libreta y con rapidez pasó la hoja en busca de las siguientes palabras. El color desapareció de su rostro, se pasó una mano por el pelo para retirar de su cara las greñas que le habían caído sobre ella y leyó las siguientes hojas con mucho interés.

Capítulo 32

Daniela no dejó de darle vueltas en la cabeza durante el resto de la tarde a lo que había descubierto en el registro del despacho de Carl. Su cabeza echaba humo y ni siquiera las gracietas de su pupila la entretuvieron lo suficiente para desterrarlo de su mente.

Mientras estaba acostando a Hanna, Daniela recibió un wasap de Olga.

Olga

Ya estoy en casa. Conéctate.

Daniela

Espera unos minutos.

Estoy acostando a la niña.

Te aviso cuando esté libre.

Tengo que contarte algo que te va a dejar
muerta.

Olga

Has registrado el despacho de tu jefe???

Daniela le mandó el emoticono del pulgar hacia arriba.

Daniela

Luego te cuento.

Olga

Ya me has dejado intrigada! Date prisa!

A lo que le sumó un emoticono de una carita enfadada

En el momento en que en la pantalla del ordenador de Olga apareció la imagen de su amiga,

alucinó al ver su rostro descompuesto.

—¡Pero, criatura! ¿Qué te ocurre? ¿Tan grave es lo que has descubierto?

Daniela se restregó la cara con sus manos, se remitió los mechones sueltos de su cabello detrás de las orejas y miró a Olga con desaliento.

—Te aseguro que me ha dejado KO. —Y agachó la cabeza hasta golpear su frente con la mesa.

—¡Cuéntamelo ya, pesada! —exclamó su amiga con voz ansiosa.

La joven levantó la cabeza y la miró con fijeza.

—Agárrate a la silla, Olga: he descubierto una libreta llena de apuestas.

Su amiga la miró con interrogación.

—¡Es un jugador profesional! —continuó Daniela al ver la cara de desconcierto de su amiga.

—¿Juega? ¿A qué? —inquirió incrédula.

—¡A todo! Está inscrito a un montón de páginas webs de juegos de azar y apuesta en toda clase de juegos. En la libreta tiene apuntados todos los datos: fecha de la apuesta, cantidad apostada, a qué juego y en qué página; si ha ganado o perdido.

—Pero ¿qué me estás contando? —interpeló desconcertada.

—Lo que oyes. Juega al bingo, juegos de casino, carreras de caballos, apuestas deportivas, a todo, pero sobre todo al póker —le confirmó con desaliento.

—Entonces, ¿eso es lo que hace todo ese tiempo en el despacho?

—Debe ser así, hay infinidad de anotaciones y miles de dólares apostados.

—Bueno, por lo menos no hace algo ilegal —refutó utilizando la lógica.

—¡¿Qué?! —exclamó Daniela pasmada ante las palabras de su amiga.

—Vamos a ver, cielo, ¿a ti qué más te da cómo gana él el dinero mientras no sea algo ilícito? Por lo menos ahora ya has salido de dudas sobre eso.

—Pues me importa, Olga. No me gustan los jugadores —replicó con contundencia.

—Es que no tiene por qué gustarte ya que solo es tu jefe, o... ¿hay algo más que no me has contado desde la última vez que hablamos? —indagó con los ojos rebosantes de sospecha.

—¡Pues sí, cotilla de portería! Llevamos toda la semana acostándonos juntos.

—¿Y qué pasa? ¿Ronca? ¿Tiene ladillas? ¿El juego le ha producido un herpes en el pito? —bromeó Olga.

—¡Olga! ¡No me tomes el pelo, joder, que esto es muy serio!

—A ver, lucero del alma, ¿pero a ti te gusta para algo más que para un buen revolcón? —preguntó con mirada inquisidora.

—¡No!

—¿No? ¿Seguro?

—No se trata de eso, Olga. Es cierto que el tío es para colgarse de él, pero yo no estoy dispuesta a hacerlo y menos ahora. Tú sabes que no soy una puritana, pero si hay un vicio que odio es el del juego.

—Pues los hay mucho peores, hija.

—Ya, pero este me ha tocado de forma personal.

—¿Y eso? Esa historia no me la conozco —indagó su amiga con curiosidad.

Daniela permaneció en silencio unos segundos hasta que lanzó un largo suspiro de resignación.

—¿Te acuerdas cuándo y dónde nos conocimos? —preguntó a Olga.

—¡Cómo no me voy a acordar! Lo tengo grabado a fuego en lo que quedó de mi memoria ese día. Aquella noche en el hotel de Barcelona en la que tropezamos la una con la otra dentro de la puerta giratoria principal cambió nuestras vidas.

Sin poder evitarlo, la sonrisa volvió al rostro de Daniela y su habitual forma de ser volvió a florecer.

—¡Eh! Tú chocaste conmigo. Y por tu culpa yo me llevé un golpetazo tremendo en el culo, y eso sin olvidar que tuvieron que venir los bomberos para sacarnos de allí porque la puerta se quedó atrancada con nosotras dentro —rebatía Daniela con sorna.

—¡Claro! Y por eso te invité al fiestón más salvaje de locura desatada que has presenciado en tu vida. ¡Pero topamos las dos a la vez!

—¡Buff! No me recuerdes esa fiesta que no tenía fin.

—Sí que acabó: todos amontonados en el suelo de la habitación. Recuerda que tú y yo terminamos durmiendo debajo de la mesa haciendo la cucharilla y tu pierna sobre mí. ¡Aquello parecía el camarote de los hermanos Marx! —Rio Olga.

—Ya. Y tú me soltaste un codazo en el estómago porque pensaste que me estaba insinuando. ¡Casi arrojo hasta la primera papilla por tu culpa!

—¡Qué va! No fue por eso, me estabas roncando en el oído.

—¡Serás petarda! —le increpó Daniela—. Yo no ronco, respiro con fuerza, guapa.

—Sí, bueno, lo que tú quieras, pero esa sublime respiración tuya olía a cóctel molotov con una mezcla de tequila, vodka y orujo, todo ello fermentado.

—Cómo te aprovechas de que no te tengo a mi lado, querida, pero que sepas que esto me lo guardo y me vengaré cuando te tenga a tiro. La lista de agravios sigue aumentando... —la reprendió Daniela a la vez que la señalaba con un dedo acusador.

—Bueno, bueno, ya estoy acostumbrada a tus furibundas amenazas —se burló mientras aleteaba las manos—. Además, ¿qué tiene todo esto que ver con lo que estábamos hablando?

Daniela borró de un plumazo su sonrisa y se le descompuso de nuevo el rostro.

—Verás, recuerdo que tú estabas allí en un viaje de estudios, pero nunca supiste qué hacía yo en ese hotel.

—Es cierto, cuando te pregunté me contestaste de forma esquiva y yo no quise indagar más porque vi que aquello te afectaba —recordó Olga.

—Exacto. Ahora, desde la lejanía, puedo contártelo e incluso he llegado a darle un punto cómico a todo el entuerto que pasé en esa época.

—¿Pero qué me estás contando? ¿Habéis pasado del sexo a la bronca en tan poco tiempo? Ten cuidado, amiga, ya sabes que las abuelas dicen que los amores reñidos son los más queridos — ironizó Olga.

—¡Anda ya! No me seas antigua, guapa. Yo estoy en esta vida para ser feliz, paso de cabreos.

—Cuéntame lo que os pasó, anda.

Daniela le narró lo ocurrido con Carl los minutos antes de irse de viaje.

Capítulo 33

El tiempo del domingo correspondía con el ánimo de Daniela: gris y sombrío. El cielo estaba tan plomizo que la joven temblaba ante la posibilidad de que se desencadenase una tormenta. Para distraer a la niña y de paso intentarlo con ella misma, optó, ya que estaban solas, por disfrazar a Hanna con su nuevo traje de princesa y ella de sapo, para contarle el cuento de *La princesa y el sapo*. Se puso unas mallas y una camiseta, ambas verdes, y se metió en su aseo con Hanna para ultimar el disfraz. La niña le ayudaba a embadurnarse todo el rostro, entusiasmada, mientras ella se dibujaba una enorme boca y unos ojos saltones.

—¡Dani, estás muy graciosa!

—Pues tú estás guapísima, mi querida princesita.

Cuando terminaron, los trazos desiguales e inseguros pintados por la niña en su rostro le conferían un aspecto grotesco a la vez que la versión de una boca y ojos de sapo de Daniela se parecían más a los de la rana Gustavo, el reportero más dicharachero de Barrio Sésamo. Entre risas se dirigían a la salita para comenzar la representación del cuento cuando sonó el timbre de la puerta. Daniela se paró en el pasillo sin saber qué hacer, pero la insistencia del sonido la hizo reaccionar e, indicándole a la niña que permaneciera donde estaba, se acercó hasta la puerta. Miró la pantalla de la mirilla digital que estaba situada a un costado de la puerta exterior de forja y observó el amplio pecho de un hombre.

—Daniela, abre. Soy el hermano de Carl. —Oyó la joven a través del altavoz. De inmediato pulsó el timbre que la abría y, cuando creyó que el coche ya había llegado a la puerta de la casa, abrió esta y se encontró frente a un joven de más de dos metros de altura con un rostro de apariencia muy simpática que enseguida se convirtió en asombro para a continuación romper a reír con unas fuertes y contagiosas carcajadas. Daniela pudo verle hasta la última de sus perfectísimas muelas. El joven cayó de rodillas, sujetándose el estómago a la vez que se vio pasar una nube rosa de algodón de azúcar que impactaba en su pecho.

—¡Tío! —Se oyó gritar a Hanna entre risas.

—¡Ay, preciosa! ¡Qué guapa y mayor estás! —logró exclamar entre sus carcajadas desternillantes.

Daniela miraba con asombro la cara prácticamente exacta a la de Carl, pero sin barba y más juvenil. Observó cómo achuchaba a su sobrina con inmenso cariño y le daba un montón de besos, lo que le hizo recordar a Carmen. Con tan solo esos pocos segundos comprendió que el hijo pequeño de la dama era el más parecido a ella en cuanto a carácter.

Con ligereza, el joven se levantó con la niña en brazos y miró a Daniela a la vez que alargaba su mano.

—Soy Holger, el hermano de Carl. Por favor, llámame Hol. —Y acercó el rostro al de ella para depositar en él un casto beso sin cuidado de no mancharse su propia cara—. Tú, una rana, ya te veo.

—Pues no, soy un señor sapo —lo contradijo entre risas—. Soy Daniela y puedes llamarme Dani.

La joven se apartó para dejarlo entrar en la vivienda y lo condujo hasta el salón. El joven dejó con cuidado a Hanna en el sofá y se descolgó la mochila que llevaba sobre la espalda para dejarla en el suelo.

—Mi madre me ha dicho que no está Carl.

—No. Se ha ido a Berlín, pero dijo que volvía mañana.

—Bien, así nos dará tiempo a conocernos y a disfrutar de la casa antes de que llegue el soso de mi hermano —reconoció con una amplia sonrisa—. Veo que hoy ha llegado el carnaval aquí.

—Íbamos a representar el cuento de *La princesa y el sapo*; así que, si te quieres unir, te buscamos un disfraz en seguida, ¿verdad, Hanna? —concluyó mirando a la niña.

—¡Claro que sí! —Hanna miró a su tío y asintió con su cabeza con fuerza.

—Por supuesto. Me pido el papel de narrador, ¿qué os parece?

—¡Perfecto! —exclamó Daniela.

—¡Yujuu! —gritó la niña a la vez que bajaba del sofá y daba saltitos entusiasmada.

—¿No querrás antes acomodarte y descansar? —inquirió Daniela al caer en la cuenta de que el joven acababa de llegar.

—¡Qué va! Llegué ayer y he pasado la noche en casa de mis padres. Vengo de allí.

—¿Te vas a quedar a dormir aquí?

—Esa es la idea, si no molesto.

—¿Tú qué crees, Hanna? ¿Nos molesta tu tío? —preguntó a la niña con tono de guasa.

—¡¡No!!

Los tres juntos se encaminaron hasta la habitación que utilizaba el hermano de Carl cuando iba a visitarlos y rebuscaron entre la ropa del joven para disfrazarlo. Al final, se puso una chaqueta, y Daniela le hizo una pajarita con papel de color azul chillón. Durante el resto de la mañana intentaron representar el cuento en la salita, aunque se les hizo un poco complicado ya que el joven estuvo continuamente interrumpiéndola con chascarrillos y payasadas, por lo que cada poco tiempo se detenían por culpa de las risas. Después pidieron unas pizzas para comer, para regocijo de Hanna. Mientras esperaban la comida, Daniela se dio una ducha para quitarse la

pintura, aunque no lo consiguió del todo.

—Ese verde macilento te sienta fatal, Dani, te lo tengo que decir —le dijo el joven en cuanto apareció por la cocina donde estaban él y Hanna preparando la mesa.

—Encima cachondeito. Pues que sepas que lo prefiero al blanco pálido tuyo. Por lo menos mi color, con unas cuantas friegas más desaparecerá y se quedará mi morenito habitual, pero el tuyo, si lo intentas, se convertirá en rojo gamba —le rebatió jocosa.

Tuvieron una comida muy entretenida y jovial. La niñera tuvo que reconocer que Holger era un joven muy simpático, aunque quizá también demasiado histriónico. Si la idea de Carmen era darle una sacudida a Carl, lo iba a conseguir enseguida ya que con la compañía del joven no había un segundo de tregua. Era hiperactivo, hiperalegre, hipercariñoso, hiper... todo. En cuanto acabaron la pizza, Daniela acostó a Hanna para que durmiese la siesta. La niña estaba agotada después de las emociones de la mañana. Holger la esperaba en el salón con una taza de café para cada uno y hacia allí se dirigió en cuanto salió del cuarto de la pequeña. Se sentó junto a él en el sofá y suspiró con fuerza.

—Hanna está feliz y agotada. Muchas gracias, Hol.

—¿Por qué? Es mi sobrina y la quiero muchísimo. Soy yo el que tengo que darte las gracias a ti. He visto una mejoría apabullante en la actitud de la niña y según me dijo mi madre, es obra tuya.

—Es mi trabajo, aunque en el caso de Hanna al final ha llegado a ser algo personal porque le he cogido un tremendo cariño a la niña.

—Es normal, Hanna es una niña muy dulce y buena. A mí me encantaría pasar más tiempo con ella, pero mi trabajo no me lo permite.

—¿A qué te dedicas? —preguntó Daniela con curiosidad.

—¿Tu qué crees? —le sondeó a la vez que se levantaba y daba una vuelta sobre sí mismo.

—¿Modelo? —contestó de forma interrogativa y con guasa. El cuerpo de Holger, pese a ser alto y fornido, era desgarrado, con unos brazos excesivamente largos y unas manos tan grandes como ensaladeras.

El joven rompió a reír con sus carcajadas estridentes.

—Sí, modelo de excepción —se burló mientras se sentaba de nuevo—. ¡Anda ya! ¿No tengo pinta de jugador de baloncesto?

Daniela se llevó una mano a la barbilla y fingió con teatralidad que lo miraba con atención.

—Mmmm... creo que te faltan unos centímetros...

—¡Oh, qué lástima! Mi madre no me ha avisado de que tienes problemas de visión —se lamentó con gesto de fingida pena, lo que provocó las carcajadas de los dos.

—Vale, lo admito, encaja a la perfección que seas jugador de baloncesto —afirmó cuando ambos pudieron aplacar sus risas.

—Pues eso. Viajo mucho, además de que mi equipo no es el de esta ciudad, por lo que vivo fuera, pero procuro pasar todas mis vacaciones junto a mi familia y ahora tengo un tiempo de

asunto que pienso pasar junto a mi hermano y mi sobrina —explicó y a continuación la miró ampliando su permanente sonrisa—. Y junto a ti, por supuesto.

Mientras mantenían una conversación amena y distendida, Daniela no pudo evitar comparar a los dos hermanos. Era evidente el parecido de los dos en el rostro, pero ahí se detenía toda semejanza. Carl era visiblemente más bajo que su hermano menor, pero para ella tenía una mejor proporción. Sus caracteres casi eran contrapuestos; y a pesar de que, a simple vista, el carácter de Holger pudiese ser más compatible con el de ella, Daniela tuvo que reconocerse a sí misma que le atraía mucho más la personalidad cambiante del escritor. Bueno, si tenía que sincerarse, desde que se había ido de la casa, había intentado autoconvencerse de que no lo echaba de menos, pero eso era mentirse a sí misma. Sus pensamientos estaban en liza desde que había salido por la puerta y más aún desde que se había enterado de su verdadera ocupación dentro del despacho. Le hubiese gustado seguir indagando en los sentimientos que descubría en ella cada día que pasaba junto a Carl, pero eso ya no era posible. Por mucho que le atrajese, por muy grandes que fuesen esos sentimientos, su decisión era firme y jamás volvería a caer en las redes de un jugador.

Junto al joven, Daniela pasó una tarde entretenida a la cual se añadió Hanna cuando se despertó de la siesta y que se alargó hasta la noche, ya que Holgar las invitó a cenar fuera. La niña estaba entusiasmada porque era algo a lo que no estaba acostumbrada, así que cuando su tío ofreció que fuera ella la que escogiese dónde quería ir a cenar, no dudó en elegir una cadena de hamburguesas muy conocida en el mundo de los niños de esa ciudad donde había un enorme parque de juegos infantil.

Capítulo 34

La pequeña Hanna se lo había pasado tan bien en el parque infantil, jugando con los otros niños, que se quedó dormida en cuanto la sentaron en la sillita que su tío había cogido del garaje y había enganchado en el asiento de atrás para poder transportarla con la seguridad reglamentaria. Cuando llegaron a la puerta de la vivienda de Carl, Holger, con mucho cuidado, la sacó del automóvil y se la cargó en brazos, sobre su hombro.

—Parece una marioneta sin hilos —susurró el joven casi en el oído de Daniela. La joven se llevó la mano a la boca para contener la risa que se oyó como un suave murmullo.

—¿Os parece bien llegar a estas horas? Son casi las nueve de la noche. —Oyeron una ruda voz tras ellos.

Ambos se giraron buscando al propietario de esa voz y se toparon con Carl, que acababa de salir del garaje cargado con su maleta. Ver a su hermano tan cerca de Daniela y a la joven riéndole las bromas le produjo una sensación negativa que se tradujo en sus duras palabras.

—¡Hermano! Muy original tu saludo. ¿Es una nueva fórmula educada de recibimiento? —ironizó Holger en voz baja.

—Déjate de sarcasmos y acuesta a mi hija ya —sentenció Carl alterado.

—Dámela a mí, Hol. Yo la llevo a su habitación —pidió Daniela.

—De eso nada, querida, seguro que mi hermano puede esperar cinco minutos para demostrarme su cariño —denegó Holger siguiendo con su tono de sarcasmo.

Los tres entraron en la vivienda y uno detrás del otro subieron las escaleras encaminándose hasta la habitación de Hanna. Una vez allí, Daniela se hizo cargo de la niña mientras los dos hermanos salían del cuarto.

—¿Me vas a dar un abrazo ahora? —preguntó Holger a su hermano al tiempo que abría los brazos.

Carl quería a su hermano pequeño, aunque solía sacarlo de sus casillas con sus extravagancias, así que correspondió a su abrazo con entusiasmo y propinándole unas fuertes palmadas en la espalda, como estaba mandado entre hombres.

—Haz el favor de no enfadarte, hermano, porque hemos pasado una tarde estupenda. Las he

llevado a cenar a un *burger* y Hanna ha disfrutado de lo lindo jugando con otros niños.

—¿Qué haces aquí, Hol?

—Woww! ¡Esa pregunta si que no me la esperaba yo! ¿Desde cuándo necesito un motivo para venir a ver a mi familia?

Al escuchar a su hermano, Carl se dio cuenta de que se había pasado tres pueblos con él, pero no pudo evitarlo al ver la complicidad que tenía con Daniela, mientras que él solo había logrado discutir con ella. Bueno... y sexo. Muy buen sexo.

—Disculpa, Hol, me refería a que no te esperaba, ¿estás de vacaciones?

—Si siguieses mi carrera lo sabrías —le recriminó burlón.

—Venga, no te ensañes más conmigo, vamos al salón que te invito a una copa —le conminó a la vez que lo empujaba hacia la escalera.

Mientras tanto, Daniela intentaba calmar a su corazón, que se había vuelto loco en cuanto oyó la voz de Carl. La había pillado por sorpresa y no tuvo tiempo para controlarlo, por lo que este actuó por cuenta propia, pero aún fue peor cuando se dio la vuelta y lo vio; un escalofrío le recorrió todo su cuerpo, lo que la dejó pensativa en cuanto se libró de los dos hombres. Por fin sus ojos comenzaban a abrirse y a reconocer que estaba comenzando a sentir algo muy fuerte por él. Algo a lo que no quería ponerle nombre y por lo que llegó a la conclusión de que debía marcharse de su lado lo antes posible.

Tampoco podía olvidar que las últimas palabras que había mantenido con él estaban llenas de reproches y estaba segura de que tendrían consecuencias, las cuales todavía no sabía cuáles serían, pero que pronto lo averiguaría visto el talante con el que había vuelto el escritor.

En cuanto terminó de acomodar a Hanna, bajó al piso inferior para despedirse de los dos porque necesitaba estar sola en su habitación para pensar. Según llegaba al salón oyó a los dos hombres conversando. La voz profunda y serena de Carl resaltaba sobre la jocosa de Holger pese al timbre alto de este. Se asomó por el dintel de la puerta.

—Solo vengo a pedirte un favor, Carl. Me gustaría disponer mañana por la mañana del coche. He de ir a la ciudad a comprar algunas cosas que necesito. Solo será un rato, volveré enseguida.

—¿Te ves ya capacitada para ir sola? —inquirió el escritor.

—Bueno... si no lo intento, no lo sabré nunca —reconoció la joven.

—Yo te acompañaré, Dani —se ofreció Holger.

—No te preocupes, Hol, me apetece conducir a mí.

—Bueno, pues voy de copiloto, por si necesitas ayuda.

—Está bien. Ahora me voy ya a mi habitación, buenas noches —aceptó con una sonrisa mientras se daba la vuelta para marcharse.

—¡Un momento! —exclamó Carl, mosqueado otra vez ante la familiaridad con que se

hablaban Holger y Daniela—. Yo no te he dado permiso para salir mañana.

La joven se paralizó al oírlo y poco a poco comenzó a darse la vuelta, incrédula de lo que acababa de oír.

—Estás de broma, ¿no, Carl? —inquirió Daniela con el ceño fruncido.

—¡Uy! ¡Uy! Noto tensión aquí. Dani, por favor, no le hagas ni caso a mi hermano, vete a la cama tranquila.

—Lo siento, Hol, pero eso me lo tiene que decir mi jefe.

Carl la miraba con intensidad. Esta no era la forma en la que había pensado que sería el encuentro entre ellos dos a su regreso. Había tenido tiempo de meditar durante horas en el hotel y había comprendido las palabras acusatorias de Daniela, por lo que había adelantado la vuelta con la idea obsesiva de hablar con ella y pedirle disculpas por su obcecación, pero al ver con sus propios ojos el *feeling* que había entre la joven y su hermano, la envidia hacia el carácter alegre y simpático de este, mezclada con los celos, lo golpeó con fuerza en su interior causando en él pensamientos negros como el tizón que todavía le perduraban, pese a que sabía que se estaba convirtiendo en un auténtico cabrón.

—Por supuesto que puedes irte a dormir, Dani. Disculpa mis malos modos —rectificó renuente.

Un silencio opresor envolvió el ambiente candente mientras Daniela abandonaba el salón, manteniéndose durante largos minutos, y que rompió Holger explotando ante la actitud de su hermano mayor.

—Pero ¡¿qué coño te pasa?! —exclamó incorporando en su pregunta una palabra en español.

Carl se levantó del sofá y comenzó a recorrer el salón de lado a lado con largas zancadas, luego se volvió a sentar y se restregó la cara con las manos, se soltó el pelo con un gesto brusco y se lo mesó.

—No lo sé, Hol —le contestó sin mirarlo—. Bueno, sí que lo sé: esa chica me altera, no lo puedo evitar.

—¡Por fin algo que te altera! En algunos momentos creí que te habías convertido en un robot, pero veo que, por lo menos, una mujer con mayúsculas te perturba. La verdad es que no me extraña, Daniela es enormemente atractiva además de tener una personalidad maravillosa.

—No hace falta que me digas cómo es. Lo sé de sobra.

—¿También sabes lo que sientes por ella?

—Hol... déjame en paz —masculló con voz amenazante.

—Tú sabes que eso es imposible, hermanito. No hay nada que me haga disfrutar más que pincharte para sacarte de tus casillas —reconoció burlón.

—Cosa que logras enseguida.

—Llevo años perfeccionando la técnica.

Carl lo miró con tal desaliento que hizo que su hermano sintiese compasión por él, así que cambió el tono de broma con el que le estaba hablando hasta el momento y le dijo:

—Venga, va, ahora en serio, ¿qué sientes por Daniela?

—Holger, la verdad es que me alegro de que estés aquí porque necesito a alguien con quien hablar sobre esto. Daniela y yo empezamos chocando mucho, pero poco a poco se me ha ido metiendo bajo la piel y creo que estoy sintiendo algo por ella.

—¿Solo algo o algo muy fuerte?

—Está bien, algo muy fuerte —reconoció a la vez que agachaba la cabeza y perdía su mirada en el suelo.

—¿Y por qué lo dices cabizbajo y pesaroso? Carl, es una buena noticia, ¿no?

—Hol, solo llevo viudo un año. No creo que sea lo correcto —reconvino pesaroso.

—Al final has conseguido que me ponga serio, aunque no sé si podré hacerlo bien porque hace mucho que no lo hago, pero por ti lo intentaré —le recriminó con una media sonrisa al principio que fue desapareciendo conforme hablaba—. Mira, lo primero: no hace un año, sino dos, que te quedaste sin mujer, porque el tiempo que estuvo enferma fue como un duelo para ti. Siento ser rudo; tú sabes que no me gusta ser así, pero tengo que hablarte claro. Segundo, tú y yo sabemos el tipo de relación que tenías con Ingrid, no necesito añadir nada más, ¿verdad? —Esperó a que Carl afirmase apesadumbrado con la cabeza—. Y, por último, pero lo más importante, debes tener muy presente que nunca se sabe cuándo va a llegar el amor verdadero, el profundo y eterno, eso sí llega. Y hay que saber atraparlo antes de que pase y se aleje para siempre. Yo no sé si es eso lo que sientes por Daniela, o si comienzas a sentirlo, pero por favor, Carl, piénsatelo bien antes de dejarlo pasar.

El escritor lo escuchaba con atención. Era cierto que, si necesitaba desahogarse con alguien, siempre buscaba a su hermano, porque pese a que él se tirase piedras sobre sí mismo afirmando que no suele hablar en serio, la realidad era que invariablemente había estado ahí cuando lo necesitaba, cosa que también se producía al contrario.

—¿Desde cuándo te has convertido en filósofo, Hol?

—De algo debe servirme leer tus libros, digo yo.

—Bien, pues yo solo te digo que pensaré en lo que me has dicho.

—Me conformo con eso, pero oye que, si no la quieres para ti, aquí estoy yo, que esa españolita vale la pena —concluyó con choteo.

Carl vio cómo Holger se metía en su habitación y él se quedó plantado ante la puerta de Daniela. Tenía una necesidad imperiosa de volver a disfrutar de ella para calmar toda la pasión que sentía dentro y que lo abrasaba, pero sabía que no era el momento. Por una parte, su hermano estaba en la habitación de al lado y por otra parte ni su despedida ni su reencuentro habían sido como a él le hubiese gustado. Antes debía hablar con ella y eso era imposible en ese instante, con el silencio de la noche haciendo eco de sus palabras. Paseó por el pasillo unos minutos más para

autoconvencerse de lo que debía hacer y al final se encaminó hacia su cuarto para encerrarse en él.

Capítulo 35

Daniela estaba intentando convencer a Hanna para que la acompañase a comprar con ella y con su tío, mientras este se duchaba para ir juntos, pero la niña estaba empeñada en que no podía ausentarse de la casa en esos momentos porque estaba preparando la comida para sus muñecas, así que, decidida, se dirigió hasta la puerta del despacho de Carl y tocó con los nudillos para pedir permiso para entrar.

—Adelante. —Oyó casi de inmediato a través de la puerta.

La joven entró decidida y se puso frente al escritor, al otro lado de la mesa. Todavía no se habían encontrado a solas desde que él se había marchado a Berlín, y aunque temía ese momento no podía ocultarse por toda la eternidad. Esa mañana habían desayunado los cuatro juntos; y pese a que había notado la mirada profunda de Carl sobre ella, no supo descifrarla, así que iba a la ventura.

—Por favor, Daniela, coge la silla que está junto a la pared y siéntate —la invitó el hombre a la vez que se la señalaba.

La joven hizo lo que le pidió, acercó la silla hasta la mesa y se acomodó en ella. Vestía unos pantalones vaqueros que le sentaban como un guante y un jersey de lana con cuello vuelto en color rojo sangre. Llevaba la melena suelta y le caía a ambos lados de su rostro en ondas estratégicamente despeinadas.

—Carl, ¿me podrías hacer el favor de encargarte de Hanna mientras voy con Hol a hacer unas compras que necesito como te dije anoche? Tu hija está entretenida jugando y no quiere venir.

—¿Yo solo? —preguntó con voz dudosa.

—Sí. ¿Acaso tienes miedo de cuidar durante un rato de tu hija tú solo? Ya lo hiciste. —Al ver el gesto que iba a hacer, sabía lo que le iba a decir y añadió—: Ya sé, ya sé. Estabas con tu madre, pero no te lo pediría si no supiese que puedes hacerlo.

Carl respiró profundamente y luego carraspeó aclarándose la voz.

—Vale. Yo me encargaré de ella, pero ya que estás aquí, me gustaría aprovechar el momento para hablar contigo. He hecho caso de tu sugerencia y he aprovechado el viaje para meditar —comenzó el joven dubitativo. Volvió a tomar una bocanada de aire—. Tengo que reconocer que

me cuesta mucho hablar sobre esto, pero creo que he de hacerlo, te lo debo.

—No, Carl —lo cortó Daniela—. A mí no me debes nada. Es con tu hija con quien estás en deuda.

—Sí, es cierto, pero con ella no puedo hablar sobre esto, y creo que tú te has involucrado de tal manera que expresarme en voz alta contigo me vendrá bien.

—Bien, pues adelante. Soy toda oídos. Si puedo servirte en algo, aquí me tienes.

Carl la observó durante breves segundos y retomó la palabra.

—Ya te comenté que Ingrid sentía pasión por la maternidad. Su existencia se vio colmada con la llegada de Hanna y se dedicó en cuerpo y alma a ella. Yo... yo comencé a trabajar a destajo. Quería ofrecerles lo mejor, como mi esposa había hecho hasta que se quedó embarazada. Ingrid se ocupaba de todo lo relacionado con la niña y yo me dejé llevar. En realidad, no sé el porqué, supongo que por comodidad. Pero bueno, eso ya no importa. Ya no tiene solución. Como dice mi madre: «Agua pasada no mueve molino» —dijo en español—. Después, ya te conté. Cuando Ingrid enfermó, mis padres se ocuparon de mi hija hasta que compré esta casa y me la traje a vivir aquí.

Calló mientras se levantaba y se acercaba hasta la ventana para perder su mirada en el jardín. Su potente cuerpo parecía mermado, su espalda encorvada. No podía verle el rostro, pero no hizo falta para darse cuenta de que estaba sufriendo.

Transcurrieron unos minutos de silencio hasta que el escritor volvió a sentarse en su silla.

—Cuando Hanna volvió, yo no me sentía preparado para ser padre, pero debía asumir mi responsabilidad, aunque entonces la sentía más como una carga —murmuró Carl—. Supongo que la presión de hacerlo bien, de ser un buen padre, me abrumaba y no me permitió disfrutar de mi hija, de la alegría que me produjo volverla a tener conmigo, de lo que me hacía sentir cada vez que la miraba, de saberla mía. He de admitirte que sentí miedo. ¡No sabía nada de niños! Creía que con ese montón de normas iba a convertirme en el mejor padre del mundo, pero en el fondo yo creo que sabía que no tenían ningún sentido. Por lo menos eso es lo que he aprendido durante el tiempo que llevas aquí.

Daniela advirtió en el tono que su confesión le había hecho sentir vergüenza de sí mismo.

—Y ahora que empiezo a disfrutar de todo esto y que sé que te lo debo a ti, quiero darte las gracias —continuó el joven dirigiendo una mirada hacia ella cargada de gratitud.

—¿A mí?

—Sí. Ya no me cuesta admitir que tú me has ayudado mucho y me has enseñado aún más. Poco a poco me has hecho ver la realidad. Me lo has hecho entender con paciencia. Si no llega a ser por ti, no lo habría reconocido nunca. Todavía me quedan cosas por solucionar, pero estoy en ello; mi psicólogo dice que he avanzado mucho. Cuando perdí la tensión que tenía fue cuando empecé a disfrutar de mi hija y a saber lo que ella significaba para mí. Ahora sé que por mucho que yo le dé a Hanna, ella me lo devuelve con creces.

—Bueno... paciencia, lo que se dice paciencia, no mucha, la verdad —reconoció Daniela con

una sonrisa irónica en sus labios—. He tenido que zarandearte psicológicamente alguna que otra vez.

Carl rio sin fuerzas.

—Vale, sí, pero me lo merecía. Me he comportado como un auténtico alemán cuadriculado, como tú me has recriminado en alguna ocasión. Pero lo doy por bien empleado. Por fin sé lo que mi hija necesita y he entendido algo de cómo es esto de ser padre. Y repito, todo gracias a ti.

Daniela lo observaba en silencio mientras él se confesaba por primera vez. Su corazón galopaba a mil por hora al oírlo hablar con esa voz dulce y ronca a la vez.

—No te martirices, Carl, es muy difícil criar a un hijo tú solo. Lo normal es tener a alguien con quien compartirlo.

Carl acababa de romperle todos sus esquemas y notó cómo un cosquilleo de placer la abrumaba con fuerza a la vez que anhelaba el roce de su mano, sus besos apasionados y la dureza de su cuerpo.

Debía huir de esa atracción.

—Mira, yo también he de confesarte algo: estaba esperando la oportunidad para pedirte disculpas. Mis palabras del otro día no te las merecías, Carl. De verdad que no. Quizá esté un poco sensible estos días por culpa de lo que ha pasado con Lolo. No lo sé. Me gusta ser justa en mis apreciaciones y esa vez no lo fui. En los últimos días has puesto mucho de tu parte para variar tu comportamiento y acercarte a Hanna, las cosas como son. Y ahora, con mayor motivo y precisamente por lo que me acabas de decir, debes dar el siguiente paso, Carl. Baja a la salita, y juega con tu hija durante un rato. Te prometo que será como mucho una hora, no más. Venga, ven conmigo —concluyó al tiempo que se ponía de pie y alargaba la mano para que él la cogiese y la siguiese.

El joven se dejó llevar, se levantó y agarró la mano que le brindaba Daniela. Los dos sintieron al unísono una fuerte corriente al entrar en contacto sus pieles, que perduró en el tiempo pese a que la joven soltó su mano enseguida con el fin de huir de lo que sentía. Lo acompañó hasta la salita y, tras verlo acercarse a hablar con su hija, se fue en busca de Holger para marcharse.

Carl estaba con Hanna y su madre en la salita cuando oyó abrirse la puerta y de inmediato la risa contagiosa y cristalina de Daniela le provocó un salto en el corazón. Los oía cuchichear con camaradería mientras avanzaban por el pasillo, lo que hizo que el tiempo que la pareja tardó en llegar hasta donde estaban ellos y cruzaran la puerta relajados se le hiciera interminable.

—¡Vaya! ¡Qué estampa más bonita y familiar! Solo falta un árbol de navidad para ser un anuncio de la tele —se burló Holger.

Hanna y su padre estaban en el suelo, frente a la casita de muñecas, y junto a ellos, en un sillón, se encontraba Carmen, con un libro entre sus manos. La imagen, en verdad, era muy

hogareña. Pese al sarcasmo evidente de las palabras de Holger, Daniela se sintió conmovida al ver a Carl jugando con su hija aun cuando su madre estaba presente y podría haberse ido a su despacho.

—Hola, corazones, ¿os lo habéis pasado bien? —preguntó la dama.

—¡No alucines, madre! —exclamó Holger mientras le daba un beso y se sentaba en el sofá—. Ir de compras con una mujer no es mi ideal de diversión.

—Oye, guapo, que tampoco ha sido un sacrificio tan grande —replicó Daniela a la vez que se agachaba junto a Hanna y le daba un achuchón y un beso fuerte que hizo reír a la niña.

—¡Ups! Creo que me ha escuchado —murmuró Holger con un tono de fingido temor.

—Lo difícil sería no escucharte con ese vozarrón teutónico que tienes —le contestó Daniela mientras se dirigía hacia una de las estanterías que colgaban sobre la televisión y agarraba un libro—. Toma, Carmen, ya lo he terminado.

—¿Te ha gustado, Dani? —inquirió la mujer al tiempo que lo cogía.

—Me ha encantado. Muchas gracias por prestármelo, ha sido todo un descubrimiento.

—¿Qué libro es? —preguntó curioso Holger.

—Uno de mi autora preferida, Cora Sahan: *La luna en tu mirada* —le informó Carmen.

—¡Uy, uy! Una autora que te gusta y ese título... ¡No me lo digas! Deja que lo adivine, que de esta me cotizo por vidente... ¡Es una novelita romántica! —se burló Holger.

—¡Oye, ni se te ocurra burlarte de mi Cora! —lo reprendió su madre con una media sonrisa.

—No puedes criticar lo que no has leído —apuntó Daniela—. Además, esa novela en concreto, pese a ese título cursilón, es un tesoro. Describe a los personajes, los escenarios y los sentimientos de tal manera que te hace vivirlos como si estuvieses allí. Tiene una trama sumamente atrayente, original e impactante que no pienso contarte porque tengo la esperanza de que la leas tú. Y tú también, Carl —apostilló mirando al escritor por primera vez—. Sé que tú también te burlas de este género, pero estoy convencida de que, si leyese esta novela, te serviría mucho a nivel personal. Tiene bastante de ti.

—¿De mí?! —exclamó asombrado.

El escritor había permanecido callado todo el tiempo mientras observaba con interés todo lo que ocurría a su alrededor, en especial a lo que concernía a Daniela, y le sorprendió cuando la joven se dirigió a él. Hasta ese momento parecía que pretendía ignorarlo.

—Sí, hay un personaje que es clavado a ti, pero la cosa no acaba muy bien para él, por lo que te serviría para saber qué es lo que no tienes que hacer, ¿verdad, Carmen?

—Pues, Dani, ahora que lo dices... Te refieres a Frank, ¿no?

—¡Exacto!

El escritor tuvo que morderse la lengua para no decir algo que no debía. No quería estropear el buen rollo que había en la salita.

—Hermano, ¿qué se siente al ser protagonista de un romance? —le preguntó con choteo Holger.

—Yo no he dicho que sea el protagonista, Hol —apuntó Daniela.

—¡Oh, vaya! ¡Qué decepción, Carl! Te quedas como secundario de poca monta —continuó Holger con la broma.

—Si quieres que te diga la verdad, lo prefiero. Jamás me ha gustado estar en primera línea porque te expones demasiado y siempre tienes que hacer lo políticamente correcto, mientras que en la trastienda pueden ocurrir cosas, quizá no tan intachables, pero más beneficiosas para uno mismo.

—Bien pensado, Carl. Ya me contarás qué es lo que guardas tú en esa trastienda —le respondió Holger con mirada cómplice.

Daniela lo sabía. El juego. ¡Maldito vicio!

Carl, que no apartaba la vista de la joven, observó cómo se le nublaba la mirada y una infinita tristeza se aposentaba en sus ojos. Él creía que le había dado una pista sobre su interés sobre ella, su deseo de seguir compartiendo un futuro juntos pese a su corta viudedad, pero al ver su cambio las dudas se abrieron paso en su mente y decidió que tenía que hablar con claridad con la joven. Después de la conversación mantenida con su hermano, había pasado toda la noche pensando hasta que logró aclarar sus sentimientos y había decidido darse una oportunidad para encauzar su vida de nuevo.

Pero estaba claro que ella no lo había entendido así o que no estaba en la misma línea de pensamientos, teniendo en cuenta que en las ocasiones que habían tenido intimidad, la joven había reiterado su deseo de mantener su relación en un plano únicamente sexual. Por eso había pensado que debía ir poco a poco con ella, no apabullarla con sus fuertes sentimientos.

Él siempre se había tomado por una persona más bien fría, pero el calor que le ardía por dentro cuando miraba a Daniela o simplemente la sentía cerca le abrió los ojos y comprendió que su problema era que no había encontrado a la persona adecuada hasta ese momento. Esa española lo había devuelto a la vida. Era tan fresca y natural como un manantial de agua cristalina; tan apasionada y cariñosa como el cálido sol de un atardecer; era sincera y espontánea, socarrona y provocadora, risueña y alegre. Contrastaba completamente con su carácter cuadriculado y estricto, pero eso era lo que más le atraía de ella y lo que había conseguido subyugarlo.

Capítulo 36

Ya estaban todos en sus respectivas habitaciones cuando Carl salió de la suya y se enfrentó con la puerta de la de Daniela. Tocó con los nudillos con suavidad. La joven abrió la puerta extrañada, con un pijama de ovejitas.

—Dani, ¿puedes acompañarme al salón? Me gustaría hablar contigo —susurró el escritor.

—Por supuesto —le respondió al tiempo que apagaba la luz y traspasaba la puerta.

Había llegado la hora. La niñera sabía que tenían una conversación aplazada desde antes de irse Carl a Berlín, aunque tenía la esperanza de que la confesión hecha por él ese mismo día hubiese sido suficiente y no profundizase más. Ella percibía que se había creado una conexión muy fuerte entre los dos pese a que habían tenido más momentos de discusión que de felicidad, pero con eso había llegado a conocerlo mejor. Sus miedos y frustraciones, pero también su fuerza y carácter. Y, además, era muy pasional. Tanto que desde la última noche que habían pasado juntos antes de irse a Berlín, su cuerpo lo añoraba y ansiaba con frenesí. Pero eso no lo era todo...

Se acomodaron en el sofá girando sus cuerpos para quedar enfrentados.

—Dani, creo que nos debemos una conversación —comenzó Carl—. Han pasado cosas entre nosotros que debemos aclarar, ¿no crees?

—Puede...

—¿Solo puede? —le preguntó extrañado, aunque no la dejó contestar—. Yo tengo muy presente nuestros encuentros y que estos han creado un antes y un después en nuestra relación. No quiero que te asustes, no te estoy pidiendo matrimonio ni una relación estable para siempre, pero tampoco quiero esconderme por el pasillo para ir a tu habitación. Necesito poder compartir más cosas contigo sin tener que ocultarme, sin tener que reprimirme cuando quiera darte un beso o cogerte la mano. No sé hacia dónde nos llevaría esto, pero me gustaría intentarlo porque jamás me he sentido tan vivo como desde que tú estás aquí y estimulas mis sensaciones y sentimientos de una forma inimaginable. —La estudió con la mirada y concluyó—: ¿Qué opinas?

Carl estaba nervioso porque no era una persona acostumbrada a expresar sus sentimientos, además de que nunca había tenido que conquistar a una mujer porque la relación con su esposa

surgió sin más. Asimismo, temía espantar a Daniela, y eso le hizo transmitir frialdad con una forma de hablar que no sentía por dentro.

La joven no se esperaba esa confesión que, aunque a simple vista parecía fría y desapasionada, escondía una verdad que la emocionó. Su forma de ser la empujaba a aplastarse contra él, abrazarlo y besarlo con pasión y deseo, que es lo que sentía. Sus manos se retorcían de ansiedad, desesperadas por tocarlo, pero sabía que no debía. Carl era un hombre peligroso para ella. Si ya despertaba los sentimientos que sentía desde hacía un tiempo, si se quedaba allí y compartía más intimidad con él, sería nefasto para ella cuando tuvieran que separarse.

Algo en el rostro de Daniela previno al escritor de que no iba a gustarle nada lo que la joven estaba a punto de responderle.

—Carl... no puedo. Lo siento, pero no puedo empezar nada contigo. Nuestra historia no llegaría a buen puerto, lo sé, pero quiero que te quede claro que no es por ti, Carl. Son barreras que tengo yo a nivel personal y que, aunque intente superarlo y te diga ahora que siento lo mismo que tú y que lo intentemos, al final me estaría haciendo daño a mí misma y como consecuencia a ti también. Es más, ahora mismo voy a reservar un billete de avión y me voy en el primer vuelo a España. Lo siento, no quería hacerte daño.

Y en cuanto terminó, se levantó y salió corriendo hasta su cuarto. Se tiró de golpe en la cama y rompió a llorar como jamás lo había hecho. Acababa de romper su propio corazón en trocitos minúsculos. Lo amaba. Ahora que lo había echado de su lado lo comprendía. Un dolor intenso en el pecho le rasgó su cuerpo de lado a lado como si un cuchillo candente la perforara con saña. Esto era lo que no quería que pasase, por eso huía; y al final, después de tanto sacrificio, llegaba tarde. Debía irse cuanto antes de allí para curar su corazón herido e intentar olvidarlo. Restregándose los ojos con ímpetu para deshacerse de las gruesas lágrimas que le mojaban el rostro, se levantó de la cama y se dirigió hasta el portátil para encargar el billete que le alejaría de la felicidad, pero también del dolor.

Dejó en el salón a un Carl incrédulo, primero, y destrozado, a continuación. No podía ser. Él había sentido la conexión entre los dos y solo pretendía que ella le diese una oportunidad para ahondar en la relación y comprobar si podrían tener un futuro juntos. Conmocionado se levantó del sofá y se acercó hasta el mueble bar que formaba parte de la librería; agarró un vaso y la botella de whisky. Volvió al sofá y depositó el vaso sobre la mesa de centro, desenroscó el tapón de la botella y se llenó el vaso con generosidad.

Daniela dio gracias al universo de que Olga le contestase enseguida y respondiera a su llamada por Skype.

—¡Madre mía, Daniela! ¿Qué te pasa? ¿Es por lo de Lolo? Precisamente iba a llamarte yo ahora para contarte que ya está la denuncia puesta y la policía iba a iniciar la investigación de inmediato. Tranquila, cariño, todo va a salir bien —inquirió asustada al ver la cara de su amiga.

La joven tenía el rostro regado por lagrimones que restregó con sus manos, agachó la cabeza y unos fuertes sollozos brotaron de su boca.

—Por favor, Dani, cálmate y respira con fuerza. Me estás asustando —le suplicó.

Hizo caso de lo que le aconsejaba su amiga y respiró hondo intentando sosegar. Necesitaba desahogarse y para ello debía conseguir poder hablar.

—Espera un segundo —balbuceó al tiempo que se levantaba de la silla.

Se dirigió hasta su cuarto de baño y se lavó la cara con abundante agua. Se la secó y volvió a sentarse frente a la pantalla del portátil. Miró a su amiga con una inmensa tristeza.

—Me importa un pito el gilipolla de Lolo. Lo amo, Olga, lo amo, pero vuelvo a España mañana —confesó lastimosamente.

Su amiga meneó la cabeza de un lado a otro con evidente desconcierto.

—A ver, Dani, necesito que me lo cuentes todo para entenderte. ¿Qué es lo que ha pasado desde el otro día?

—Esta noche me ha dicho que quería avanzar en nuestra relación, que sentía algo por mí, y yo lo he rechazado y he comprado el billete para volver —le reveló, gimoteando.

—Pero no es lo que quieres, ¿verdad?

—No, Olga, mi cuerpo me pide quedarme aquí con él y con Hanna. Adoro a esa niña y sé que le voy a hacer daño; y en cuanto a él, en el momento que tuve que decidir, comprendí mis propios sentimientos, pero no puedo. No, no puedo quedarme y volver a pasar por lo mismo.

—Cariño, ¿has hablado con él sobre lo del juego?

—No. No soy quien para condicionarle la vida.

—Pues yo creo que deberías hablarlo, quizá no sea tan importante para él como tú te crees —expresó preocupada por Daniela.

—No, Olga, jamás interferiría de esa forma, cada uno elige su forma de vivir —reiteró.

—Entonces, estás convencida en volver.

—No, pero sé que es lo que tengo que hacer. Solo quiero que estés en el aeropuerto para recoger mis pedazos —le pidió apenada.

—¡Oh, cielo! Por supuesto que estaré allí.

A la mañana siguiente, Holger encontró a Carl tumbado en el sofá del salón con la ropa arrugada del día anterior y la botella de whisky vacía tirada en el suelo. Jamás había visto a su hermano en esas condiciones, ni cuando Ingrid estuvo enferma y menos cuando falleció. ¿Qué podría haberle pasado? Debía llevárselo a su habitación antes de que entrara Hanna y lo viese así. Intentó despertarlo, pero no lo conseguía zarandeándolo, así que optó por darle unas cuantas palmadas en la cara, algo que dio resultado, aunque solo para poder levantarlo y casi arrastrarlo piso arriba hasta su dormitorio, donde lo dejó caer en la cama y se dispuso a desnudarlo para meterlo en la ducha.

Entretanto, Daniela se encontraba en el cuarto de Hanna sentada en el suelo mientras

contemplaba a la niña cómo dormía y pensaba en el modo en que iba a contarle su marcha. Llevaba allí toda la noche, desde que dejó de hablar con Olga. Sabía que lo iba a sentir mucho, aunque intentaba mitigarlo al pensar que Carl ya estaba preparado para hacerse cargo de su hija. Su avión salía en menos de seis horas, así que no podía dilatar el momento, y en cuanto Hanna estuvo despierta y arreglada, la sentó sobre ella y pasó el peor trago de su vida al ver el desconsuelo que manifestó la criatura al saber su decisión. Cuando pudo calmarla, la dejó en la cocina con la señora Maurer para que le diese el desayuno y ella se dispuso a preparar su maleta.

Holger desistió de su intento de duchar a su hermano porque su cuerpo era como un fardo y no conseguía moverlo, así que lo dejó dormir para que por sí solo recobrase el sentido. Cuando salió del cuarto de Carl, oyó ruidos en la habitación de Daniela y tocó en su puerta a ver si ella sabía por qué su hermano estaba en ese estado, pero cuando la joven abrió y él pudo ver la maleta sobre la cama, lo comprendió todo.

—¿Qué estás haciendo?! ¿Te vas? —inquirió extrañado.

—Sí, dentro de unos minutos viene un taxi a buscarme, mi avión sale en cinco horas desde Frankfurt.

—¿Y eso por qué? ¿Qué te ha pasado con Carl? Él me confesó ayer que sentía algo muy fuerte por ti y yo pensaba que era correspondido, la verdad, y ahora te veo hacer las maletas, ¿por qué? —La atosigó sorprendido.

—Anda, pasa, no quiero que esto lo oiga Hanna —le dijo al tiempo que se apartaba para dejarlo pasar y cerraba la puerta tras él—. Es cierto, Hol, mi marcha es consecuencia de que anoche me confesó sus sentimientos.

—¿Tú no sientes lo mismo por él? —preguntó estupefacto.

—Yo lo amo, Hol, pero no puedo estar con él —le confesó con inmensa pena.

—¿Por qué? ¿Por Hanna?

—¿Tú estás loco? ¡Adoro a esa niña! Si por ella fuese, me quedaba.

—Entonces, ¿qué impide que estéis juntos?

Daniela se sentó con desconsuelo sobre su cama junto a la maleta, se remetiÓ el pelo tras los oídos y miró a Holger con una infinita tristeza.

—Hol, ¿tú sabes que tu hermano se gana la vida jugando?

—Pero ¿qué dices?! Él es escritor, creía que lo sabías —rebatíÓ con ímpetu.

—No, hace mucho que no publica nada. En realidad, juega online a toda clase de juegos.

—¡Imposible! —exclamó desconcertado.

—Hol, prefiero no hablar de esto, además tengo que irme enseguida para coger el avión, pero créeme, he visto las evidencias en su despacho. Tiene una libreta donde apunta todas sus apuestas y estoy hablando de miles de euros, muchos miles. Es un jugador profesional, y yo tengo una muy mala experiencia con un exnovio adicto al juego y paso de liarme con otro de la misma calaña. Así que, si quieres que te diga la verdad, huyo de su lado por eso, pero me voy con el corazón destrozado —le explicó mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Pero... ¿lo has hablado con él?

—No. Y no pienso hacerlo. Cada uno elige la vida que quiere llevar; yo no voy a interferir en ella, pero tampoco la voy a compartir. Y ahora, si me disculpas, tengo que cerrar la maleta y me marcho. Despidámonos ya, por favor. No quiero alargar esto demasiado.

—Está bien, pero quiero que sepas que creo que te equivocas. De todas formas, quiero también que sepas que me hubiese gustado mucho que te hubieses quedado en la vida de Carl y Hanna. Me encantas como cuñada.

—Y tú a mí como cuñado.

Se dieron un fuerte abrazo y el joven se marchó dirigiéndose de inmediato hacia la habitación de su hermano. Esta vez no tuvo contemplación alguna y le arrancó de su cuerpo la ropa, luego lo llevó casi en volandas a la ducha y abrió el agua fría a todo trapo. Carl comenzó a hacer aspavientos en un intento por apartarse del chorro, pero Holger lo mantuvo allí hasta que lo vio espabilarse.

—¡Pero ¿qué haces?! —gritó el escritor.

—Espabilarte. Luego me lo agradecerás, hermano.

—¡Sí, cuando te estrangule!

—Anda, calla y sécate —le dijo a la vez que le alargaba una toalla—. Tenemos que hablar.

—¡Desde luego que tenemos que hablar! ¡¿Por qué demonios has hecho esto?! —gritaba mientras se secaba.

—Porque estabas borracho y ahora mismo necesito que estés despierto para explicarme una cosa.

—¡Ya puede ser importante o te estrangularé con mis propias manos! —exclamó furibundo.

—Esa amenaza ya me la has hecho, a ver si cambias el repertorio porque eso es síntoma de que todavía necesitas pasar más tiempo en la ducha —lo amenazó sin compasión.

—¡Y una leche!

—Sí, una leche te voy a dar como sea verdad lo que me ha dicho Dani —le replicó enfurecido. Al oír el nombre de la joven, el rostro de Carl se transformó en una mueca de dolor profundo.

—¿Qué tiene que ver Dani con todo esto? —preguntó despierto por completo.

—¿Sabes que se va? —le preguntó a bocajarro.

—Sí, pero no quiero hablar de eso.

—Pues es una pena, porque yo sí.

—¡Claro! Y te crees que voy a hacerte caso...

—¡Carl, deja de decir gilipolleces ya y escúchame! —le recriminó irritado.

El escritor salió del aseo y se dirigió al armario para coger ropa y vestirse sin prestar más atención a su hermano.

—Acabo de hablar con ella y me ha confesado que te ama —continuó Holger bajando el tono.

Esas palabras sí que hicieron reaccionar a Carl, que se volvió con brusquedad para buscar la mirada de su hermano y bucear en sus ojos para averiguar si era verdad. Meneó la cabeza de un

lado al otro por lo que cientos de gotitas saltaron de su melena y mojaron todo lo que pillaron a su alrededor.

—No entiendo nada, Hol, nada —se lamentó a la vez que se mesaba el cabello.

—Ella me ha dicho que, pese a que te ama, no puede estar contigo porque eres un jugador profesional —le confesó, escudriñando sus gestos.

—¿Yo?! ¿Pero qué me estás contando?! ¿De dónde ha sacado esa patraña?! —bramó indignado.

—Dice que ha visto en tu despacho un cuaderno donde apuntas todas tus apuestas.

Carl abrió los ojos sorprendido, primero con estupor y luego con reconocimiento.

—¿En serio te ha dicho eso, que me ama pero que no puede estar conmigo por ser un jugador? —inquirió dubitativo.

—Exacto.

—Entonces... si no lo fuese... ¿sí que podríamos estar juntos? Es eso, ¿no? —preguntó con tono esperanzado.

—Sí, eso mismo.

De improvisto, Carl se puso a reír con unas fuertes y nerviosas carcajadas y salió corriendo de su habitación, encaminó sus pasos a la habitación de Daniela y abrió de un golpe la puerta, pero se quedó desconcertado al verla completamente vacía.

—Ya se ha ido, Carl —auguró su hermano tras de él.

—No puede ser, estará abajo.

Y salió corriendo escaleras abajo, recorrió todas las habitaciones en su busca hasta que llegó a la cocina y se encontró a su hija llorando con desconsuelo mientras la señora Maurer la intentaba consolar.

—Hanna, cielo, ¿qué te pasa? —Acudió raudo a su lado.

—Dani se ha ido —le contestó la niña entre hipoes mientras se restregaba los ojos con sus puñitos.

—Tranquila, cariño, voy a hacer todo lo posible para que vuelva —le aseguró a la vez que la besaba en la coronilla.

La niña elevó su rostro para mirar a su padre con los ojos repletos de esperanza dudosa.

—¿En serio?

—Claro que sí. Ahora mismo voy a buscarla —afirmó al tiempo que se giraba en busca de su hermano, que lo había seguido y permanecía bajo el quicio de la puerta mientras contemplaba la escena—. Hol, ¿te puedes encargar de Hanna hasta que vuelva?

—Por supuesto. Por lo que veo en tu cara, no es cierto lo que ha especulado Dani.

—No, no lo es. Ya te lo contaré en otro momento, ahora tengo prisa. ¿Sabes cuándo sale el avión de Dani?

—Dentro de algo más de cuatro horas desde Frankfurt —dijo mirando el reloj de pared que había en la cocina.

—Bien, tengo tiempo. Me marcho.

—Mucha suerte, hermanito —le deseó al tiempo que lo abrazaba cuando Carl pasó por su lado.

Detrás de él oyó a su hija dar vítores a la vez que reía feliz. Tenía que lograrlo, por ella y por él. Ambos la necesitaban.

Capítulo 37

«¡Maldita sea!», rezongó para sí mismo Carl mientras se dirigía hacia uno de los paneles de información. Estaba siendo una mañana *horribilis* combinado con la Ley de Murphy: si algo puede salir mal, probablemente saldrá mal.

El recorrido de menos de hora y media desde Coblenza hasta Frankfurt por la autopista se había alargado hasta algo más de dos horas por culpa de unas obras y una cola interminable para pasarlas. Suponía que a Daniela le habría pasado lo mismo; y teniendo en cuenta que ella iba en taxi y él con su coche al límite de la velocidad permitida (o más), elucubraba que solo le llevaría unos minutos de ventaja, pero con lo que no contaba era con el aparcamiento. ¡Media hora para conseguir aparcar el coche! ¡Quince mil plazas y ni una sola libre! Estaba desesperado cuando vio cómo un coche, justo delante de él, iniciaba la maniobra de salida. ¡Este no se le escapaba! Aparcó y corrió hasta la parada del autobús que lo llevaría hasta la terminal desde donde saldría el vuelo de Daniela.

Ahora se encontraba, por fin, frente al panel informativo. ¡Bien! Todos los vuelos que salían esa mañana rumbo a España sufrían de un retraso. ¡Por fin algo salía a su favor! Con paso largo y decidido se encaminó hasta la zona del *check in* y buscó las compañías que tenían vuelo esa mañana hacia Madrid. Largas colas de viajeros que esperaban que abriesen los mostradores de sus correspondientes compañías abarrotaban la zona. Rastreó con su mirada cola por cola escudriñando en busca de un pelo moreno que él conocía tan bien. Por fin la encontró entre toda esa marabunta de cabezas y se dirigió hacia ella. La veía de espaldas, con su pelo suelto cayéndole en cascada por la espalda. Con sigilo se puso detrás de ella.

—No vas a escapar de mí —le susurró en el oído a la vez que rodeaba la cintura de la joven con sus brazos.

Por instinto, Daniela recostó su cuerpo sobre el pecho de Carl. Lo había reconocido incluso antes de que abriese la boca para hablar. Su aroma la envolvió en cuanto el escritor se había acercado, para nublar su mente de deseo y nostalgia. Esa nostalgia que la afectó en cuanto había salido por la puerta de la casa de Carl. Todavía no se había ido y ya los echaba de menos.

—Por favor, ven conmigo. Tenemos que hablar —continuó el escritor con una voz

impregnada de ternura y esperanza.

Daniela reaccionó y se apartó con brusquedad del motivo de sus desvelos.

—¿Qué haces aquí?! —exclamó al tiempo que se giraba para enfrentarse a él.

Su rostro reflejaba todo el sufrimiento que tenía: un rictus en sus labios y el ceño fruncido no dejaban paso a la imaginación. Carl tuvo la urgencia de atraparla entre sus brazos y besarla para reconfortarla, pero se contuvo con mucho esfuerzo.

—Tengo que explicarte algo, Dani. Por favor, ven conmigo unos minutos. Todavía no han abierto el *check in* así que hay tiempo para hablar. Si después de escucharme sigues pensando en irte, no me opondré, te lo juro —le dijo de manera atropellada para que no lo interrumpiese.

—Carl, ya está todo hablado.

—No, he de contarte algo. Por favor... —insistió con mirada y voz suplicantes.

Daniela dudaba qué hacer. Sentía un deseo casi irrefrenable de acompañarlo y escuchar lo que tenía que decirle, pero tenía miedo de que la convenciera para hacer lo que no quería.

—Por favor... —reclamó él al ver la vacilación en su rostro.

—Diez minutos y porque no quiero montar un espectáculo delante de tanta gente —respondió mientras alargaba la mano para coger el asa de la maleta, pero Carl se le adelantó y la hizo rodar a la vez que comenzaba a andar.

Carl la guio hasta una cafetería, buscó una mesa lo más retirada posible y le apartó la silla para que la joven se sentara antes de acomodarse él en otra adyacente. Le habría gustado agarrarle las manos, pero se contuvo. Primero debía explicarse.

—Tú dirás —exigió Daniela.

—Dani, lo primero: yo no soy jugador.

—Ya... eso dicen todos —le rebatió con tono duro.

Carl negó enérgicamente con la cabeza. Su rostro expresaba pesar.

—De acuerdo, pero en mi caso es cierto...

—Lo que dicen todos —lo cortó.

—Jamás he jugado online a algún juego, Daniela. Bueno, ni online ni en ningún otro sitio. Nunca he jugado por dinero. Te lo juro —le confesó yendo directo al asunto. Al ver su rostro incrédulo, continuó—: ¿Qué puedo hacer para que me creas? Estoy dispuesto a cualquier cosa que necesites para convencerte de mi inocencia.

—Carl, he visto tu libreta en la que lo apuntas todo, hasta el más mínimo detalle de tus apuestas —lo rebatió—. La negación de los hechos no es buen camino para un adicto al juego.

El escritor volvió a menear la cabeza, negando con énfasis de nuevo.

—Está bien. No me queda otra que confesarte la verdad. Escucha, por favor: lo que hay escrito en esa libreta no son datos míos. No tienen nada que ver conmigo. Tan solo estoy haciendo una investigación sobre el tema, por eso tengo ese cuadernillo.

Daniela necesitó unos segundos para comprender las palabras que acababa de decirle el escritor. Sus ojos se desorbitaron y dejó caer la mandíbula abriendo la boca en exceso con

evidentes muestras de estupor.

—¿Investigación? ¿Es eso cierto? ¿Para qué? —inquirió dudosa.

—Verás, estoy documentándome para una novela. He estado tomando los datos de jugadores auténticos para ser lo más realista posible en la trama que estoy escribiendo ahora. Únicamente eso —le explicó sincerándose.

—¿Es en serio? —insistió mientras sentía cómo su interior se llenaba de felicidad.

Lo veía en sus ojos. Decía la verdad. Él no mentía; le había ocultado cosas, eso sí, pero no mentía. Iba de frente siempre.

La tensión que hasta ese momento había mantenido su cuerpo se volvió laxitud y una paz inmensa inundó su ser. Había sido una tonta al no confiar en él y actuar bajo sus alocados impulsos. Su corazón palpitó con ímpetu al comprender lo que eso significaba: si él la perdonaba, quizá podrían tener un futuro juntos. Ahora necesitaba saber si él iba a perdonar su metedura de pata.

—Por supuesto que es en serio. No te miento. Jamás lo haría y menos con algo tan grave —aseveró con energía—. Pero tengo algo más que decirte y esto sí que te va a asombrar de veras.

—¡Pufff! Espera, espera. Mi mente está colapsada. Todavía estoy asumiendo mi equivocación —reconoció mientras se pasaba la mano por la frente—. Además, antes necesito pedirte perdón por mi error. Debí hacer caso de mi amiga Olga y de tu hermano y haberlo hablado contigo. ¡Es que soy demasiado impulsiva! —Lo miró con insistencia—. ¿Me perdonas?

—Pues claro que sí. Eres vehemente e impetuosa, pero eso me gusta de ti, además ya está solucionado y por supuesto que te perdono, aunque más tarde hablaremos de tu invasión a mi espacio privado —la calmó y recriminó a la vez. Luego le cogió las manos por encima de la mesa. ¡Por fin!—. Ahora escucha, quiero sincerarme contigo del todo. Quiero que conozcas mis más recónditos secretos para que no haya más malentendidos entre nosotros.

—De acuerdo, soy toda oídos —aceptó mientras entrelazaba sus dedos a los de él. En esos momentos se sentía liberada y tenía ganas de que llegase el momento de confesarle su amor.

—Daniela, yo soy Cora Sahan.

La joven se lo quedó mirando como esperando algo más hasta que empezó a comprender las palabras del escritor.

—¡No! ¿Tú eres la escritora más famosa de Alemania y parte del extranjero de novela romántica? —le preguntó perpleja.

—Si... Escribo esas novelas bajo ese seudónimo y nadie, absolutamente nadie, lo sabe, salvo mi editor, por supuesto.

—¿Ni tu madre? —preguntó atónita.

—Pues no.

Daniela no pudo aguantar y soltó una risotada, echó la cabeza hacia atrás, regocijada, y, desliándose de los dedos del escritor, se llevó las manos a la tripa para intentar contener los dolores musculares. Carl frunció el ceño, mosqueado por la reacción de la joven.

—¡Esto es para descojonarse viva! —exclamó la joven entre risas—. Yo, preocupada porque no publicabas nada y resulta que publicas a chorro.

—¡Oye, no hace falta que te burles así de mí! —replicó ofendido.

—No, no, Carl, no me burlo de ti, sino de mí misma. ¡Me encanta que seas Cora Sahan! Ahora aún te admiro más —reconoció Daniela mientras le dedicaba una mirada repleta de éxtasis.

—¿De verdad? —inquirió el escritor asombrado.

—Por supuesto. Recuerda que he leído una novela tuya y opino en consecuencia. Tu sensibilidad y maestría al describir los sentimientos me dejó anonadada. Y..., la verdad..., ahora que sé que la ha escrito un hombre, aún me asombra más. Pero ¿cómo has llegado a escribir novela romántica? Es tan sorprendente...

—¿Recuerdas cuando te conté que tuve que tomar una decisión importante sobre mi carrera de escritor cuando tuvimos a Hanna?

—Sí... —La joven se llevó las manos a la cara y abrió los ojos sorprendida—. ¡Esa fue la decisión!

—Pues sí. Aquel cambio de rumbo en mi estilo literario me resultó muy rentable.

—¿Solo por lo económico?

—Al principio sí, Dani, para qué mentir. Pero luego me di cuenta de que desmembrar los sentimientos ajenos me gustaba, quizá porque así no me molestaba con los míos, no sé. El caso es que ahora estoy muy orgulloso de mi trabajo y no cambiaría a Cora Sahan por nada. No sé si te has dado cuenta, pero son las mismas iniciales que mi nombre: CS.

—Me gusta que hayas dado una parte de ti a esas novelas, Carl —convino Daniela, y a continuación una sonrisa pícaro comenzó a florecer en sus labios—. Y ahora, si no te importa, dejemos de hablar de ti y hablemos de nosotros, ¿te parece?

—Lo estoy deseando —le contestó a la vez que una amplia sonrisa se instalaba en su boca sin darse cuenta de que la imitaba.

—Bien, pues entonces, si lo que me dijiste anoche era cierto... —esperó con su sonrisa en los labios a que Carl afirmase con un gesto brusco de su cabeza—, estamos en que a chico le gusta chica y a chica le gusta chico.

—¿Solo nos gustamos? —demandó con una mueca socarrona.

—Oye, guapo, yo ya he dado el primer paso, ahora te toca a ti. Necesito que te pongas meloso y pastelón, como el título de tu novela.

—Voy a dejar pasar que te metas con mi novela porque estoy deseando ser meloso y pastelón contigo —declaró a la vez que le agarraba una mano y tiraba de ella—. Ven aquí, preciosa, que me vuelves loco —continuó mientras se separaba de la mesa y la acomodaba sobre sus piernas.

—¿Me perdonas? —murmuró pesarosa Daniela a la vez que rodeaba con su brazo los hombros de Carl y depositaba un beso en su mejilla.

—Mmmm... si compartes conmigo el pasteo...

Daniela le dio un golpe con la mano en el hombro.

—¿Ahora te vas a aprovechar de mí?

Carl la miró con los ojos achicados.

—Eso siempre, querida, sobre todo si mi cuerpo sale beneficiado.

Daniela agachó la cabeza hasta encontrar los labios de Carl con los suyos, primero con suavidad, pero pronto dejó paso a la pasión profundizando el beso en un arrebatado de deseo que los envolvió en una burbuja hasta que el escritor oyó un fuerte carraspeo de la mesa adyacente. Se separó renuente de la joven, con la necesidad en todo su cuerpo de estar a solas con Daniela.

—Vámonos a casa, aquí la gente es muy estirada y estamos montando el espectáculo.

—Estaba deseando que me lo propusieras, pero no por los mirones... —le susurró al oído Daniela al tiempo que lo agarraba por la camisa y estiraba de ella para que se levantasen a la vez.

Epílogo

Tres meses después

—¡Me tienes hartita, Hol! Llevamos tres horas dando vueltas por el centro comercial y total has comprado dos tonterías. Cuando lleguemos, Hanna ya se habrá acostado y no le habré podido dar su beso de buenas noches. No sé cómo me he dejado convencer para acompañarte.

—¡Caray, Dani! Desde que sois pareja tú y mi hermano te has vuelto tan gruñona como él. Encima de que te concedo el privilegio de estar a mi lado —bromeó Holger.

—Oye, guapito, yo no soy una gruñona y Carl tampoco, pero casi es de noche y seguro que tu hermano estará preocupado.

—¡Anda! —exclamó al tiempo que se daba un cachete en la frente con la palma de la mano—. No me acordaba de que en España no existe el móvil todavía. Cielo, ese aparatito que tienes en el bolsillo de tu pantalón es un teléfono de última generación. Con él puedes apretar unos numeritos y podrás hablar con tu enamorado. ¿Quieres probarlo a ver si está tan preocupado?

—¡Eres un payaso! —Rio al tiempo que le daba una palmada en el brazo.

—Y tú un sapo feo.

De repente se quedó callado mirando por detrás de la joven.

—¡Oh, oh! ¡Qué maravilla!

—¿Qué pasa? —preguntó con curiosidad mientras se daba la vuelta para averiguar a lo que se refería Holger.

—¡Mira qué conjunto más maravilloso, Dani! ¡Te lo regalo! —exclamó al tiempo que señalaba un escaparate.

En él había un maniquí con un vestido corto confeccionado en seda de estampado floral en tono verde con una sobrefalda en la cintura y cuerpo sin mangas con escote barco, en chantilly negro con bordados de pedrería verdes y cierre con botones en la espalda. En el suelo descansaban unos *stiletto*s del mismo verde que el estampado de la falda.

—Tú estás de guasa, ¿para qué quiero yo eso? —espetó a la vez que hacía una mueca de disgusto.

—Bueno, no te lo he comentado todavía, pero el fin de semana que viene tenéis que venir a

una recepción que me hace el ayuntamiento por haber sido nombrado el mejor jugador de esta temporada.

—¡Enhorabuena, Hol! ¡Qué alegría me das! No hay nada como ser reconocido en tu tierra, ¿eh? —Se emocionó la joven al tiempo que le daba un abrazo.

—Pues sí; y por eso, como soy muy feliz, quiero que te pongas ese vestido.

—¿Ahora? ¿No podemos venir otro día para probármelo? La verdad es que es precioso, pero no tenemos tiempo. Van a cerrar en nada.

—No, es un capricho. Pruébalo ahora y te lo dejas puesto, por favor.

—¡Pero tú estás majareta!

—Escucha, si vas a casa así, vas a poner como una moto a Carl y te va a arrancar los botones con los dientes —especuló socarrón.

—Hol, criatura, yo no necesito vestirme así para poner a tu hermano como una moto —le discutió con sorna.

—Pues no nos vamos a mover de aquí hasta que no te vea con él puesto dentro del coche, ¡que lo sepas! —insistió cabezota.

Al final, Daniela, por no discutir más con él, claudicó, pero no dejó de rezongar todo el camino hasta que Holger la interrumpió:

—¡Oye, por cierto! Carl me comentó que ya han detenido a tu acosador.

—Sí, lamentablemente la investigación de la policía determinó lo mismo que Andreas, le han cerrado las redes a mi ex y lo han tenido detenido durante cuarenta y ocho horas. A partir de ahora un juez determinará si se abre un procedimiento judicial o no. Si hay delito o no. Esto lleva su tiempo, pero como dice mi amiga Olga, el susto ya se lo ha llevado.

—Me alegro de que todo vaya como debe ser.

—Gracias, cuñado.

En ese momento llegaron a la verja de la casa.

—Hol, ¿qué serán esas luces que se ven en el jardín?

—Ni idea...

Metió el coche en el terreno y paró frente a la puerta de la vivienda.

—Sal, Dani.

—¿Tú no vienes?

—No, he quedado con alguien. Nos vemos... —le informó con una sonrisa pícara.

—Qué canalla eres.

—Si tú lo supieras...

Daniela bajó del coche y observó que lo hizo sobre una alfombra roja que arrancaba desde allí mismo y recorría la casa paralela a la fachada hasta la esquina, por donde se perdía.

—¡Ah, Dani! —Holger llamó la atención de la joven—. Sigue el camino de baldosas rojas.

Daniela lo miró desconcertada. Él puso el coche en marcha y salió de la finca. La joven, dubitativa encima de los altos tacones, inició el recorrido sobre la larga alfombra. Cuando estaba

llegando a la esquina, comenzó a sonar una canción que reconoció con los primeros compases de la música:

*Nadie como tú, no quiero equivocarme,
pero no ha habido nadie
donde encontrar más luz.
Nadie como tú, que crezca con la risa,
que entienda la caricia
como la entiendes tú.
Nadie como tú, con quien amanecer
y quiera mañanas más que ayer.
Vuela mi alma, vuela hacia otros sueños
y no encuentra nadie con tu despertar
y tu forma de amar, nadie como tú.
Nadie como tú, no quiero equivocarme,
pero no ha habido nadie
donde encontrar más luz.
Nadie como tú, con quien amanecer...*

Gruesos lagrimones se desbordaron de sus ojos mientras seguía recorriendo la alfombra, con el corazón paralizado de felicidad. Al fondo, junto a una mesa y dos sillas iluminadas por decenas de pequeñas bombillas, divisó una figura que se acercaba hacia ella. Carl... su amor.

Durante los tres meses que llevaban viviendo juntos como pareja le había demostrado minuto a minuto cuánto la amaba, por lo que su corazón estaba repleto de amor de él y también de esa niña maravillosa que se había convertido en su ojito derecho. ¡Era tan feliz! No se podía ser más. O eso pensaba antes de iniciar los compases de su canción preferida de Francisco Céspedes, *Nadie como tú*. Siempre había soñado con que alguien le dijera a ella las palabras que formaban esa hermosa canción. Pero su sorpresa fue mayúscula cuando empezó a escuchar a Carl cantando las estrofas mientras se dirigía hacia ella. Esa voz tan personal, profunda y dulce a la vez, que entonaba en su castellano con acento alemán, la hizo estremecer. Jamás habría pensado que él hiciese algo así por ella.

Carl llegó hasta Daniela y, sin dejar de cantar, hincó una rodilla al suelo y presentó ante ella una cajita de terciopelo azul profundo. La joven se quedó paralizada y en ese mismo momento acabó la canción. Tan solo habían transcurrido unos breves minutos desde que giró la esquina, pero a ella le había parecido una eternidad hasta que se encontraron uno enfrente del otro.

—Dani, amor mío, ¿quieres casarte conmigo?

Daniela, hipnotizada, abrió la cajita con mano temblorosa y pudo ver un precioso anillo de platino con el aro que abrazaba un solitario brillante. La joven comenzó a cabecear de arriba abajo muda por primera vez en la vida.

—¿Te he dejado sin palabras? —le preguntó Carl con inmenso cariño mientras se ponía de pie, cogía el anillo de la cajita y se lo ponía en el dedo anular de su mano derecha.

La joven volvió a cabecear con fuerza, su cuerpo temblaba y Carl la abrazó con ternura.

—Te amo y quiero pasar el resto de mi vida contigo, preciosa.

—Y yo contigo —tartamudeó.

Carl la besó en la boca, profundizando con su lengua, en busca de su dulzura. Bebía de su espíritu combativo y refrescante del que no se cansaría jamás. Para él era un deleite imbuirse en la boca de Daniela, pero debía parar si quería continuar con el plan o la arrastraría hasta la cama sin dilación. Con gran esfuerzo se separó de sus labios.

—Ven, cariño, la cena se nos enfría —le dijo con ternura.

—¿Y Hanna? ¿Está sola en la casa? —preguntó al recuperar algo el sentido.

—No, se la ha llevado mi madre a su casa.

—¿Estabais todos compinchados?

—Era necesario si quería darte esta sorpresa.

Daniela ya estaba más serena y pudo contemplar mejor a Carl. Estaba impresionante. Llevaba su hermoso pelo suelto, liso, con una pequeña ondulación en las puntas, como a ella le gustaba, y su barba brillante, muy bien recortada. Vestía traje y corbata negra con camisa gris.

—Estás para comerte —manifestó Daniela con tono seductor.

Carl casi se pone colorado. Todavía no estaba acostumbrado a sus abiertas expresiones; ahora bien, eso no quería decir que no le gustaran, sino más bien todo lo contrario. Disfrutaba tanto junto a ella, tanto que temía que todo fuese un sueño. Su lengua vivaz lo tenía cautivado y la pasión con la que se enfrentaba a todo lo contagiaba y lo llenaba de vida.

—No te preocupes, dentro de poco podrás hacerlo —le respondió con una sonrisa maliciosa—. Ahora siéntate y deja que te sirva —le pidió a la vez que le retiraba la silla.

En cuanto la joven estuvo acomodada, Carl, que estaba a su espalda, le recorrió los brazos en una suave acaricia y le susurró al oído:

—Estás bellísima, mi amor.

—El mérito es de tu hermano, aunque supongo que esto también estaba planeado.

—Pues no, la verdad es que te esperaba con tus vaqueros —respondió mientras se acercaba a una mesa auxiliar donde estaban dispuestos los alimentos que tenía preparados, tapados con unas campanas metálicas.

Para sorpresa de Daniela, Carl depositó sobre la mesa un plato con una tortilla de patatas, otro con ensaladilla rusa y el último con patatas bravas.

—¡Pero ¿qué es esto?! —exclamó la joven entre carcajadas.

—Tus platos preferidos. Llevo semanas practicando —le confesó con una sonrisa pícar.

—¿Los has hecho tú? —preguntó asombrada.

—Pues claro, lo contrario no tendría mérito.

—Bueno... entonces ahora llega la prueba definitiva. Voy a catarlo todo.

Daniela atacó con ganas los alimentos mientras era contemplada por Carl, que expectante esperaba su valoración.

—Mmmm, está todo buenísimo, ¡de escándalo! ¿No comes?

—Claro que sí, estaba observando tu reacción —contestó a la vez que hundía su tenedor en la ensaladilla.

Continuaron degustando mientras Daniela, maravillada, le contaba a Carl los buenísimos recuerdos que le traían a la mente esos platos de tapeo típicos madrileños, pero cuando ya rompió a reír y llorar al mismo tiempo fue en el instante en que el escritor levantó otra de las campanas.

—¡No me lo puedo creer! ¿Has hecho unos bocatas de calamares?

Daniela hacía un rato que se había quitado los zapatos y estaba descalza; y así se levantó de la silla, corrió hasta arrojarle a los brazos del joven y de forma inmediata comenzó a llenarle el rostro de besos entre palabras de amor.

—¡Te quiero! —Beso—. ¡Te adoro! —Beso—. ¡Te amo! —Beso—. ¡Eres mi vida! —Beso.

Al fin se apartó de él y corrió de nuevo hasta la silla para sentarse.

—¡Jamás olvidaré lo que has hecho por mí! —aseguró entusiasmada—. ¡Venga, sírveme ya! No puedes imaginar lo que he echado de menos estos maravillosos bocatas de calamares con... ¿Llevan mayonesa? —inquirió con un gesto de preocupación.

—Por supuesto. —La tranquilizó mientras servía los dos platos con un bocata en cada uno de ellos sin dejar de sonreír ante la alegría que le había proporcionado a su amor.

Daniela no volvió a pronunciar palabra hasta que ya llevaba medio bocata comido.

—¡Ufff! Me va a sentar mal con el ansia con que me lo estoy comiendo. Carl, es el mejor bocata de calamares que me he comido en mi vida. Acabas de sentenciar tu nombramiento como cocinero especializado en comida española.

—Lo que sea con tal de verte así de feliz.

—Cariño, así de feliz estoy siempre cuando estoy contigo, sin necesidad de añadir aditivos —declaró y le mandó un beso con la mano—. Y... ¿ahora que pienso...? ¿También hay postre especial?

—¡Golosa! —exclamó al tiempo que lanzaba una carcajada—. Claro que lo hay.

—Y... como eres el mejor hombre del mundo... me vas a decir ahora mismo lo que es, ¿verdad? —le dijo con zalamería entre bocado y bocado.

—Querida, no necesitas adularme para que te lo diga: leche merengada.

—¡No! Pero ¿la has hecho tú? ¡Imposible!

—No, la han traído de Madrid.

—¿En serio? ¿Has hecho eso por mí? —preguntó ilusionada.

—Dani, cariño, ya deberías tener claro que haría cualquier cosa por ti. Además, tampoco ha sido para tanto, he contado con la complicidad de tu amiga Olga.

—¡Será canalla! He estado hablando esta mañana con ella y no me ha dicho nada.

—De eso se trataba —apuntó—. Oye, se me está ocurriendo una idea...

—Si es parecida a la que has tenido con esta maravillosa velada, dalo por hecho.

—Estoy pensando... —comenzó mientras se levantaba de la silla y se ponía detrás de ella—, que como el helado está en la cocina... —le dio un beso en el cuello—, podríamos ir allí a cogerlo... —otro beso en el otro lado del cuello— y subir a nuestra habitación a comérmolo.

Daniela se levantó, se puso frente a él y elevó los brazos hasta rodear su cuello.

—Es la mejor idea que podrías haber tenido, incluyendo la de la cena, aunque yo pasaría de subir. Hay una maravillosa y mullida alfombra en el salón, ¿no te apetece probarla?

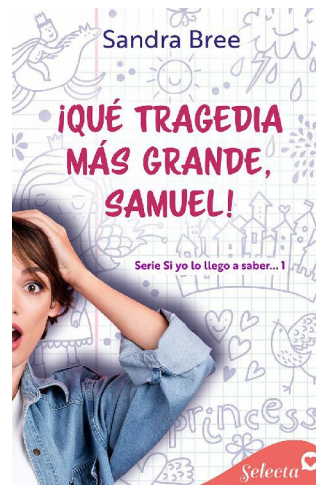
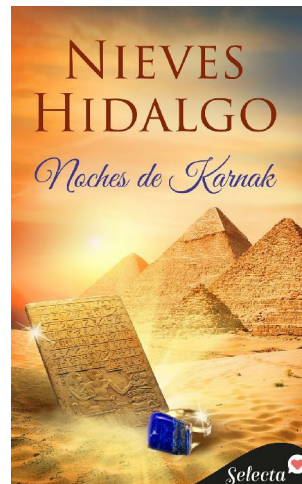
Carl bajó su brazo hasta rodear sus cachetes, la elevó para cogerla en brazos y con paso largo inició el recorrido hasta la puerta trasera de la vivienda mientras la besaba con pasión.

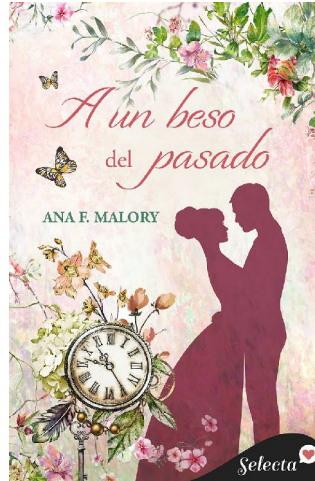
FIN

Si te ha gustado

Esto es solo sexo, ¿vale?

puedes disfrutar de estas





**¿Puede un hombre incitar al deseo y causar rechazo a la vez?
¿Una mujer es capaz de provocar atracción y fastidio al mismo tiempo?**

Daniela y Carl tienen dos personalidades distintas, pero están condenadas a encontrarse.



Daniela Moreno, conocida por su entorno como la Julia Roberts española, es una joven enérgica y optimista, con una lengua vivaz. Desesperada por trabajar, acepta un empleo en Alemania a las órdenes de un típico germano de «cabeza cuadrada».

Carl Schwartz, guapo a rabiar, pero esclavizado por sus normas y su trabajo, es el vagón perfecto para provocar un choque de trenes entre dos culturas distintas con el que ambos protagonistas viajarán por una amalgama de sentimientos: intrigas, risas, ternura, pasión, enfrentamientos...

¿No dicen que los polos opuestos se atraen?

Begoña Gambín nació en Alicante en 1964, donde reside actualmente. Es Técnico superior en Administración y Técnico superior en Biblioteconomía, archivística y documentación.

Sus pasiones son la lectura, por lo que devora novelas de continuo; y los viajes, con los que disfruta junto a su familia. Estas dos pasiones las utiliza para cumplir su sueño más grande e importante para ella que es la escritura.

De la misma forma que le gusta variar de género con sus lecturas, su inquietud le lleva a probar distintos género en sus novelas por lo que es autora de *¿Amor o conveniencia?*, *Las indiscreciones de lady Margaret*, *La espía que me conquistó*, *Una alianza ventajosa para lord Cambey*, *El desafío de proteger a la señorita Salisbury* (romántica histórica), *El dilema de Elsa*, *Algo más que una luminosa sonrisa irlandesa*, *Algo más que una tierna sonrisa irlandesa*, *Algo más que una burlona sonrisa irlandesa* (romántica contemporánea), *Tú alteras mi mundo* y *14 razones para pasar de ti* (comedias románticas), *Desde el baluarte* (ficción histórica y aventuras) y *Libre elección* (juvenil de ciencia-ficción). Todas ellas publicadas con la editorial Penguin Random House.



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Edición en formato digital: agosto de 2023

© 2023, Begoña Gambín

© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart

Imágenes: Istockphoto

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19687-57-9

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks

Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros

Instagram: somosselecta

Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial

   Penguinlibros

- [1] En alemán: Buenos días.
- [2] En alemán: Mi nombre es Theodor Fischer.
- [3] En alemán: Encantada de conocerlo, Sr. Fischer. Mi nombre es Daniela Moreno
- [4] En alemán: ¿A qué se dedica?
- [5] En alemán: Soy profesora.
- [6] En alemán: ¿Qué edad tiene usted?
- [7] En alemán: Tengo veintiséis años.
- [8] *Canción del auto nuevo*, compuesta por el cantautor argentino Pipo Pescador y que fuera conocida en España como *El auto de papá*, e interpretada por el trío Gabi, Fofó y Miliki.
- [9] Trastorno Obsesivo-Compulsivo.

Índice

Esto solo es sexo, ¿vale?

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36

[Capítulo 37](#)

[Epílogo](#)

[Si te ha gustado esta novela](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Begoña Gambín](#)

[Créditos](#)

[Notas](#)